LIDIA CASTILLO

# A UNA MALDICIÓN DE ENCONTRARNOS



SIREN BOOKS




OceanofPDF.com

LIDIA CASTILLO

# A UNA MALDICIÓN DE ENCONTRARNOS




OceanofPDF.com

© del texto: Lidia Castillo, 2023
© de la edición del texto: Patricia Sevillano
© de la corrección: Ana Muinelo Monteagudo
© diseño de cubierta: Emily Wittig
© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2023
info@sirenbooks.es
https://sirenbooks.es/

ISBN: 978-84-126641-4-0
IBIC: FMR
Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

*OceanofPDF.com*

*Para mi madre, por creer en mis sueños.*
*Para mi padre, por sentirlos un poco suyos y*
*para David, por enseñarme que,*
*para descubrirlos, debo salirme del camino.*

*OceanofPDF.com*

# PRÓLOGO

Yo no debería estar aquí. Soy un imprevisto en su plan, un error estúpido.

Los pasos rompen la quietud de la noche y se acercan cada vez más. Lentos y constantes. Me aprieto más contra el fondo del armario. Tengo que hacer algo. Sé qué hacer, pero me quedo quieta. Escondida en la oscuridad, temblorosa, mientras me tapo la boca para que mi respiración no me delate. Y cuando escucho *su* voz, su burla…, me vuelvo tan pequeña que desaparezco.

Sé qué hacer.

Pero no hago nada.

*OceanofPDF.com*

# PARTE I
# HAVEN LAKE

OceanofPDF.com



# Capitulo 1

Llevaba ya varios minutos caminando cuando me invadió una sensación extraña. Las calles del pueblo estaban prácticamente vacías a esa hora y solo se veían unas pocas personas a lo lejos, tomando café en la terraza de uno de los bares de Haven Lake. El sol calentaba mi piel, por lo que el escalofrío que me recorrió la espalda nada tenía que ver con la temperatura. Inquieta, miré en ambas direcciones cuando comprendí que me sentía observada. Mi respiración se aceleró y me estrujé los dedos con nerviosismo. Pero era la única que recorría la calle, además, ¿quién iba a seguirme a mí? Era un pensamiento absurdo.

Respiré profundamente y apreté el paso para alejarme lo más rápido posible de esa zona. Deseé que las pistas de fútbol donde entrenaba Álex no estuvieran tan lejos; necesitaba llegar cuanto antes junto a mis amigos.

Cuando el calor se intensificó me recogí el pelo castaño claro —que ya me caía sobre la mitad de la espalda— en una coleta alta. Al menos había acertado al cambiarme de ropa. En Haven Lake los inviernos eran intensos, pero el verano solía serlo aún más, por lo que el top blanco con la falda lila había sido una buena elección.

Con el único fin de distraerme, me puse los auriculares con la última canción que me tenía obsesionada y comencé a tararearla en voz alta. Al cabo de un rato, llegué a un cruce de peatones y esperé a que el semáforo cambiara cantando y marcando el ritmo de la canción con los pies. Había conseguido dejar atrás la ridícula sensación de que me estaban persiguiendo. Además, necesitaba expresar la emoción que sentía por reencontrarme con mis amigos.

De repente alguien dobló la esquina y se detuvo enfrente de mí,

observándome. Estaba a pocos metros y, aunque nos separaba el paso de peatones y los coches pasaban rápido por la carretera, no había suficiente tráfico como para que el ruido tapara mi numerito musical.

Seguro que lo había escuchado con toda la claridad del mundo. ¡Si estaba prácticamente gritando!

«Mierda. Mierda. Mierda».

Bajé la cara avergonzada y pausé la canción, conteniendo las ganas de reírme por mi metedura de pata. Podía sentir sus ojos sobre mí. Tras unos segundos mirando el suelo como si en cualquier momento fuera a abrirse un hoyo en el que pudiera esconderme, alcé la mirada. Como no sabía qué hacer con las manos, guardé los auriculares.

Una oleada de curiosidad me recorrió. ¿Quién sería? Haven Lake no era un pueblo pequeño, pero más o menos todos nos conocíamos. Aunque teniendo en cuenta que llevaba fuera cuatro años, eso podría haber cambiado.

Me fijé en él. Era bastante alto y de complexión fuerte. Estudié con disimulo su rostro, pero no pude distinguir bien sus facciones ya que estaba cubierto con la capucha de su chaqueta negra.

«Madre mía, se va a asar de calor».

Mi corazón se aceleró cuando sus ojos se encontraron con los míos y me observó con interés. Mi primer impulso fue romper el contacto visual, pero me frenó el repentino cambio de su expresión. Parecía… sorprendido. Incluso me atrevería a decir que un atisbo de reconocimiento recorrió su mirada.

¿Por qué era tan paranoica? Tenía que parar.

Presioné varias veces el botón que había al lado del semáforo por si este tardaba en ponerse en verde, pero no tuve el honor de presenciar ningún cambio. Sin poder evitarlo, mi vista se deslizó de nuevo hacia el desconocido para descubrir que seguía examinándome con descaro. Pero ¿qué…?

Decidí que yo no iba a ser menos. Alcé la barbilla, retándole. Y aunque fuese por el mismo juego de comprobar quién podía soportar mejor la tensión del momento, debía reconocer que había algo hipnótico y atrayente en ello. Fue él quien bajó la cabeza, consiguiendo que la capucha ensombreciera su rostro. Lo único que pude ver fue la sonrisa lenta que se formó en sus labios.

Fue el sonido de un grito desgarrador el que rompió aquel momento

tan extraño.

Todo ocurrió en cuestión de segundos.

Sorprendida, me giré hacia atrás, pero no me dio tiempo a reaccionar cuando un niño de unos cinco años pasó corriendo por mi lado. Perseguía una pelota que rodaba cuesta abajo por la calle. El niño iba directo a la carretera y fue en ese momento cuando advertí que el grito desesperado pertenecía a su madre.

—¡Por favor, detenlo! —gritó.

Ella estaba demasiado lejos, pero yo sí que podía alcanzarlo. Una fugaz punzada de temor me invadió, pero la ignoré y sin pensarlo dos veces eché a correr tan rápido como me permitieron mis piernas. Todo lo que había a mi alrededor desapareció, tan solo estábamos el niño, yo, y el espacio que nos alejaba y que, al mismo tiempo, nos acercaba a una muerte segura. Podía escuchar los pitidos de los vehículos y el sonido de los frenos al chirriar contra el asfalto. Maldije al semáforo por no ponerse en verde.

No tardé en llegar hasta el niño, que estaba en medio de la carretera intentando atrapar su pelota. Sin perder ni un instante, lo cogí en brazos y corrí hacia el otro lado de la acera. Por un segundo creí que lo conseguiría, pero duró tan poco que ni siquiera probé el sabor amargo de la decepción.

Tropecé con mis propios pies, como si fuera la protagonista de una estúpida comedia romántica. Aun así, antes de caer al suelo conseguí a duras penas empujar al niño y lanzarlo hacia la acera. Se comería el suelo, pero al menos estaría a salvo.

A diferencia de mí.

Me quedé sin aire al comprender que iba a morir el mismo día en que mi vida había comenzado de cero. Era demasiado irónico. Cerré los ojos y los apreté fuerte, creyendo que así amortiguaría el dolor por el impacto del coche. Se decía que cuando estabas a punto de morir, los momentos más significativos de tu vida pasaban por delante de tus ojos.

«Y una mierda».

Yo lo único que podía pensar era que en los libros y en las películas la torpeza era graciosa y aquí iba a hacer que me aplastara un maldito coche. Pero la muerte nunca llegó.

Noté como unas fuertes manos me cogían con firmeza de la cintura y me levantaban en el aire. Pegué un grito de sorpresa y me aferré a esos brazos como si fuesen el mismísimo cielo mientras salíamos de la carretera tan rápido que me entraron ganas de vomitar. Una vez volví a tocar el suelo

con los pies, me apoyé sobre mis rodillas y traté de controlar mi respiración. Estaba un poco mareada, pero todavía podía sentir el calor que habían dejado sus manos en mi cintura. Lo único que escuchaba era el fuerte sonido de mi corazón retumbando sobre mis oídos. Tenía que calmarme. Estaba a salvo, todo había salido bien.

«Pero ¿cómo es posible?».

Levanté la vista y fue entonces cuando pude ver el rostro del desconocido. Me quedé sin aliento. Por un momento sentí que volvía a tener catorce años y me encontraba por primera vez delante de un chico guapo. Pero ¿qué digo? El adjetivo «guapo» se le quedaba ridículamente corto. Ya no llevaba la capucha puesta, por lo que pude ver sin problema su pelo oscuro y los mechones que caían desordenados por su frente. Tenía las facciones muy definidas, la mandíbula cuadrada y sus ojos eran grandes, de un gris poco común. El lado derecho de su cuello estaba cubierto de tinta; el extremo de un ala cubierta de plumas acariciaba su nuez.

Era el chico más atractivo que había visto nunca.

Cuando sus labios carnosos se curvaron en una sonrisa socarrona me di cuenta de que quizás mis pensamientos resultaban demasiado evidentes. Sin saber muy bien qué hacer, aparté la mirada y continué con mi intento inútil de calmarme. Mi cuerpo no dejaba de temblar y una sensación poco familiar seguía hormigueando por toda mi piel. En mis veintitrés años de vida nunca había desafiado a la muerte como lo había hecho hoy, por lo que no acostumbraba a experimentar esta mezcla de adrenalina y terror.

Había tenido suerte de que a aquel chico se le ocurriera la fantástica idea de salvarme el culo.

En ese momento me acordé del niño. Me quedé estupefacta al ver que el desconocido lo había cogido en brazos y se lo estaba devolviendo a la mujer, que ya había cruzado la calle. Tenía la cara descompuesta y llena de lágrimas. El niño también lloraba, seguramente al ver a su madre tan asustada. Cuando eres pequeño solo ves el miedo a través de los ojos de quienes te cuidan y te quieren. Somos demasiado inocentes para ver que el mundo que nos rodea está lleno de peligros.

—Gracias —le dijo entre sollozos la mujer. Entonces se acercó a mí y aproveché ese momento para ponerme en pie. No sin esfuerzo porque mis piernas parecían hechas de gelatina—. Muchísimas gracias. No tengo palabras para agradecerte lo que has hecho por mi hijo. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. —Forcé una sonrisa tranquilizadora.

Seguía muy aturdida y asustada, pero no quería que la pobre mujer se sintiera aún peor por lo que podría haber pasado.

—No me lo perdono, me distraje un momento y en cuanto me di cuenta ya corría persiguiendo la dichosa pelota. —Se llevó una mano a la boca, hablando con la voz cargada de culpa—. Podría haber ocurrido una desgracia.

—No ha sido culpa de nadie —me apresuré a decir y entonces me dirigí al niño—. Seguro que el pequeñín ha aprendido que no tiene que correr por la calle sin mamá. —Le pellizqué con cariño la mejilla húmeda por las lágrimas y le sonreí—. ¿A que sí, campeón?

El niño me devolvió la sonrisa y asintió.

Tras darnos de nuevo las gracias, la mujer se marchó con paso ligero. El desconocido se había mantenido apartado durante toda la escena, observándome de una forma que no sabría muy bien cómo describir. Temí que desapareciera con la misma rapidez con la que me había salvado porque quería darle las gracias. Sin embargo, me sorprendió acercándose hacia mí. Con una voz algo áspera me dedicó las que iban a ser nuestras primeras palabras.

—Has sido muy valiente —afirmó y pude notar cómo su mirada se volvía aún más profunda.

—Cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo —respondí y conforme lo hice una mueca de disgusto se formó en su rostro.

—¿En serio? No me esperaba que una persona tan atrevida se escudara en la falsa modestia.

—¿Qué? —exclamé, confundida. Mi voz sonó más chillona de lo que pretendía y noté cómo empezaba a sonrojarme.

—No todo el mundo habría arriesgado su vida sin dudarlo ni un segundo por alguien que ni siquiera conoce —se explicó.

—Entonces somos iguales, porque tú también me has salvado a mí.

—Bueno, cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo —contestó con una mirada divertida mientras se encogía de hombros.

Solté un bufido de frustración y me crucé de brazos sin saber muy bien qué decir a continuación. ¿Acaso se estaba burlando de mí? No entendía cómo podía hablar de una forma tan despreocupada cuando hacía unos minutos había estado a punto de ocurrir una tragedia.

Incluso él podría haber muerto.

«Un momento».

—¿Cómo te dio tiempo a sacarnos de la carretera? El coche estaba demasiado cerca. No… no lo entiendo —le pregunté y conforme escuchó mis palabras su cuerpo se tensó durante una fracción de segundo para después volver a relajarse como si nada.

—Simplemente fui rápido —contestó de forma seca. Pero para mí no era suficiente, y mi mirada de desconfianza me delató porque alzó una ceja y continuó con su explicación, solo que no del modo que habría esperado —. ¿Acaso piensas que te he rescatado gracias a alguna clase de superpoder? —Una risa áspera salió de su garganta y me miró con burla—. Me encantaría hacerme el misterioso y seguir ocultándote mi gran secreto para no poner en riesgo a la humanidad, pero la decepcionante realidad es que salgo a correr todos los días y hago deporte. —Una pequeña sonrisa tiró de sus labios y adoptó un tono confidencial—. Algunos no lo considerarían un superpoder, pero bueno, tú quizás sí.

Lo fulminé con la mirada. En ningún momento había contemplado la posibilidad de que fuese algún ser sobrenatural, simplemente me había extrañado la rapidez con la que me había salvado.

—¡No es eso! Es que… estoy casi segura de que no daba tiempo —me defendí.

—¿Cuándo fue la última vez que viste *Crepúsculo*? —Se cruzó de brazos, esta vez teniendo la decencia de intentar contener la risa. Estaba empezando a cabrearme.

—Hace años —espeté. Y ante el rumbo tan surrealista que estaba tomando la situación llegué a la rápida conclusión de que quizás estaba siendo un poco paranoica.

Tenía excusa, las cosas que estaban sucediendo desde que había regresado esa misma mañana a Haven Lake eran un tanto extrañas.

—Mira, estabas en una situación límite y eso ha hecho que confundas las cosas. No hay más. —Le restó importancia con un gesto de la mano.

Lo miré fijamente y suspiré. Tenía razón.

—Bueno, de todas formas… gracias por salvarme.

Como única respuesta, me dedicó una sonrisa perezosa y se giró para irse. El corazón me dio un vuelco cuando se detuvo y se dio la vuelta con una lentitud casi calculada.

Clavó sus ojos en mí y pude ver que su mirada estaba cargada de intenciones.

—Gracias a ti por tu maravilloso concierto, Aria.

Y se fue. Dejándome con una mezcla de exasperación por su burla y un desconcierto absoluto.

Tuve un mal presentimiento.

«¿Por qué sabe mi nombre?».

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 2

Seguía muy confusa por cómo había finalizado el encuentro con el chico de ojos grises. Me había salvado la vida y por alguna razón sabía mi nombre. A lo mejor era nuevo por aquí y por casualidades de la vida mis amigos le habían hablado de mí; quizás hasta le habían enseñado alguna foto y por esa razón me había reconocido. Llegué a esa conclusión porque el resto de mis teorías estaban contaminadas por las series policiacas que adoraba ver. Sentí rabia cuando, por mucho que me esforcé, me fue imposible quitarme de la cabeza sus últimas palabras. Su intención había sido que lo recordara, que siguiera pensando en él. Y lo había conseguido.

«Maldita sea».

Llegué a mi antiguo instituto, donde en teoría estaban mis amigos: Álex entrenando y Karina y Lila apoyándolo —mientras devoraban cualquier tipo de comida basura— desde las gradas. Mi regreso a Haven Lake era una sorpresa para ellos y me moría por ver la cara que pondrían al verme. Hacía más de un año que no habíamos coincidido y tampoco era lo mismo que tenerlos a mi lado prácticamente todos los días. Viajaron a Portland un par de veces para verme porque, aunque al principio intentaba visitar Haven Lake, en algún momento dejé de hacerlo. Supongo que tenía miedo de descubrir que me había equivocado al marcharme.

Pese a la distancia, me habían demostrado día tras día su amistad, lo cual significaba todo un mundo para mí teniendo en cuenta el desastre que había sido mi vida en Portland. No había conseguido hacer amigos y la única persona en la que confié me traicionó de un modo que… Se me revolvió el estómago, como siempre que lo recordaba.

Vi a dos equipos de fútbol luchando por conseguir la pelota y me puse

de puntillas para localizar a Álex entre los jugadores, pero fue imposible; se movían tan rápido que no me daba tiempo a identificar sus rostros. Conforme me aproximaba a las pistas miré de forma distraída los edificios de mi antiguo instituto cuando, de repente, escuché unas voces que gritaban algo con urgencia. Giré la cabeza hacia el lugar de donde provenía el escándalo, pero lo único que pude ver fue una pelota. Volando directa hacia mi cara. Por supuesto, no me dio tiempo a reaccionar, me golpeó tan fuerte que me caí hacia atrás y me invadió una sensación de mareo. Había aterrizado de culo. Fantástico.

Tras unos segundos en los que traté de recuperarme, me incorporé y lo primero que escuché fueron risas. ¡RISAS!. Solté tal grito de frustración que todos los murmullos cesaron y al abrir los ojos lo único que encontré fueron caras de desconcierto.

Hasta podría decir que de miedo.

—Pero ¡cómo sois capaces de reíros! ¡IMBÉCILES! —chillé, y les lancé una mirada furiosa. Mi atención se desvió cuando sentí una mano apoyarse en mi hombro.

—¿Estás bien? ¿Aria? ¿¡Qué haces aquí!? —Distinguí su voz en cuanto pronunció la primera sílaba y al girarme me encontré cara a cara con Álex, que me observaba con los ojos muy abiertos y cargados de preocupación.

—Hacer el ridículo —respondí con una mueca.

—No digas eso, mujer ¡Si casi no se han reído! —Noté cómo las comisuras de sus labios temblaban al intentar contener la risa.

—Tú puedes reírte, pero ellos no.

La vergüenza dio paso al alivio.

—¿A qué estás esperando para darme un abrazo? —me preguntó Álex haciendo un mohín con la nariz.

Sonreí y me abalancé sobre él, disfrutando de la calma que siempre me producía su mera presencia. Álex era la parte racional del grupo y adoraba que siempre tuviera una sonrisa para todos. Nuestro achuchón se vio interrumpido cuando escuchamos chillidos de alegría. Nos apartamos para ver de dónde provenían, pero tan solo pude vislumbrar unas sombras antes de que Lila y Karina se lanzaran sobre nosotros.

Fue la primera vez que sentí que Haven Lake sí era el hogar que tanto ansiaba por encontrar.

Como Álex había terminado su entrenamiento, nos sentamos en las

gradas para ponernos al día con tranquilidad. Me fijé en ellos, en cómo no habían cambiado nada. Lila mantenía esa expresión inocente que tanto la caracterizaba junto con su pelo largo y negro. Karina tenía ese atractivo que no dejaba a nadie indiferente con su pelo rojizo y su cuerpo curvilíneo. Y Álex… tan rubio como siempre, con sus ojos verdes y la cara salpicada de pecas, tenía locos tanto a las chicas como a los chicos. Y él no se daba ni cuenta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Karina todavía con la sorpresa reflejada en el rostro. Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios por la emoción de *al fin* darles la noticia.

—No os dije nada porque quería que fuera una sorpresa, pero he vuelto para quedarme. —Al escuchar mis palabras se quedó aún más perpleja y segundos después lo celebraron dándome otro abrazo.

—No me lo puedo creer. Estoy flipando muchísimo —balbuceó Lila y se alejó abruptamente, llevándose las manos a la boca.

—¿Qué le pasa ahora? —preguntó Álex, ceñudo.

—Al menos disimula que no le ha gustado la noticia, no como mi madre. —Suspiré y ellos intercambiaron una mirada que no supe interpretar —. Ojalá hubierais visto la cara que se le ha quedado al abrir la puerta y verme con mis maletas. Le ha dado una bajada de tensión como mínimo —bromeé, y me esforcé en ignorar la punzada de dolor que me provocaba la verdad oculta tras esas palabras. Mi madre no se había alegrado de verme, lo cual no era una sorpresa teniendo en cuenta que desde que me marché a la Universidad de Portland prácticamente se había olvidado de mi existencia.

—¡Lo sabía! —exclamó Lila, sacándome de mis pensamientos—. Es que es muy fuerte. No os lo vais a poder creer…

—¡Lila! —gritamos a la vez.

—El horóscopo me avisó de que algo muy impactante ocurriría este mes. ¡Me dijo que pondría mi vida patas arriba y que lo cambiaría todo! ¿Cómo no pude verlo venir?

—Siento decepcionarte, pero el horóscopo te dice eso todos los meses —le contestó Karina.

—No es verdad —protestó ofendida.

Comenzamos a tomarle el pelo, pero ella seguía pletórica por el acierto de su horóscopo, así que decidimos dejarla mientras Álex intentaba sonsacarme las razones de mi regreso.

—Pensaba que ya estabas bien… —Su voz sonó cautelosa. Los tres sabían que era un tema difícil para mí y siempre habían respetado que no quisiera hablar mucho sobre ello.

—Estoy bien, de verdad, pero no podía continuar allí. Necesito avanzar y cambiar de aires, me vendrá bien, aunque tenga que empezar de cero otra vez —expliqué y, como siempre que salía la conversación, un nudo comenzó a formarse en mi garganta.

—Aquí siempre has sido feliz —afirmó Álex con una expresión cálida en el rostro.

—Bueno, en realidad no siempre. Antes de que mis padres se divorciaran era un infierno estar en casa, pero al menos me sentía bien conmigo misma, estaba tranquila… Y quiero volver a estar así.

—Lo estarás —me dijo Karina posando su mano sobre la mía—. ¿Y qué va a pasar con tus estudios? ¿Te han aceptado en la Universidad de Burlington?

—Por suerte sí, así que terminaré la carrera de Periodismo aquí, aún me queda un año. Ojalá no hubiese perdido dos años de mi vida estudiando algo que no me gustaba —respondí y me puse nerviosa tan solo de pensar que dentro de poco tendría que conocer a gente nueva—. Por cierto, si sabéis de algún sitio donde ofrezcan un puesto de trabajo avisadme. Ya sabéis que mi madre va justa de dinero y he rechazado la ayuda de mi padre.

Todos asintieron, entendiendo los motivos de mi decisión. Mi padre era un empresario que se había vuelto muy rico en los últimos años; podría pagarme el curso, pero no permitiría que lo hiciera. Esquivé el rumbo peligroso de mis pensamientos cuando les pedí que me pusieran al día de sus vidas y de las últimas aventuras que habían vivido en un pueblo en que nunca ocurría nada.

Terminaron hablándome del local de moda del verano.

—No te puedes imaginar la de universitarios que suelen juntarse allí por las noches, incluso vienen desde Burlington, cuando allí podrían organizar mil fiestas de fraternidades —me contó Álex. Pues sí que habían cambiado las cosas en el bar del señor Dustin, antes solo iban señoras de la edad de mi madre a bailar música de los noventa.

—Así que te veremos mucho por allí porque donde hay universitarios hay posibilidades. —Lila sonreía, como si nos hiciera partícipes de una broma privada.

—¿Posibilidades de qué? —pregunté arqueando una ceja.

—De pasar un buen rato. —Y conforme lo dijo me guiñó un ojo con picardía y yo me eché a reír.

—Eso es lo último en lo que estoy pensando ahora —comenté. Hacía demasiado tiempo que no tenía contacto alguno con los chicos, aunque si surgía la oportunidad tampoco iba a echarme hacia atrás.

—Bueno, pero eso no quiere decir que no pueda ocurrir. Además, hoy es tu día de suerte porque esta noche se celebra tu fiesta de regreso —exclamó Lila dando saltitos de emoción.

—Pero si os acabáis de enterar de mi vuelta.

—No quiero excusas. Esta noche salimos y después podemos quedarnos a dormir en mi casa —dijo Karina mirándonos a Lila y a mí—. Lo siento Álex, ya sabes que a mi madre sigue sin gustarle que duermas con nosotras.

Él se encogió de hombros, restándole importancia.

Después de detallar la hora del encuentro, esperamos a que Álex se cambiara y nos fuimos a la heladería donde solíamos quedarnos hasta que nos echaban por pesados. Cuando pasó un buen rato me di cuenta de que durante todo el tiempo que había estado con ellos no había pensado prácticamente nada en el percance que había sufrido. Aunque no podía engañarme a mí misma. No iba a olvidarlo tan fácilmente.

Y mucho menos podía ignorar que el chico misterioso supiera mi nombre.

—¿Qué me dices? ¿Entonces matamos al perrito de la vecina de enfrente? —Todos me miraban, expectantes.

—Ehhh… Vale.

Asentí, aún perdida en mis pensamientos. Pero cuando procesé la pregunta que me habían hecho ya era demasiado tarde.

—Confirmamos, nuestra amiga es una asesina de cachorritos —respondió Lila en un tono lastimero. Algunos clientes nos miraron de reojo.

—Shhh, ¡Lila, baja la voz! —siseé.

—¿En qué andas pensando? Llevas varios minutos ausente —intervino Álex.

—Os tengo que hacer una pregunta. —Hice una pausa, sopesando cómo formularla—. ¿Por casualidad habéis conocido a un chico muy atractivo de pelo negro, alto y ojos grises? Ah, y también un poco… ¿prepotente? ¿Listillo? Aún no sé muy bien cómo definirlo.

Intercambiaron miradas y percibí un atisbo de culpabilidad en sus expresiones.

¿Qué estaba pasando aquí?

—¿Te lo has encontrado ya? —preguntó Álex, lo que me hizo fruncir el ceño.

—Bueno, la palabra encontrar no es la más apropiada para definirlo. Básicamente me ha salvado de una muerte segura —solté como si nada, dándole un lametón al helado de chocolate que ya empezaba a derretirse. Ante mi confesión, abrieron los ojos como platos—. Pero es que sabía mi nombre y yo no se lo había dicho. ¿Es vuestro amigo y le habéis hablado de mí?

Hubo un pequeño silencio que me hizo arrugar aún más la frente.

—Sí, está trabajando como profesor en las clases de defensa personal y Álex le hablaría de ti cuando se apuntó —contestó Karina, hablando demasiado rápido.

—No sabía que fueras a esas clases. —Dirigí una mirada interrogante a mi amigo y él apartó la suya mientras asentía.

—Sí, es que se me olvidó contártelo. ¿Qué significa exactamente que te ha salvado de una muerte casi segura?

Y así de rápido el tema de conversación se desvió hacia el incidente con el niño y poco después hacia otra de las mil anécdotas que perseguían a Lila.

No insistí porque mi intuición me gritaba que, aunque todo parecía tener sentido, no podía conformarme con esas explicaciones. Y aunque ellos se habían alegrado de verme, había algo que también me estaban ocultando.

Pero ¿el qué? ¿Y qué relación podía tener con el chico misterioso?

Después de pasar un rato más en la heladería, nos despedimos para cenar y cambiarnos de ropa.

Suspiré sintiéndome algo extraña. A lo mejor exageraba, estaba tan poco habituada a la tranquilidad que tenía que enmarañarlo todo para mantenerme distraída y no pensar en lo que realmente me preocupaba. O puede que tuviera razón y algo raro estaba pasando.

Mientras divagaba, mis pasos me condujeron hasta la casa de dos plantas en la que viviría a partir de ahora. Su estructura victoriana era la

característica de la zona, incluyendo un pequeño jardín lleno de flores silvestres. Una en especial llamó mi atención; por su tallo verde ascendían multitud de flores lilas, abiertas y de color azul violáceo. Estaba en medio, pero aun así no encajaba con el resto…

No pude evitar sentirme un poco como ella.

En el porche, la brisa mecía el balancín de madera en el que tantas veces me había quedado dormida y que, además, se había convertido en mi sitio predilecto para leer.

—Ya estoy aquí —anuncié escuetamente tras abrir la puerta y comprobar que no estaba echada la llave.

Subí a mi habitación, cogí lo necesario para cambiarme y me dispuse a entrar al baño. Sin embargo, el silencio era tan absoluto que advertí con claridad el sonido de unos pasos en la planta de abajo. Me detuve en seco. Si mi madre se encontraba ahí, ¿por qué no me había contestado? La opción más lógica sería pensar que no me había escuchado, pero conociéndola quizás ya se le había olvidado que había regresado. Lo último que quería era pensar mal de ella, pero estaba dolida y sentía un poco de rencor por su frialdad injustificada.

—¡Voy a ducharme! —informé.

Los pasos cesaron de golpe. De nuevo, el silencio fue la única respuesta que recibí, al menos hasta que el sonido de pasos regresó, haciendo crujir el suelo hasta que se fue alejando. ¿Y ahora por qué se iba? Puse los ojos en blanco aun sabiendo que nadie me vería.

Estaba más rara de lo que era habitual en ella, y eso ya era mucho decir.

Después de ducharme, volví a mi habitación y busqué en mi armario algo adecuado para la fiesta. Una vez vestida, contemplé mi reflejo con aprobación. Estaba guapa. Mis ojos verdes destacaban con el *eyeliner* y mis pestañas, ahora más largas por el rímel, intensificaban mi mirada. Al final opté por una blusa granate combinada con una falda vaquera y unos zapatos con un poco de tacón que ayudaban a estilizar mis piernas.

Durante el tiempo que tardé en arreglarme decidí que no iba a esperar más para aclarar las cosas con mi madre. Era agotador convivir con mis pensamientos y odiaba la incertidumbre, por lo que le diría directamente lo que me había sentado mal y le pediría que me explicara el motivo de su comportamiento durante este último año. Ahora no podría decir que tenía que colgar porque «alguien ha tocado el timbre». No estaba dispuesta a

aceptar más excusas.

Bajé al salón para descubrir que la planta baja se encontraba vacía y mientras subía por las escaleras con el fin de revisar las habitaciones, mi móvil vibró al recibir un mensaje. Lo saqué de forma distraída, pero casi se me cae al suelo al leer las palabras de mi madre.

«Se me olvidó avisarte de que iba a pasar la tarde con la Sra. Adams. En cuanto llegue a casa tenemos que hablar».

Se me pusieron los pelos de punta al mismo tiempo en que mi corazón se aceleraba y una capa de sudor frío cubría mis manos. Mis músculos se pusieron rígidos y me quedé helada, atenta a cualquier otro sonido. Si ella no estaba en casa…, entonces, ¿a quién pertenecían esos pasos?

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 3

Mi mantra de no idealizar los nuevos comienzos, hoy más que nunca, adquiría sentido.

Apreté el móvil con fuerza cuando sonó el contestador por cuarta vez consecutiva. ¿Cómo era posible que acabara de mandarme un mensaje y ahora no contestara?

Acababa de revisar la planta de abajo y no había nadie, así que, o bien eran imaginaciones mías, o alguien había estado merodeando por la casa. Tal vez mi madre se había dejado la puerta abierta y una vecina había entrado para… Mi respiración se cortó de golpe cuando algo activó mis alarmas. Primero se escuchó un sonido leve que no supe identificar y después otro muchísimo más fuerte que provenía de la habitación de invitados, que se encontraba enfrente de la mía en la planta de arriba.

El susto hizo que diera un pequeño brinco.

Me di la vuelta con lentitud, tratando de mantener mi respiración bajo control.

—¿Hola? —pregunté con voz temblorosa.

¿Y si habían entrado a robar? Un escalofrío me recorrió y mi pulso se aceleró.

Sin embargo, la mera idea de que fuese un ladrón se me hacía muy descabellada. En Haven Lake no solía haber vandalismo, aunque con mis antecedentes tampoco es que me sorprendiera que justo escogieran mi casa para robar, precisamente el día de mi vuelta. El hecho de llevar muchos años asistiendo a clases de defensa personal me armó de valor y decidí acercarme con sigilo hasta la puerta.

Nada. La casa estaba en completo silencio, tan solo retumbaba el

fuerte sonido de mi corazón. Avancé siendo todo lo cautelosa posible y levanté la mano para abrir la puerta. No podía casi respirar por la tensión del momento, por el miedo a lo que podría haber dentro de esa habitación. Sin pensarlo dos veces agarré el pomo y lo giré con determinación. Mis ojos se agrandaron por la sorpresa. La puerta no se abría. Estaba cerrada con llave, lo cual me pareció muy raro, puesto que nunca usábamos los pestillos.

Tras varios intentos fallidos, me rendí y, todavía algo asustada, llamé a mi madre. No se había vuelto a escuchar nada, pero aun así me daba mal rollo. ¿Y si era un fantasma? ¿Y si me lo había imaginado? ¿Y si había sido el viento? Pero eso seguía sin explicar los pasos que había escuchado antes de ducharme.

Seguía sin contestar. Después de revisar la planta de abajo *otra vez* y todavía saboreando el miedo, decidí que poco podría hacer hasta que consiguiera contactar con ella. Así que le dejé un mensaje contándole lo que había escuchado y los planes que tenía para esa noche. Volví a leer sus palabras, intentando averiguar qué querría decirme y sintiéndome algo mal porque, como no regresara pronto, tendría que posponer la conversación hasta mañana. Me inclinaba por la teoría de que estaba saliendo con alguien y los pasos que había escuchado eran los de su pareja, que huía antes de que lo pillara in fraganti.

Sin saber muy bien qué hacer, miré la hora y salí escopetada antes de que se me hiciera tarde, ya compraría algo de cenar por ahí. Me sentía exhausta y pensar en la cantidad de horas que faltaban hasta que pudiera descansar me hacía querer llorar, pero volver a pasar tiempo con mis amigos merecía la pena. Lo último que me apetecía era pasar mi primera noche tomando helado con el fantasma que rondaba mi casa, o peor aún, con el nuevo novio de mi madre.

Mis amigos y yo habíamos acordado encontrarnos en la plaza central.

Me sentía mucho más tranquila ya que finalmente había conseguido contactar con mi madre. Por lo visto, la ventana de esa habitación solía quedarse entreabierta y el viento hacía que golpeara la pared. También me dijo que últimamente al cerrar la puerta el pestillo se atascaba y le tocaba llamar al cerrajero. En cuanto a los pasos…, no lo mencionó demasiado, tan solo un «tienes mucha imaginación» que me hizo gruñir por lo bajo. Si algo

detestaba era que me tomaran por loca. Su explicación no terminó de convencerme, pero no tenía por qué mentirme. O eso quise pensar.

Una vez llegué a la plaza, me senté en uno de los bancos y mientras esperaba a mis amigos me dediqué a inspeccionar lo que me rodeaba. Haven Lake estaba lleno de casas unifamiliares, la mayoría de ellas de dos plantas y prácticamente todas seguían la misma estética; sus fachadas, de ladrillo rojizo y blanco, le daban al pueblo un toque acogedor y cálido. El centro era la gran plaza en la que me encontraba, y estaba cubierta de flores junto con una bonita fuente en el centro. Desde aquí se podía ver la iglesia a la que acudían la mayoría de los habitantes los domingos. Esa tarde, además, la plaza estaba llena de gente que paseaba entre los puestos ambulantes de comida y los pequeños comercios que vendían productos locales. Estábamos a tan solo veinte minutos de la ciudad más próxima, Burlington (donde se encontraba la universidad), pero parecía otro mundo completamente diferente. Y adoraba que así fuera.

—¡Aria! —Oí que llamaban a mi espalda y me giré para ver a mis amigos caminando hacia mí.

Me levanté del banco dirigiéndome a su encuentro y los alcancé de inmediato. El pecho se me comprimió por la alegría de verlos de nuevo; me había acostumbrado a pasar los sábados sola, y aunque tampoco era un mal plan…, los echaba de menos. Lila y Karina habían elegido vestidos coloridos y Álex unas bermudas con una camisa blanca que resaltaba su moreno.

—Estás preciosa. —Karina me dedicó un silbido, recorriéndome con la mirada de pies a cabeza—. Vas a arrasar.

Me guiñó un ojo y yo me reí.

—¿Y a mí nadie me dice nada? —Álex puso cara de bebé y no pude resistirme a darle un cariñoso achuchón mientras le decía lo guapo que estaba.

Unos minutos después nos dirigíamos a The Rogers Club. A lo lejos ya pudimos ver que había una larga cola para entrar al establecimiento. Así que, sin prisa alguna, nos situamos al final, detrás de un grupo de chicas que fueron a Ingeniería Informática con Álex y que lo saludaron animadamente en cuanto lo vieron.

—¿En qué momento el señor Dustin pasó de servir pastelitos y cafés a vender alcohol y convertir su local en el *pub* más popular del pueblo? —pregunté con curiosidad al contemplar el gran número de personas que, al

igual que nosotros, también hacía cola para entrar.

—En el momento en el que pilló a su mujer dándose el lote con su hermano —contestó Álex, bajando la voz como si de algún modo pudiera aparecer y pillarnos cotilleando sobre su vida privada—. Enterarte de algo así trastocaría a cualquiera.

—Eso sí que no me lo esperaba —comenté con tal asombro que conseguí que se rieran—. Parecía que estaban muy enamorados el uno del otro, siempre yendo a todos lados juntos.

—Créeme, nadie lo esperaba —respondió Karina.

—Yo sí, ese mes el horóscopo decía que socialmente iba a ocurrir algo que nos dejaría muy sorprendidos a todos —replicó Lila, muy orgullosa.

—Eso también te lo dice todos los meses.

—¿Sabes lo que no dice? Lo pesada que eres. —Lila soltó un bufido, y yo me mordí el labio para evitar reírme por la situación.

Siempre se estaban picando, aunque en el fondo se adoraban mutuamente. Incluso diría que se gustaban, pero eran tan cabezotas que tardarían en admitirlo.

Distraída, saqué el móvil para revisar las notificaciones y en cuanto lo desbloqueé mi gesto se contrajo por la confusión.

—Lila, ¿por qué acabas de mencionarme veinte veces en un sorteo para ganar un tractor *enorme*?

—Lo organizan los mellizos —se excusó, como si aquello fuese una justificación coherente.

Miré a Álex y Karina, pero ellos no parecían demasiado sorprendidos.

—¿Qué se supone que me he perdido?

—Son los *influencers* del momento —me explicó Karina y sus ojos se iluminaron al hablar de ellos—. Tienen millones de seguidores y se dedican a crear contenido un poco… diferente.

—Desde luego que sí —comenté y deslicé mi vista hasta Lila—. ¿Si ganas que se supone que vas a hacer con el tractor?

—Podría conocerlos porque son ellos los que entregan los premios en persona y después…, bueno, lo vendería y con ese dinero me compraría un coche. —Sonrió orgullosa—. Lo tengo todo pensado.

—El motivo del sorteo, según informan en el *último* apartado de condiciones, es que buscan fomentar el trabajo humano en la agricultura, por lo que prohíben la venta del premio —informó Karina sin disimular la diversión que le producía la situación. Yo me uní a ella porque era

surrealista.

—Mierda —gimió Lila.

—¿Creéis que vendrá mucha gente de la universidad? —interrumpió Álex. Movía sus manos con nerviosismo y el hecho de que no hubiera participado en la conversación era señal de que estaba pendiente de otras cosas.

—¿Por qué? ¿Quieres que venga alguien en especial? —Lo empujé con mi hombro, sonriendo y alzando las cejas con interés.

—Hace poco conocí a un chico.

—Conoces a chicos y a chicas todo el tiempo —apunté.

—Pero este es especial. —Y por el brillo en sus ojos supe que hablaba en serio.

—Vamos, dinos algo más —lo animó Lila, ilusionada.

—Se llama Rubén y estudia Periodismo. —Desplazó sus ojos hacia mí y continuó—. Lo conocerás tarde o temprano. Si lo vemos esta noche te lo presento y así no tienes que empezar el curso sin conocer a nadie.

Una mezcla de miedo y alivio me invadió, dejándome un sabor amargo en la boca. Se lo agradecía profundamente porque me agobiaba empezar en un sitio nuevo otra vez. En Portland no había encajado y me había resultado muy difícil conectar con la gente. Quería pensar que era un hecho aislado, pero me daba terror comprobar que aquí me ocurriría lo mismo. Temía el momento de empezar el cuarto curso y que la gente ya tuviese su grupo de amigos hecho y que por esa razón no quisieran integrar a nadie más.

Un tipo enorme y trajeado nos avisó de que era nuestro turno para pagar la entrada al local. El precio era bastante barato y, además, incluía una consumición. Con toda seguridad esa sería una de las razones principales por las que se había vuelto tan popular, eso y la buenísima música que ponían. Cuando entramos me chocó ver lo mucho que había cambiado el sitio. La barra estaba llena de bebidas y de gente a su alrededor brindando con chupitos mientras reían sin parar y se movían al son de la canción que hacía temblar los altavoces.

El local se dividía en dos zonas, una repleta de mesas para fumar cachimba y otra donde la música sonaba más fuerte para que la gente disfrutara en la pista de baile. En lo alto de esta había una tarima para el *DJ*.

—¿Nos pedimos algo y nos sentamos allí? —preguntó Álex, señalando una zona más alejada en la que poder hablar sin dejarnos la voz.

—¡Claro! Vamos Karina y yo, vosotros coged sitio antes de que nos lo

quiten —propuso Lila, y ambos asentimos al mismo tiempo.

De camino nos cruzamos con varios de nuestros antiguos compañeros de instituto. Fue un reencuentro que me trajo buenos recuerdos y consiguió ponerme de mejor humor. Los animamos a que se sentaran con nosotros para ponernos al día y accedieron encantados. Cuando llegaron Lila y Karina con las consumiciones me sorprendí un poco por lo grandes que eran los vasos. Me senté al lado de Lila, dejando a Dylan a mi derecha.

«Bendito Dylan».

Nos habíamos enrollado de forma esporádica durante los últimos cursos de instituto, pero nunca llegó a surgir nada serio. Simplemente no éramos compatibles, aunque eso no importaba cuando lo que se nos daba bien era satisfacernos mutuamente en otros sentidos. Gracias a él descubrí muchas cosas sobre mí misma y sobre la sexualidad. Siempre habíamos dejado claras cuáles eran nuestras intenciones, por lo que nunca hubo malentendidos ni confusiones. Gracias a eso habían pasado los años y seguíamos manteniendo una buena relación. El rato que habíamos estado hablando mientras bebíamos había sido entretenido y me lo estaba pasando bien.

—Bueno… ¿Y qué tal por tu antigua universidad? —me preguntó mirándome con más intensidad—. ¿Conociste a mucha gente?

Lo último que me apetecía era relatar el fracaso que había sido mi vida en Portland, así que salí por la tangente y cambié de tema antes de que fuera demasiado tarde.

—Si lo que quieres preguntarme es si tengo pareja: no, estoy sola.

—Vaya… Veo que no has cambiado nada, Aria —pronunció mi nombre lentamente, mirándome a los labios de forma descarada.

—Lo único que tengo claro es que paso de los compromisos.

—Ya somos dos.

La conversación se vio interrumpida cuando gritaron a toda voz que tocaba una ronda de chupitos. Nos levantamos en seguida para dirigirnos a la barra y durante el trayecto noté como Dylan se pegaba a mí todo lo que podía. Como no acostumbraba a beber, el alcohol comenzaba a pasar factura y empecé a sentir ese puntillo de felicidad.

—¡Vamos a brindar por la vuelta de Aria! —chilló Karina con un tono que delataba por completo que a ella también le estaba subiendo el ron.

Todos levantamos nuestros chupitos y brindamos, riéndonos. Repetimos la escena un par de veces y en ese momento decidí que ya no

bebería más durante el resto de la noche. No cuando mis sentidos se nublaron y la piel me hormigueó con la inquietante sensación de sentirme observada.

—Eh, ¡chicas! —gritó Álex para que pudiéramos escucharle por encima de la música—. ¡Mirad quién ha venido!

Detrás de él se hizo paso un chico con una camisa de flores y rizos descontrolados, y por el rostro iluminado de Álex supuse que tenía que ser «el chico» del que nos había hablado en la cola del *pub*.

—Hola, soy Rubén —se presentó algo tímido y nos dio dos besos a todas. Por su gesto y su nombre imaginé que tenía orígenes españoles—. Me ha dicho Álex que vas a continuar estudiando Periodismo en mi universidad. Iremos a la misma clase, así que nos veremos mucho —dijo con una cálida sonrisa en los labios.

Aproveché que el líquido que fluía por mis venas diluía, en parte, las inseguridades que desde Portland me invadían cada vez que conocía a gente nueva y esbocé una pequeña sonrisa.

—Sí, estoy muy emocionada y aterrada por empezar en un sitio nuevo. Pero me alivia un poco saber que el primer día de clase al menos veré una cara conocida.

—No te preocupes por eso, la gente es superagradable.

—Qué majo eres —pensé, sintiendo esperanza por lo bien que podría ir todo a partir de ahora si seguía encontrándome con gente tan agradable como él. Espera, ¿lo había dicho en voz alta?

Mierda, con lo bien que estaba yendo la conversación.

—Vaya… Gracias. Tú también —respondió, algo sorprendido por el repentino halago, sus mejillas incluso se sonrojaron.

Miré de reojo a Álex, quien comprendió de inmediato mi llamada interna de auxilio.

—¿Qué os parece si dejamos la charla para otro momento y vamos a bailar un rato? —propuso mientras tiraba de la mano de Rubén.

Todas asentimos y nos abrimos paso entre el cúmulo de jóvenes que ya saltaban más achispados al ritmo de la música. Me fue difícil no castigarme por meter la pata y soltar un comentario que con toda probabilidad él ya habría olvidado y que yo seguiría recordando cuando volviera a verlo.

El alcohol intensificó cada sensación sobre mi piel y casi sin darme cuenta

me vi envuelta en un mar de cuerpos que bailaban y saltaban cantando a toda voz el temazo que estaba sonando. Había perdido la noción del tiempo. Bailé, bailé muchísimo, olvidándome de todo y sintiéndome, por primera vez en mucho tiempo, libre de todos los pensamientos que me asfixiaban a diario. La melodía cambió a una mucho más *sexy*. Moví las caderas en círculos, marcando el ritmo, primero rápido y después bajando la velocidad. Me dejé llevar hasta que noté cómo unas manos calientes se posaban en mi cintura.

Me di la vuelta sobresaltada y me relajé cuando me encontré a Dylan comiéndome con la mirada. Le di la espalda y seguí bailando, algo más temblorosa, pero expectante.

¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar? ¿Y yo?

Me cogió fuerte de las caderas y me atrajo hasta él, siguiendo mis movimientos con una necesidad que comenzó a parecerme demasiado intensa. Esperaba dejarme llevar y sentirme deseada, pero ocurrió justo lo contrario. Cuando una de sus manos ascendió hasta quedar peligrosamente cerca de mi pecho, mi incomodidad pasó a resultar desagradable. No podía ni quería forzarme a un deseo que al final, no había sentido. Me era imposible ignorar el sentimiento de desconfianza que me cegaba desde aquel momento en que cambió todo para mí.

Cuando fui a apartarme, como si un imán atrajera mi mirada hacia un punto exacto entre la multitud, localicé a una figura que me observaba. Tenía que ser una broma.

¿Otra vez *él*?

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 4

El chico desconocido de esa misma tarde estaba apoyado de forma perezosa en la pared. Me miraba fijamente mientras sacaba de su bolsillo lo que parecía ser un cigarrillo. Entrecerré los ojos y atisbé que llevaba la misma ropa que hacía unas horas cuando me había salvado de morir atropellada. Todo en él parecía oscuro, y por un momento temí que se fundiera con las sombras y desapareciera. Dylan me dijo algo en el oído, pero no le presté atención ya que seguía observando al desconocido, esperando su próximo movimiento.

¿Acaso iba a quedarse todo el tiempo así? ¿Qué pretendía con eso? ¿Intimidarme?

Dylan me apretó con más fuerza y eso hizo que saliera del trance en el que me había sumergido. Rompí el contacto visual con el chico y me concentré en mi acompañante, quien, cansado de que ya no le siguiera el juego, me cogió del brazo y de un tirón me dio la vuelta.

—¿Aria? —preguntó con impaciencia.

Me zafé de su agarre.

—Lo siento, tengo que irme un momento, si preguntan por mí diles que estoy fuera tomando el aire. —Asintió sorprendido, y con una expresión malhumorada se fue.

Tampoco es que esperara una despedida emotiva por su parte.

Me desplacé hacia la pared desde donde el desconocido me estaba mirando, pero había desaparecido. Mierda. Entonces recordé el cigarro que se había sacado para fumar e intuí dónde podría estar. Empujé a más de una persona para abrirme paso, eran las dos y media de la madrugada y el local seguía tan lleno como cuando llegamos, incluso más. Notaba mi cuerpo

algo sudado por haber estado bailando y por el calor que flotaba en el ambiente. Imaginaba que el alcohol tampoco ayudaba demasiado, aunque ya no me sentía mareada.

Una vez salí, anduve por la entrada del recinto intentando encontrar al misterioso chico y, de paso, todas las respuestas que necesitaba. Pero no lo encontré.

Él me encontró a mí.

En ese momento no tenía ni idea de todas las veces que se repetiría aquello.

—¿Me buscabas? —dijo, apoyado una vez más en la pared. Me di cuenta de que no estaba fumando, ¿habría sacado el cigarro para darme una pista de hacia dónde se dirigía?

Imposible, aquello sería demasiado rebuscado.

—Eso tendría que preguntarte yo a ti.

—¿Y yo por qué querría buscarte *a ti*? —Las comisuras de sus labios se elevaron formando una sonrisa torcida. Su tono marcado por el desinterés me descolocó, pero eso no me hizo titubear.

—Porque me estabas mirando y sabes mi nombre. ¿Cómo sabes quién soy? —pregunté sin andarme con rodeos y haciéndome la tonta. De esa forma descubriría si la historia que me habían contado mis amigos era verdad. Me sentía un poco mal por ponerles en duda, pero… los conocía desde que éramos pequeños y sus reacciones al hablarles de este chico habían sido sospechosas.

—Has vivido aquí durante muchos años —respondió, encogiendo los hombros.

—Pero tú no —aventuré.

—No, pero llevo aquí ya un tiempo y…

—¿Vas a clases de defensa personal? —lo interrumpí, impaciente, y su gesto de confusión fue tan revelador que ya no necesité su respuesta.

—¿A qué viene eso? —Frunció el ceño—. Si lo dices por mi cuerpo, entreno por mi cuenta. Aunque bueno, según tú soy una especie de superhéroe con poderes ocultos, así que no sabría bien qué contestarte a eso.

—Ya, ¿sabes lo que también podrías entrenar?

—Sorpréndeme. —Su mirada se oscureció y se tiñó de diversión.

—Tu humildad. O al menos podrías fingir que tienes.

—¿Ves? Por eso adoro Haven Lake. Sus habitantes son muy…

interesantes. —Su voz se deslizó melódica por mi piel conforme sus ojos recorrían cada centímetro de mi cuerpo. Me sentí expuesta y mis manos empezaron a sudar a causa de los nervios—. Y, además, tienen talentos increíbles.

—Ah, ¿sí? —no pude evitar preguntar y él asintió con un movimiento lento de cabeza.

—Cantan de maravilla. —Y conforme lo dijo mis mejillas se tiñeron de rabia.

Él soltó una breve y ronca carcajada.

—¡Para de burlarte de mí! Mira, no sabía que iba a aparecer de repente un tío con una capucha negra intentando parecer supermisterioso.

—¿Estás hablando de mí?

—Ya sabes que sí.

—¿Y he conseguido parecer misterioso?

«Pues sí, pero ni de lejos voy a darte el placer de admitirlo».

—Pues no, lo único que consigues es parecer un rarito o un cliché con patas. Estoy *deseando* llegar a la parte en la que hablas de los demonios internos que te hacen huir del amor. —Su expresión dejaba claro que estaba disfrutando de la situación y eso hizo que me entraran ganas de estamparle mi puño en la cara. Quizás así se le quitaría esa sonrisita estúpida que permanecía casi constante en su rostro.

—¿Por qué de repente me miras como si quisieras matarme?

«¿Porque quiero hacerlo?», pensé con ironía.

—Solo quiero que me digas por qué sabes mi nombre y por qué mis amigos me han contado una mentira sobre eso. Si me lo dices, prometo dejarte en paz.

Pegué un respingo cuando de repente dio un paso hacia mí.

—¿Y si no quiero que me dejes en paz? —dijo, bajando la voz.

Se acercó más y dejé de respirar. Su cercanía me robó el aliento.

—Me da igual lo que tú quieras —conseguí decir.

—¿Eres tan poco considerada siempre? Intuyo que sí porque el baile que estabas compartiendo con ese chaval no ha tenido un final muy afortunado. Al menos para él.

—¿Por qué piensas eso? —pregunté a la defensiva, poniéndome roja al pensar que había visto la escena que había compartido con Dylan.

—Porque estás aquí. —Y entonces volvió a sonreír de lado.

—Dime cómo te llamas —exigí, y mi expresión se endureció.

Sentí los segundos alargarse mientras esperaba a que al menos me dijera eso. Sería la primera vez que escuchaba su nombre y en ese instante no tenía ni idea de hasta qué punto la unión de aquellas letras perseguiría cada uno de mis pensamientos.

—Killian —contestó, y no pude evitar mirar sus labios mientras pronunciaban su nombre. Él se dio cuenta y miró los míos. Consiguió acelerar aún más mi respiración y me estremecí.

Las palabras se quedaron atascadas en mi garganta al escuchar que alguien me llamaba. Me giré para ver a mis amigos saliendo del pub y cuando me volví para seguir hablando con Killian, ya era demasiado tarde. Solté un gruñido de frustración.

«¡¿Puede parar de desaparecer así?!».

—¿Qué haces aquí tú sola? —me preguntó Karina, dirigiéndose hacia mí con pasos temblorosos.

—Estoy intentando averiguar por qué mis amigos me han mentido —mascullé, cruzándome de brazos. No entendía nada y estaba enfadada. Muy enfadada. ¿Por qué sabían quién era Killian y no me lo querían decir? Tenía que haber algo más.

Vi una sombra girar por la esquina y una corazonada me invadió. Tenía que ser él.

Tomé una decisión impulsiva. Me aparté de mis amigos, que me miraban con preocupación y avancé con determinación hacia el que creía que era Killian. Suspiré aliviada al distinguirlo con claridad. Era él.

Más tarde reflexionaría sobre tomar una decisión tan imprudente como era la de perseguir a un desconocido a las tres de la mañana por las calles desiertas, pero en esos instantes me daba completamente igual. Sabía qué tenía que hacer y lo haría, esta vez sí.

Llevaba unos minutos escondiéndome entre las sombras mientras trataba de no perderle de vista por las calles estrechas, cuando un nudo se asentó en la boca de mi estómago. La zona cada vez me resultaba más inquietantemente familiar.

Me había quitado los tacones para hacer el menor ruido posible y estaba segura de que mis pies protestarían cuando el dolor por clavarme las piedras del suelo comenzara a pasarme factura. Killian continuaba su camino sin prisa, con las manos en los bolsillos y sin parar de mirar al frente. Andaba de forma elegante y sensual, como si la calle o incluso el pueblo le pertenecieran. Una combinación que captaría la atención de

cualquiera en su sano juicio.

Empecé a ponerme cada vez más histérica conforme me iba acercando a aquel sitio que conocía como la palma de mi mano. No podía tener tan mala suerte de que fuera mi nuevo vecino. Cuando giró y entró en el jardín me quedé sin respiración. Di unos pasos apresurados para poder verlo mejor y cuando lo hice sentí cómo mi cuerpo se paralizaba por completo.

¿Qué tipo de sustancia me habían echado en la copa para alucinar de esta manera?

Killian sacó de su bolsillo una llave y se dispuso a abrir la puerta de mi casa.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 5

Me quedé inmóvil, sin saber muy bien cómo reaccionar. Tenía que estar, como mínimo, drogada. Una tormenta de emociones comenzó a crecer en mi interior. La confusión nubló mis sentidos, mezclándose con la rabia. Avancé furiosa hasta la puerta y toqué al timbre tantas veces como pude. Podría haber entrado con mi llave, pero pasaba de encontrarme una escena que me traumara de por vida, y es que mi principal teoría era que Killian se estaba acostando con mi madre. No podía creer que estuviera saliendo con un chico de mi edad, y encima con uno *tan* atractivo. Todo esto era surrealista, pero no se me ocurría una mejor explicación.

La puerta se abrió y apareció Killian con un gesto de asombro. ¿Acaso era tan ingenuo como para pensar que nunca me enteraría?

—Buenas noches, Killian —pronuncié su nombre con retintín y disfruté de su desconcierto—. ¿O debería llamarte *papi*?

Ardió fuego dentro de mí cuando, tras unos segundos de silencio, soltó una carcajada incrédula.

—¿*Papi*? —dijo, bajando las pocas escaleras que nos separaban. Di marcha atrás para seguir manteniendo cierta distancia entre nosotros—. Esa es la última palabra que deberías usar para dirigirte a mí.

—¿Qué opinas de «gilipollas pervertido»? —Sonreí con ironía—. Como ves, estoy abierta a otras propuestas.

—Prefiero que me llames «el chico más increíblemente atractivo que he conocido nunca», si no es mucha molestia, claro —contestó con una sonrisa encantadora.

—¡Cállate! ¿¡Qué haces acostándote con mi madre!? ¿Acaso estás pirado?

—Mira, entiendo que estés muy enfadada y confundida, pero no me estoy acostando con tu madre —se defendió como si aquello fuese algo obvio.

—¿Y por qué tienes una llave de mi casa? —pregunté, y solté una exclamación de sorpresa al empezar a unir más piezas. Los pasos en la planta de abajo y los golpes en la habitación de invitados. Tenía que ser él quien los había provocado. ¿Y si había robado la llave tras colarse por la ventana? Quizás era un experto ladrón que estaba aprovechando que mi madre dormía para entrar a robar como si nada. Cogí lo más rápido que pude el rastrillo apoyado al lado de las muchas macetas que decoraban el jardín. Le apunté directamente con él.

Su expresión cada vez se volvía más divertida y mis ganas de partirle la cara aumentaban a un ritmo peligroso.

—¿Qué se supone que vas a hacer con eso? —Alzó una ceja con suficiencia.

—Te sorprendería —contesté, segura de mí misma. Él no sabía que llevaba años yendo a clases de defensa personal. Era mi as en la manga y no pensaba desaprovecharlo—. Podría derribarte o simplemente quitarte esa sonrisa estúpida de la cara. Estoy pensando cuál de las dos opciones me hace más feliz.

—Es difícil estar serio mientras me amenazas con un rastrillo como si fuera una superarma —contestó y noté como empezaba a ponerse un poco nervioso por la situación—. Aria, no soy ningún ladrón —añadió, y sus palabras sonaron sinceras. Dudé porque en realidad si quisiera hacerme daño o fuera mala persona no habría arriesgado su vida esa misma mañana para salvarme, ¿no?

Dios, iba a volverme loca.

—Solo necesito saber qué está pasando. —Mi tono de voz perdió fuerza al sentir el efecto de todo el cansancio acumulado.

Fruncí el ceño al ver que la mirada de Killian se suavizó cuando se acercó a mí y puso una mano en el palo del rastrillo, bajándolo con suavidad. Lo dejé en el suelo dando mi brazo a torcer cuando sentí que al fin iba a dejarse de jueguecitos e iba a hablarme con honestidad.

—Sé que no tienes por qué confiar en mí, yo de ti tampoco lo haría. —Se encogió de hombros—. Pero te puedo asegurar que no tengo nada con tu madre, no me va ese rollo.

Al escuchar sus palabras solté un suspiro de alivio. No sé muy bien por

qué, pero le creí.

—Tienes que hablar con ella. Te contará todo lo que necesites saber.

Atisbé una chispa de culpa antes de que apartara su vista y se dispusiera a entrar de nuevo, como si fuera lo normal para él. Tenía ganas de llorar.

—Dile que la espero aquí.

—Está bien. —Y antes de marcharse, añadió—: Tu madre te quiere, Aria, no dejes que esto os destruya.

Me senté en el balancín y me abracé las rodillas. Estaba tan enfadada por la situación que temblaba de ira y por más lento que me obligara a respirar, no podía deshacerme del dolor que sentía. No me di cuenta del momento exacto en el que mi madre salió de casa para sentarse junto a mí. No tenía ganas ni de mirarla.

—Aria… No quería que te enteraras así.

Alcé la vista y la vi realmente preocupada.

—¿Y cómo querías que me enterara si no me cuentas lo que pasa? —le reproché.

En ese mismo instante recordé el mensaje que me había mandado por la tarde, avisándome de que tenía que hablar conmigo.

«Tarde para eso, mamá».

—Se suponía que no ibas a volver —soltó con sinceridad, y fue como una puñalada en el pecho—. Llegaste por sorpresa y no supe cómo decírtelo.

—¿Te he jodido los planes? —respondí, aguantando con todas mis fuerzas las lágrimas. Al instante me cogió las manos y yo luché por controlar el impulso de apartarme de ella.

—Cariño, estoy muy feliz de tenerte conmigo, pero no sé cómo explicarte todo sin que me odies —habló con hilo de voz.

—Hazlo y ya —insistí, y soltó un suspiro de resignación.

Tardó lo que me parecieron horas en volver a hablar.

—Killian y Eric son hijos de una antigua amiga del instituto. Murió en un accidente y no tenían a dónde ir, por eso les estoy ayudando hasta que Killian reúna el dinero suficiente para cuidar y mantener a su hermano. Eric solo tiene cinco años… —Me quedé con la boca abierta porque lo último que me esperaba era eso. Al instante me sentí mal por cómo había tratado a

Killian, seguramente mi madre le habría hecho prometer que no me contaría nada hasta que ella lo hiciera.

—¿Hace cuánto están aquí? ¿Y papá lo sabe?

—Llegaron hace más o menos un año y no, tu padre no sabe nada. —Al escuchar sus palabras me levanté, rompiendo el contacto de nuestras manos y dejando a un segundo plano el alivio al saber que mi padre no me había mentido.

—¡¿Llevas ocultándomelo un año entero?! ¿Por qué? —grité, incrédula, experimentando el sabor amargo de la traición.

Un sabor que comenzaba a resultarme demasiado familiar.

—Aria, cariño, te habías ido lejos porque no tenía el dinero suficiente para pagarte los estudios. Me aterraba pensar que te pudieras enfadar al ver que estaba cuidando de ellos.

—¿En serio crees que no me iba a enterar nunca? ¡La gente del pueblo lo tiene que saber!

—Nadie lo sabe. Solo Karina, que descubrió a Killian entrando en casa. Cuando me preguntó, le pedí que no te lo contara hasta que yo lo hiciera. —Bajó la cabeza mientras se retorcía los dedos—. No te enfades con ellos, les dije que era lo mejor para ti.

—Te equivocas, ¡era lo mejor para ti! Los manipulaste. ¿Tanto te importa lo que piense la gente?

—Hay muchas cosas que no sabes. —Alzó la mirada y esta vez tenía un brillo de determinación que me confundió.

—¡Pues cuéntamelas!

—Lo siento, Aria, no puedo. Tendrás que confiar en mí y pensar que todo lo que hago es por tu bien.

—Lo siento, mamá, yo tampoco puedo. —Y se me escapó una lágrima que limpié con rapidez.

Me concentré en relajarme al sentir cómo la ansiedad comenzaba a oprimirme el pecho y la garganta. Llevaba meses trabajando en controlarla, pero en situaciones críticas mi cuerpo siempre reaccionaba con ese maldito mecanismo de defensa. Me agotaba ser mi propia enemiga.

—Mañana seguiremos hablando con más tranquilidad. Ahora deberías descansar, ha sido un día muy largo.

—Me voy a quedar aquí un rato —le dije con voz queda.

Tras unos segundos en los que no hizo nada salvo observarme, se marchó. Dejó la puerta medio abierta para que pudiese entrar, pero lo cierto

es que no me apetecía. Estaba teniendo un comportamiento infantil quedándome ahí afuera, pero de alguna forma sentía que si entraba habría aceptado la situación muy rápido. No podía entender las razones que me había dado para ocultarme algo así. Aunque después de su explicación muchas otras piezas sí comenzaban a encajar, como sus llamadas poco frecuentes o sus negativas a que yo viniera a visitarla al pueblo. Siempre se inventaba cualquier excusa que en su momento sonaba muy convincente.

Nunca hubiera imaginado que la razón de su distanciamiento durante el último año sería que estuviera cuidando a dos personas. ¿Por eso ya no tenía apenas tiempo para mí? Cuando una sensación de profunda tristeza me invadió, comprendí que si lo quería ocultar era porque en el fondo era consciente de que estaba dejando de lado a su hija, que no estaba repartiendo su cariño y atención por igual. Por eso se sentía mal. Yo nunca me hubiera enfadado al saber que estaba acogiendo a dos personas que no tenían a dónde ir, me parecía muy generoso por su parte. Lo que realmente me dolía era que lo hubiese escondido y se hubiera dejado de preocupar por mí cuando más la había necesitado. Ni si quiera sabía cómo iba a encajar más mentiras.

Paseé la mirada por el jardín. A simple vista, todo parecía igual que cuando me marché; la madera desgastada de los parterres, el banco que prácticamente tenía mi huella y las mismas plantas que crecían, morían y volvían a florecer con el paso de los meses. Todo estaba en su sitio, excepto… Advertí el almendro de poco más de un metro que había nacido en mi ausencia. Las cosas habían cambiado. Y la posibilidad de que ya no encajara en mi hogar se hizo más real que nunca.

Noté cómo el cansancio empezaba a pesar demasiado, haciendo que me tumbara en el balancín y cerrara los ojos. Fue imposible evitar las lágrimas. Tampoco quise retenerlas.

No recuerdo el momento exacto en el que caí dormida, lo único que recuerdo fue la vaga imagen de una sombra acercándose a mí y la calidez de la manta ahuyentando el frío que sentía. Estaba tan adormilada que no supe con seguridad si estaba soñando hasta que al día siguiente me levanté completamente arropada.

Me desperecé, estirando los músculos que se habían quedado engarrotados por dormir en una mala postura. Suspiré y cerré los ojos, permitiéndome

disfrutar durante unos segundos de los primeros rayos del sol. No me gustaba retrasar lo inevitable así que cogí mi móvil antes de entrar en casa para afrontar todo lo que había ocurrido la noche anterior. Mis ojos se agrandaron al desbloquear la pantalla y ver cómo se iluminaba con la entrada de una serie interminable de notificaciones y llamadas perdidas.

«¿Dónde estás?».

«¿Estás bien? Podemos explicártelo, no te enfades».

«¿Por qué no coges el teléfono?».

«Contesta, por favor, estamos muy preocupados».

«Nos ha avisado tu madre de que estás en casa, sentimos haberte mentido».

Guardé el aparato en el bolsillo trasero de mi falda mientras apretaba los dientes. No tenía estómago para contestar, me dolía que me hubieran mentido y más cuando sabían lo importante que era para mí la sinceridad. No me gustaba hacer sentir mal a las personas que me importaban, pero estaba muy cabreada y no podía fingir lo contrario. Una vez entré en casa me dirigí al baño para hacer mis necesidades y ducharme. Puse el agua caliente para destensar mis músculos y conseguir ordenar mis pensamientos. Tras dejar de sentirme un desecho humano, me enrollé en una toalla y dejé caer en mi espalda el pelo mojado para que se secara al aire. Mi intención era ir hacia mi habitación para cambiarme y continuar descansando un rato, pero unas voces que provenían de la habitación de enfrente me frenaron.

Avancé hacia la puerta con cuidado de que nadie se percatara de mi presencia. Reconocí la voz de mi madre, pero la otra no la había escuchado nunca. Supuse que pertenecería a Eric, el hermano pequeño de Killian. No estaba bien escuchar conversaciones ajenas, pero tampoco estaba bien engañar, y una parte de mí tenía que cerciorarse de que todo lo que me había contado mi madre esta vez *sí* era cierto.

—Tengo miedo, Nora. ¿Qué va a pasar con Killian? Ya queda menos… —dijo una vocecita aguda y tierna. Parecía asustado.

—Tranquilo, corazón. No os va a pasar nada malo ni a ti ni a tu hermano, estoy aquí para cuidaros y protegeros.

—Pero yo no quiero que se vaya como mamá. —Su tono triste me estrujó el corazón—. ¿Y mi abuela? La echo de menos…

Al escuchar sus palabras, me alegré de que hubieran encontrado a mi madre y de que al menos tuvieran a alguien en quién apoyarse. Aunque

tampoco sabía qué tipo de relación tenía Killian con ella. Además, si tenían una abuela, ¿por qué no se habían quedado con ella?

—No se irá para siempre —se limitó a decir mi madre.

No pude escuchar la respuesta de Eric porque algo extraño rozó mi pierna y solté un grito tan fuerte que tuve que despertar —como mínimo— a toda la manzana. Asustada, corrí para alejarme de aquello que se había movido detrás de mí. No paré hasta que choqué con un fuerte pecho que desprendía un olor embriagador. Una mezcla de cítricos, menta y *aftershave* que le nublaría el juicio a cualquiera. Me sujetó de los hombros para que no perdiera el equilibrio y alcé la vista para ver cómo me observaba de arriba abajo con una expresión de desconcierto y algo más que no supe descifrar. Durante unos segundos, me perdí en la sensación de su piel contra la mía; su agarre era firme y cálido. Un escalofrío me recorrió la columna.

«Mierda, solo llevo una mísera toalla».

—Ayer, apuntándome con un rastrillo dispuesta a matarme y hoy, huyendo de un gatito. ¿Sabes que así es imposible tomarte en serio? —me dijo con una sonrisa perezosa mientras se apartaba de mí.

Solté un gruñido, lo que elevó más las comisuras de su boca.

Molesta, me di la vuelta y pude ver a mi madre asomándose desde la puerta junto con un niño. El pequeño sostenía en sus brazos a un gato negro que tenía la cola erizada, seguramente por el susto que le había dado. Deslicé mi vista hacia Eric, era muy mono; vestía con un pijama de dibujos animados y me miraba con curiosidad. Sus rasgos se parecían a los de Killian, pero su pelo era castaño, al igual que sus ojos.

—¡Por Dios, Aria! Qué susto nos has dado —me reprendió mi madre, y la miré con desagrado.

—Si me hubieses contado que iba a convivir con un gato además de con dos personas nuevas, esto no habría pasado —protesté, y Killian soltó un silbido por detrás mientras contemplaba con interés la escena. No sé por qué, pero en ese momento me acordé del ruido extraño que había escuchado ayer y supuse que habría sido el gato arañando algo. Mi madre lo había tenido que encerrar para evitar que hiciera preguntas. Otro misterio resuelto.

—Se llama Trece —susurró Eric alzando con todas sus fuerzas al gato para mostrármelo. Al instante una oleada de vergüenza me recorrió. Había gritado por un gato medio desnuda delante de un niño. Relajé mi expresión y le dirigí una sonrisa conforme me acercaba a él y me agachaba para estar

a su altura.

—Tienes un gato muy bonito. ¿Cómo te llamas? Yo soy Aria. —Levanté mi mano para que me la estrechara.

—Yo soy Eric Carter. —Soltó al gato de golpe para poder darme su manita.

—Bueno, ya os conocéis todos —anunció mi madre evitando que se formara un silencio incómodo—. Por cierto, ¿dónde conociste tú a Killian?

—Nos hemos cruzado un par de veces por el pueblo —le dije obviando la verdad. Quería que esta conversación se acabara cuanto antes para poder irme a mi habitación.

Killian no me contradijo y, aunque mi madre no parecía demasiado convencida, se encogió de hombros en vez de indagar.

—En diez minutos os quiero a todos en la cocina, hoy toca mañana de tortitas.

Eric lo celebró por todo lo alto y yo me tomé sus palabras como una clara señal para poder irme a mi habitación sin que pareciera demasiado obvio que estaba huyendo. Justo cuando me fui a dar la vuelta mi mirada se vio atraída como un imán hacia Killian. Me observaba sin reparo alguno, con el pelo despeinado de recién levantado y esa postura de perdonavidas que me hacía querer poner los ojos en blanco. Me guiñó un ojo antes de marcharse hacia el otro extremo del pasillo. Hice una mueca de burla a sus espaldas y me dirigí a mi habitación.

Cuando por fin entré, cerré la puerta y me dejé caer sobre la cama con pesadez.

Bien, ahora ya podía morirme de la vergüenza tranquilamente.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 6

Por el olor a café intuí que mi madre y Killian ya estaban preparando el desayuno. Inspiré profundamente y comencé a bajar las escaleras, y digo comencé porque mis pies, como si tuvieran vida propia, se negaron a avanzar. A ojos ajenos, la escena que se desarrollaba en la cocina no sería de gran interés: una mujer exprimiendo naranjas mientras que el que podría ser su hijo mayor le daba la vuelta a las tortitas y el pequeño veía dibujos animados en el sofá, todo en un agradable y cómodo silencio que resaltaba la familiaridad del momento. Sin embargo, para mí aquella imagen fue como un fuerte y doloroso empujón que me hizo chocar de lleno con la realidad. Me quedé ahí, como un fantasma que no teme ser descubierto.

—¡Nora! ¡Nora! —la llamó Eric mientras corría hasta la cocina.

—¡No andes descalzo! Vas a conseguir ponerte malo y que ya no podamos ir a tu parque favorito —le regañó con una sonrisa cariñosa.

Killian, que había cogido el móvil y estaba escribiendo algo con gesto preocupado, levantó la vista.

—Ven aquí, renacuajo. —Forzando una sonrisa lo cogió como si fuera un saco de patatas. Se dirigió al salón para que se pusiera sus zapatillas mientras Eric pataleaba intentando zafarse.

—¡Eh, bájame! Noraaaaa, ¡dile que me deje!

—Killian… Ya sabes que odia que le hagas eso.

—Con más razón entonces. —Le dirigió una sonrisa traviesa mientras Eric le sacaba la lengua.

Me mordí el labio como si así pudiera contener la tristeza que me oprimía el pecho. Todo el peso de lo que había pasado caía sin control y por mucho que quisiera contenerlo se escurría entre mis manos como si de agua

se tratase. Mi madre había dejado de comportarse como tal y me había mentido durante un año entero. Probablemente era una mala persona por desear que todo fuera como antes. Ellos lo tenían que haber pasado fatal por la pérdida de su madre y yo encima tenía las narices de quejarme. Pero yo también sentía que había perdido mi hogar. Había tenido la estúpida esperanza de que Haven Lake volvería a serlo, pero ya no estaba tan segura y eso me hacía sentir como un pajarillo volando sin rumbo. Perdido. Frágil.

No sería capaz de sentarme en esa mesa y desayunar como si nada.

—Me tengo que ir, lo siento. Karina necesita mi ayuda —mentí, y no esperé a que me contestaran.

Cogí las llaves y salí de allí lo más rápido que pude.

Lo único que ansiaba era encontrar mi vieja bicicleta —esperaba que siguiera en el trastero y que los frenos no estuvieran demasiado oxidados— y pedalear hasta que el cansancio pesara más que los pensamientos que me asfixiaban.

Y eso fue lo que hice.

Tomé una bocanada de aire conforme bajaba a toda velocidad por la cuesta que me adentraría en el bosque. La furia del viento sobre mi cuerpo era casi terapéutica. Llevaba demasiado tiempo sin experimentar esa sensación de libertad que te invade al dejarte llevar sin ningún rumbo fijo. El bajo de mi vestido lila se sacudía conforme pasaba sobre cada piedra del camino. Una buena metáfora de cómo había sido mi vida los últimos años. Los árboles altos y robustos me rodearon conforme avanzaba por el sendero que conducía hasta el lago de Haven Lake. Era un espacio natural precioso que solo un pueblo perdido entre la naturaleza era capaz de esconder. Sin saber muy bien cómo, siempre que estaba agobiada acababa allí.

Todavía recordaba sus palabras como si las acabara de pronunciar.

«Hay muchas cosas que no sabes, Aria».

«Lo siento, no puedo. Tendrás que confiar en mí y pensar que todo lo que hago es por tu bien».

Si de verdad creía que me iba a conformar con eso es que me conocía bien poco.

Una vez llegué al lago dejé la bici apoyada en un árbol y me dirigí hacia el extremo del muelle de madera. Me senté en él y perdí la noción del tiempo entre pensamientos, respiraciones aceleradas tras recordar la mirada de Killian sobre mi cuerpo y heridas que aún escocían.

Comprendí que cuando el dolor forma parte de ti es difícil dejarlo

atrás, por mucho que pedalees hasta el lugar más recóndito del planeta.

No puedes deshacerte de tu propia piel así sin más.

Solo puedes esperar a que se cure y aprender a vivir con una bonita cicatriz.

Álex me había vuelto a escribir, esta vez para decirme que su madre —que trabajaba como administrativa en la universidad— nos había conseguido una entrevista para una de las fraternidades. Buscaban refuerzos para organizar la fiesta de fin de verano, que al parecer era una de las más importantes para el inicio de curso y, como necesitaba el dinero, no dudé en aceptar. Me lo tomé como una señal para regresar a casa, puesto que era al día siguiente y no causaría muy buena impresión si mis ojeras me hacían parecer un mapache.

La vuelta se me hizo *muy* pesada ya que mi cuerpo me pedía a gritos tirarme en la cama, aún me duraban los efectos de la resaca y la falta de horas de sueño tampoco ayudaba demasiado. Tras dejar la bici en el trastero, entré en casa. El salón estaba totalmente vacío, por lo que me asomé a la cocina para ver si había alguien. Nada. Por último, me dirigí hacia las escaleras y elevé la voz.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Acudiendo a mi llamada, apareció Trece por las escaleras y bajó hasta mí para restregarse de forma cariñosa entre mis piernas. Lo cogí en brazos y le acaricié la cabeza mientras ronroneaba. Después de comprobar que la casa estaba vacía, subí a mi habitación y no tardé ni tres segundos en dejarme caer sobre la cama. Poco me importó que fueran las ocho de la tarde, el rugido de mis tripas o que el vestido se me hubiera manchado de barro. Me acurruqué y mis ojos se cerraron de forma automática.

Algo me despertó horas después.

El crujido de una puerta cerrándose, pero ¿qué hora era? Miré el reloj: las tres de la mañana. Me levanté de súbito al escuchar unos pasos que iban alejándose cada vez más. El sonido fue perdiendo intensidad hasta que desapareció.

Decidí echar un ojo y de paso llevarme algo al estómago, que me dolía por la falta de comida. Salí de mi cuarto y me incliné por el hueco de las escaleras con cautela, temiendo encontrarme a Killian en la cocina. No me apetecía verlo después de cómo había jugado conmigo. Sin embargo,

descubrí que la planta de abajo estaba completamente vacía. Un sonido aún más fuerte que el anterior volvió a sobresaltarme, pero esta vez supe identificar a la perfección de dónde provenía.

La puerta principal.

Alguien había salido.

Bajé las escaleras a toda prisa y me asomé a la ventana del salón a tiempo de ver cómo Killian atravesaba el jardín. Iba con un simple chándal y de su espalda colgaba una gran mochila negra. Además de la capucha puesta, que bien podría ser su carta de presentación.

«¿Qué problema tiene con querer parecer misterioso?».

De repente detuvo su paso y se giró hacia mí tan rápido que apenas tuve tiempo de esconderme tras la cortina. Aguanté la respiración.

Dios, había estado a punto de pillarme. ¿A dónde iría a estas horas con esa mochila?

La cabeza empezó a darme vueltas y fue difícil detenerla. No sabía qué pasaba, pero tenía claro que Killian no buscaba solo hacerse el interesante. Ocultaba algo y, aunque quería dejar atrás las paranoias, siempre me había sentido atraída por los misterios sin resolver.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 7

Cuando el sonido estridente de la alarma retumbó por las paredes, yo ya llevaba una hora mirando el techo e imaginando diferentes versiones de mi encuentro con Álex. Con un suspiro pesado me levanté, dejando atrás esos pensamientos y centrándome en la chispa de ilusión que revoloteaba en mi estómago al saber que visitaría mi nueva universidad. Era pequeña después de todo lo que había ocurrido, pero aun así estaba dispuesta a aferrarme a ella.

Tras ponerme un peto vaquero encima de una blusa blanca, me até los cordones de las bambas y comprobé mi estado en el espejo. Usé un pañuelo rojo para apartarme el pelo de la cara y por último me eché colorete en las mejillas. Álex me había dicho que la entrevista era un mero trámite, más bien consistía en una reunión con la líder de la fraternidad Delta Psi en la que nos explicaría cuál sería nuestro trabajo en la fiesta.

Bajé a la cocina dando pequeños saltitos, dejando escapar la energía nerviosa que fluía por mi cuerpo. En cuanto alcé la mirada, bastó un segundo para que mis traicioneros ojos lo encontraran. Pillé a Killian observándome de reojo mientras se preparaba el desayuno en la mesa de la cocina. Llevaba el pelo revuelto y vestía con unas simples bermudas a juego con una camiseta negra que dejaba al descubierto la piel dorada de sus brazos. Y el tatuaje de su cuello, tan *sexy* que resultaba irritante.

—Vaya, alguien se ha levantado de buen humor —apuntó, y por su expresión de suficiencia supe que no le había pasado desapercibido mi escrutinio.

—No tientes a la suerte —respondí, dedicándole una sonrisa de niña buena. Todavía seguía molesta por sus jueguecitos y no olvidaba su extraña

salida de la noche anterior. Cada uno tenía sus movidas, pero salir a las tantas de la madrugada con una mochila rozaba lo turbio.

—¿Y se puede saber qué te tiene tan emocionada? —dijo, y acto seguido le pegó un mordisco gigante a su tostada.

—Tengo una entrevista de trabajo —comenté mientras cogía un vaso para echar el zumo de naranja.

—¿En una granja? —preguntó, y casi creí que su interés era genuino. *Casi.*

—No, ¿qué te hace pensar eso?

—Mírate, parece que vayas directa a meter la mano en el culo de alguna pobre vaca —señaló, haciendo un gesto vago hacia mi atuendo. Puse los ojos en blanco.

—¿Tu objetivo principal es amargarme la existencia?

—Es lo último que querría —respondió con una sonrisa inocente.

—Entonces continúa comiendo y deja de hablarme, ¿vale? Si quieres podemos poner música de fondo para que el silencio incómodo no arruine el desayuno.

Se sentó a la mesa y fingió meditarlo.

—¿Y qué gano yo con eso?

—Yo no me pongo de mala leche por tu culpa y tú te das la oportunidad de conocer mi lado más simpático —le expliqué e imité una de sus sonrisas encantadoras—. Como ves, todo son ventajas.

—¿Y si no me interesa tu lado simpático?

—¿Y si dejas de tocarme las narices?

Me sostuvo la mirada y su media sonrisa se acentuó con un brillo perverso que hizo que me hormigueara la piel.

—Pero ¿qué pasa aquí? —La voz de mi madre nos interrumpió y, aunque en esos momentos no era mi persona favorita me alegré de su repentina aparición—. ¿Vas a algún sitio? —añadió en mi dirección.

—Tengo una entrevista de trabajo en la universidad, he quedado allí con Álex.

Me miró extrañada.

—Si necesitas dinero puedes pedírmelo, y sabes que tu padre te dará todo lo que necesites —me recordó, como si pudiera olvidar que mi padre estaba forrado.

—Prefiero tener mi propio dinero —respondí, y percibí de soslayo que Killian me miraba con interés.

—Está bien, entonces mucha suerte con la entrevista —dijo, y percibí sinceridad en sus palabras. Yo me limité a asentir en agradecimiento—. ¿Va todo bien? Me ha parecido escuchar que estabais discutiendo.

—Qué va, simplemente nos estábamos conociendo más —contestó Killian a la vez que continuaba comiendo tan tranquilo.

—Creo que os vais a llevar genial.

Tenía que estar de broma, cualquiera advertiría que eso estaba muy lejos de ser verdad. Pero sus palabras estaban desprovistas de ironía y no añadió nada más mientras iba hacia el cuarto de la lavadora.

Admiraba su optimismo.

—Yo también lo creo —añadió Killian por lo bajo, mirándome con una sonrisa juguetona en los labios.

Mi respuesta fue tanto clara como elegante: le hice un corte de mangas.

Mi propósito no era que su sonrisa se acentuara, pero me dio igual, cogí una de las tostadas que había en la mesa junto con el zumo y salí de la cocina para tomármelo en la mesa del jardín. Después de vaciar mi plato, subí a mi habitación para coger el bolso y me despedí de mi madre y del pequeño Eric, que acababa de aparecer medio dormido con su pijama de superhéroes y un peluche pegado al pecho. Cuando me di la vuelta, choqué con algo sólido.

O más bien contra alguien que se interponía en mi camino.

Unos traviesos ojos grises me observaban y me odié cuando me estremecí, sentía como si miles de chispas recorrieran todo mi cuerpo produciéndome un hormigueo electrizante.

Fue como si su mirada tuviera la capacidad de tocarme. Estábamos muy cerca, tanto que podía ver algunas de las pecas que salpicaban su nariz, la pequeña cicatriz que tenía en la ceja y un lunar pequeño que adornaba sus labios. Él tampoco quitaba sus ojos de mi boca y tuve que hacer un gran esfuerzo por salir del trance tan extraño que se había creado.

—¿Puedes apartarte, *por favor*? Estás en medio —dije a la defensiva, enfadada conmigo misma por las reacciones que provocaba en mí.

Me moví hacia la derecha para abrirme paso, pero él siguió mi dirección con su cuerpo, impidiendo de nuevo que pudiera salir. Volví a intentarlo hacia la izquierda, pero de igual forma, imitó mi movimiento. Resoplé y alzó la mano para poner delante de mí las llaves de un coche. Las agitó, esperando a que dijera algo.

—Tienes un coche —aposté, intentando averiguar qué quería decirme con eso—. ¿Estás esperando a que te aplauda? Porque te prometo que lo haría encantada, pero es que me pillas con un pelín de prisa.

—Estoy esperando a ver cómo te tragas tu orgullo y vienes conmigo a Burlington.

—¿Qué? —Abrí mucho los ojos y la voz me salió algo estrangulada.

—Tengo que ir hacia allí y me pilla de paso dejarte en la universidad. Tú decides. —Se encogió de hombros, dejando claro que en realidad le daba igual mi elección, solo quería verme ceder.

—Prefiero ir en autobús, andando o… —señalé mi peto de granjera— incluso a caballo. Cualquier cosa será más agradable que ir contigo.

—Bueno, nunca has cabalgado conmigo —respondió, bajando la voz y dando un par de pasos hacia mí.

Por mucho que intenté evitarlo, no pude seguir respirando con normalidad. Me crucé de brazos sosteniéndole la mirada y una sonrisa petulante empezó a aparecer en sus labios.

—Ya quisieras tener esa suerte.

Su expresión petulante se transformó en una sonrisa sincera que mostraba una hilera de dientes rectos y bonitos.

—Quizá la afortunada serías tú. —Me guiñó uno de sus ojos grises y no pude evitar contagiarme de su sonrisa. Era la primera que me había dedicado hasta el momento, y me descubrí deseando que volviese a hacerlo. Habíamos bajado la guardia también por primera vez y, por su cambio repentino de actitud, advertí que eso era lo último que entraba en sus planes. Su expresión pasó de estar relajada a tensa e incluso fría.

—¿Quieres que te lleve o no?

Lo miré pensativa mientras una sucesión de imágenes pasaba por mi mente: la infinita cola en el bus, el atasco matutino, niños chillando, el aire impregnado de sudor, gente dándose el lote en la parte de atrás… Cuando quise darme cuenta, se estaba yendo, por lo que tuve que acelerar mis pasos hasta alcanzarlo.

—¡Eh! ¡Espera!

Me hizo un gesto vago para que lo siguiera y, aunque no pude ver su cara, estaba casi segura de que tenía una expresión de satisfacción en el rostro. Lo que sí pude observar fue el resto del tatuaje que adornaba su cuello; su nuca estaba cubierta por la mitad de una estrella y de ella nacía un ala cubierta de plumas que terminaba en su nuez.

Pero… ¿por qué no estaba terminado?

Contemplé la camioneta azul algo escacharrada en la que tendría que viajar durante los próximos veinte minutos. Seguro que había presenciado guerras y acontecimientos vitales para la historia de la humanidad, pero siendo sincera, estaba bien conservada y tenía un toque retro que me gustaba. Desde que salimos de casa, Killian se había mantenido ausente e incluso diría que tenso. ¿Tendría relación con su viaje a la ciudad? Estaba metiéndome donde no me llamaban, pero seguía con la mosca tras la oreja después de su escapada nocturna de la noche anterior.

—Bueno… —dije conforme arrancaba el motor, pero el resto de la frase se quedó suspendida en el aire cuando encendió la radio a todo volumen.

«¿Con qué ahora no quieres hablar, ¿eh?».

Acerqué la mano hasta el botón de apagar y lo pulsé.

Lo volvió a encender.

Lo apagué.

Me miró desconcertado.

—¿Qué haces, Aria? —preguntó, y su voz sonó tan ronca que me distrajo.

O tal vez fue mi nombre en sus labios.

—¿Aria? —volvió a decir, ajeno a la dirección de mis pensamientos.

—¿También estudias en Burlington?

Se centró en la carretera y las líneas de expresión que antes eran duras se relajaron. Era sorprendente cómo de un segundo a otro se olvidó de la tensión para regresar a ese estado de despreocupación y aparente tranquilidad. Todo lo contrario a mí, que a veces salía malparada de muchas situaciones por ser excesivamente transparente.

—No, dejé mis estudios —respondió, y cuando fui a abrir la boca me cortó—. Y aún a riesgo de parecer un sabelotodo me adelanto a tu siguiente pregunta y te digo que lo dejé porque ya no me interesaba esa carrera.

—No pareces un sabelotodo, lo eres —apunté, y no lo negó.

Iba a ahondar más en el tema, pero me contuve al recordar que había perdido a su madre. Puede que esa fuera la razón principal por la que había dejado de estudiar; no tenía dinero y tenía que cuidar a su hermano pequeño. Además, no era quién para ahondar en el dolor de nadie, y mucho

menos en el de un desconocido.

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué estás estudiando? —Su interés parecía real, lo cual me pilló desprevenida.

—¿De verdad te interesa saberlo?

—Claro.

—La última vez que respondí a una de tus preguntas genuinas acabaste diciéndome que tenía pinta de ir a meter las manos en el culo de una vaca.

—Espero que te sientas muy especial, no suelo ser tan simpático con todo el mundo —dijo mientras una sonrisa lenta se formaba en sus labios.

Lo contemplé mientras seguía conduciendo y al cambiar de marcha mis ojos se desplazaron de forma inevitable a sus manos. En su dedo anular y en el pulgar llevaba dos anillos de acero que le daban un aire *sexy*. Estaba acostumbrada a fijarme en las manos de los chicos, y sinceramente las de Killian eran tan grandes que no pude evitar imaginar lo que sería capaz de hacer con ellas. Empecé a sonrojarme yo sola y aparté la mirada cuando me pilló observándolo.

—Quiero ser periodista y me gustaría especializarme en investigación. Siempre me ha interesado estudiar casos antiguos y escarbar hasta resolverlos.

—Genial —dijo irónico, tan bajo que apenas logré escucharlo.

—¿Qué?

—¿Y qué te hizo volver a Haven Lake? —preguntó, haciendo caso omiso a mi expresión ceñuda.

—No me sentía a gusto en Portland.

—¿Y aquí sí? —Y por su tono contemplé la posibilidad de que su pregunta tuviese un doble sentido, quizás haciendo referencia al día anterior, cuando salí prácticamente huyendo de la cocina. Tampoco es que hubiera disimulado demasiado.

—Espero que en algún momento sí —me sorprendí admitiendo, y en cuanto lo hice desvié la vista hacia la carretera. Killian lo interpretó como una señal de que la conversación había terminado y guardó silencio.

Al cabo de unos segundos nos encontramos parados en medio de un atasco y me aplaudí mentalmente por haber desechado la idea de ir en bus. Si de esta manera ya iba algo justa, de la otra forma hubiera llegado tarde a la entrevista. Conforme pasaron los minutos, me fui poniendo más nerviosa. Necesitaba ese pequeño trabajo aunque fuera para pagarme mis gastos, odiaba pedirle dinero a mi padre y mucho menos a mi madre. Me incliné

sobre Killian y toqué el claxon de la camioneta, animando a que algunos coches más se unieran a la protesta.

—¿Qué demonios haces? —exclamó, atónito.

—¡No quiero llegar tarde!

—Pues siento decirte que por pitar no vas a conseguir llegar antes.

Farfullé algo ininteligible hacia la fila inmensa de coches que se hallaban delante de nosotros. Necesitaba distraerme para no imaginar situaciones catastróficas y poco probables que ocurrirían si llegaba tarde y hacía quedar mal a la madre de Álex. Y eso fue lo que hice, aunque no del modo más prudente.

—¿A dónde fuiste anoche?

Si mi pregunta lo cogió por sorpresa, no lo demostró.

—Vaya, ahora entiendo tu vocación por el periodismo de investigación.

—Soy una persona curiosa. —Me encogí de hombros.

—Fui a hacer deporte al bosque —respondió como si nada mientras arrancaba la camioneta para ponernos en marcha.

—¿Eres consciente de que eso es exactamente lo que diría un asesino en serie?

—¿Primero me acusas de acostarme con tu madre y ahora de ser un asesino en serie? —Soltó una risa seca—. Nuestra relación mejora por momentos.

Entrecerré los ojos.

—No puedes negar que salir por ahí a las tantas de la madrugada con una mochila negra es un poco turbio.

—Espiar a la gente también suele considerarse turbio, ¿sabes? —contraatacó—. Además, en la mochila llevaba mis pesas.

—Ya, claro. Y no te espiaba, bajé a comer algo y te vi por casualidad.

Por su expresión no parecía muy convencido.

Transcurrieron unos minutos en los que nadie dijo nada y justo cuando mis ojos se desviaron de nuevo hacia la ventanilla, habló. Su voz tenía un matiz apagado e incluso oscuro que me descolocó por completo. Me volví de forma instantánea hacia él.

—Voy allí porque es el único lugar que me da tranquilidad cuando estoy agobiado.

Su revelación me sorprendió. Yo también solía ir al bosque a despejarme cuando ansiaba huir, aunque nunca de noche, claro. Estar en

contacto con la naturaleza me calmaba, era como volver a encontrarme conmigo misma sin ser consciente de cuánto tiempo había estado perdida.

—Siento mucho lo de tu madre —dije bajando la voz, suponiendo que esa sería la razón principal por la que Killian podría sentirse agobiado.

Apretó el volante entre las manos con la vista fija en la carretera y asintió con un leve movimiento de cabeza. Por su reacción intuí que era una herida que aún no había sanado, pero ¿en qué momento deja de doler que tu madre se haya ido? Lo único que puedes hacer es aprender a convivir con el dolor hasta que deja de dirigir tu vida y se convierte en una sombra más con la que caminar.

Tan pronto llegamos al recinto universitario, bajé de la camioneta y me despedí de Killian con un escueto «adiós» al que respondió con un gruñido. El tiempo corría en mi contra, por lo que apreté el paso hacia el edificio principal.

El trayecto había ido mejor de lo esperado. Killian me irritaba, sí, pero también me intrigaba. Al hablar de su madre había creado una pequeña grieta en la imagen de despreocupación que solía proyectar, pero en el fondo sabía que no debía indagar más; averiguar la verdad de una persona es peligroso si esta no tiene interés en que nadie la vea.

Mientras recorría el camino de gravilla contemplé la zona que rodeaba los altos edificios de ladrillo rojizo del campus universitario. Algunos estudiantes charlaban tranquilamente en el césped, bajo la sombra de grandes árboles y rodeados, a su vez, por diversas estatuas de personajes célebres de la historia de Burlington.

Un sonido familiar me distrajo y se me encogió el pecho al sacar el móvil y ver que tenía un mensaje de mi padre. Más tarde lo llamaría. Lo echaba de menos y tenía ganas de hablar con él, pero estos días había tenido la cabeza en otras cosas; básicamente en procesar que ahora convivía con un chico que me sacaba de mis casillas y su adorable hermanito.

Dos figuras me esperaban en la entrada principal para dirigirnos a la fraternidad de las Delta Psi. Forcé una sonrisa para saludar a Álex y su respuesta fue incluso menos natural que la mía. La sombra de unas ojeras marcaba su piel, sus hombros estaban rígidos y, aunque sus ojos estaban puestos en mí, parecía tener la cabeza en otro sitio. No tuve tiempo de pensar en ello ya que la señora Stewart se acercó hasta mí y me rodeó con

sus brazos. Cerré los ojos y disfruté de la calidez del momento. Fue como si mi infancia me acariciara y me embriagara de esa sensación de hogar que tanto anhelaba encontrar. Me sonrió con cariño y, a pesar de los años que había pasado sin verla, me sentí como la niña que devoraba sus galletas mientras fundíamos las horas entre maratones de películas policiacas. Nos acompañó hasta el edificio y cuando una chica esbelta y pelirroja nos recibió, se marchó para seguir trabajando en las oficinas de administración.

La entrevista fue mejor de lo que había esperado. Mandy, la presidenta de la hermandad, era tan habladora que solo tuvimos que asentir repetidamente para convertirnos en el personal extra que necesitaban para la fiesta más importante del momento. Nos adjudicó una lista infinita de tareas entre las que se hallaba encargarnos de parte del *catering*, las bebidas, las luces y la decoración.

—¿Vamos a una cafetería y adelantamos trabajo? —le propuse a Álex una vez terminamos y nos adentramos en la zona universitaria. Un silencio incómodo espesaba el ambiente.

Esperé unos segundos, pero no me contestó.

—¿Álex? —Levanté un poco la voz.

Pegó un pequeño respingo y miró hacia ambos lados hasta que se dio cuenta de que era yo quien le hablaba.

—Perdona, ¿qué has dicho? —Se rascó la frente, en la cual brillaba una fina capa de sudor.

—Te preguntaba si te apetecía ir a una cafetería para empezar a organizar todo lo que tenemos que hacer.

Se retorció las manos con evidente nerviosismo.

—Eh… Sí, claro —respondió, y luego noté cómo inspiraba profundamente—. Aunque no puedo quedarme mucho rato.

—Está bien.

Las pocas discusiones que habíamos tenido estaban protagonizadas por desacuerdos que se resolvían en un periodo máximo de cinco minutos y casi sin necesidad de hablar sobre ello. La situación era nueva para ambos y no sabíamos muy bien cómo gestionarla. Supuse que esa era la razón por la que se comportaba de forma tan extraña.

La campana tintineó cuando empujé la puerta de cristal de Sweet Place, una cafetería pequeña donde los pocos clientes que había formaban un constante y agradable murmullo. Los colores pastel, el sonido de las tazas y el olor a vainilla consiguieron relajarme e incluso abrirme el apetito.

Escogimos la mesa más aislada y pedí a la camarera un *cupcake* de la vitrina de pasteles del mostrador que tenía buena pinta.

—¿Cómo nos organizamos? —Rompí el silencio, acomodándome en el sillón y sacando de mi bolso una libreta y un boli. Álex me imitó y guardó silencio.

—Me da igual —dijo de forma distraída mientras se recostaba y garabateaba algo en la libreta, apartándola de mi vista. Suspiré con impaciencia.

—Tenemos que hablar.

Se incorporó de golpe, levantando la vista hacia mí.

Nadie era inmune al efecto bomba que provocaban esas palabras.

—No me pasa nada —aseguró con rapidez.

Fruncí el ceño, un poco confusa y decidí dejarme de rodeos.

—Me duele que me ocultarais que mi madre lleva mintiéndome un año.

Sus ojos se agrandaron y la comprensión brilló en su expresión, y seguidamente se relajó un poco en su asiento.

—Tu madre le pidió a Karina que no te dijéramos nada, que ella lo haría pronto —se defendió—. Esperábamos que cumpliera su palabra.

—Sabes lo que significa para mí la sinceridad después de lo que ocurrió en Portland.

—Lo sé, pero pensamos que no era un asunto en el que debiéramos involucrarnos —añadió, esta vez sin mirarme a los ojos.

La rabia me subió por la garganta.

—¿En serio? ¿De verdad no te parece mal haberme mentido a la cara?

—Claro que sí, pero…

Se quedó callado, lo que hizo que me hirviera la sangre.

—Mira, ahora mismo no puedo mantener esta conversación —declaró, dejándome estupefacta. Se volvió a remover en el asiento.

—Álex, estás muy raro. —Lo presioné porque no era nada propio de él tratarme con esa frialdad. No lo reconocía.

—Otra vez con eso, que no me pasa nada —espetó, con los músculos tensos y apretando el bolígrafo con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

—¿Ha pasado algo con Rubén? —pregunté, tentativa.

Su pecho comenzó a subir y bajar de forma rápida y desacompasada.

Inspiré hondo y dejé a un lado el cabreo que sentía.

—Sabes que si te pasa cualquier cosa puedes contármelo, igual que tú me apoyaste yo estoy aquí para todo lo que necesites, incluso aunque te comportes como un idiota. —Intenté esbozar una sonrisa suave, pero no surtió efecto.

Tenía la frente cubierta de sudor y su cuerpo se movía de tal modo que no supe distinguir si eran temblores o espasmos. Abrí la boca para preguntarle si se encontraba bien, pero no llegué a hacerlo. Una vibración sacudió el aire.

Bajé la vista y mis ojos se detuvieron en lo que sus manos sujetaban con fuerza. Se me cortó la respiración. No entendía lo que estaba viendo.

«Imposible».

Apenas reconocí el bolígrafo.

Estaba prácticamente calcinado.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 8

Durante unos segundos me quedé completamente petrificada.

No hice otra cosa salvo observar pasmada el boli destrozado, esperando que de un pestañeo a otro recobrara su forma original, como si lo que acababa de ver hubiera sido un intenso delirio. En mi mente estalló el caos. Me alivió saber que al menos no me estaba volviendo loca cuando Álex alzó la vista y sus ojos se abrieron de par en par al descubrir los restos de boli en su palma. Se sacudió las manos como si lo que hubiera en ellas fuera ácido y me miró horrorizado, con el rostro palideciendo por momentos.

—Álex… —murmuré asustada.

Tragué saliva, tenía la boca seca.

Cuando me devolvió la mirada reconocí el miedo en su estado más primitivo. Necesitaba impedir de alguna forma que estallara, pero no tuve tiempo. Las patas del sillón chirriaron con fuerza al deslizarse y Álex salió disparado hacia el exterior. Iba tan rápido que arrolló a la camarera, y la bandeja llena de cafés y batidos cayó al suelo sin control alguno. Sin pensarlo demasiado salí detrás de él, haciendo malabares para no resbalarme y esquivando a dos chicas que entraban al establecimiento. El sol me cegó al salir. Entrecerré los ojos y pude ver la figura de Álex corriendo por un sendero amplio en dirección contraria al campus. No estaba demasiado lejos así que apreté la marcha lo máximo que pude.

—¡Álex! —grité—. ¡Para!

Sus pasos alcanzaron tal velocidad que supe que era una carrera perdida. Me sentía un caracol intentando alcanzar a un guepardo.

Los músculos me ardían tanto que tuve que detenerme y doblarme

sobre mí misma para coger aire a trompicones. Fueron tan solo dos segundos, sin embargo, cuando me dispuse a reanudar mis pasos, Álex ya había desaparecido.

«¿Desde cuándo corre tanto?», pensé atónita.

Mientras regresaba a la cafetería para recoger nuestras cosas y pagar, una neblina de irrealidad se asentó sobre mi estómago. Sentía la mente entumecida, si es que eso era posible. Una vez pagué y pedí disculpas por las molestias ocasionadas, me dirigí a la parada del bus.

Durante el tiempo que tuve que esperar, visualicé en mi mente la escena del boli quemado. Si Álex no hubiera salido huyendo pensaría que me lo había imaginado, pero, joder, ¿cómo era posible que de un segundo a otro el boli ya no existiera? No conseguía dar con una explicación coherente. Lo llamé repetidas veces, pero cada una de ellas me ignoró. Tenía que asegurarme que estaba bien y entender aquel suceso tan extraño.

Dejando a un lado los remordimientos, abrí la libreta de Álex y la hojeé hasta que di con aquello que escribía y había apartado de mi vista cuando pensaba que podía verlo.

Contenía un solo mensaje, pero se repetía una y otra vez por toda la página, como si hubiese empezado a escribirlo mucho antes de estar conmigo.

*Todo va a ir bien.*
*Todo va a ir bien.*
*Todo va a ir bien.*
*Todo va a ir bien.*

Estaba tan ensimismada que la vibración de mi móvil me asustó y pegué un pequeño salto sobre el asiento del bus. El corazón comenzó a latirme con fuerza ante la posibilidad de que fuera Álex, pero tan pronto como alcé la pantalla y vi el nombre de mi padre, el globo de esperanza se desinfló.

Decidí que no podía posponer más esa conversación. Al menos me serviría para distraerme un poco. La cabeza me iba a estallar de un momento a otro si continuaba cuestionándomelo todo.

—Hola, papá —lo saludé, e intenté aparentar tranquilidad.

—Hola, cariño, ¿qué tal te va? —Conforme escuché su voz sentí tanta nostalgia que me dieron ganas de volver a Portland solo para darle un abrazo. Afianzar la relación con él era, con mucha diferencia, lo mejor que

me había ocurrido allí.

—Eh… Bueno… Tengo muchas cosas que contarte —dije nerviosa, anticipando su posible reacción. Tenía derecho a saber la verdad de lo que estaba ocurriendo en Haven Lake.

Así que durante el resto del trayecto le conté lo que había pasado en los últimos días, eso sí, obviando algunos detalles innecesarios como mi persecución a Killian en mitad de la noche o que casi muero atropellada aquella mañana. Las respuestas de mi padre estaban cargadas de desconcierto y rabia.

—No tiene ningún sentido… ¿Qué clase de justificación es esa? —Su voz sonaba más severa que de costumbre—. ¿Y de dónde ha sacado el dinero para mantenerlos?

—No lo sé, no me lo ha dicho, pero supongo que será gracias a alguna paga que ellos estén recibiendo por orfandad.

—Supongo. —Aunque sonó muy poco convencido.

—¿Crees que hay algo más? —pregunté, ansiosa por saber si la única disconforme con la explicación era yo.

—Siempre lo he creído. —Su respuesta me dejó sin palabras—. Una de las razones por las que nos divorciamos fue esa, Aria. En los últimos años que estuvimos juntos sentía constantemente que me estaba ocultando algo. Ella siempre lo negaba y me hacía creer que estaba siendo demasiado desconfiado, y puede que tuviera razón, pero a estas alturas nunca lo llegaré a saber.

—¿Pensabas que tenía un amante? —pregunté con cautela, pero mis palabras no le pillaron por sorpresa.

—Me estaba volviendo loco, ya no sabía qué pensar. Por eso te comprendo. Tu madre siempre ha sido muy complicada y nunca me dio la oportunidad de poder entenderla. Espero que no haga lo mismo contigo.

—Yo también lo espero —susurré con un nudo en la garganta.

Al rato tuvo que colgar por la entrada de una importante llamada de trabajo, aunque no sin antes asegurarse unas mil veces de que yo estaba bien y haciéndome prometer que contactaría con él si necesitaba cualquier cosa.

En cuanto el bus llegó al pueblo fui directa a casa de Álex, que no quedaba demasiado lejos de la mía. Toqué el timbre un par de veces, pero nadie me abrió. Como no sabía qué más hacer ni dónde encontrarlo, le dejé un mensaje diciéndole que cuando estuviera listo se pusiera en contacto

conmigo.

Llegué a mi casa con la cabeza llena de preguntas sin resolver. ¿Qué podía haber ocasionado que un boli se deformara así? ¿Y si había sido una combustión fortuita por lo que Álex había huido asustado? ¿Por qué estaba tan raro?

Nada más entrar al salón me recibió un olor maravilloso y mis tripas rugieron como respuesta.

—Hola, cielo —me saludó mi madre, que llevaba su delantal rojo puesto—. ¿Llegas con hambre? He hecho carne con salsa a la barbacoa.

Era uno de mis platos favoritos. «Vaya, alguien se ha levantado sintiéndose mal».

—Sí, me muero de hambre, ¿ha vuelto ya Eric del colegio?

—Está en su habitación haciendo rabiar a Trece, ahora le digo que baje.

—¿Y Killian?

—No volverá hasta dentro de unos días —respondió y esquivó mi mirada. Se dirigió a la cocina para servir la comida y yo la seguí con el ceño fruncido.

—Pero si no llevaba maleta, ¿qué ha ido a hacer a Burlington? —No pude evitar dejarme llevar por la curiosidad.

—A mí me ha dicho que está haciendo cosas de mayores —intervino Eric con voz dulce, tenía al gato entre sus brazos y se agachó para dejarlo en el suelo. Llevaba puesta una camiseta roja con el estampado de los Vengadores en el centro. Era adorable.

«¿Cosas de mayores?».

No veía a Killian siendo un hombre de negocios así que quizás tenía pareja y por eso se había marchado.

Sin darle más vueltas ayudé a poner la mesa y cuando tuve el plato delante no pude pensar en otra cosa que no fuera Álex y el suceso en la cafetería. Aun así, me obligué a comer y a contestar a las preguntas que me hizo mi madre sobre la entrevista. Eric no paraba de parlotear sobre diferentes temas todo el rato así que pude conocerlo mejor; adoraba a los gatos tanto como a los superhéroes y tenía claro que de mayor quería ser uno de ellos. Su mezcla de inocencia y determinación me provocaron demasiada ternura. Gracias a él la comida no fue incómoda, por primera vez desde que había vuelto a Haven Lake no me sentía tensa en presencia de mi madre. Quizás estaba empezando a aceptar que nunca iba a descubrir nada,

pero ¿de verdad quería dejarlo estar?

A veces priorizar la paz mental era más importante que intentar ganar una lucha contra alguien que ni siquiera sabía que estaba en una.

—Aria… ¿Podemos hablar? —me pidió de repente, al tiempo en que metía algunos platos sucios al lavavajillas. Ya habíamos terminado de comer y estábamos a solas en la cocina, Eric no había tardado en correr hacia el salón para ver sus dibujos favoritos.

—Claro.

—Necesito saber si está todo bien entre nosotras. —Su expresión estaba cargada de arrepentimiento, no sabía muy bien si por haberme ocultado durante un año ese secreto o por no querer contarme realmente lo que pasaba.

—No está todo bien, mamá. —El enfado no tardó en aflorar—. De repente descubro que llevas un año distante porque dos nuevas personas han ocupado tu vida y encima me das una explicación que aún sigo sin entender.

—Siento haber estado algo distraída, pero no ha sido por ellos. —Alcé una ceja inquisitiva ante su respuesta.

—Tal vez te resultaba difícil hablar conmigo porque cada vez que lo hacías sabías que me estabas mintiendo.

—Odio que me veas como la mala del cuento, pero, por favor, confía en mí —me suplicó mientras cogía una de mis manos—. Te conozco y sé que piensas que hay algo más detrás de todo esto, pero no es así. Creía que si te lo contaba me reprocharías que te tuviste que ir de aquí porque yo no podía ayudarte a pagar la universidad.

—Nunca haría eso, me tuve que ir porque no tenías trabajo y yo tampoco pude conseguir ninguno, además, sabes que también me apetecía vivir en una gran ciudad. Era la oportunidad perfecta. ¿Por qué crees que te iba a reprochar eso? Acogiste a dos personas que no tenían a dónde ir y estoy orgullosa de eso, pero no puedo hacer como si nada hubiera pasado. Me has engañado durante un año entero.

—Ya te he dicho que lo siento. Quiero arreglarlo y que durante el tiempo que convivas con Killian y Eric te sientas cómoda.

—No me puedes pedir eso como si nada —le respondí, incrédula por la facilidad con la que veía las cosas—. Pero aun así lo voy a intentar, no por ti, sino por mí. No quiero estar todo el rato en tensión y con malas caras —aclaré, no era mi intención ser demasiado dura pero tampoco me nacía otra cosa.

—Está bien. Con el tiempo te darás cuenta de que no te estoy mintiendo.

No volveríamos a tener esta conversación una tercera vez, por muchos argumentos que me diera no me cuadraba ninguno y tenía muy claro que de ella nunca obtendría las respuestas que necesitaba.

Tampoco pretendía iniciar una investigación, simplemente estaría alerta por si sucedía algo que me ayudara a entender y rellenar las lagunas que hacían tambalear su discurso. Había temas que me tenían mucho más preocupada, como por ejemplo el boli calcinado de Álex.

Desbloqueé el móvil.

Su silencio fue suficiente para intuir que algo malo estaba ocurriendo.

Los siguientes días fueron una sucesión de momentos cotidianos sin relevancia alguna. Intenté por todos los medios contactar con Álex, pero seguía sin devolverme las llamadas. Lo busqué incluso en las pistas de entrenamiento, acompañada por Karina y Lila, quienes no sabían lo del incidente con el boli, pero sí estaban al corriente de su comportamiento esquivo y extraño. También fui a su casa, donde la señora Stewart me dijo que había salido de viaje y que no volvería hasta dentro de unos días. ¿A dónde se había marchado? No tenía ni idea. Su madre no me lo dijo y Rubén tampoco lo sabía. Solo me quedaba esperar, ocupar mi tiempo en organizar la fiesta de fin de verano e intentar que la convivencia con mi madre fuera lo mejor posible.

Se había acercado a mí y yo había permitido que lo hiciera, pero seguía sin funcionar. Cada día la notaba más rara, los surcos bajo sus ojos se hacían más profundos y su expresión estaba marcada por una preocupación constante. Estaba más pendiente al móvil que de costumbre y ante cualquier ruido su mirada iba directa hacia la puerta. Le había preguntado en muchas ocasiones, pero sus respuestas eran tan vagas que finalmente desistí. Donde siempre había visto a mi madre ahora veía una máscara y ya me estaba cansando de fingir que eso era suficiente para mí.

Aun con todo, el ambiente en casa estaba más tranquilo. Killian todavía no había regresado de su viaje a Burlington y, aunque esperaba su vuelta con expectación, me sentía más relajada en su ausencia. Sin embargo, era la calma que precedía a cualquier desastre.

Llegó pasada la medianoche, cuando todos dormían y yo daba vueltas

en la cama pensando en Álex. Primero escuché cómo dejaba caer algo pesado en la habitación que antes era de mi madre y que ahora —por razones que desconocía— se había apropiado él. Días atrás lo descubrí cuando abrí el armario para coger una camisa y me vi rodeada de prendas masculinas. Evitaré pensar en el momento en el que me incliné para olerlas y comprobar que, en efecto, era el inconfundible aroma fresco e intenso de Killian.

Esperé a escuchar cómo la puerta de su habitación se cerraba, pero eso no fue lo que ocurrió. La madera crujió bajo unos pasos que se alejaban y, pocos segundos después, el chirrido de la puerta principal al abrirse se fundió con el fuerte sonido del viento.

¿A dónde iría a estas horas? ¿Al bosque?

Los latidos apresurados de mi corazón me avisaban de que la idea que estaba surgiendo en mi cabeza podía ser nefasta. Obviamente hice oídos sordos a mi sensatez y me guie únicamente por la intuición, esa que me gritaba a viva voz que tenía que asegurarme de que Killian realmente decía la verdad y tan solo iba al bosque para despejarse. No era tonta, sabía que había muchísimas posibilidades de que no fuera así y no estaba dispuesta a quedarme con la duda. Nunca volvería a quedarme de brazos cruzados. Killian vivía en mi casa, no podía presenciar un hecho tan extraño como aquel y conformarme con la primera excusa con la que creyó que podría convencerme. En otro momento estaba casi segura de que su explicación me habría bastado, pero ¿después de la actitud de mi madre, sus mentiras y el boli chamuscado de Álex? Imposible. El estado de alerta en el que me encontraba influía en cada una de mis decisiones.

Me puse las primeras deportivas que encontré, cogí a tientas el móvil y una chaqueta y bajé las escaleras antes de perderle la pista. Me asomé a la ventana del salón justo para verlo salir con paso apresurado. Iba de negro, fundiéndose tan bien con la noche que parecían ser uno.

La escena se repetía, pero esta vez escribiría un final totalmente distinto.

Pensé con todas mis fuerzas que no me daba miedo lo que estaba a punto de hacer. Salir al bosque en mitad de la noche era una idea estúpida, pero irme a dormir sin averiguar si decía la verdad lo era aún más. Así que, con determinación, dirigí mis pasos hacia la puerta principal y salí sigilosamente, cerrándola con un leve chasquido.

Aún quedaban resquicios de la fuerte tormenta que había sacudido

Haven Lake durante los últimos días, por lo que el ambiente estaba cargado de humedad. Un estremecimiento me subió por la columna. Tenía miedo por lo que podía llegar a descubrir y también por lo que no. Podía confirmar que Killian ocultaba algo o que yo estaba siendo tan paranoica como me aseguraban tanto él como mi madre.

Continué mi camino sin perderlo de vista. Su sombra seguía avanzando en un baile inquietante, hasta que llegó a la entrada del bosque y, sin titubeo alguno, se sumergió por completo en la oscuridad.

Temblé cuando tomé una de las decisiones que acabarían por cambiarlo todo.

Seguí sus pasos.

Ni siquiera la luna había conseguido atravesar las ramas de los frondosos y altos árboles que me rodeaban, y los ruidos de los animales sonaban más cerca de lo que me gustaría. El bosque nunca dormía y menos cuando caía la noche. El ambiente era lúgubre y yo, que nunca creí en las historias de terror, comencé a sentirme parte de una.

Apenas podía ver a Killian entre la espesura de la vegetación y la falta de luminosidad. Pude intuir el rumbo de sus pasos porque seguía uno de los caminos por los que estaba acostumbrada a pasear. Eso me facilitó las cosas, ya que estaba libre de hojas secas que delataran mi presencia. Algo que sí podría hacerlo era mi corazón, que bombeaba sin control alguno.

Todo empeoró cuando Killian dejó atrás el sendero, y si pensaba que conocía la oscuridad comprobé que no era así cuando me adentré en los árboles. Nos alejamos demasiado, quizás esa era su intención. Tal vez había sabido todo este tiempo que yo estaba detrás de él y ahora pensaba ser él quien me persiguiera a mí. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y me abracé a mí misma para aplacar el frío que helaba mis huesos y al mismo tiempo infundirme algo de seguridad. Ya no se oía ningún animal de fondo y sentí la pesadez del silencio ensordecedor. Fue entonces cuando me percaté de que había dejado de escuchar sus pasos y tampoco veía su sombra.

«Mierda, ha desaparecido».

Deambulé durante lo que me parecieron horas sin encontrar el sendero. Ya había desistido de mi plan, lo único que ansiaba era volver a sentirme segura en casa. Medité la idea de llamar a mi madre o usar un mapa desde mi móvil, pero no tenía ninguna rayita de cobertura.

Me quedé en blanco. Desaceleré mis pasos al advertir cómo la

espesura del bosque comenzaba a disminuir de forma anómala y la tensión se apoderó de mí. Era un aviso, como si mi cuerpo ya supiera que algo malo iba a pasar.

Olía a ceniza y a algo que no supe identificar.

Me quedé sin respiración al abrirme paso entre los últimos árboles que me separaban del claro. El bosque había desaparecido para dar lugar a una gran espacio vacío y completamente muerto. La mayoría de los árboles que habían crecido allí se encontraban prácticamente desintegrados, los pocos troncos que quedaban estaban podridos, como si algo hubiera absorbido su vitalidad. El ambiente había cambiado, ahora era más frío y una espesa niebla impedía ver con claridad lo que había más allá de la zona. También me fijé en el terreno y en cómo había pasado de ser pantanoso y lleno de barro a totalmente seco.

Había algo en el suelo. Abrí los ojos de la impresión cuando mi cerebro registró que eran pájaros. Decenas y decenas de pájaros, o más bien lo que quedaba de ellos. Fue imposible evitar que una fuerte arcada me sacudiera al ver sus esqueletos podridos esparcidos por todo el terreno.

«¿Qué cojones ha pasado aquí?».

No tuve tiempo de pensar en ello.

Un grito de puro terror se escapó de mi garganta cuando noté cómo algo frío me agarraba por detrás.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 9

Darme la vuelta no fue una decisión consciente. No tuve tiempo de armarme de valor, mis reflejos tomaron el control de mi cuerpo y me giré.

Tuve que contener mi instinto agresivo al encontrarme con Killian cruzado de brazos, mirándome con un gesto entre enfadado y divertido. Lo bueno de estar en ese lugar sin vida es que no había vegetación que ensombreciera mi alrededor, por lo que podía ver su rostro a la perfección.

Ver de nuevo su estúpida y perfecta cara me dejó sin aliento, al igual que la primera vez. No parecía demasiado afectado por la escena que nos rodeaba. Apretó la mandíbula y sus ojos grises se posaron en mí con tal intensidad que un nudo de nervios se empezó a formar en mi barriga. Odiaba que me provocara tantas emociones distintas. No sabía muy bien cómo gestionar la irritación que sentía siempre que hablaba con él, porque al mismo tiempo, cuando lo tenía tan cerca se entremezclaba con una atracción difícil de explicar.

Carraspeó, sacándome por completo de mi ensoñación.

—¿Te he asustado? No era mi intención —dijo con un gesto inocente acompañado por un tono de burla. Empezó a rodearme, poco a poco acorralándome contra uno de los árboles podridos que se encontraban detrás de mí.

—¿Y qué esperabas agarrándome así por detrás? —mascullé mientras le sostenía la mirada.

Andaba lentamente hacia mí, como si no tuviese prisa por acercarse, pero al mismo tiempo no pudiera dejar de hacerlo. El momento rozaba lo hipnótico, toda su concentración estaba puesta en mí y yo no podía dejar de mirarlo.

«¿Qué pretende?».

—¿Y qué esperabas tú estando en el bosque por la noche? —me reprochó con voz severa.

—Odio que me contestes con otra pregunta —bufé, y acto seguido solté un pequeño gritito cuando mi espalda chocó con el tronco.

Mi corazón latió más fuerte al comprender que estaba atrapada.

—Y yo estoy empezando a cansarme de que siempre me persigas. —Su rostro se endureció mientras ponía suavemente una de sus manos al lado de mi cabeza y se inclinaba hacia mí.

Me costaba respirar, y fue aún más difícil hacerlo cuando sus ojos se detuvieron perezosamente sobre mi boca. Mi primer impulso fue humedecerme los labios, pero estaba tan petrificada que lo único que pude hacer fue mirar los suyos, ligeramente entreabiertos. Una sonrisa de satisfacción delató cómo estaba disfrutando de la situación. Sabía con exactitud la atracción que despertaba en mí y estaba segura de que su intención era explorar todos mis límites.

No iba a permitir que jugara conmigo, así que salí de su encierro e ignoré deliberadamente lo que acaba de ocurrir. Actué como si no tuviera la respiración acelerada, el pulso totalmente desbocado y la garganta seca.

—Solo te he seguido dos veces, tampoco te emociones.

—Te aseguro que no lo hago, estoy acostumbrado a que me persigan —respondió con chulería.

—Diciendo esa clase de cosas das un poco de pena.

—Bueno, hay quienes valoran la sinceridad.

—Ya, y hay quienes valoran la humildad —contesté, y sus ojos brillaron con diversión. Idiota. Carraspeé, reconduciendo la conversación —: ¿Qué hacías en el bosque?

—He venido a despejarme, ya te dije que solía hacerlo cuando me agobiaba.

—La gente cuando se agobia sale a dar una vuelta con sus amigos, escucha música triste, escribe en su diario, o qué sé yo, cualquier cosa antes que andar por el bosque en plena noche —lo acusé mientras lo fulminaba con la mirada.

—Tampoco es muy normal perseguir a otras personas en medio de la noche. —Su tono se volvió más áspero—. No eres, que digamos, la más adecuada para hablar.

—¿Crees que puedes vivir en mi casa, hacer cosas tan extrañas y que

yo actúe como si nada? No estoy dispuesta a dejarme convencer tan fácilmente.

—¿Y si fuera un jodido asesino o un perturbado, Aria? ¡Me has perseguido por un puto bosque! Hay una barrera muy fina entre ser inteligente y cometer estupideces —espetó, perdiendo los nervios.

Apreté los puños porque en el fondo sabía que llevaba razón, tenía un serio problema con mis impulsos y algún día me arrepentiría seriamente por ello.

—¿Y cómo esperabas que averiguara si decías la verdad? —Alcé la voz y en cuanto formulé la pregunta miles de opciones menos temerarias acudieron a mí. Podría haber avisado a alguien para que me acompañara o al menos haber cogido algo con lo que defenderme.

La dirección de mis pensamientos hizo que me enfadara aún más conmigo misma.

Justo cuando iba a responderme, escuchamos el sonido de una rama quebrarse y sin previo aviso, a lo lejos, una multitud de pájaros salieron volando. La niebla impedía ver de dónde procedían, pero supuse que sería del final de la zona muerta, donde comenzaba a entreverse vegetación.

Killian se movió rápido para situarse delante de mí, escrutó la oscuridad en busca de cualquier señal de peligro, pero el silencio nos había rodeado de nuevo, inquietante y absoluto.

El bosque que nunca dormía ahora parecía muerto.

—Vámonos de aquí —ordenó, dándose la vuelta.

—¿Qué es este lugar? —susurré, rodeándolo para que sus grandes hombros no entorpecieran mi visión.

—Debió caer algún rayo durante la tormenta de esta semana —dijo con impaciencia, a lo que yo asentí, no muy convencida de su explicación.

Había algo escalofriante en aquel lugar, estaba segura de que en cualquier otro momento me hubiera hecho la valiente investigando la zona, pero ahora mismo estaba tan intranquila que lo único que ansiaba era salir de ahí cuanto antes.

Killian no esperó más a que decidiera cooperar, agarró mi mano con fuerza y tiró de mí. Comenzó a caminar tan deprisa que tuve que obligarme a acelerar mis pasos para no quedarme atrás. Todos mis sentidos se concentraron en nuestro contacto, en el calor que producía su mano en la mía y en cómo la electricidad recorría cada una de las partes de mi cuerpo.

«¿Acaso algo nos está siguiendo? Quizás ha sido un animal».

Pero Killian no aminoraba el paso y tampoco iba a ponerme a discutir en esos momentos el motivo por el que corríamos. Nuestras pisadas rompieron el silencio de la noche hasta que nos adentramos más en el bosque y poco a poco regresaron los sonidos familiares de las ramas sacudidas por el viento o de algunos animales nocturnos.

Tenía serios problemas para concentrarme en esquivar las piedras del camino porque mis ojos se desviaban de forma fugaz a la unión de nuestras manos y también a sus anillos plateados, que brillaban en la oscuridad. Menos mal que no tenía que preocuparme demasiado por apartar las ramas que entorpecían nuestro camino ya que Killian iba abriendo paso. De no ser así estaba segura de que ya habría perdido, por lo menos, un ojo.

Me soltó la mano una vez que salimos al sendero que, por lo visto, ambos conocíamos bien. Después de un buen rato sintiendo la calidez de su piel junto a la mía, ahora se me hacía rara la lejanía.

—¿Has recapacitado ya sobre lo mala idea que ha sido seguirme? —preguntó en voz baja con una mirada reprobatoria. Seguía algo tenso, mirando a su alrededor y caminando de prisa con la clara intención de abandonar el bosque cuanto antes.

—Soy lo suficientemente valiente para meterme en el bosque en medio de la noche y también para admitir que ha sido una tremenda gilipollez —contesté, y su rostro adquirió un matiz de sorpresa que me hizo gracia—. ¿Sorprendido?

—Yo también seré valiente y admitiré que sí. —Una sonrisa juguetona se escapó de sus labios y no pude evitar esbozar una también.

Interpreté eso como una tregua.

—¿Qué crees que ha asustado a los pájaros?

—Un oso probablemente —contestó mientras se pasaba las manos por el pelo y miraba hacia atrás—. Tampoco me apetecía demasiado descubrirlo, ¿a ti sí?

—Soy curiosa, pero valoro mi vida.

—Yo no estaría tan seguro de eso —dijo socarrón mientras me daba la espalda al girar por un recodo del camino. Aproveché ese momento para reproducir sus mismas palabras, pero con tono de burla.

—Te estoy escuchando.

—Esa era la intención —resoplé.

Seguimos andando con un ritmo acelerado, nos habíamos adentrado tanto en las profundidades del bosque que ahora nos llevaría otro buen rato

salir de él. En todo momento nos acompañó un silencio que para mi sorpresa no resultó ser pesado, Killian acabó andando detrás de mí y por esa razón no pude observarlo demasiado, pero tras echarle un par de ojeadas pude comprobar que su fachada de despreocupación se había evaporado. No sabía qué le preocupaba, pero el simple hecho de que hubiese ido al bosque ya delataba que estaba mal por algún motivo.

«¿Será por su madre? ¿O tendrá alguna relación con su escapada de estos días?».

No lo podía negar, me intrigaba. Quería saber más, encontrar las piezas que me faltaban para completar el puzle en el que se había convertido para mí.

—¿No podemos parar un rato? No siento las piernas. —Dejé de caminar para quedar a su altura.

—No queda nada para llegar.

—Está prácticamente amaneciendo, llevamos horas andando.

Encantada le hubiera dicho que siguiera caminando él solito, pero sinceramente todavía temía encontrarme con el oso del que supuestamente huíamos.

—¿Nunca has venido a pasear por el bosque? ¿No sabes dónde estamos?

—Suelo ir al lago y a sus alrededores, pero no suelo alejarme demasiado de esa zona. —El bosque era tan extenso que era casi imposible orientarse una vez te alejabas de los senderos marcados. De repente volvió un pensamiento que había estado rondando por mi mente minutos atrás—. Espera un momento, ¿cómo me encontraste antes?

—Escuché pasos y fui a ver quién me seguía —contestó, reanudando la marcha y dando por finalizada la conversación. Sin embargo, me fue imposible seguirlo.

Los primeros rayos de sol daban luz al amanecer. Adornaban el cielo despejado con colores rojizos y anaranjados. Killian detuvo sus pasos al no escuchar los míos, pero hice caso omiso, toda mi atención centrada en los primeros destellos que daban comienzo al día. Es curioso que uno de los fenómenos más preciosos de la naturaleza ocurra cuando todos dormimos, como si la vida quisiera ocultar su belleza. Por si acaso decidimos destruirla como hacemos con todo lo demás.

Aparté la mirada del cielo y sentí mis piernas flaquear al encontrarme con la mirada de Killian fija en mí. Los rayos de luz resaltaron aún más sus

rasgos definidos, dándole un aspecto casi inalcanzable. Erguí el mentón y clavé mis ojos en los suyos. No sé cuánto duraría aquel momento, si unos segundos o si llegaron a ser minutos. Tenía la sensación de que el tiempo vibraba de forma diferente.

Killian tuvo que percatarse de la rareza del momento puesto que sin previo aviso rompió el contacto visual. Yo le imité e intenté ignorar lo que acabábamos de vivir. Una vez más reanudamos la marcha hasta que salimos a una de las estrechas carreteras de las afueras de Haven Lake.

«Al fin».

—Vamos, te invito a desayunar —me dijo Killian, volviendo a su estado habitual de despreocupación.

—¿Pero tú me has visto? —pregunté anonadada y acto seguido me desabroché la chaqueta para que pudiera ver el pijama de tirantes y pantalón corto que llevaba puesto.

Un pijama de sandías.

Una risa profunda se escapó de sus labios.

—Cuando pienso que ya no puedes sorprenderme más, lo vuelves a hacer.

—Es un reto personal, sí —le contesté seca. Sus ojos me recorrieron entera, deteniéndose un poco más de la cuenta en mis pechos. Fue entonces cuando recordé que no llevaba sujetador y tampoco es que precisamente tuviera calor. Mala combinación.

Crucé mis brazos para ocultar mis pezones lo más rápido que pude y noté cómo mis mejillas ardían. Killian fue a decir algo, pero le corté de inmediato.

—Hazte un favor y ahórrate lo que sea que vayas a decir —le dije con un gesto de advertencia.

—Una pena, tu pijama de sandías se merecía como mínimo un cumplido.

Puse los ojos en blanco.

—Nos pilla de paso el bar de carretera, déjate la chaqueta y ya está, aunque es una pena que prives al mundo de lo que se esconde ahí debajo —se burló haciendo referencia a mi pijama (quise pensar), pero no consiguió su objetivo de molestarme. Mi mente estaba demasiado ocupada saltando de alegría por ir de nuevo a aquel sitio de mala muerte.

No estaba dispuesta a perderme uno de los grasientos y maravillosos desayunos que preparaban en Denny’s. Y menos aún a perder la

oportunidad de acercarme a Killian y conocer qué había detrás de las pocas grietas que había podido ver en su coraza.

En ese momento no comprendía que a veces no construimos barreras para protegernos de la gente, sino que lo hacemos para proteger a los demás de la oscuridad que llevamos dentro.

Lo entendí demasiado tarde.

*OceanofPDF.com*



# Capitulo 10

El olor a café mezclado con el de tortitas recién hechas hizo que me rugieran las tripas en señal de protesta. Había gastado todas mis energías corriendo a través del bosque y necesitaba con urgencia reponer fuerzas. Me alejé de la barra donde estaban sentados una multitud de camioneros y otros trabajadores que habían parado en Denny's para desayunar y escogí la mesa más apartada para esperar a Killian. O más bien a la comida que traería.

Me senté en el sofá acolchado que daba a la ventana por la que entraban algunos rayos de sol. Todavía podían apreciarse los resquicios del amanecer pintados en el cielo. Hasta que llegó el desayuno, me dediqué a estudiar el lugar. Era el típico bar con asientos granates y azulejos de cuadrados blancos y negros que no destacaba por su limpieza, pero que siempre estaba abarrotado de gente.

Killian no tardó demasiado en aparecer con dos cafés grandes y dos platos llenos de tortitas con sirope, huevos y beicon. «Vaya, al parecer no soy la única que se muere de hambre». No esperé más, empecé a disfrutar del manjar como si no hubiese un mañana.

Me relamí los labios y levanté la vista al sentir el peso de su mirada.

—¿Qué pasa? —pregunté con la boca llena.

—Cualquiera diría que llevas semanas sin comer nada.

—Es que me siento así —me defendí a la vez que me metía un trozo enorme de tortita a la boca.

—¿Has avisado a tu madre de tu divertida excursión? —preguntó, recostándose sobre el asiento. Mierda. Abrí los ojos de par en par y saqué el móvil para mandarle un mensaje diciéndole dónde me encontraba.

Y con quién.

Si decidía madrugar y entrar a mi cuarto se iba a llevar una buena sorpresa al ver que se encontraba totalmente vacío.

—Se va a extrañar cuando sepa que estoy contigo. —Y ante su gesto de incomprensión continué—: La última vez que nos vio juntos pudo comprobar lo bien que nos llevamos.

Mi respuesta hizo que dejara de comer y sus ojos me observaran con repentino interés.

—Ah, ¿que nos llevamos mal?

—No, simplemente a veces no te soporto.

—Eso es porque yo quiero que sea así. —Una sonrisa socarrona se dibujó en sus labios.

—¿Estás insinuando que finges ser así de imbécil? Porque creo que se te ha ido de las manos y te has metido demasiado en el papel.

—Me divierte provocarte —admitió, y por el matiz oscuro que adquirió su mirada adiviné a qué se refería.

—Ya, ¿también te divierte parecer un perturbado? —Intenté desviar la conversación porque me estaba empezando a poner nerviosa y, si se me cerraba el apetito por su culpa y esas maravillosas tortitas iban a la basura, no me lo perdonaría jamás.

—No quiero tomármelo como algo personal, pero estoy empezando a sentirme un poco ofendido por tu continua manía de pintarme como un psicópata.

—No soy yo la que te obliga a ir al bosque en medio de la noche —apunté, y alcé la taza de café para beber un sorbo. Al instante puse una mueca de asco por lo amargo que estaba y Killian sonrió satisfecho, como si fuera el karma actuando en mi contra.

—Ahora que has comprobado que no soy ningún asesino perturbado, ¿me dejarás tranquilo?

—Solo hasta que vuelvas a hacer algo raro —sentencié mientras me acomodaba en el sillón para descansar del atracón que me estaba dando—. Pero que sepas que sigue sin convencerme tu explicación.

—Igual que tampoco te convence la de tu madre. ¿Siempre haces de todo un misterio? —Se inclinó aún más hacia mí y me miró fijamente—. ¿De qué huyes?

Su pregunta me pilló totalmente desprevenida.

No lo había visto de ese modo, pero quizás tenía razón y enrevesaba las cosas para mantener mi mente distraída. Había muchas heridas que aún

seguían doliendo. Pero no lo hacían mientras las ignoraba y, aunque así nunca se curarían, una parte de mí tenía la esperanza de que el tiempo terminaría por cicatrizarlas. La otra parte de mí sabía a ciencia cierta que el tiempo no lo sanaba todo. Y si no me enfrentaba al dolor, los recuerdos nunca dejarían de escocer. Rozaba lo estúpido cuando se trataba de averiguar cualquier cosa, pero cuando tenía que mirar dentro de mí ese valor se desvanecía por completo. Tal vez cometía esas imprudencias para convencerme a mí misma de que era valiente cuando en realidad ignoraba las cosas que realmente me daba miedo enfrentar.

Era una *cobarde*.

Aquella noche en Portland esa palabra se había grabado a fuego en mi piel, y por mucho que me esforzara no desaparecería tan fácilmente. Quizás nunca lo haría.

—¿Por qué crees que estoy huyendo? —pregunté, sintiéndome vulnerable.

—Cuando te enfocas tanto en algo, la mayoría de las veces es para mantenerte distraído del dolor.

Era mucho más complicado que eso.

—¿Y eso lo sabes por experiencia?

—Puede —contestó, evasivo—. Además, has vuelto a Haven Lake por alguna razón y tu explicación fue de todo menos convincente.

—No pretendía que lo fuera, no tengo por qué contarte cosas privadas cuando apenas nos conocemos. —Mi respuesta sonó más afilada de lo que pretendía.

Apretó la mandíbula.

—¿Y eso no vale para mí? Mira, entiendo que tiene que ser jodido volver a tu casa después de cuatro años y encontrarte con esta situación. Pero déjalo estar, céntrate en la universidad y en vivir tu vida, para de hacerte tantas preguntas porque cuando no descubras nada sentirás que has perdido el tiempo en algo que no valía la pena. No quiero que nos llevemos mal, pero si sigues metiéndote así en mi vida no puedo prometerte nada.

Sus facciones se habían endurecido y se había puesto serio. Tenía parte de razón, pero había una clara diferencia entre lo que él preguntaba acerca de mí y lo que yo quería averiguar sobre él. No iba a ser hipócrita y negar que no me intrigara su pasado o el dolor que se empeñaba en ocultar. Pero entendía y claro que respetaría el hecho de que no quisiera compartirlo, yo tampoco me abría a casi nadie, incluso me costaba un mundo hacerlo con

mis amigos.

Algo que había aprendido es que el pasado nos marca, pero no nos define. Solo nos pertenece a nosotros y no deberíamos ser condenados como los malos simplemente por querer mantenerlo oculto.

No podía juzgarle por las cosas que escondía, pero sí por las cosas que hacía.

Él no llegaba a comprender que me era imposible ignorar la sensación de que algo se me escapaba. Una lucha de pensamientos se libraba en mí, me sentía como una obsesa y una estúpida por ser tan imprudente, pero al mismo tiempo seguía confiando en el presentimiento de que algo raro estaba pasando.

El boli calcinado de Álex, el continuo comportamiento extraño de mi madre y ahora el de Killian tampoco ayudaban a disminuir mi paranoia. No era tonta, sabía que no iba al bosque en medio de la noche para despejarse, el problema era que no se me ocurría qué otra cosa podría estar haciendo.

¿Y la zona muerta que había encontrado? Era verdad que durante los días anteriores había estado lloviendo muchísimo, y podría haber caído algún rayo…

Aun así, seguía dudando, y lo hacía con más razón porque Killian no se había sorprendido al ver la falta de vida en aquel lugar, ni siquiera por la espeluznante cantidad de cadáveres descompuestos. Había tenido muy claro desde el principio qué era lo que había causado aquello. Quizás demasiado claro.

Justo cuando me percaté de que todavía no le había dado una respuesta a su advertencia, abrió los ojos de par en par al mismo tiempo que una expresión de terror descomponía su rostro. Dejó atrás esa despreocupación que le caracterizaba y todo su cuerpo se puso alerta. Apretó los puños, se levantó sin decir nada y salió del bar tan rápido como pudo, dejándome como una tonta intentando procesar lo que acaba de ocurrir mientras miraba embobada el sitio en el que segundos antes había estado sentado.

Tenía ganas hasta de reír por lo irónica que resultaba la situación.

«¿Cómo me puede pedir que me meta en mis cosas y un minuto después hacer eso?».

Ya eran dos veces las que alguien salía huyendo de una cafetería en mi presencia. Estaba empezando a tomármelo como algo personal.

El bullicio de la gente se mantuvo constante, pero aun así me giré para asegurarme que todo estaba bien. No encontré nada relevante que pudiera

haber causado semejante reacción en Killian.

Sin perder ni un segundo más —y deseando que hubiera pagado la cuenta en la barra—, me puse en marcha y abandoné el local. Un sol cegador me recibió conforme salí a la calle y tuve que entrecerrar los ojos para localizarlo corriendo al final de la calle, hacia una de las primeras casas que pertenecían a Haven Lake.

Conforme me acercaba hacia su posición pude ver cómo tocaba el timbre repetidamente.

—¡Abre la puerta! —gritó con urgencia.

—Killian, ¿qué estás haciendo? —pregunté incrédula mientras subía los escalones que daban a la entrada de la casa. Al escuchar mi voz soltó un suspiro de frustración y me miró nervioso.

—Vete de aquí. —Y antes de que pudiera rechistar, añadió—: Por favor, Aria, vete.

Pero fue demasiado tarde.

Antes de que pudiera contestarle, oí cómo unos pasos apresurados se acercaban hasta la puerta. Killian también los escuchó y me cogió del brazo para situarme detrás de él. Oí con claridad un sollozo demoledor y lleno de angustia que estrujó mi corazón antes de que la puerta se abriera de par en par para dejar ver a una mujer de mediana edad con el rostro lleno de agonía.

Mis ojos se abrieron de par en par por la impresión, tenía que haber pasado algo horrible para que estuviera en ese estado de desesperación.

Avanzó hacia nosotros como si no nos hubiera visto y sin intención alguna de esquivarnos, así que Killian me cogió de la cintura para pegarme a él, evitando por los pelos que recibiera un empujón. La mujer comenzó a correr sin rumbo alguno, mirando hacia todos los lados en busca de algo.

Su garganta se desgarraba por los gritos entremezclados con el llanto.

—¡Claire! ¡¿Por qué os la habéis llevado?! —chillaba histérica una y otra vez, llevándose las manos a la cabeza y estirándose con frenesí del pelo.

Killian se ahorró intentar que me quedara en el porche porque ya me conocía lo suficiente para saber que eso no iba a pasar. Así que después de una mirada de entendimiento, corrimos hasta ella. Al aproximarnos pude ver mejor sus facciones, tenía el pelo corto y de color negro azabache, unos ojos azules enrojecidos e hinchados de tanto llorar y su cara estaba marcada por algunos arañazos que parecían recientes.

Killian la cogió con determinación de los hombros y le habló con una voz firme y suave.

—Eh, tranquila. Tranquila. ¿Qué ha pasado?

—¡Se la han llevado! ¡Se la han llevado! —gritó.

De repente fue consciente de que había dos personas intentando ayudarla porque dirigió toda su atención a nosotros y entró en bucle, suplicando que ayudásemos a quienquiera que fuera Claire.

—¿Quién es? —preguntó él, alzando la voz para que la mujer pudiera escucharlo por encima de sus propios gritos—. Tranquila, la vamos a ayudar, pero tiene que contarnos qué ha pasado.

—Claire… Mi Claire… Mi hija… —Sus sollozos se escapaban sin control alguno, mientras ahora se intentaba zafar del agarre de Killian para seguir buscándola. Tuve ganas de echarme llorar cuando al mismo tiempo que la mujer comprendí que poco podríamos hacer por ayudarla.

—¿Quién se la ha llevado? —intervine, empezando a sentir el miedo por todo mi cuerpo.

Killian, pálido, se apartó de ella y me cogió por el codo.

—Tenemos que irnos de aquí.

No pude hacer otra cosa salvo mirarlo con auténtico desconcierto.

—¿Estás de broma verdad? ¡Tenemos que llamar a la policía! —exclamé exasperada, examinando la zona en busca de cualquier vecino que hubiese salido al escuchar los gritos y ya hubiese avisado a las autoridades.

Pero, inexplicablemente, no había nadie.

—¡No! Aria, escúchame. —Cogió con firmeza mi rostro entre sus manos y dejé de respirar por la cercanía repentina de nuestros cuerpos—. Lo mejor que podemos hacer es irnos.

—¿Y la mujer?

—Estará bien, llamará ella a la policía.

—¡¿Pero tú has visto cómo está?! No pienso dejarla sola, vete tú si quieres.

Apretó la mandíbula y guardó silencio. En sus ojos pude apreciar la guerra que se estaba librando en su interior.

—No me voy a ir sin ti. —Carraspeó como si la propia decisión que había tomado le sorprendiera e incomodase a partes iguales.

—Bien, porque contigo o sin ti voy a ayudarla.

Desvié mi vista hacia ella, que ahora corría hacia la carretera. No llegó demasiado lejos, su propio estado de descontrol la hizo tropezar y cayó de

rodillas a la hierba que esperaba hubiera amortiguado un poco el golpe. Pero cuando sientes un dolor tan visceral como es la pérdida de un hijo dejan de importar el resto de las heridas. Se quedó ahí tirada, sin parar de gimotear ni de pronunciar el nombre de su hija, como si de alguna manera así pudiera atraerla y volver a tenerla a su lado. Me acerqué a ella mientras sacaba el móvil del bolsillo de la chaqueta con el propósito de llamar a la policía, pero me detuve cuando su llanto cesó abruptamente. Los segundos siguientes estuvieron marcados por el lento movimiento de su cabeza levantándose poco a poco, hasta que nuestras miradas se encontraron. Exhalé al chocarme de lleno con unos ojos sin emoción que me observaron como si fuera la primera vez que me veían. La angustia ya no los definía, ahora lo hacía el vacío. La mujer se levantó de forma automática y, como si nada, se sacudió el vestido azul que se había manchado de tierra. Después me dedicó lo que pretendía ser una sonrisa amable, pero que a mí me resultó escalofriante.

—¿Necesitas algo, cielo? —me preguntó con un tono dulce al ver que la miraba fijamente. Su voz sonaba áspera por los gritos, y casi lo agradecí porque fue una prueba tangible de que los últimos cinco minutos habían sido reales. «Aunque al parecer para ella no».

La miré totalmente confundida y me giré para buscar a Killian, que se había aproximado hasta mí y tenía una expresión indescifrable en el rostro.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntar la señora con un gesto amable.

—¿Y tu hija? —mi pregunta al parecer le resultó de lo más graciosa ya que soltó una carcajada.

—¡Oh, cariño! Yo no tengo ninguna hija, ojalá pudiera decirte que sí.

—Pero si hace un segundo…

—Nos tenemos que ir, perdone las molestias —interrumpió Killian, poniéndome un brazo encima del hombro de tal forma que cuando comenzó a andar me arrastró tras él.

—No os preocupéis, ¡que paséis un buen día! —exclamó la mujer con dulzura y me giré a tiempo de ver cómo nos dedicaba una sonrisa cariñosa y se disponía a entrar en su casa como si no acabaran de secuestrar a su hija.

Como si no acabara de arrastrarse por el suelo con el alma desgarrada y tirarse del pelo por la agonía.

«¿Qué mierda acaba de pasar?».

En ese entonces no quedaba demasiado para que muchas de las respuestas que tanto ansiaba llegaran. Lo que nunca hubiera imaginado es

que, una vez lo hicieran, no iba a desear otra cosa que haber seguido viviendo en un continuo interrogante.

Supongo que algunas verdades asustan más que otras.

Las peores son las que te cambian, porque ante eso es imposible volver hacia atrás.

Y esta no solo me cambió a mí, sino que lo cambió todo.

Estaba acostumbrada a huir de mis heridas, pero ¿cómo se huye de la verdad que tanto has estado esperando?

*OceanofPDF.com*



# Capitulo 11

No recuerdo en qué momento dejamos atrás las primeras calles de Haven Lake. Mi cerebro rememoraba los gritos desgarradores de la mujer, para después pasar a esos ojos vacíos que acompañaron a la sonrisa dulce con la que se despidió.

Busqué a Killian con la mirada cuando me percaté de que andaba a mi lado, pero él también estaba callado, sumergido en sus propios pensamientos. En aquellos instantes parecía hueco, como si se hubiera cansado de fingir que siempre tenía una respuesta para todo. Lo curioso era que esta vez necesitaba que me diera una de sus explicaciones.

—¿No vas a decir nada? —pregunté en cuanto vislumbré la fachada blanca de mi casa a lo lejos de la calle. En cuanto cruzáramos el umbral de la puerta esta conversación no sería solo cosa de dos.

—¿Qué esperas que diga? —respondió casi con pereza. Llevaba las manos en los bolsillos y ese andar despreocupado y canalla tan propio de él.

—No lo sé —respondí sincera y pateé con demasiado ímpetu una piedra del camino.

—Eh, ¿se puede saber qué te ha hecho esa pobre piedra?

—Esa piedra seguramente sepa más cosas que yo acerca de todo lo que está pasando. —Mi voz estaba cargada de frustración, pero adquirió un deje de derrota cuando añadí—: Aunque tampoco es que eso sea muy difícil.

—Y, supuestamente, ¿qué está pasando? Esa mujer estaría sufriendo un ataque psicótico o algo así, no hay otra explicación. —Ahí estaba, la respuesta fácil que esperaba escuchar desde que nos habíamos alejado de la escena.

—Si es así entonces creo que deberíamos volver para ver si está bien y

si podemos ayudarla en algo.

—Si he insistido para que nos fuéramos es porque sabía que iba a estar bien —dijo, y desvié la vista hacia él al percibir la dureza de su tono—. Yo nunca abandonaría a alguien si sé que necesita mi ayuda.

—¿Y cómo estás tan seguro de que va a estar bien?

—Este año he estado arreglando pequeñas averías para gente de por aquí a cambio de propinas. La señora Wendy siempre ha sido muy buena conmigo, pero el resto de los vecinos ya se encargaron de advertirme de que no se encontraba muy bien mentalmente.

—Bueno, pues hoy hemos comprobado que tienen razón, ¿no? —afirmé con falso convencimiento. Algo que había aprendido en mi carrera era que siempre había que contrastar los hechos, así que en cuanto recuperara horas de sueño pensaba investigar aquello.

Killian me miró brevemente y no perdió la oportunidad de cambiar de tema.

—¿Conseguiste el trabajo de la universidad?

—Sí, pero es lo último que haría ahora mismo. Me quedan las fuerzas justas para llegar a casa y dormir durante diez horas seguidas.

Mis palabras le hicieron esbozar una media sonrisa y ese pequeño gesto destensó algunos de mis músculos. Decidí continuar por ese camino.

—¿Y tú qué haces mientras no paseas por el bosque a medianoche?

Esta vez mi pregunta le robó una pequeña risa que me contagió al instante.

—Voy de aquí para allá. —Me dirigió una mirada suspicaz que parecía hacerme recordar su anterior advertencia.

«Está bien, Killian. Nada de preguntas personales».

Volver a ese momento también me hizo regresar al minuto después en el que había salido prácticamente corriendo hacia los gritos de la señora Wendy.

Gritos que nadie había escuchado salvo él.

—¿Cómo supiste que estaba pasando algo?

—Escuché sus gritos.

—¿Cómo? —insistí—. Ninguna persona del local fue capaz de oírlos, ni siquiera yo, que estaba a tu lado.

—Yo estaba más cerca de la puerta, además, tengo muy buen oído. —Advertí que sus palabras estaban cargadas de doble sentido al captar la provocación en su mirada. Estaba casi segura de que estaba pensando en la

primera vez que nos habíamos visto, cuando escuchó accidentalmente parte de mi «concierto».

—Deberías admitir que no canto tan mal —me arriesgué a decir, y sus ojos se tiñeron de sorpresa porque hubiera adivinado el significado oculto de sus palabras.

Negó con una sonrisa divertida en el rostro.

—El karma me lo haría pagar por mentir y crearte falsas ilusiones.

—Claro, porque si me dijeras que canto bien dejaría el periodismo para intentar triunfar en la música.

—En el caso de que cometieras tal insensatez, lo cual tampoco me extrañaría viniendo de ti, quizás podrían pasar por alto lo mal que cantas si actuaras con ese pijama puesto.

—¿Crees que eso podría salvarme? —Alcé una ceja.

Su sonrisa se torció.

—Quizás me he pasado de optimista.

«¿En qué momento hemos empezado a bromear como si nada?».

Y lo peor de todo, ¿desde cuándo me resultaba tan sencillo hablar con alguien que no fueran mis amigos más cercanos? Después de Portland me costaba relacionarme con gente nueva, siempre me preocupaba lo que pensaran sobre mí, pero con Killian no me había preocupado por eso, significase lo que significase.

Había conocido a pocas personas tan absorbentes como él. Conseguía que existiera únicamente el espacio que nos rodeaba, las miradas que compartíamos y todo lo que no llegábamos a decir porque se perdía en algún hueco del laberinto de grietas en el que nos habíamos convertido. Nunca me pregunté cómo él me vería a mí. Supongo que es mucho más fácil ver las grietas de los demás que las de uno mismo.

Llegamos a casa bajo la luz que anunciaba el comienzo del día y que para nosotros significaba todo lo contrario.

No tuve que esforzarme demasiado por conciliar el sueño, estaba exhausta por la caminata nocturna y las emociones que me confundían.

Me despertó mi estómago que, a juzgar por cómo gruñía, ya se había olvidado de las tortitas que había devorado hacía apenas unas horas. Eran casi las dos de la tarde y olía maravillosamente bien; de un momento a otro mi madre entraría a mi habitación para llamarme a comer.

La simple idea de que empezara a hacer preguntas sobre mi desayuno con Killian hizo que quisiera ignorar mi apetito y quedarme tirada en la cama durante tres horas más. O las necesarias para que mi madre, por algún milagro, olvidara mi escapada nocturna. Llevaba un año pasando de mí y ahora no me apetecía que actuara como la madre que había necesitado que fuera. Ya me había acostumbrado y no quería volver a esperar nada de ella cuando en cualquier momento se alejaría de nuevo y todo acabaría en el mismo punto. Las decepciones son inevitables, pero seguir cayendo en ellas con la misma persona es un error que duele demasiado.

Hice acopio de toda mi voluntad para darme una ducha rápida y cambiarme de ropa. Durante los diez minutos que pasé debajo del agua caliente, pensé en lo que haría nada más comer: ir a ver a la señora Wendy. Killian afirmaba que estaba bien, que su comportamiento era normal en ella. Pero a mí eso no me valía.

Interrumpí el curso de mis pensamientos para poner toda la atención en peinarme, deleitándome en la gustosa sensación de desenredar mi pelo mojado. Una vez terminé, cogí el móvil y leí de nuevo el mensaje de Karina. Le había preguntado si sabía algo de Álex y su respuesta había sido un escueto «¿De quién hablas?». Seguro que pensaba que se estaba alejando de nosotras por estar con Rubén y estaba picada. Suspiré. No tenía tiempo para eso. Observé mi reflejo y unos ojos verdes me devolvieron la mirada, tenía mejor aspecto que antes y me sentí con más fuerzas para bajar y enfrentarme a mi madre.

Por lo visto la vida había planeado amargarme la mañana.

—¿Te parece normal seguir a Killian en mitad de la noche? —La voz severa de mi madre inundó la cocina en cuanto puse un pie en ella.

—¿Y a ti te parece normal que él se vaya al bosque a esas horas? —me defendí.

«¿Acaso nadie salvo yo piensa que es un poco raro?».

—Ha pasado por muchas cosas —se limitó a decir.

—Pues perdona si entre tanto secretismo me inquiete que alguien que apenas conozco y que vive en mi casa se vaya al bosque en plena madrugada.

—¡Pues háblalo conmigo y pregúntame! No te vayas por ahí tú sola a jugar a los investigadores —me espetó, furiosa. ¿Se acaba de burlar de la profesión a la que me quería dedicar?

—¿Hablarlo contigo? ¡¿Para qué?!

—Aria…

—No, Aria, no. Sé que ha sido estúpido por mi parte, pero no tienes ningún derecho a recriminarme nada —espeté, resentida por su burla.

—Te estás pasando. Vives en esta casa y eres mi hija, tengo todo el derecho del mundo a preocuparme por ti.

—Al parecer solo cuando te interesa. —Mis palabras sonaron cortantes, iban cargadas de rencor y dispuestas a hacer daño. Quería que sintiera una mínima parte de mi dolor.

—No sabes nada, no actúes como si lo hicieras —se defendió, y yo solté una risa incrédula.

—Eso es lo único que has dejado claro, no necesito que me lo repitas más veces —la corté antes de que siguiera con el discurso que ya me empezaba a saber de memoria—. Y tranquila, que no te voy a preguntar nada más. No estoy de humor para que me mientan a la cara.

La hostilidad abandonó su rostro, se mordió el labio reteniendo lo que fuera a contestarme y sus ojos se cubrieron de unas lágrimas que no llegaron a caer. Al verla así me arrepentí, no de mis palabras, sino de la forma en la que las disparé, con unas ganas irrefrenables de herirla.

Yo no quería nada de esto.

Solo quería volver a casa y poder refugiarme en mi madre como lo había hecho siempre. Quería que nos recuperásemos la una a la otra, con disculpas y palabras sinceras, con abrazos entre las paredes que me habían visto crecer y con el calor de dos personas que se habían echado de menos, pero que no lo dijeron porque habían estado demasiado ocupadas sobreviviendo.

Quería encontrar mi lugar.

Corrí hacia la puerta principal con un nudo en la garganta, metí en mi bolso lo poco que necesitaría y salí de casa para cumplir el plan que había trazado antes de que todo se volviera a torcer.

Esperaba que me mantuviera lo suficientemente ocupada como para no ahogarme entre la culpa, el rencor y la tristeza que sentía por la discusión con mi madre.

Discusión que había acabado como todas las anteriores.

Un paso más lejos de ella.

Y otro más cerca de la verdad.

OceanofPDF.com



# Capitulo 12

No tardé más de veinte minutos en llegar al barrio en el que vivía la señora Wendy. Las nubes habían ennegrecido un día que había prometido ser soleado y deseé haber cogido una chaqueta fina para protegerme del frío. Una ráfaga de viento consiguió ponerme los pelos de punta, o al menos preferí creer que esa era la razón por la que mi cuerpo temblaba. Quería saber cómo estaba la señora Wendy, pero no le preguntaría directamente porque sabía que de esa forma no averiguaría nada. Tenía que utilizar otros recursos, y qué mejor fuente de información que los vecinos que se habían encargado de avisar a Killian de la supuesta enfermedad mental que padecía.

Conforme me acercaba a la primera casa los nervios empezaron a hacerme dudar. ¿Y si me estaba metiendo otra vez dónde no debía? Pero había visto una agonía en sus ojos que había desaparecido sin dejar huella alguna. No sabía demasiado acerca de salud mental, pero el cambio en su comportamiento me había parecido demasiado abrupto.

Antinatural.

Entré en el jardín de mi primer objetivo: una casa unifamiliar y de fachada blanca que necesitaba con urgencia una buena mano de pintura. Toqué el timbre y esperé con impaciencia a que alguien abriera y tomara la inusual decisión de no mentirme. Unos segundos después apareció ante mí un señor de mediana edad que arrugaba la nariz mientras me examinaba como si acabara de ver a un alienígena.

—¿Tú quién eres? —escupió con desconfianza. Tuve que poner mi mejor sonrisa de niña buena para que la historia que me iba a inventar fuera convincente.

—Hola, ¿no vive aquí Claire? —pregunté, usando el nombre que había gritado la mujer horas antes. El nombre de su supuesta hija.

La dulce voz que puse hizo que el anciano dejara de estar tan tieso, relajándose al ver tan solo a una chica con inocentes intenciones.

—No sé de qué me hablas, niña.

—Es una amiga de clase y me había invitado a su casa. Es la hija de la señora Wendy. ¿La conoce?

De forma inmediata, su cara se tiñó de reconocimiento.

—¡No quiero ni oír hablar de esa mujer! ¿Te ha mandado a que me arruines el día? —gritó con una gran mueca de disgusto.

—¿Qué? No, no —me apresuré a decir—. Solo quiero saber si tiene una hija que se llama Claire.

Enmudeció y sus ojos se apartaron de mí para observar la casa de enfrente en la que vivía la señora Wendy. Vislumbré en su cara un ápice de confusión que desapareció tan rápido que hasta dudé de su existencia. Quizás había sido mi imaginación. O la necesidad que tenía de demostrar que no estaba siendo paranoica.

—Esa mujer no tiene ni va a tener hijos. Y ahora déjame en paz, que por tu culpa me he perdido la parte más interesante del partido —dijo, dando por finalizada la conversación con un fuerte portazo que hizo volar algunos mechones de mi pelo.

«Pues sí que se llevan bien los vecinos».

La siguiente casa que escogí al azar estaba algo más alejada, pero aún conectaba con la de la señora Wendy y estaba casi segura de que la conocerían. Había vivido aquí lo suficiente para saber que Haven Lake era un pueblo tan pequeño que los vecinos no tenían mayor diversión que cotillear acerca de lo poco que ocurría por aquí. Era poco probable que la persona que me recibiera fuera más antipática que el señor que me había cerrado la puerta en las narices. Segundos después de tocar el timbre apareció ante mí una mujer de no más de cuarenta años, con el pelo corto y oscuro, parecía recién salida de la peluquería.

—Buenas tardes, ¿está Claire? —Puse el mismo tono de voz suave acompañado con una expresión de pura inocencia.

—Te has equivocado, vive en la calle de atrás —me respondió con una sonrisa que se congeló por completo en cuanto vio mi expresión de absoluta sorpresa.

—Es la hija de la señora Wendy, ¿verdad? —pregunté ansiosa.

—No.

—¿Cómo que no? —Fruncí el ceño.

—Ella no tiene hijos —dijo, y no me pasó por alto el tono de advertencia que marcaba sus palabras.

—¿Y quién es Claire entonces? Esta mañana su vecina estaba llorando desconsoladamente, gritando que se estaban llevando a su hija y de repente como si nada se le olvidó todo. ¿Es verdad que padece problemas mentales? —Me delaté por completo con la retahíla de preguntas que solté. Ya no era una simple chica buscando la casa de su amiga.

La mujer me observó desconcertada.

—No es verdad. —Su voz se cargó de tristeza y carraspeó para continuar—: Claire es otra vecina y la señora Wendy no tiene nada que ver con ella. Vuelve a casa y deja de hacer preguntas acerca de personas que no te importan.

—Solo quería saber cómo estaba —mentí porque, aunque sí quería asegurarme de que estaba bien, esa no era la única razón.

—Ella se encuentra bien —respondió cortante—. Es lo único que tienes que saber y por tu bien espero que eso sea lo único que te interese.

La miré desconcertada y su rostro se suavizó, esbozó una sonrisa de disculpa antes de cerrar la puerta sin darme la oportunidad de hacer más preguntas. Me quedé quieta, sin saber muy bien qué hacer. No podía volver a casa todavía, no quería encontrarme con mi madre y seguir discutiendo o forzar una reconciliación. Así que me dirigí con determinación hacia las pocas casas que quedaban cerca para interpretar el mismo papel una y otra vez.

Las personas que me atendieron fueron mucho más agradables, y aunque todas negaron conocer a ninguna Claire, la ausencia de información también podía ser relevante si sabes cómo ver a través de ella. ¿Para esa vecina Claire sí que vivía aquí y para el resto de los vecinos ni siquiera existía? ¿Y por qué no me había querido decir dónde estaba? ¿Qué había de malo en ello?

El resultado de todas esas preguntas fue el sonido de un timbre, mi estómago retorciéndose por la incertidumbre y la señora Wendy abriendo la puerta con la misma sonrisa con la que se había despedido de nosotros esa misma mañana. Lo único diferente es que había sustituido su vestido por unos pantalones de lino *beige* y una camisa de un blanco impoluto.

—Hola, cielo, ¿te puedo ayudar en algo? —dijo, observándome con

curiosidad mientras se limpiaba las manos en el delantal.

—Hola, señora Wendy, quería saber cómo se encontraba —respondí, algo tensa.

—¡Oh, llámame Agatha! —Su frente se arrugó e inclinó la cabeza hacia un lado—. Y no entiendo a qué te refieres, ¿por qué quieres saber cómo me encuentro?

—Esta mañana mi…, eh…, mi amigo y yo la encontramos en la entrada de su casa, tirada en el suelo. —Frunció el ceño aún más al escuchar mi explicación, pero después debió acordarse del suceso puesto que asintió con una mueca de disculpa, llevándose una mano a la cabeza.

—Debió darme un pequeño mareo, últimamente tengo la cabeza algo rara.

—Habló mucho de su hija Claire, ¿la ayuda ella cuando le dan esos mareos? —pregunté con cautela. Crucé los dedos mentalmente para que no recordara que ya le había hecho esa pregunta.

—¿Claire? No tengo ninguna hija, ojalá, pero la voluntad de Dios no ha sido esa —respondió con un resoplido.

Me obligué a forzar una sonrisa.

—Debí confundirme entonces. —Empecé a sentirme estúpida por creer que podría sacar algo en claro hablando con ella.

Estaba harta de perseguir respuestas. ¿Tendría razón Killian y enrevesaba los sucesos para mantener mi mente ocupada y evitar las heridas que seguían escociendo?

—¿Quieres pasar y te doy un vaso de agua? Tienes mala cara.

Acepté su oferta sin pensarlo dos veces, en su casa podría haber alguna pista y, si no encontraba nada, al menos me quedaría más tranquila sabiendo que había llegado hasta el final. Cuando seguí a la señora Wendy para cruzar el umbral, un olor suave a lavanda me recibió. Recorrimos todo el pasillo hasta llegar a la cocina y durante el trayecto hice un estudio fugaz del sitio. Las cortinas abiertas creaban la ilusión de un espacio más amplio y entraba mucha luz a través de los grandes ventanales. Los muebles, algo antiguos, se encontraban muy bien conservados y estaban adornados con un gusto exquisito, elegante y clásico. Todo estaba en su sitio, no había lugar para el desorden.

—Soy un desastre, ¡no te he preguntado ni tu nombre! —dijo mientras cogía un vaso del armario colgado en la pared.

—Soy Aria Bradley, vivo muy cerca de aquí y mi madre es Nora

Lindsay, ¿la conoce?

Su sonrisa se ensanchó.

—¡Oh! Claro que sí, cuando llegó aquí hace ya tantos años fue todo un revuelo. No suele mudarse mucha gente a este pueblucho alejado de la mano de Dios y menos una chica tan joven como lo era tu madre. La mayoría de las familias que vivimos aquí lo hacemos porque todos nuestros antepasados han nacido y crecido en estas tierras.

—Ella buscaba justo esto, un lugar tranquilo en el que vivir —respondí, algo aturdida, y bebí un trago de agua del vaso que me había dado durante su parloteo.

—Siento mucho lo del divorcio de tus padres —añadió con una expresión compungida en el rostro. Yo asentí con una sonrisa incómoda, sin saber muy bien qué decir y sorprendida por la cantidad de información que por lo visto tenía sobre mi familia.

—Yo me casé una vez, hace muchísimos años, y cometí un fallo demasiado grande… —Suspiró—. Pero, muchacha, ¡todo pasa por algo! ¿Conoces al señor Jones? Vive cerca de aquí y es un gruñón y un vago de narices. ¡Ese no sabe lo que es trabajar! No puedo estar más contenta de tenerle lejos.

No me lo podía creer ¿Había tenido tanta suerte de que su exmarido fuera el vecino que había demostrado odiarla? «Estamos hablando de mí, por supuesto que he tenido esa suerte».

—¿Tu madre también engañó a tu padre? —preguntó, mirándome con interés.

—Eh, no —contesté, aturdida por su descaro, y conté mentalmente hasta tres para relajarme—. ¿Le importa que vaya al baño antes de irme?

—Claro, mujer, qué menos con todo lo que te has preocupado por mí. Es la segunda puerta a la izquierda.

Después de murmurar un «gracias», salí de la cocina aliviada por poder escapar de una conversación que se estaba volviendo demasiado personal para tenerla con una persona que no conocía de nada. Aunque sabía que en parte me lo merecía, yo también estaba invadiendo su intimidad en busca de respuestas. Me marché hacia el baño, pero la puerta que abrí no fue la correcta.

Y al mismo tiempo no pudo ser más acertada.

Nada me podría haber preparado para el impacto que me causó lo que vi. Me quedé sin respiración, completamente petrificada. El cuarto que se

hallaba ante mis ojos se encontraba completamente destruido y calcinado. Las paredes, antes blancas, ahora estaban cubiertas de restos de cenizas y había extremos con rajas y boquetes por los que se vislumbraba la habitación contigua. El colchón se encontraba hecho trizas, el escritorio, partido por la mitad, y el armario estaba tirado sobre lo que quedaba de la cama.

«¿Qué demonios ha pasado aquí?».

Por un segundo volvía a estar en el bosque, rodeada de muerte y restos de esqueletos.

Deseché la imagen de mi cabeza y avancé con pasos temblorosos hacia el interior, mirando hacia todos los lados con el corazón desbocado. Esto no había sido un simple incendio, había claros signos de violencia. Las cortinas azules estaban corridas, impidiendo que desde fuera alguien pudiera contemplar el destrozo. La disonancia con el resto de la casa, que brillaba por su pulcritud, era inquietante.

—Veo que no has sabido encontrar el baño. —Las palabras de la señora Wendy sonaron pausadas, pronunciadas en un tono mecánico y sin emoción alguna, muy cerca de mi oído.

Me transportó a esa misma mañana, al instante después de dejar de gritar a viva voz que se habían llevado a su hija, cuando hizo como si nada hubiese pasado. Me di la vuelta para encontrarme cara a cara con la señora Wendy, que me miraba fijamente con los ojos vacíos y una sonrisa de pega en su inexpresivo rostro.

Un escalofrío me puso los pelos de punta.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —murmuré con voz trémula mientras todo mi cuerpo se tensaba.

—Estoy de obras, voy a poner aquí una pequeña salita para leer —dijo, súbitamente animada, señalando toda la habitación—. El baño está en la puerta de enfrente.

Y conforme terminó de hablar volvió como si nada a la cocina.

¿Habría destrozado la habitación en un ataque de histeria o durante un brote psicótico? Mi estómago dio un vuelco cuando pensé en la otra opción que había estado acallando por lo surrealista que me parecía. ¿Y si habían sido las mismas personas que se habían llevado a su supuesta hija? Lo único que me hacía descartar esa opción es que no tenía sentido que ahora no se acordara de ella.

A nada estuve de creerme que la señora Wendy padecía de problemas

mentales de no ser porque algo llamó mi atención. Me alejé del umbral de la puerta para adentrarme en el cuarto, sorteé restos de muebles destrozados y papeles hasta que llegué al punto exacto en el que había visto un destello. Cogí uno de los pocos objetos que habían sobrevivido. Era un medallón, la cadena estaba rota pero el material era tan resistente que el fuego no lo había quemado.

Tomé una bocanada de aire antes de abrirlo.

Y en el instante en el que lo hice, todo dejó de avanzar.

En su interior, a la derecha había un grabado que decía: «Con amor, de mamá»; y en el otro lado había una foto que me cortó la respiración e hizo que mis piernas flaquearan hasta el punto de tener que agarrarme a la pared para no caerme.

Era una foto de la señora Wendy abrazando a una niña de ojos claros y sonrisa risueña.

Claire.

*OceanofPDF.com*

# PARTE II

# EL BOSQUE

OceanofPDF.com



# Capitulo 13

Después de ver la foto de la señora Wendy y su misteriosa hija Claire, me fui de allí con una fugaz despedida y un nudo de temor en el estómago que se quedó conmigo toda la tarde. Podría haberle enseñado la imagen, pero sospechaba que su mirada se tornaría fría y respondería con algún sinsentido, igual que había sucedido en las ocasiones anteriores. Durante las horas que había pasado en la cafetería de la plaza intentando concentrarme en la organización de la fiesta, una multitud de preguntas se habían repetido de forma incesante en mi cabeza. ¿Debería llamar a la policía? ¿Y si habían secuestrado a Claire y habían drogado a su madre para que lo olvidara? ¿Pero acaso existía una droga tan fuerte para conseguir olvidar a una hija? Esa teoría se tambaleaba ya que no tenía sentido que los vecinos también negaran su existencia, exceptuando la mujer que sí parecía saber quién era.

Estaba casi convencida de que la clave era ella.

O puede que la señora Wendy sí padeciese de problemas mentales y se hubiese inventado que tenía una hija para luego hacerla desaparecer de su historia ficticia. Tal vez la chica de la foto era una familiar lejana o qué sé yo. Mis cavilaciones eran cada vez más ilógicas, pero no sabía qué otra cosa hacer.

Quizás la loca no era ella, sino todos los que se habían dejado convencer por la fachada en la que se había convertido la señora Wendy. O quizás era yo, por ser la única que al parecer se había dado cuenta.

Confirmé que era yo la que no estaba en mis cabales en el momento exacto en el que entré en mi casa y me pareció normal que dos desconocidos estuvieran tumbados en mi sofá, viendo la tele tranquilamente.

Aunque tal vez ya no eran tan desconocidos después de todo.

Killian escuchó el sonido de la puerta y giró la cabeza, consiguiendo que varios mechones oscuros cayeran sobre su frente. Recorrió todo mi cuerpo con una mirada lánguida que me provocó una sensación de hormigueo por toda la piel.

—Ya me había acostumbrado a tu pijama de sandías —soltó, fingiendo una mueca de disgusto. Resoplé, reuniendo con todas mis fuerzas la escasa paciencia que me quedaba.

Sin poder evitarlo, mi mirada se desvió a su cuerpo y pude apreciar lo bien que le sentaban los pantalones grises y la camiseta blanca que dejaba ver sus bíceps. No tenía un cuerpo hinchado por el gimnasio, pero sus músculos eran fuertes y estaban marcados, delatando el tiempo que se pasaba trabajando en ellos.

Con ese comentario, Killian anunció mi presencia, por lo que Eric, que estaba absorto en los dibujos que ambos veían, se puso de pie en el sofá para girarse y saludarme. Llevaba puesto su pijama de superhéroes y una sonrisa con hoyuelos adornaba su bonito y dulce rostro.

Era asombroso el parecido que había entre ambos.

—¡Hola, Aria! ¿Quieres ver con nosotros una peli? —me propuso con la voz cargada de ilusión. Killian también esperaba mi respuesta, pero no con ilusión, sino con expectación, como si fuera capaz de leerme y saber que mi primer impulso era decir que no. Mi cara de agotamiento me delataba y no tenía ánimos, lo único que me apetecía era tumbarme en la cama y que acabara de una vez por todas ese día tan horrible.

Pero no le podía decir que no a un niño al que la vida le había negado ya tantísimas cosas y, aunque simplemente fuera ver una película, para alguien tan pequeño podía significar muchísimo más que eso.

—Siempre que sea de superhéroes —contesté finalmente mientras le guiñaba un ojo y forzaba una sonrisa.

—¡¡Sí!!

—¿Dónde está mi madre?

—Se ha ido con sus amigas por ahí.

Sentí alivio al escuchar la respuesta de Killian ya que lo último que me apetecía era encontrarme con ella después de nuestra fuerte discusión. Además, últimamente la veía cada vez peor, unas profundas ojeras marcaban sus ojos y había perdido hasta el apetito. Le sentaría bien salir un rato a despejarse.

—¡Tenemos la casa para nosotros solos! ¡Podemos no dormir en toda la noche y comer muchas palomitas! —dijo Eric, saltando de alegría en el sofá.

—Está bien, pero apuesto lo que quieras a que no consigues aguantar ni hasta las doce —lo retó su hermano, y este paró en seco para mirarlo con indignación. Al segundo Killian le revolvió el pelo en un gesto cariñoso y la respuesta de Eric fue enseñarle la lengua. Fue ahí cuando comprobé que Killian tenía una clara afición por hacer rabiar a todos las personas de su alrededor. Reconozco que mi corazón se encogió al verlos interactuar de esa manera y es que, por mucho que Killian intentase tomar el rol de padre, al final seguía siendo su hermano mayor.

La escena me arrancó una sonrisa, que duró lo suficiente para que él la captara y se quedara observándome. El estómago me dio un vuelco y, para evitar quedarme ahí parada como una tonta, rompí el contacto visual y fui a la cocina para dejar el bolso y de paso coger el teléfono fijo de casa.

—¿Os apetece que empecemos la noche cenando pizza?

La voz aguda de Eric retumbó por las paredes con un rotundo «¡Sí!», por lo que llamé para pedir dos. Tardé media hora en ducharme, ponerme el pijama y recoger mi pelo en un moño desordenado. Sin embargo, al bajar por las escaleras comprobé que seguían tal y como les había dejado: inmersos en la búsqueda de la película perfecta, como si fuese una de las elecciones más importantes de su vida.

En cuanto me vio, Killian me estudió con una mirada de satisfacción, seguramente al verme con el pijama de sandías que tanta gracia le hacía. Su sonrisa se hizo aún más amplia cuando puse los ojos en blanco. Al menos esta vez sí me había puesto sujetador.

—Y bien, ¿qué peli vamos a ver?

—*Iron Man* —sentenció Eric, echándole una mirada furtiva a su hermano.

—Yo quiero ver *Capitán América* —replicó Killian, mordiéndose el labio en un intento de contener la risa.

—¡No!

—La otra la hemos visto mil veces, Eric. Además, es aburrida.

—Tú sí que eres aburrido.

—¿Qué os parece si lo dejamos al azar? Lanzamos una moneda, si sale cara vemos *Capitán América* y si sale cruz, *Iron Man*.

Eric asintió algo inseguro, supuse que por temor a que su opción no

fuera la vencedora y antes de que Killian protestara lo fulminé con la mirada. Por lo visto, fue lo suficiente contundente para que buscara en el bolsillo de sus pantalones una moneda y me la pasara.

La cogí y una breve carga de electricidad me sacudió la mano. La observé con el ceño fruncido durante unos segundos y después sacudí la cabeza y la lancé hacia arriba. Los tres seguimos su movimiento con la mirada, como si de aquel resultado dependieran nuestras vidas.

La moneda cayó de canto, iba a inclinarse hacia un lado, pero de forma abrupta giró y acabó saliendo cruz. La celebración de Eric fue digna de recordar y no pude evitar unirme a él porque en el fondo yo también prefería ver *Iron Man*. Por mucho que Killian resoplara, no pudo evitar que se le escapara una pequeña sonrisa al vernos tan emocionados.

De repente, Eric salió corriendo hacia la ventana, se alzó de puntillas y levantó la cabeza hacia el cielo. Tardó unos segundos en señalar algo que desde mi posición yo no alcanzaba a ver.

—Killian, ¡mira! Hoy la estrella más brillante se ve desde aquí —gritó emocionado, y cuando volvió a hablar su voz sonó más triste—. ¿Te queda mucho para ir…?

—Como no vengas rápido el tiempo de validez de la moneda se va a caducar y habrá que ver mi película —interrumpió su hermano.

Fue automático, el niño se olvidó de lo que estaba diciendo y voló hasta el sofá, cayendo en él de cabeza y dedicándole una mirada asesina.

Tras ese momento un tanto extraño nos acomodamos, ellos en el sofá que quedaba enfrente de la pantalla y yo en el sillón de al lado. La televisión, que habíamos apagado para debatir sin distracciones la película que veríamos, se encendió para mostrar una imagen tan inesperada que mi boca se abrió de par en par. Ahogué una exclamación. Un chico y una chica se revolcaban desnudos y de forma apasionada en una cama de matrimonio. El volumen estaba tan alto que sus gemidos inundaron todo el salón.

«Esto no puede ser real».

Sin dar crédito, miré a Killian, que fue a cambiar de canal tan rápido que los nervios consiguieron que subiera el volumen y los jadeos de los actores resonaran con más fuerza. Me reí sin poder contenerme al ver cómo pulsaba todos los comandos hasta que finalmente consiguió quitar la imagen de la pantalla. Por desgracia para él, eso no bastó para que Eric pasara por alto el espectáculo que acabábamos de presenciar.

—¿Es así cómo se hacen los bebés? —preguntó con genuina

curiosidad, consiguiendo que Killian palideciera.

—Eh… Sí —contestó con un carraspeo, dejando ver que no sabía de qué manera abordar el tema—. El chico pone una semilla dentro de la chica y nueve meses después nace un bebé.

Eric giró la cabeza y lo examinó pensativo unos segundos.

—Mike me contó en secreto que escuchó a su madre chillar cuando crearon a su hermana. ¿Es porque duele? —Su rostro adquirió un matiz de temor al contemplar dicha posibilidad.

La cara de Killian era todo un poema.

—No es porque duela, es porque le gusta.

—Pues a mí me gusta el helado y cuando me lo como no chillo así. —La seriedad de su voz dejaba ver que le estaba costando comprender las palabras de Killian.

—Es diferente, ya lo descubrirás cuando seas mayor. —Sus labios se curvaron en una sonrisa que no le llegó a los ojos. De un momento a otro su expresión se volvió triste y no entendí cuál había podido ser el motivo.

El sonido del timbre lo salvó de tener que responder más preguntas incómodas. Minutos más tarde, el olor delicioso de las pizzas llenó todo el salón y no pudimos esperar un solo segundo para empezar a devorarlas. Sin embargo, ni la comida consiguió animar a Killian, que seguía con un gesto serio en el rostro y el brillo de sus ojos apagado. Excepto cuando su hermano le sacaba alguna sonrisa al hacer comentarios divertidos y ocurrentes.

La película comenzó y con ella mis ganas de reír. Eric y yo no parábamos de comentar cada una de las escenas y conversaciones entre los personajes y Killian nos mandaba callar mientras nos fulminaba con la mirada. Al menos conseguimos transformar su pena en irritación.

—¿Y ese quién es? —preguntó Eric, impaciente por saber más.

—No me acuerdo, pero te irás enterando conforme avance la película —respondió Killian con impaciencia.

—Está claro que Tony Stark adora a Pepper, se le da demasiado mal ocultarlo —comenté.

—¡Puaj, no! —replicó Eric.

—¿Tú qué opinas, Killian?

—Opino que me estáis arruinando la película —bufó sin ocultar su irritación, aunque en el fondo podía intuir que no le molestaba tanto como nos quería hacer creer.

Pasaron unos minutos de calma que decidí romper con la más inocente de las intenciones.

—¿Por qué ha hecho eso?

La única respuesta que recibí fue un cojín aterrizando en mi cara. Me quedé perpleja y los miré, tratando de identificar al culpable. Killian se delató al dirigirme una mirada de soslayo que dio paso a una sonrisa encantadora que quise borrar de un plumazo. No sé por qué lo hice, pero le mantuve la mirada y le devolví la sonrisa, pero la mía fue triunfante al comprobar que, igual que él podía sacarme de mis casillas, yo también tenía el poder de hacer lo mismo con él.

El resto de película fue tan interesante que todos olvidamos las preguntas que quedaban sin resolver, la trama nos atrapó tanto que entre risas decidimos tentar al sueño un poco más viendo la segunda parte. No aguanté despierta demasiado tiempo, todo comenzó a bajar de volumen conforme mis ojos se iban cerrando e inevitablemente caí rendida.

Me desperté en medio de la oscuridad, tapada con una manta y rodeada por un denso silencio. Estaba algo desorientada y tuve que hacer un esfuerzo para despejarme y recordar así la velada de películas que había compartido con los chicos. En ese momento fui consciente de que era la primera vez que nos habíamos quedado los tres solos y la primera ocasión en la que me había sentido relajada en presencia de Killian. El peso aplastante de la ansiedad que me había estado ahogando la mayor parte del día se fue disipando conforme transcurría la noche, permitiéndome respirar con mayor facilidad, y supuse que había sido el resultado de pasar unas horas haciendo algo tan cotidiano como comer pizza mientras disfrutaba de una película. Le había dado un respiro a mi mente entre tanto caos.

Pegué un pequeño brinco que hizo que terminara de despertarme cuando escuché chirriar la cerradura de la puerta. Mi madre entró con las mejillas sonrojadas por el fresco que estaba empezando a hacer por las noches y con el ceño menos fruncido que la última vez que la había visto.

Encendió las luces del salón, deslumbrándome por completo y provocando que escondiera mi cara debajo de la manta fina con la que estaba tapada. Un momento, si mi madre acababa de llegar… ¿Habría sido Killian quien me había tapado con ella? Mi corazón dio un pequeño salto al pensarlo, pero no le permití emocionarse en exceso por ese gesto. Killian no

se había interesado por mí, no quería conocerme, además de que la mayoría de los momentos que habíamos compartido eran fruto de mi empeño por averiguar más acerca de él. Tampoco es que me importara demasiado, no quería tener ningún tipo de amistad con alguien en quien no confiaba.

—¿Qué haces durmiendo en el salón? —preguntó mi madre con voz suave.

Saqué la cabeza de la manta y entrecerré los ojos para habituarme poco a poco a la luz.

—Estábamos viendo una película y me dormí.

—¿Estábamos?

—Sí, Killian y Eric me lo propusieron. No entiendo por qué no me han despertado —dije algo confusa, arrastrando las palabras mientras me obligaba a levantarme del sillón para irme a la cama.

—Imagino que pensó que lo haría yo. —Y por el singular de su frase supe que se estaba refiriendo a Killian.

—Supongo que sí.

Odiaba las conversaciones que seguían a una discusión, aquellas en las que se hacía como si nada hubiera ocurrido.

—Aria… No podemos seguir así.

Mi madre me sorprendió, rompiendo por una vez la neblina de palabras falsas que envolvía nuestra interacción.

—Ahora no mamá, estoy cansada. —Sabía que debíamos hablar y reconciliarnos, pero no mentía, estaba agotada de creer en ella para después darme cuenta de que había sido un error.

—Que descanses entonces —dijo con una expresión de dolor y resignación.

En un momento de debilidad, o más bien de fortaleza, tuve el impulso de darle un beso de buenas noches, pero unas cadenas invisibles me impidieron hacerlo. Parecían ser muchas las cosas que nos separaban, pero en realidad tan solo era una la que nos hacía andar en direcciones contrarias: la falta de honestidad.

—Buenas noches, mamá.

Pasé delante de ella tan rápido como pude y subí hasta mi habitación con una sensación agridulce en el estómago. En el fondo deseaba arreglar las cosas, pero el orgullo y el rencor me sostenían cuando ella no había sido capaz de hacerlo.

Tan pronto como entré en el cuarto, me metí en la cama, tapándome

con la colcha y encogiéndome sobre mí misma. Respiré hondo y me mentalicé que me esperaban horas de dar vueltas y vueltas hasta que lograra dormirme.

De repente, dos golpes secos sonaron desde mi puerta. Se abrió lentamente, seguida de un chirrido que llenó el silencio de la habitación. Killian se asomó, estaba algo despeinado e irónicamente la oscuridad hizo resaltar su belleza aún más. Las sombras marcaban la forma de su rostro, sus pómulos definidos y su mandíbula marcada, además de unos incitantes labios que conseguían que me dejara arrastrar por su movimiento hipnótico.

—¿Estás despierta? —preguntó con una voz profunda y ronca.

—Eh… Sí.

Una inusual timidez se apropió de mí al ser consciente de su presencia en mi espacio más íntimo. Los dos solos, respaldados únicamente por la oscuridad.

Aquella donde los deseos más oscuros parecían brillar más.

—Quería hablar contigo —dijo, cerrando la puerta tras de sí.

—Aquí me tienes —contesté con vacilación, sorprendida por la situación y aún más por el rumbo que tomaron sus pasos. Se sentó en la cama a un palmo de distancia de mí, tan cerca que las sombras ya no fueron un problema para apreciar los detalles de su rostro. El aroma mentolado que desprendía era tan intenso que temí que permaneciera en mi habitación una vez se marchara.

Sus ojos grises se intensificaron cuando habló.

—¿Qué te ocurre? —Su pregunta me pilló desprevenida y aunque era un gesto amable por su parte no pude evitar ponerme a la defensiva.

—No hay quien te entienda. ¿Ahora nos interesamos por la vida personal del otro? Si no me equivoco hace unas horas decías que cada uno se centrara en sus cosas. —Apartó la vista y apretó los dientes.

—Y lo sigo manteniendo, pero eso no me impide preguntarte si ha ocurrido algo.

—¿De verdad te importa?

Mi intención no fue atacarle, mi pregunta estaba cargada de simple curiosidad. Los momentos que habíamos compartido habían sido demasiado inusuales y de ninguna forma esperaba que se preocupara por mí. Aunque quizás no lo hacía, quizás su preocupación estaba motivada por algo totalmente distinto.

—¿Evitas preguntas con otras preguntas? Estás haciendo lo mismo que

odias de mí.

Reprimí una sonrisa al recordar que le había reprochado justo eso cuando estábamos en el bosque.

—Me has enseñado que funciona bien. Acabas de hacer lo mismo y tú tampoco has respondido a la mía.

—Entonces confirmas que sí ha pasado algo.

—Son cosas del trabajo, nada importante. De todas formas, ¿cómo lo has notado?

—La mayor parte del tiempo finjo que estoy bien delante de otras personas. Por eso puedo notar con facilidad cuando alguien hace lo mismo.

—Tenemos un problema entonces, ¿no? Ahora sabemos que eso no funciona con nosotros —admití, dejándole ver que yo también podía identificar cada una de sus sonrisas forzadas.

—Si lo necesitas, puedo fingir que te creo —contestó con voz ronca, y yo me quedé sin palabras. Estaba mostrando empatía y al mismo tiempo me estaba dando su apoyo.

—Supongo que yo también puedo hacerlo.

Nos miramos fijamente y eso bastó para que todo lo que nos envolvía desapareciera. La tensión podía cortarse con un hilo y la temperatura había aumentado tanto que comencé a sentirme incómoda en mi propia piel. Killian se apoyó sobre su mano, la cual se encontraba peligrosamente cerca de mi muslo desnudo. El movimiento me pilló desprevenida y aguanté la respiración, pensando por un breve segundo que se inclinaría aún más para besarme.

Me sentí estúpida al instante.

—Pero no me apetece fingir esta noche, así que esta será la excepción. ¿Estás mal por tu madre? —Y ante mi ceño fruncido, continuó—: Esta mañana me despertaron vuestros gritos, creo que lo hicieron con cualquiera que siguiera dormido en Haven Lake.

Exhalé con disimulo para relajar los nervios que me provocaba su cercanía y contesté con sinceridad.

—Es un cúmulo de cosas, tampoco dejo de pensar en lo que ha pasado esta mañana con la señora Wendy.

—¿Has ido a verla?

Me eché hacia atrás de forma instintiva por su repentino interés. Medité mi repuesta, decidiendo que lo mejor sería no contarle a nadie lo que había averiguado, al menos hasta que hablara de nuevo con la única

vecina que no había negado la existencia de Claire. Sabía que Killian me tomaría por loca o me diría que me estaba metiendo demasiado en las cosas de la señora Wendy.

Ambas cosas podían ser ciertas. O no.

—Sí, solo quería saber cómo estaba.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó, no demasiado sorprendido por mi respuesta.

—Me ha contado que últimamente le daban mareos, pero que se le pasaban rápido. Así que supongo que no se encontraba demasiado mal.

—Entonces ya está, Aria, no cargues con esa responsabilidad. —Se removió incómodo, como si se hubiese dado cuenta de repente de la proximidad de nuestros cuerpos—. Y tu madre… Habla con ella, estoy seguro de que quiere que estéis bien.

—Te equivocas. No puede pedirme como si nada que confíe en ella después de mentirme durante un año entero. —Empecé a toquetearme el pelo para calmarme, lo que hizo que los ojos de Killian se distrajeran por el movimiento. Parpadeó y posó la vista de nuevo en mí.

—Hay cosas que solo le pertenecen a ella y tienes que confiar en que quiere lo mejor para ti. Si no te cuenta lo que quieres oír es para protegerte.

Puse los ojos en blanco ante la misma historia de siempre.

—¡Eso es una tontería! Las mentiras solo hacen daño y te alejan de las personas a las que más quieres.

—Yo pensaba lo mismo que tú, hasta que fue demasiado tarde. —Su mirada se ensombreció—. No cometas el mismo error que yo.

—¿Por qué?

Su rostro se llenó de un dolor tan evidente que me encogió el corazón.

—Porque ese error me hizo perder a la persona que más quería.

Me miró con una expresión que no supe descifrar y, sin darme la oportunidad de contestar, se levantó de la cama para marcharse.

—Buenas noches, Aria. —Mi nombre sonó en sus labios como una delicada caricia que consiguió ponerme la piel de gallina.

Cerró la puerta, dejándome aturdida por la conversación y por descubrir otra cara de Killian. Él era todas ellas, pero siempre solíamos conectar más con aquella que estaba dañada, con el dolor que cargaba esa persona. Tal vez porque mostrar nuestro lado más vulnerable era la mejor muestra de confianza.

Algo en mi interior gritaba a viva voz que lo que ocultaba Killian era

algo mucho más peligroso que su dolor. Había ignorado demasiadas veces a mi instinto y, por ahora, ese era el único error que no estaba dispuesta a cometer de nuevo.

Entre cavilaciones, volví a meterme bajo las sábanas. Cogí el móvil para distraerme y hacer tiempo hasta que el sueño decidiera hacer acto de presencia, pero estaba muy lejos de ser así. Me incorporé de inmediato cuando leí los mensajes que iluminaban la pantalla. Se me revolvió el estómago. Todos eran de Álex.

«Aria, necesito que hablemos».

«Es urgente, han pasado muchas cosas y creo que me estoy volviendo loco».

«Eres la única persona que sé que no se va a asustar, porque no lo hiciste aquella vez».

«Por favor, no tengas miedo de lo que te cuente».

«No tengas miedo de mí».

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 14

La calle no parecía tener final. Todo estaba en penumbra, las luces de las escasas farolas que alumbraban el camino titilaban e incluso algunas de ellas estaban fundidas, alimentando así la oscuridad que me rodeaba. Una brisa fría me acarició el cuello e hizo que se me pusiera la piel de gallina. Inspiré hondo y al instante me arrepentí; el aire estaba impregnado de un hedor que no supe identificar. Apreté el paso abrazándome a mí misma, la humedad se colaba incluso a través de la sudadera gris que me había puesto. Dos días seguidos saliendo en plena madrugada a hurtadillas no me dejaba en un buen lugar, pero se trataba de Álex. Y si me necesitaba me daba igual que el adjetivo «insensata» quedara grabado en mi frente el resto de mi vida.

Detuve mis pasos súbitamente cuando una sombra cruzó mi trayectoria. ¿Pero qué…? No tuve tiempo de imaginar lo peor ya que avanzó hasta quedar bajo la luz de una farola y pude distinguir la silueta de un gato. Una pequeña risa nerviosa se escapó de mis labios. Dios, tenía que tranquilizarme. Retomé el camino, pero cuando apenas llevaba un par de metros una mano me cubrió la boca por detrás. Me apresó de forma firme contra un cuerpo que desconocía y me vi arrastrada hacia el callejón que quedaba a nuestra izquierda. Por un instante me dejé paralizar por el pánico, olvidé cómo respirar y también que no estaba indefensa. Me habían enseñado que no necesitaba a nadie para defenderme. Llevaba conmigo un arma que sabía muy bien cómo utilizar.

Y esa era yo.

Impulsé mi brazo hacia atrás con toda la fuerza que pude, propinándole un codazo a mi agresor y consiguiendo que aflojara su agarre.

No demasiado, pero lo suficiente para pegarle un cabezazo y liberarme de él.

Me di la vuelta, bloqueada y al mismo tiempo impulsada por el miedo.

Ahogué un grito al ver un rostro conocido tambaleándose.

—Álex —exhalé.

Soltó un gruñido de dolor al mismo tiempo que se tocaba la barbilla para descubrir que su nariz se encontraba teñida de rojo. Aproveché ese momento para observarlo y su apariencia me desconcertó por completo. Las camisas coloridas que solía llevar habían sido sustituidas por una desgastada sudadera negra y unos simples pantalones de chándal. Su pelo alborotado confirmaba que lo último que le importaba en esos momentos era su imagen. Con la cabeza algo dolorida por el cabezazo que le había dado, di pequeños pasos hacia atrás sin quitarle la mirada de encima. Me sentía hasta mareada por la confusión. Mi instinto de supervivencia me gritaba que me fuera, pero era mi amigo y necesitaba entender por qué había actuado así.

Alzó la vista, permitiéndome ver cómo en sus ojos se libraba una batalla que desconocía y que pronto formaría parte de mí. Estaba cubierto de sudor y unas profundas ojeras marcaban su rostro.

Era la viva imagen de la desesperación.

Nos rodeaba un silencio sepulcral. El ambiente era frío, acompañado por ese olor tan característico que suele anunciar la llegada de una tormenta. Devastadora pero necesaria.

Álex rompió el silencio con una voz tan rota que me quedé sin aliento.

—No quería que te asustaras —dijo, acercándose hacia mí con cautela.

No podía creer que acabara de soltar aquello. Si no tuviese las piernas como gelatinas del susto hasta me habría echado a reír.

—¿Por qué todos decís eso justo después de comportaros como asesinos? ¿En serio creías que cogiéndome así no me asustarías? ¿Qué tal un «Hola, Aria»? Te puedo asegurar que la gente consigue grandes resultados con esas dos simples palabras.

—Baja la voz, por favor. —Su rostro palideció y me cogió del brazo.

—¿Por qué?

—No quiero que nos escuchen y como sigamos así… —Miró con puro terror hacia la entrada del callejón—. Tenemos que irnos de aquí, estaremos seguros en mi coche.

—Dime qué ocurre —dije, zafándome de su agarre.

—Aria, te lo suplico, necesito que vengas. Me estoy volviendo loco y no sé con quién hablar —suplicó, y la pena que me transmitieron sus ojos me hizo dudar.

—¡Nunca te dije que no hablaría contigo! Pero no puedes mandarme esos mensajes, aparecer de esta forma y seguir sin contarme qué está pasando —sentencié, alejándome de él.

No llegué demasiado lejos.

—He averiguado qué pasó, por qué pude fundir el bolígrafo solo con mis manos. Tú misma sabes que están sucediendo cosas raras y te aseguro que soy el único que te va a dar las respuestas que necesitas. —Soltó un profundo suspiro al ver que seguía sin mirarlo—. Pensaba que quedar contigo sería seguro, pero me equivocaba y ahora tenemos que irnos.

Me di la vuelta y lo observé con vacilación.

Tras unos segundos de meditar mis opciones, decidí que no podía engañarme a mí misma, me conocía y sabía que me arrepentiría si al final no conseguía hablar con él. Además, sus palabras habían sido demasiado reveladoras. No me había dicho que era el único en saber las respuestas, sino que era el único que estaba dispuesta a dármelas.

No tenía tiempo para pensar en todo lo que eso significaba.

Mantuve mis ojos en él y justo cuando fui a hablar se adelantó, malinterpretando mi silencio.

—Esto era lo que intentaba evitar, que me tuvieras miedo.

—No tengo miedo de lo que seas, eres mi amigo y confío en ti —me apresuré a decir ante su tono derrotista—. Solo estoy desconcertada por todo lo que está pasando.

—La verdad es que no ha sido muy inteligente eso de parecer un secuestrador —dijo, y una pequeña sonrisa se formó en sus labios. Una que ni de lejos llegó a sus ojos—. Lo siento, es que estoy muy nervioso.

—Soy la menos indicada para juzgar eso —contesté, recordando mis persecuciones a Killian en plena madrugada.

—Tenemos que irnos y darnos prisa. Mañana a primera hora me voy del pueblo… —Se me quedaron los ojos como platos ante tal bomba—. Haven Lake ya no es un sitio seguro para la gente como yo. —Su voz tembló cuando continuó hablando—. Por favor, ayúdame.

«¿Para la gente cómo él?».

Se me rompió el corazón ante la agonía de su voz y la idea de que se marchara.

—¿Te vas a ir sin dar explicaciones?

—Créeme, nadie va a necesitar una despedida de mí. —Suspiró con la mirada cargada de dolor—. Y ahora vámonos, estamos tentando demasiado a la suerte.

Nos pusimos en marcha hacia el coche de Álex. Nuestros pasos eran apresurados, pero sin llegar a correr para no levantar sospechas. Todavía no sabía de qué huíamos, pero por puro instinto el miedo de Álex se había convertido en el mío propio.

Las calles estaban prácticamente vacías y la espesa niebla que flotaba en el ambiente impedía ver con claridad los edificios de ladrillo rojo que atravesábamos. Parecía ser una noche cualquiera en Haven Lake, pero la sensación de inquietud lo cambiaba todo y la tensión del cuerpo de Álex junto con los temblores que intentaba ocultar bastaron para que mi ansiedad aumentara.

Conforme nos alejábamos del callejón una parte de mí dudó.

«¿Y si él está tan paranoico como yo?».

Pero no era tonta, los sucesos recientes confirmaban que ocurría algo y estaba a nada de tocar la verdad con mis propias manos.

Nunca había deseado algo con tanta fuerza.

En el momento en el que entramos al coche y la puerta se cerró, supe con certeza que nada volvería a ser igual cuando saliera de allí.

No podría haber imaginado hasta qué punto tenía razón.

El rugido del motor despertó todas mis alarmas y me incorporé en el asiento, rígida al observar cómo Álex arrancaba el coche. No esperaba que fuésemos a ningún lado, pensaba que hablaríamos ahí dentro, donde nadie nos podría escuchar.

—¿A dónde vamos?

—Tenemos que acercarnos lo máximo posible al lago del bosque —contestó, como si fuese lo más obvio del mundo.

Lo miré boquiabierta, replanteándome seriamente la opción de que hubiera perdido la cabeza.

—Álex —dije, intentando mantener la calma—. Me has prometido que me ibas a contar lo que está pasando.

—Tranquila, lo voy a hacer, solo pretendo acercarnos más al bosque.

Un destello de luz captó toda mi atención, impidiéndome cuestionar

por qué quería llegar hasta ese lugar. Examiné el interior del vehículo y mi respiración se aceleró al encontrar el inicio de un objeto metálico bajo mis pies. Me incliné, palpando a ciegas el suelo hasta llegar a mi objetivo. El objeto estaba frío al tacto, lo saqué poco a poco para descubrir una gran llave inglesa.

—Álex, ¿por qué tienes esto aquí?

—Para defenderme.

—¿De quién?

—¿Te acuerdas de lo que pasó en la cafetería? —preguntó, y su voz sonó cansada.

Asentí como respuesta.

—Antes del incidente llevaba días raro. No me sentía yo mismo, pero no a nivel emocional, sino más bien físico. —Mi cara de confusión lo alentó a continuar—: Me he convertido en un monstruo, Aria.

Tragué saliva.

—¿Por qué? —susurré, y apartó la mirada.

El silencio que inundaba el coche era asfixiante. Miré a Álex, esperando una explicación que se demoraba demasiado en llegar. Las casas de Haven Lake comenzaron a escasear y los árboles a ser más abundantes. Nos estábamos acercando al bosque.

Álex apretó con fuerza el volante.

—Soy más rápido, tengo mucha fuerza y todos mis sentidos se han amplificado. Puedo escuchar cómo bombardea el latido de tu corazón y cómo la vecina de aquella casa le riñe a su hijo por haber dejado los juguetes sin recoger.

La casa que había señalado se alejó junto con el resto del paisaje.

Me estremecí.

Álex estudió mi reacción, pero imagino que no pudo sacar mucho en claro ya que me había quedado sin palabras. Creía en su desesperación, en el miedo que delataba la tensión de su cuerpo, pero sus palabras me resultaban lejanas. Irónico que después de haber perseguido con tanta fuerza una verdad, ahora me costara creer en ella.

—No sé qué decir —balbuceé.

Unos segundos de pausa se interpusieron entre nosotros, unos en los que aprovechó para aparcar y apagar las luces del coche, ocultándonos en la oscuridad. Olvidamos demasiado rápido que algunas sombras tenían ojos y veían con total claridad a través de ella.

Estábamos en la entrada del bosque más cercana al pueblo y la única que disponía de un terreno espacioso para estacionar vehículos. Haven Lake era conocido por su extenso bosque, y solían visitarlo turistas de pueblos cercanos, incluso algunos que provenían de grandes ciudades del estado. Enfrente de nosotros un sendero rodeado de abundante vegetación nos invitaba a entrar a las profundidades del lugar.

No tenía intención alguna de hacerlo.

En mis adentros recordaba repetidamente la imagen del boli derretido que había visto con mis propios ojos y la rapidez con la que Álex había salido huyendo del campus. No lo podía negar, pero tampoco podía creer que mi mejor amigo fuese una especie de ser sobrenatural. Quizás el problema estaba en que yo buscaba una lógica para todo y había verdades que simplemente no podían ser explicadas.

Una idea fugaz interrumpió el flujo de mis pensamientos.

—Dime que no eres un vampiro.

Álex me miró como si fuese yo la que acabara de admitir que tenía superpoderes.

—Aria, esto no es una broma.

—Te lo estoy diciendo en serio. ¿Eres un hombre lobo o un vampiro? —Luché por ocultar el temor que expresaban mis palabras, pero no se me ocurría ninguna otra cosa que encajara. A pesar de que poner voz a esos pensamientos los hacía parecer aún más absurdos.

—Me llaman por un nombre que tú no entenderías, pero no, no soy ninguna de esas cosas. Es una puñetera locura y aún no sabes nada —añadió. Su rostro había adquirido un matiz de agonía y sentí un deseo irrefrenable de reducir su sufrimiento.

—Cuéntamelo —le pedí con voz queda. En mi interior sentía un bullicio de emociones difícil de explicar, pero quería transmitirle la mayor tranquilidad posible. Tenía la sensación de que, si no lo hacía, se derrumbaría.

Yo estaba a punto de hacerlo. Mi cuerpo temblaba, me sudaban las manos y sentía un hormigueo recorriéndome la piel. Me faltaba el aire.

—Solo puedo hablar contigo porque les han borrado la memoria a todos. —Hizo una pausa, intentando controlar las lágrimas—. No se acuerdan de mí.

Su voz se quebró en mil pedazos.

Me quedé sin palabras, intentando procesar lo que acababa de revelar.

—¿Y por qué a mí no me la han borrado?

—Tiene que estar a punto de ocurrir o quizás como presenciaste mi poder en la cafetería no es tan fácil eliminar tus recuerdos. No… no lo sé. —Su cuerpo se hundió aún más en el asiento—. Me estarán buscando porque me he escapado del motel en el que nos escondíamos.

Estaba tan conmocionada que no era capaz de encontrarle una explicación lógica a… nada. Me armé de un valor que no sentía para formular una pregunta que había esperado demasiado.

—¿De quién huyes?

Tras unos segundos de duda, Álex bajó el volumen de su voz, como si de alguna forma inexplicable pudieran escucharlo.

—Se hacen llamar Guardianes, y si no fuera porque me está pasando a mí pensaría que son una secta y que son ellos los que me quieren secuestrar y no proteger.

—¿De qué te protegen?

—Vinieron a mi casa para advertirme de que están secuestrando a gente como yo, por eso nos tenemos que marchar mañana. Me han dicho que, si no me voy con ellos, moriré. —Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas sin control alguno y me miró con unos ojos llenos de súplica.

Sus palabras me causaron tanta impresión que mi cabeza comenzó a dar vueltas, y tuve que concentrarme en el simple hecho de respirar para que todo comenzara a encajar. Claire había sido secuestrada y a la señora Wendy le habían borrado la memoria. Igual que a todos los vecinos de su alrededor, o al menos a la mayoría de ellos.

Empecé a sentir cómo el miedo calaba en mis huesos, cada vez más hondo.

—Necesito que me ayudes. Ya no me queda nada, pero no quiero irme con unos desconocidos y dejar a mi familia. —Un sollozo escapó de su garganta.

—Shhh, tranquilo… —Le cogí la mano para reconfortarlo—. No te irás, ya se nos ocurrirá algo. Te puedes esconder en mi casa hasta que pensemos algún plan, tiene que haber alguien que pueda ayudarnos.

—No puedes decírselo a nadie, necesito saber que entiendes eso. Es muy peligroso y ya me siento como una mierda por haberte involucrado en esto. Pero tú ya habías visto cómo había quemado el boli y no te asustaste. —Sus ojos brillaron—. Eres mi única oportunidad.

Quise corregirlo, gritarle que yo no podía ayudarlo. No sabía cómo.

Tan solo era una chica de veintitrés años jugando a buscar verdades y fingiendo saber qué hacer al descubrir las consecuencias. No podría sostener el peso de ser su única esperanza.

Pero no podía hacerle eso, había perdido todo y yo era lo último que le quedaba.

Así que me callé y asentí, forzando una sonrisa para transmitirle una seguridad que no sentía.

Por un momento, mi mirada se desvió hacia detrás del parabrisas y descubrí que nos había envuelto una espesa niebla. Fruncí el ceño. El bosque se había desdibujado y una sensación de agobio me invadió al vernos atrapados. El cielo aulló con un trueno que me puso la piel de gallina y seguido de esto una ráfaga de luz iluminó la zona de enfrente, disipando levemente la niebla.

La tormenta estaba a punto de alcanzarnos.

Lo que no sabíamos es que ya nos encontrábamos dentro de ella.

Justo en su corazón.

Agucé la mirada al entrever algo extraño, lo suficiente para ver cómo tres figuras se abrían paso entre las sombras. Estaban demasiado distorsionadas aún, pero se podía distinguir que dos de ellas eran mucho más grandes que la que se situaba en el centro.

—Me han encontrado —susurró Álex, y al girarme hacia él vi su rostro desencajado por el terror.

No dudó ni un segundo, comprobó que teníamos los seguros puestos y arrancó el coche sin vacilar. El chirrido del motor junto con el del acelerador hicieron que tuviera que alzar la voz.

—¿Son los Guardianes?

—Ojalá fueran ellos.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 15

No tenía ni idea de cómo íbamos a salir de ahí cuando el camino seguía semioculto por la niebla. Pero no nos dio tiempo a averiguarlo. Algo detuvo los movimientos de Álex, que se quedó inmóvil y con el rostro desencajado. Yo no había escuchado nada.

Se desabrochó el cinturón, abrió los seguros del coche y salió, dejando la puerta abierta de par en par. Me quedé sola, únicamente con la decisión de quedarme ahí o salir en su ayuda.

«¿Qué se supone que está haciendo? ¿Está loco?».

Aunque quisiera haberle seguido, mis músculos no reaccionaron. *Otra vez.* Antiguas pesadillas acudieron a mí con tanta fuerza que me quedé paralizada. El miedo me nubló la mente. No quería que sucediera de nuevo, pero no *podía* moverme. No. No. No. No.

Las dos figuras más corpulentas avanzaron hacia Álex y pude ver lo que parecían ser dos hombres de mediana edad. No podía distinguir sus rostros con exactitud, pero era imposible que su atuendo pasara desapercibido.

No podía creer lo que estaban viendo mis ojos.

Llevaban trajes negros de combate e imponentes capas caían sobre sus hombros. Numerosas llamas de fuego prendían el material desde la parte inferior hasta su cintura. Lo más impactante es que no la quemaban; sin consumirse, la capa seguía ardiendo con fiereza. Una vez los hombres se aproximaron hasta mi amigo, dejando unos metros de separación, lanzaron el cuerpo que sujetaban hacia el suelo sin contemplación alguna. Cayó con un ruido sordo y pude distinguir que era una mujer. Sin pensárselo dos veces, Álex se dejó caer con ella y la abrazó contra él, buscando con

desesperación cualquier daño que pudieran haberle causado.

A través de la puerta abierta del coche, pude escuchar sus voces.

—¡Dejadla! ¡Ya me tenéis aquí! No la necesitáis —gritó Álex con una mezcla de ira y miedo.

—Es pura cortesía que siga con vida, a fin de cuentas, nos vas a ser de gran ayuda, ¿verdad? —dijo el más alto con una frialdad escalofriante.

Me fijé en su rostro; acentuando sus duras facciones había una gran cicatriz que cruzaba su cara desde el ojo izquierdo hasta la mejilla. Su pelo estaba prácticamente rapado, dándole a su aspecto un matiz aún más severo. Supuse que estaba al mando de su otro acompañante, que se estaba limitando a observar la situación. No sabía cuál de los dos me provocaba más terror, pues el segundo, a pesar de no haber hablado, tenía una expresión tan determinada y vacía que parecía aún menos humano.

—¿Qué queréis de mí? —balbuceó Álex, recuperando mi atención.

—Te equivocas de pregunta, te queremos simplemente a ti —dijo, y me quedé impávida al ver que se giraba lentamente hasta encontrarse con mi mirada. Me dedicó una sonrisa llena de dientes—. Ah, y también a tu patética Guardiana, que se esconde como la cobarde que es.

Tragué saliva con fuerza, evitando mover ni un solo centímetro de mi cuerpo.

Tal vez de esa manera me volvería invisible y se olvidarían de mi presencia.

—Ella no es mi Guardiana —contestó Álex rotundamente.

—Ya es demasiado tarde, no puede vernos nadie y la chica ya ha sobrepasado ese límite.

—No dirá nada —suplicó.

—Cada segundo que pasa demuestras aún más tu estupidez. Te encontramos mirando como un cachorrito herido la casa de tu familia, ¿pensabas que no nos daríamos cuenta? Claire no tuvo la suerte de ser protegida por un Guardián y tú vas y la desperdicias. Deberías haber huido cuando aún estabas a tiempo.

—¿Qué sois? —preguntó Álex.

—Dentro de muy poco desearás ser como nosotros. —Su mirada adquirió un matiz de desprecio—. La alternativa es demasiado patética.

—Jamás desearía parecerme a un monstruo como tú —replicó mi amigo con amargura.

No sabía qué eran aquellas criaturas, pero estaba segura de que tenían

la frialdad necesaria para cometer ese tipo de actos. Ahora entendía que los monstruos de verdad y las personas que parecían serlo poseían la misma crueldad y falta de empatía. Tal vez era eso lo que te convertía en uno.

—Me aburre tanto drama innecesario —canturreó el hombre, y su voz se tornó siniestra cuando volvió a hablar—. Acabemos con esto de una vez.

Él y su silencioso compañero se acercaron lentamente hacia Álex, disfrutando de acechar a su presa y del miedo que infundían en ella.

—No me iré con vosotros.

—Veo que te has olvidado de tu mami. —Fingió una mueca de disgusto, y añadió en con un tono escalofriante—: Déjame asegurarme de que, si no vienes con nosotros, tampoco volverás con ella.

Mi estómago se descompuso al descubrir que el cuerpo tirado pertenecía a la señora Stewart, aquella con la que había compartido tantos momentos a lo largo de mi vida. Esto no podía estar pasando, tenía que ser una maldita pesadilla. Álex se aferró con un terror absoluto a su madre. Mi corazón empezó a latir aún más rápido, tanto que creí que me iba a dar un infarto.

El ser de fuego miró a su acompañante y se desplazaron con sorprendente agilidad hacia ellos. Estaba segura de que ya nada podría sorprenderme cuando Álex alzó su mano y un destello de energía blanquecina salió de ella para impactar con fuerza en el hombro del que aún no había pronunciado palabra alguna.

Su reacción fue una risa tan fría que estuve a punto de vomitar.

Tenía que hacer algo. Aunque no había conseguido salir tras Álex, podía hacerlo ahora. Todavía estaba a tiempo. No iba a repetir el final de aquella noche en la que todo cambió para mí. No lo permitiría. Sabía que iba cometer la mayor de las estupideces, pero no seguiría sentada en el coche, dejando que el miedo me paralizara mientras a ellos los mataban. Por mucho que supiera luchar y llevara años entrenando, nada te prepara para afrontar una situación así. Me sentí cobarde porque estaba tan asustada que lo único que quería hacer era darme la vuelta y salir huyendo para salvar mi vida. Álex se equivocaba por completo al creer que yo era su salvación.

Pero en el fondo sabía que no serviría de nada huir, la próxima en morir iba a ser yo.

Y no estaba dispuesta a quedarme de brazos cruzados.

Era curioso cómo el miedo me empujaba a huir y al mismo tiempo, a

luchar.

Temblé al ser consciente de que la decisión era mía.

Antes de poder arrepentirme, eché a correr lo más rápido que pude.

Pero había escogido ser valiente demasiado tarde.

Frené en seco. El hombre que estaba al mando había vuelto a apresar a Álex y el otro se había situado muy cerca de ellos, cogiendo a la señora Stewart, que se había despertado y lloraba con una expresión de miedo y confusión. Unos mechones oscuros le tapaban parte del rostro y el vestido oscuro que llevaba estaba destrozado, manchado por completo de barro. Le apartó el pelo del cuello con una cruel delicadeza que me estremeció. A continuación, desenfundó de su cinturón una daga dorada que resplandeció bajo el brillo de la luna.

Con un movimiento firme y rápido, le rajó la garganta.

Ahogué un grito, llevándome una mano a la boca.

La señora Stewart cayó al suelo con un ruido sordo que me provocó un escalofrío por toda la columna vertebral. El mundo pareció enmudecer, testigo del brutal asesinato, hasta que fue interrumpido por un alarido desgarrador.

Álex.

El cuerpo de su madre se sacudió con algunos espasmos y segundos después quedó completamente inerte, con los ojos abiertos hacia su hijo. La imagen era sobrecogedora. Nunca había visto morir a alguien, y jamás había esperado hacerlo en esas circunstancias. Y tuve la certeza de que aquella imagen me acompañaría por el resto de mis días. Se me revolvió el estómago hasta tal punto que tuve que tragarme una arcada para no vomitar.

—¿Quién te arropará ahora? —se burló el hombre que sostenía a Álex con fuerza. Este se retorcía para librarse de su agarre mientras miraba con desesperación hacia el cuerpo sin vida de su madre.

La rabia provocada por esas palabras lo cegó y se impulsó para darle un fuerte cabezazo en la nariz. Pilló desprevenido a su captor, que se tambaleó hacia atrás con un gruñido, y Álex aprovechó que sus brazos flaquearon para librarse de él con un fuerte empujón.

—¡Aria, confía en mí! ¡Corre al coche! —gritó al tiempo que esquivaba por pura suerte uno de los golpes del hombre e intentaba correr hacia su madre.

Le hice caso, y no porque fuera a dejarlo ahí tirado, sino porque recordé la llave inglesa que había encontrado debajo del asiento. Sabía que

moriría, pero lo haría de todas formas si intentaba huir. Y abandonar a mi mejor amigo a su suerte justo después de ver morir a su madre… Aunque hacerlo me salvara la vida, jamás me lo podría perdonar.

Eso también me mataría, pero de una forma mucho más lenta y dolorosa.

Alcancé el coche lo más rápido que mis pies me permitieron, el terror absoluto a morir era un motor bastante eficaz. Escuchaba el sonido de unos pasos rápidos a mi espalda y supe con certeza que uno de los hombres había puesto su punto de mira en mí. Entré en el coche y cerré la puerta, cogiendo con un movimiento veloz la llave. De repente, un alarido de dolor me distrajo y busqué a través de las ventanas a Álex, pero no lo encontré por ningún lado. Solo uno de los cuerpos en llamas que venía en mi dirección con el rostro cargado de expectación.

Dispuesta a huir antes de que fuera demasiado tarde, abrí la puerta del coche justo cuando el parabrisas se rompió en miles de pedacitos con un estallido. Dejé caer la herramienta y me cubrí la cabeza con las manos, agachándome todo lo que pude, pero aun así no pude evitar que algunos cristales cortaran mi piel. Entonces noté que ya no estaba sola y al alzar la cabeza descubrí que lo que había hecho romperse el cristal había sido el hombre de la cicatriz. Álex lo había lanzado, y no sabía cómo había sido capaz de dirigirlo hacia el otro asiento para no aplastarme. Cogí de nuevo la llave inglesa y salí del coche sin pensármelo dos veces, estaba tan impresionada que no había comprobado si el hombre seguía con vida. Después de lo que había pasado, tuve un deseo oscuro de que estuviese muerto. Miré a mi alrededor y a lo lejos vislumbré a Álex defendiéndose e intentando acabar con el asesino de su madre. Ese hecho le había dado una fuerza que después dejaría de sentir por mucho tiempo. El hombre le pegó una patada tan fuerte que se estampó contra el tronco de un árbol, partiéndolo en dos.

«Dios mío, está muerto», pensé con terror.

Me equivocaba, con brazos temblorosos se incorporó como pudo, escupiendo sangre en el suelo embarrado. Tenía la cara llena de heridas y una mueca de dolor cubría todo su rostro. Aproveché la ventaja que tenía al estar a la espalda de su atacante y me acerqué con sigilo. Pero estos seres tenían un oído exquisito y se giró antes de que lo alcanzara. Intenté darle en la cabeza, pero sus reflejos eran mayores que mi rapidez y me esquivó con facilidad. Cuando se dio la vuelta pude ver cómo un reflejo rojo inundaba

sus ojos; yo era solo un estorbo para él. Era el único obstáculo que le impedía llevar a cabo su misión. Y lo había enfadado. Mucho.

Un gritó inhumano salió de su garganta y se impulsó hacia mí. Me agaché y rodé por el suelo, consiguiendo pasar por su lado. Me levanté de un salto para situarme a su espalda y le di una patada. Cuando cayó al suelo le volví a pegar; necesitaba dejarlo inconsciente. Alcé el arma y le di un golpe en la cabeza. Se sacudió y se quedó inmóvil en el barro.

Las llamas de su capa crepitaron, la intensidad con la que ardían disminuyó, pero no se apagaron en ningún momento. «¿Significa eso que aún sigue vivo?». No disponíamos de tiempo para pensar en ello. Mis ojos recorrieron su silueta hasta que se detuvieron en el anillo que llevaba en la mano izquierda, uno que resplandecía a causa de la piedra rojiza y brillante incrustada en su centro. «Vaya, incluso los monstruos se preocupan por su apariencia», pensé antes de correr hacia Álex.

—¡¿Estás bien?! —Me agaché junto a él, ayudándolo a incorporarse —. Tenemos que salir de aquí o nos matarán.

—Me quieren con vida, pero a ti no. ¡Tienes que irte de aquí!

—No estés tan seguro de eso. —El hombre al que Álex había estampado contra el coche se había despertado y ahora andaba hacia nosotros con una furia que hacía temblar su mandíbula.

Álex se levantó atropelladamente y me cogió del brazo para obligarme a correr junto a él. Emprendimos una carrera desesperada hacia las profundidades del bosque, pero no llegamos demasiado lejos. Una onda de energía caliente nos sacudió, elevándonos por un momento para después hacernos caer en un brutal impacto. Grité al estamparme de lleno contra el suelo. Mi cabeza daba vueltas y sentía mis oídos pitar. Mareada, abrí los ojos para encontrarme cara a cara con la muerte.

Estábamos en medio de un claro y éramos los únicos que habíamos sobrevivido al ataque. Todo lo demás estaba quemado; la tierra, seca; los árboles, sin un ápice de vida. Todo destrozado. Fue entonces cuando tuve la certeza de que lo que había visto aquella noche en el bosque no habían sido los estragos del rayo, como me había asegurado Killian. Era el ataque de uno de estos seres lo que había absorbido toda la energía del terreno y había dejado a su paso una multitud de cadáveres de animales.

«¿Cómo es que seguimos vivos?».

La cara de incredulidad del hombre parecía preguntarse lo mismo.

—Interesante… —murmuró con asombro—. Las criaturas como tú son

más fuertes de lo que imaginamos.

Alenté a Álex a que continuara, pero ni de lejos poseíamos la rapidez y fuerza de estos seres y eso nos dejaba sin apenas oportunidades de salir con vida. Cogí a tientas la llave inglesa que había soltado por la caída y la levanté, preparada para volver a atacar. El hombre al que le había dado un golpe en la cabeza seguía inconsciente, debíamos aprovechar esa ventaja. Aunque a juzgar por la sonrisa del que teníamos delante, a él no le preocupaba demasiado.

Haciendo uso de la misma rabia que antes lo había ayudado a defenderse, Álex avanzó hasta él y aguantó tres duros golpes para lanzar un cúmulo de energía que dio directa a sus partes más íntimas. Aproveché la oportunidad y me acerqué a él, golpeándole con fuerza en la cabeza.

«Varias veces, por si acaso».

—¡Tenemos que salir de aquí antes de que vuelvan a levantarse! ¡Hay que llamar a la policía! —exclamé, a punto de echarme a llorar, dejando caer la llave al suelo. La adrenalina del momento se consumía por momentos y de repente todo el peso de lo que estaba pasando cayó sobre mis hombros.

Pero si seguíamos respirando era porque ellos habían decidido que así fuese, esto solo era un juego, y para ellos darnos esperanza para luego aplastarla era el movimiento final. El primer hombre al que había golpeado comenzó a incorporarse. Clara señal de que teníamos que salir de ahí.

No esperamos más, Álex cogió mi mano y echamos a correr, y esta vez conseguimos internarnos en el bosque. A pesar de la falta de luz, mi amigo lo tenía todo controlado, parecía que conociera el camino de huida. Creía que la espesura sería nuestro refugio, pero más bien parecía un hervidero de trampas. Las ramas arañaban mis manos, las rocas me hacían trastabillar y las raíces de los árboles que sobresalían a punto estuvieron de hacerme caer al barro. Lo único que podía escuchar eran nuestros jadeos junto con mi corazón latiendo a un ritmo desenfrenado. Con cada paso que dábamos me costaba más y más coger aire sin ahogarme.

—Vamos… No perdáis el tiempo en huir. —La voz divertida de nuestro perseguidor se abrió paso entre los árboles.

—Necesito parar, por favor. No puedo más —dije como pude, intentando tomar una bocanada de aire.

—Mierda, se me olvida que no eres como yo —masculló Álex.

Miró hacia atrás y al no escuchar ningún paso nos sentamos detrás de

un gran tronco rodeado de abundantes arbustos. Álex se llenó de barro las manos y se lo esparció por todo el cuerpo. Adiviné que, si sus sentidos se habían aguzado, los de estos seres también y nos podrían rastrear por el olor. Lo imité, cubriéndome de barro y mordiéndome el labio para evitar soltar un gruñido de dolor. La tierra escocía en la multitud de heridas que cruzaban mi cara y el resto de mi cuerpo.

Mi respiración se calmó un poco a pesar de saber que aún no estábamos a salvo.

—¿Estás bien? Estás llena de arañazos. —Me tocó el brazo, donde la sudadera estaba empapada de sangre. La arremangué para descubrir que tenía un profundo corte, me asusté de que ni siquiera me hubiera dado cuenta.

—¿Por qué nos quieren hacer daño? —pregunté con un hilo de voz.

—Te están confundiendo con una Guardiana y por eso también te persiguen a ti. —Se tapó la boca con la mano para tragarse un sollozo—. Aria, dicen que me quieren vivo, pero han estado a punto de matarme también con ese ataque. Yo… no me explico cómo hemos sobrevivido.

—Yo tampoco —susurré.

—Mi madre… —Hizo una pausa para controlar el llanto y yo lo imité, necesitaba ser fuerte para él—. Han matado a mi madre.

Estaba en estado de *shock* y yo no sabía qué decirle, ninguna palabra podría aliviar el dolor que estaba sintiendo. Nada podría hacerlo.

De repente, cogió mi cara con firmeza.

—Tenemos que continuar, pero antes necesito que me prometas que si me cogen vas a huir. Lo que te voy a decir suena raro, pero tienes que encontrar el lago y meterte en él. Allí estarás a salvo. —Se me encogió el pecho al escucharlo.

—No te voy a prometer nada porque no voy a tener que cumplirlo. Vamos a salir de aquí los dos, ¿me oyes? —dije con una seguridad que no sentía. No dejaría a Álex con las personas que habían asesinado a sangre fría a su madre delante de sus propios ojos.

Era más que mi amigo, era parte de mi familia y no dejaría que nada malo le pasara.

Todo acabaría bien. Tenía que hacerlo.

Unas leves pisadas despertaron mis sentidos, contuve la respiración y me concentré en averiguar su procedencia. Se aproximaban por mi derecha y Álex, al darse cuenta de que con mucha seguridad nos iban a atrapar, se

puso de pie y con las manos arriba salió de nuestro escondite. «No. No. No puede ser».

—Ya tenéis lo que queríais —espetó con un tono cargado de ira y frustración.

Las pisadas cesaron y de reojo vi a los dos hombres.

—Sabes muy bien que nos falta tu Guardiana —dijo el único que hablaba.

—Os estáis confundiendo, ella no es una Guardiana.

—Sí que lo es, te defendió y luchó contra nosotros. Eso una humana no lo haría.

Por su tono de impaciencia sabía que se estaba hartando de la situación.

—Infravaloras lo que son capaces de hacer los humanos por sobrevivir.

Nos ganaban en fuerza y rapidez, así que tenía que ser más lista que ellos. Si salía del escondite, no tendría posibilidades de salir con vida por mucho que lo intentara. Había perdido mi única arma, así que esperaría a que se dieran la vuelta y atacaría por la espalda. La última vez había funcionado.

—Tienes razón. Es mi Guardiana y está detrás de ese árbol. La he escondido. Entiendo que queráis matarla, la Orden no puede saber que estáis secuestrando a Inciertos —Álex habló con una calma que me estremeció. Se me cortó la respiración.

«¿Me acaba de delatar?».

«¿Y… qué son los Inciertos?».

—Buen chico, no tienes que mentir a aquellos que con suerte serán tu familia.

Aquella conversación escapaba a mi entendimiento. Escuché sus pasos aplastando las hojas secas; sin embargo, no se acercaban a mi posición, se estaban alejando. Supuse que tras no encontrarme allí les diría que yo había escapado. No era un plan tan malo, era *pésimo*. No se fiarían, llevarían a Álex con ellos y, además, lo harían castigándolo por haberles mentido.

Busqué con rapidez algo a mi alrededor que pudiera servirme como arma. Con mi escasa suerte, encontré una piedra enorme. Perfecto, podía lanzarla a la cabeza de uno de ellos para distraerlos y que Álex tuviese alguna oportunidad de huir o defenderse. La cogí y noté cómo su peso caía sobre mi brazo, al ponerme de pie pude ver las tres sombras que todavía no se habían alejado demasiado. Mi vista ya se había habituado a la oscuridad

del bosque. Entonces me acerqué sigilosamente y arrojé la piedra a la cabeza más grande de los dos hombres. Di en el blanco. Álex aprovechó y le propinó a su captor un puñetazo en el ojo. Mientras, el otro, sorprendido por el repentino golpe, cayó de rodillas con las manos en la cabeza.

Me acerqué con rapidez y le pegué una patada en la espalda para evitar que volviera a levantarse, pero fue como si no le hubiera hecho nada. Como si esa misma patada se la hubiese pegado a una pared de cemento.

—¿De verdad eres tan patética como para pensar que puedes vencerme? Ni siquiera llevas un arma, y sin eso no sois nada —escupió mientras una escalofriante sonrisa deformaba su rostro.

Mierda, no podía con él, era enorme y parecía ser invencible. Se empezó a acercar a mí con una lentitud calculada que me heló la sangre, pero de repente algo lo paró. Tanto la atención de él como la mía se desviaron hacia donde estaba Álex, que momentos antes se había inmerso en una pelea contra el hombre silencioso. Comenzó a hablar con la desesperación de alguien que ya ha dejado de luchar contra el final que le espera.

—¡Dejad que se vaya o acabo con mi vida! —gritó. Sostenía en su mano una piedra afilada con la que presionaba su garganta.

Tenía la temible certeza de que sería capaz de cumplir con la amenaza. El Álex que había conocido durante toda mi vida jamás habría pensado en hacerlo, pero ver morir a una madre te hace cometer locuras. Y ese mismo pensamiento fue el que hizo que un terror jamás conocido me invadiera. No le quedaba nada por lo que seguir aferrándose a una lucha que parecía no tener un final feliz para él. Aquella era una jugada arriesgada y quizás estaba tentando demasiado a la suerte, sin embargo, las miradas de preocupación y alerta de los hombres delataron que Álex era demasiado valioso para ellos. Desconocía el motivo, pero tenía que ser de peso para que contemplaran la posibilidad de permitir que me marchara.

—No serías capaz —sentenció el ser de fuego con falso aburrimiento.

La mano de Álex apretó la piedra contra su garganta y un hilo de sangre comenzó a correr por su cuello. Funcionó.

—¡Quieto! No estamos en posición de perder a un Incierto. —El hombre avanzó hacia él, levantando ambas manos para calmarlo. A mí me iba a explotar la cabeza por acumulación de cosas que no entendía—. Tienes que comprender que no podemos dejarla huir, nos delatará.

—Entonces dale ventaja para que pueda escapar, si no lo haces me

mataré, y si tú no huyes, también lo haré —nos dijo, y sus ojos se encontraron con los míos.

Pero ¿cómo iba a dejarlo? Si me quedaba, se suicidaba, y si me iba, lo raptarían. «Mierda». Mi cuerpo empezó a temblar y me preparé para lo peor. No tenía muchas opciones, pero en el fondo sabía que lo más sensato era huir y buscar ayuda. Esta vez dependía de mí misma; o corría, o moría.

—Está bien, pero tú vendrás con nosotros sin oponer resistencia, y a ella la mataré en cuanto la coja con mis brazos —dijo, y se lamió los labios con una expresión lasciva—. Bueno, antes de eso nos divertiremos un rato. Espero que tú no te aburras demasiado con mi amigo.

Este abrió la boca y sonrió como un loco. Al hacerlo, me di cuenta de que no tenía lengua, un muñón rosado se encontraba en su lugar. Por eso no había dicho ni una sola palabra. El hombre de la cicatriz se volvió hacia mí con una expresión ansiosa.

—Tienes diez segundos, niña.

Y empezó con la cuenta atrás.

«Diez».

Cuando mis pasos arrancaron no sabía con exactitud si estaba huyendo de la muerte o me estaba acercando hacia ella.

«Nueve».

Le dirigí una última a mirada a Álex, una cargada de cariño, culpa y enfado por obligarme a abandonarlo. Una en la que faltó esperanza y sobró dolor.

«Ocho».

Mis piernas corrían todo lo que podían, esquivando los árboles, rocas y raíces que se interponían en mi huida.

«Siete».

Ignoré el dolor que inundaba mi cuerpo, sobre todo el de mis pulmones por la falta de aire.

«Seis».

«Cinco».

Seguí alejándome.

«Cuatro».

«Tres».

Pensé en mis padres, en mis amigos y en todos los momentos vacíos que aún me quedaban por llenar de recuerdos. De vida. Aquel pensamiento me impulsó hacia delante con más valor.

«Dos».

Me recordé que nadie vendría a salvarme, ya lo había hecho Álex y ahora era yo la que tenía que luchar por mí misma.

«Uno».

«Cero».

Me lancé hacia la oscuridad como si fuese el mejor de los infiernos.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 16

La sensación de humedad me hizo pensar que el lago no podía estar mucho más lejos. Si Álex estaba en lo cierto, esa era la única oportunidad que tenía de sobrevivir. La ventaja que me habían concedido no era más que otro de sus juegos. Eran depredadores y sospechaba que, si habíamos creído tener alguna posibilidad de salir con vida, era porque ellos habían permitido que así fuera.

Empecé a temblar aún más al escuchar las pisadas de mi perseguidor, al principio de forma perezosa mientras canturreaba una melodía que desconocía. La brisa entre los árboles distorsionaba su voz, lo que le confirió un tono aún más escalofriante. Su acecho no duró demasiado ya que enseguida oí cómo aceleraba el paso. No le llevaría nada alcanzarme y acabar con su objetivo. Seguí corriendo, esquivando las ramas que obstaculizaban mi huida, y por un instante temí desmayarme del terror que sentía. Pero rendirme ni siquiera era una opción, mi cuerpo estaba en modo supervivencia y no respondería a nada que no fuese seguir con vida, haciendo acopio de las pocas fuerzas que me quedaban.

—No vale la pena que gastes más energía corriendo. ¡En menos de cinco segundos estarás conmigo! —aulló. Era demasiado evidente que estaba disfrutando de la expectación.

Intenté ignorar sus palabras y me concentré en avanzar lo más rápido posible. Una ráfaga de viento consiguió apartarme el pelo que se había pegado a mi frente por el sudor y me fijé de forma fugaz en que una masa de nubes oscuras había atenuado la poca luz que había. Las sombras dificultaban que pudiese esquivar los árboles y las ramas me arañaban la piel sin descanso.

—No es justo jugar sucio, pero eres tan terca que no me dejas más remedio. —La voz del hombre sonaba muy tranquila. Entonces escuché cómo sus pisadas cesaban. Debería haberme alegrado, pero tenía un mal presentimiento.

Un silencio ensordecedor invadió todo el bosque durante unos segundos en los que solo se escuchaban mis pisadas frenéticas. Dejé de respirar cuando una multitud de pájaros salió volando de las copas de los árboles que me rodeaban.

Paré en seco, aterrada.

Y de repente, algo impactó sobre el árbol que había a mi derecha, algo parecido a un rayo o a una especie de llama de fuego. Grité impulsándome hacia atrás cuando el tronco se resquebrajó y el árbol se derrumbó delante de mis narices, bloqueándome el paso. «¿Ese rayo ha salido de él?». Empecé a marearme cuando comprendí lo que estaba a punto de suceder. Tragué la bilis que se había acumulado en mi garganta y miré a los ojos vacíos del hombre que iba a acabar con mi vida. De la última persona que vería antes de que todo terminara. Se acercaba con una amplia sonrisa y con la capa de fuego ardiendo más fuerte que nunca.

—¿Por qué? —dije con un hilo de voz, pegándome desesperada al tronco que se situaba detrás de mí—. ¿Por qué hacéis todo esto?

—Guardiana, no entiendes nada, nunca lo habéis hecho. Los de nuestra especie tienen el potencial para gobernar esta Tierra. No creemos en el equilibrio que predicáis. —Su voz estaba cargada de un odio que amargaba todas sus facciones—. No necesitamos vuestra protección. Los Inciertos no la necesitan, ellos solo merecen vivir si van a llegar a ser como nosotros.

Si no estuviese a punto de morir, me echaría a reír, incrédula por estar escuchando el típico discurso malévolo que el villano recita antes de acabar con la vida del protagonista. El problema es que en este caso iba a terminar con la mía. Y ese pequeño detalle le quitaba toda la gracia.

No entendí el significado de sus palabras, a estas alturas había aceptado que la realidad era muy diferente a como yo la había conocido. Había logrado acercarme a la verdad para darme cuenta de lo lejos que aún estaba de ella. Y que siempre lo estaría si todo acababa aquí.

Se fue acercando poco a poco hacia mí de tal forma que pude sentir la calidez de las llamas que lo envolvían. Aquello hizo que sudara aún más.

—Yo no soy una Guardiana —repliqué con la débil esperanza de que me dejara marchar.

El ser de fuego se movió con una rapidez extraordinaria. Un dolor intenso me invadió cuando su mano impactó contra mi cara. Me tambaleé y caí sobre la tierra húmeda mientras él se reía y mis ojos se llenaban de lágrimas que se derramaban sin control. Me incorporé como pude y un fuerte dolor me abrasó la piel al llevarme la mano temblorosa al labio. Mis dedos estaban cubiertos de sangre.

—De verdad que me da mucha pena matar a alguien como tú. Si pudiera no lo haría, pero, cariño, ni siquiera una cara bonita te puede librar de esto. —Se aproximó más a mí y sacó un puñal plateado del bolsillo. Uno bastante similar al que su compañero mudo había usado para degollar a la madre de Álex.

—Tranquila, no dolerá —dijo, tocándome con suavidad la mejilla que segundos antes había golpeado—. Bueno, tal vez un poco.

El sonido de un trueno rompió el cielo, pero sonó demasiado lejano.

Todo había pasado a un segundo plano.

Estaba inmóvil, el pánico me había atrapado.

Luché contra él, busqué desesperada algo con lo que defenderme, alguna estrategia de combate que me permitiera escapar. Pero nunca me enseñaron a luchar contra un ser sobrenatural envuelto en llamas de fuego. Llamas con las que me podría quemar si me acercaba demasiado. Mi asesino lo sabía y por esa razón limpiaba pausadamente el cuchillo, deleitándose en el sufrimiento que me provocaba esperar a la muerte.

Así que, resignada, cerré los ojos con fuerza y dejé por una vez que el miedo me abrazara. Pensé en mi padre, que me había apoyado cuando empecé a sentirlo todo en blanco y negro; que me había cuidado y llenado de momentos sencillos en los que el amor era lo único que importaba. Se me escapó un sollozo al ver la imagen de mi madre. El orgullo y los secretos nos habían robado nuestros últimos momentos, pero a pesar de eso la seguía queriendo con todo mi corazón. Confié en que ella tuviera fe en eso y no se dejara engañar por el muro que nos había separado en el último año. Pensé en mis amigos e intenté esquivar el terror con todo el amor que sentía por ellos. Un inesperado pensamiento me asaltó: unos ojos grises y la nostalgia por no poder ver más allá de ellos.

Entonces grité.

«Un momento».

Aquel aullido no había salido de mi garganta. Abrí los ojos, notando cómo miles de gotitas caían sobre mí; estaba chispeando. Segundos

después, empezó a llover con intensidad.

Se me cortó la respiración al ver cómo el hombre de negro agonizaba de dolor, dando vueltas sobre sí mismo. Su piel estaba empezando a quemarse y salía de ella una especie de humo. Era como si le hubieran echado ácido en el cuerpo y se estuviera desintegrando, solo que en vez de ácido era agua. Entonces recordé las palabras de Álex. Me había dicho que fuera al lago, que allí estaría a salvo. Eso únicamente podía significar que el agua era la clave para vencerlos, lo cual tenía sentido ya que estaban rodeados de fuego.

El hombre se retorcía de dolor por el suelo, su capa se había desintegrado y las prendas restantes iban a tener el mismo destino. Sabía que tenía que marcharme cuanto antes, pero no podía dejar de mirar de qué manera el agua lo estaba consumiendo. Era como si se estuviese quemando vivo, solo que con agua. Me sentí un monstruo al descubrir un sentimiento de satisfacción entre el nudo de emociones que oprimía mi garganta, pero estos seres habían matado a la madre de Álex delante de él y luego lo habían secuestrado.

Lo mínimo que se merecía era este final.

Ya entonces sabía que esa imagen protagonizaría mis peores pesadillas. Me alejé arrastrándome por el suelo; había llegado el momento de marcharme, el hombre silencioso podría llegar en cualquier momento. Por suerte le habría alcanzado también la lluvia y Álex podría escapar.

Ese pensamiento me dio la fuerza que necesitaba para salir del trance e irme de ahí. Justo cuando estaba a punto de perderlo de vista, decidí echar una última ojeada al cuerpo del hombre. Lo que encontré detuvo mis pies y los llevó en una dirección inesperada.

Hacia el ser que momentos antes iba a terminar con mi vida.

En la piel desnuda, manchada de barro y completamente quemada pude ver a duras penas un dibujo que ocupaba toda su espalda. La mitad de esta estaba marcada por una sucesión líneas que daban forma a un símbolo que no entendía. Era un tatuaje, pero había algo atípico en la tinta, nunca había visto algo así. La otra parte de la espalda tenía formas similares, pero el resultado era un símbolo muy diferente. La diferencia es que este no estaba hecho de tinta, sino de cicatrices.

Aparté la mirada, asqueada, cuando algo llamó mi atención. Un montón de cartas atadas con una fina cuerda yacían en el suelo. A juzgar por lo arrugadas que estaban, el hombre las llevaba escondidas en algún

bolsillo de su traje antes de que este se desintegrara.

Tuve una corazonada de que aquello sería importante y sin dudarlo me agaché, las recogí y las guardé en el bolsillo de la sudadera. Ya tendría tiempo de examinarlas si lograba salir del maldito bosque. Era irónico que antes de esa noche este lugar hubiera sido mi refugio de paz.

Ahora era más bien el corazón del infierno.

Segundos después me llegó un olor de putrefacción y algo más que no supe identificar. Me alejé todo lo que pude, a tiempo de no quemarme con la llamarada gigante que de repente salió del cuerpo del hombre. Me llevé la mano a la boca y contuve una arcada.

Se retorció entre espasmos y gritos de agonía antes de desintegrarse en cenizas. Cenizas que se esparcieron impulsadas por el fuerte viento. Se evaporó.

Y ojalá todo el dolor que había dejado a su paso lo hubiera hecho con él.

Con determinación me fui de allí. Con el alivio de seguir viva.

Y la amarga realidad de saber que de alguna forma el ser de fuego había conseguido su propósito.

Me había matado, porque nunca volvería a ser la misma después de aquello.

Ahora estaba atrapada entre verdades que no conseguía entender.

Tardé en orientarme lo que me parecieron horas, casi había amanecido cuando avisté la carretera que conducía al interior del pueblo. La seguí como pude, deseando que apareciese alguien que pudiera acercarme hasta mi casa. Pero era tan temprano que apenas había tráfico. Además, ¿qué les diría? No podía contar a nadie lo que había ocurrido, eso les pondría en peligro.

«¿Y quién me va a creer?».

El ardor de mi piel ya casi había desaparecido, pero sentía el brazo entumecido por el corte profundo que me había hecho una de las ramas. Tenía la sudadera llena de sangre y hecha jirones. La adrenalina del momento se había quedado atrás y ahora me pesaba el cansancio. Avancé como pude, girándome cada minuto con el profundo temor de que alguien me estuviera siguiendo. Cada paso que daba me costaba horrores, era como si me clavaran miles de agujas afiladas en los pies. Necesitaba con urgencia

llegar a casa, quitarme de encima toda la sangre y el barro con el que nos habíamos cubierto. Tenía la estúpida esperanza de que, con eso, me desharía de todo el dolor que sentía.

Durante todo el camino los sucesos de la noche se repitieron incesantemente en mi cabeza. Aún temblaba, tenía serias dudas de que pudiera dejar de hacerlo en algún momento. Sentía el miedo como una parte más de mí, además de la culpa que me estrangulaba.

Había abandonado a mi amigo a su suerte. ¿En qué clase de persona me convertía eso?

Intentaba decirme a mí misma que no tenía otra opción, que había amenazado con quitarse la vida si yo no huía. No tenía nada que perder y ese hecho volvía demasiado peligrosas sus palabras. Pero, aun así, me sentí fatal cuando tomé la decisión de marcharme a casa tras comprender que Álex había desaparecido sin dejar rastro. Me arriesgué a gritar su nombre un par de veces, casi desgarrándome la garganta, pero los únicos sonidos que me respondieron fueron los de la noche. El bosque había vuelto a respirar.

Todavía no tenía muy claro si aquello me tranquilizaba.

Seguro que el captor de Álex había logrado ponerse a salvo de la lluvia y había adivinado lo que le había pasado a su compañero. La posibilidad de que pudieran venir a por mí me dejaba helada. Uno de ellos había muerto, sí, pero el otro había visto mi cara. Y aunque no pudiera hablar, podía describir mi apariencia o simplemente encabezar la búsqueda para reconocerme él mismo. No sabían nada de mí, pero que yo tuviera tanta información era amenaza suficiente para ellos.

«Aunque la triste realidad es que no entiendo una mierda».

Me costaba procesar todo lo que habían visto mis ojos: los poderes, la muerte de la madre de Álex, su sacrificio por mí… Ahora todo tenía más sentido y al mismo tiempo había dejado de tenerlo. Me concentré en ordenar mis pensamientos.

La hija de la señora Wendy había sido una Incierta, esa era la razón por la que la habían secuestrado los seres de fuego. Supuse que los Guardianes que la tenían que proteger habían llegado tarde y no habían tenido más remedio que borrarle la memoria a su madre y a los vecinos para cubrir la desaparición de Claire. Eso sí, dejando algunos vacíos gracias a los cuales yo había empezado a sospechar que algo no iba bien. Se me encogió el corazón al recordar la foto que había encontrado de ambas abrazándose.

Jamás volverían a hacerlo. Igual que tampoco lo harían Álex y su madre.

La zona muerta que había encontrado aquella noche en el bosque no había sido a causa de un rayo como me había asegurado Killian. Los responsables eran de nuevo esos seres sobrenaturales cuyo nombre seguía sin conocer. Lo único que tenía claro era que eran muy peligrosos. Y a juzgar por las pinceladas de información que habían revelado, tenían el propósito de secuestrar a gente como Álex. Inciertos.

«No necesitamos vuestra protección. Los Inciertos no la necesitan, ellos solo merecen vivir si van a llegar a ser como nosotros».

También había hablado de especies. De equilibrio.

Mi mente seguía negando todo lo que había ocurrido, tenía la esperanza de despertar de un momento a otro en mi habitación de Portland para descubrir que todo había sido un sueño.

O más bien una pesadilla.

Nada de lo que había pasado desde que volví a Haven Lake era normal. Y tenía la clara sospecha de que tanto mi madre como Killian estaban relacionados con todo lo que había ocurrido.

Todavía no sabía de qué forma, pero lo que sí tenía claro era que a estas alturas no tardaría en demasiado en descubrirlo.

Cuando me sumergí entre las primeras casas de Haven Lake, todo seguía desierto. Lo único que me separaba de mi hogar eran dos calles, dos malditas calles que parecían más largas que nunca. Era muy temprano, pero la luz del amanecer ya iluminaba las fachadas rojizas. La tormenta fugaz había dado paso a un día despejado. Una cruel metáfora de que tras el dolor siempre regresa la calma. Una punzada de rabia me atravesó al pensarlo, porque la madre de Álex jamás volvería y había demasiadas posibilidades de que no volviera a ver a mi amigo. El mismo pensamiento me produjo tal dolor que no pude evitar que un sollozo me atravesara el pecho. Eran personas, personas con recuerdos, sueños, preocupaciones banales y momentos por vivir.

Y ya no serían nada.

Nunca había estado tan cerca de la muerte, la había mirado a los ojos y ahora tenía la asfixiante sensación de que jamás podría darle la espalda. Me perseguiría hasta encontrarme. ¿Y acaso huir de la muerte es vivir?

No sentía nada y al mismo tiempo lo sentía todo. Había conseguido que las imágenes de mi mente cesaran, concentrada en el único objetivo de llegar a casa, de volver a sentirme segura.

Si es que eso era posible.

Un paso. Otro. Uno más.

Tenía que avisar a la policía de lo que había pasado, ellos sabrían qué hacer y, si era verdad que los seres de fuego querían seguir ocultos, nunca se delatarían con un ataque en masa.

Pero ¿qué les iba a contar? Jamás me creerían si les decía la verdad.

De repente, sentí cómo el pánico volvía a invadir cada centímetro de mi cuerpo. A lo lejos, detrás de mí, unos fuertes pasos se aproximaban con rapidez. No podía respirar ni moverme, ni siquiera darme la vuelta para ver quién era el responsable de esas pisadas. Luché contra el terror que me paralizaba, pero estaba tan exhausta y llena de miedo que reaccioné demasiado tarde. Aun así, conseguí arrancar. Corrí, corrí desesperada buscando a alguien que pudiera ayudarme. Alguien a quien condenaría a la muerte. Ahogué un grito al notar cómo mis fuerzas desaparecían, haciéndome tropezar y caer de rodillas al suelo. Noté el ardor de mis manos, que habían amortiguado la caída y ahora se hallaban raspadas por el impacto contra el asfalto. Pero me daba igual, no importaba. Ya nada importaba porque me habían encontrado y mi suerte se había agotado. Ninguna tormenta me salvaría esta vez.

—¡Aria!

*Killian*.

Y de nuevo, otra tormenta.

Me daba vueltas la cabeza, pero aun así miré en su dirección y me esforcé por enfocar la vista. Lo vi correr rápidamente hacia mí, las lágrimas me empañaban la vista por lo que más bien parecía una sombra oscura. Siempre fiel a su estilo, iba vestido de negro.

Nunca me hubiera imaginado que me alegraría tanto de verlo.

Avanzando con urgencia, llegó hasta a mí a una velocidad sorprendente. Se agachó hasta ponerse a mi altura y me cogió de la barbilla para estudiar mi rostro. La coleta que llevaba había pasado a la historia y algunos mechones de pelo se habían pegado a mi cara a causa del sudor. Killian los apartó con cuidado y cuando lo hizo su expresión se contrajo en una mueca. Sí, estaba hecha un desastre: toda cubierta de barro y sangre resultaba sencillo intuir que algo malo había ocurrido.

Me tocó con delicadeza la mejilla, seguramente morada por el fuerte golpe que me había dado uno de los hombres.

—Joder —maldijo apretando los dientes mientras examinaba el resto de mi cuerpo con preocupación—. ¿Quién te ha hecho esto?

Sus ojos siguieron inspeccionándome hasta que se fijó en mi brazo derecho. Maldijo de nuevo al ver la manga de la sudadera llena de sangre y al remangarla pudo ver el corte profundo que la había dejado así.

Intenté hablar, pero no conseguí pronunciar ni una sola palabra. Me quemaba la garganta y tenía la boca muy seca. No fue hasta ese momento cuando fui consciente de que estaba muerta de sed.

Killian me cogió de la cintura con miedo de tocar mi brazo herido y me ayudó a levantarme. Pegada a él, su cuerpo era lo único que me sostenía. Aflojó su agarre un momento y perdí el equilibrio. Estuve a escasos centímetros de reencontrarme con el suelo de no ser por sus brazos, que me cogieron de nuevo.

Esta vez con más fuerza.

Miró con tensión hacia todas las direcciones, pero no había nadie. Estábamos solos en medio de la carretera con los primeros rayos de sol como únicos testigos.

—Joder, estás helada. —Me apretó más contra él—. ¿Puedes andar? Tenemos que irnos de aquí —preguntó con tanta suavidad que me entraron ganas de llorar.

Negué con la cabeza, tomando una bocanada de aire para intentar relajarme. Podía sentir cómo el corazón me martilleaba en el pecho, cada vez más fuerte. Estaba a salvo y ese hecho me producía tanto alivio como horror, porque en el fondo sabía que el peso de todo lo que había pasado iba a caer sobre mí. Y temía que me aplastase.

Ese pensamiento fue el detonante, el miedo a tener que afrontar todo lo que había ocurrido.

No podía respirar.

Me zafé de él, agobiada por la creciente presión que sentía en el pecho.

Las piernas me flaquearon y volví a caer al suelo de rodillas. Cerré los ojos, concentrándome únicamente en respirar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Killian asustado, arrodillándose junto a mí al segundo.

Traté de calmarme, intenté que mis manos dejaran de temblar, pero me fue completamente imposible.

Se me revolvió el estómago.

—No… puedo… respirar —conseguí decir a duras penas.

El pánico estaba presente en mi voz y reflejaba a la perfección el terror que me invadía al sentir que me estaba muriendo. Por su gesto de reconocimiento vi que entendía lo que estaba pasando.

—Aria, eh, mírame. —Me cogió de la cara con seguridad, obligándome a enfocar mis ojos en él—. No es un infarto, te está dando un ataque de ansiedad.

Sabía que su intención era buena, pero sus palabras no me calmaron. Las lágrimas inundaron mis ojos y me llevé una mano al pecho. Estaba perdiendo el control de mi cuerpo y sentía que de un momento a otro me desmayaría por la falta de oxígeno. Comencé a hiperventilar cuando los dedos de las manos se me pusieron rígidos.

—Haz que pare… Por favor, haz que pare —supliqué.

—Concéntrate solo en mi voz, ¿vale? Tranquila —dijo con firmeza, tocándome el pelo con movimientos repetidos—. Inhala y exhala, una y otra vez. Deja fuera todo lo demás.

—No puedo mover los dedos. —Los miré con horror y él levantó mi barbilla para que nuestros ojos conectaran de nuevo.

—Eso es porque estás respirando muy rápido. Vamos, intenta respirar conmigo.

Intenté hacerle caso, centrar mi atención en inhalar, retener el aire unos segundos y expulsarlo poco a poco, pero me resultaba complicado. No sé cuánto tiempo duró aquello, pero repetimos la acción hasta que fui notando como la presión en mi pecho disminuía y mis pulmones volvían a funcionar. Killian se relajó al darse cuenta de que conseguía respirar de nuevo. No con normalidad, pero al menos ya no tenía la sensación de que me estaba dando un infarto.

Abrí los ojos, sorprendida, cuando sin previo aviso me cogió con delicadeza de la nuca y me atrajo hacia él, envolviéndome en un fuerte abrazo. No pude corresponderle como me hubiese gustado porque sentía el cuerpo entumecido y tenso, pero me deleité en la sensación reconfortante de sus labios rozando mi pelo. ¿Cómo era posible que me sintiera segura en brazos de alguien en quien no confiaba?

Tras unos segundos nos separamos y nos miramos, extrañados por haber compartido un momento tan íntimo en medio de la carretera. Por su cara parecía estar ansioso por saber qué me había pasado, pero sabía que

estaba conteniéndose hasta que yo me relajara.

O quizás ya lo sabía.

Sin preguntarme, se puso de pie y me cogió en brazos. Al principio me quedé demasiado sorprendida como para moverme. Pero estaba tan exhausta que por una vez me permití seguir la dirección de mis deseos y lo rodeé con mis brazos. Enterré la cara en su cuello, buscando su calor y dejándome envolver por su aroma, y al fin dejé que mis lágrimas cayeran sin control alguno.

—Vámonos a casa.

*OceanofPDF.com*



# Capitulo 17

El resto del trayecto estuvo empañado por una niebla que distorsionó la realidad. Todo adquirió un matiz pálido y los sonidos se atenuaron de tal forma que lo único que escuchaba era el frenético latir de mi corazón. Me centré en el aroma de Killian y en la calidez que sentía en las zonas de mi cuerpo por las que me sujetaba. Podría parecer frívolo pensar en algo así con la de cosas que habían pasado, pero era el modo más fácil de distraerme. Además, me sentía entumecida, casi congelada por dentro, y el calor que desprendía Killian se convirtió casi en una necesidad.

Fui consciente de que ya habíamos entrado en mi casa cuando un olor suave a lavanda llegó hasta mí. Me dejó con delicadeza en uno de los sofás y fue solo entonces cuando volví a abrir los ojos. Lo vi marcharse a la cocina y al instante apareció con un vaso de agua. Se sentó enfrente de mí, observándome con una expresión seria mientras me bebía de un trago todo el contenido. Sentía su mirada por todo mi cuerpo, inmersa en una búsqueda exhaustiva de cualquier herida que se le hubiese podido pasar por alto. Por la rigidez de sus músculos, intuía que no iba a aguantar mucho más sin preguntarme qué demonios había ocurrido.

—Tengo que limpiarte las heridas antes de que se infecten —dijo en cambio, deteniendo su inspección en una de mis mejillas.

—Lo sé, pero la mayoría de ellas están debajo de la ropa. —Carraspeé pensando en la multitud de arañados que me escocían—. Tengo que ir al baño a quitarme de encima todo este barro.

—¿Cuándo vas a decirme qué ha pasado? —preguntó con impaciencia.

Guardé silencio durante unos segundos, mirándolo con una mezcla de determinación y cansancio.

—Necesito quitarme la sangre de encima.

No podía aguantar más así, miraba mis manos manchadas de rojo y venía directa a mi cabeza la imagen de la madre de Álex. De su garganta abierta.

Asintió al ver mi expresión de desesperación. Me levanté del sofá para dirigirme hacia el baño, pero Killian se interpuso en mi camino.

—No vas a poder subir dos escalones sin caerte.

—Ya me encuentro mejor. —Traté de empujarlo para que se apartara, pero lo único que conseguí fue que cruzara los brazos, inmóvil.

—¿Por qué eres tan cabezota?

Me rendí al comprender que simplemente necesitaba sentirse útil en una situación que se escapaba fuera de su control.

—Podría decir lo mismo de ti, pero vale, tú ganas —accedí, apoyándome en él.

Andamos poco a poco hasta llegar al pie de la escalera. Sin vacilar me cogió en brazos y una vez más nuestros rostros quedaron a pocos centímetros de distancia. En esta ocasión tenía la mente más despejada y eso hizo que fuera consciente de la cercanía de nuestros cuerpos. Intenté no pensar en ello mientras subíamos hasta la planta de arriba. Paseé la vista por su cuello y me detuve en la tinta que cubría la mitad derecha, formando la silueta de un ala con pumas afiladas. ¿Qué podría significar? ¿Y por qué solo lo llevaba en un lado?

—Espero que no te acostumbres a esto —dijo, esbozando una sonrisa ladeada, en un claro intento por aliviar la tensión del momento.

—Ya te gustaría —contesté, encontrándome con su mirada, y no pude evitar que una pequeña sonrisa se formara en mis labios.

Al instante me sentí culpable y aparté mi vista de él ¿Cómo era capaz de sonreír con todo lo que había pasado?

—¿Dónde está mi madre?

Iba a ponerse histérica cuando me viera en este estado. Otra de las razones por las que necesitaba ducharme cuanto antes.

—Hemos estado buscándote toda la noche, turnándonos para no dejar solo a Eric. Tu madre estaba fuera cuando te encontré, pero ya la he avisado, no tardará demasiado en llegar. —Su voz se endureció—. ¿Con quién estabas? ¿Qué te ha hecho?

Llegamos hasta la puerta del baño y Killian me soltó con cuidado, aunque siguió sujetándome por la cintura hasta que me aparté de él. Estaba

débil por las horas que había pasado corriendo y huyendo por el bosque, pero aún podía aguantar de pie sin desmayarme. Al menos por ahora.

—¿Puedes dejarme sola?

Apretó la mandíbula y sus ojos me recorrieron otra vez. No parecía muy convencido, pero al ver el agotamiento en mi rostro comprendió que no iba a cambiar de opinión. Además, iba a ducharme, ¿acaso pretendía meterse conmigo a ayudarme?

—Estaré en mi cuarto, necesito cambiarme de camiseta —aceptó finalmente.

—Vale —respondí con voz queda.

En cuanto se marchó, entré al baño y cerré la puerta. Me quedé unos segundos sin moverme, tan solo respirando profundamente por temor a perder el control de nuevo. Todavía recordaba la sensación de no poder respirar y el profundo temor de pensar que iba morir a causa de ello.

Una vez noté mis pulsaciones más calmadas, me deshice de mi sudadera y me quedé en camiseta de tirantes. Al hacerlo vi algo sobresalir del bolsillo: las cartas que le había quitado al ser de fuego. Suspiré aliviada al ver que, pese a las arrugas y al barro, se habían conservado bien. Estaba aterrada e impaciente por saber qué información contenían y hasta qué punto iba a poder averiguar más de estos monstruos gracias a ellas. Pero nadie las podía ver, no estaba dispuesta a implicar a más personas sabiendo el riesgo que eso suponía.

Mi madre o Killian aparecerían de un momento a otro, así que tenía que esconderlas cuanto antes. El baño era demasiado arriesgado. Así que me puse en marcha y con sigilo abrí la puerta, me aseguré de que el pasillo estuviera despejado y me dirigí a mi habitación. Las guardé de forma provisional en el fondo del cajón de mi ropa interior. El sitio perfecto teniendo en cuenta que nadie se iba a acercar a él. Era mi única oportunidad, ya que después de lo que había pasado mi madre no iba a quitarme el ojo de encima.

De vuelta al aseo hubo algo que captó mi atención, una voz que provenía del final del pasillo. Killian. Siendo más exactos, procedía de la habitación que había sido de mi madre y que actualmente ocupaba él. No podía distinguir con claridad el contenido de sus palabras, pero sí el tono de la discusión. Me acerqué todo lo que pude y pude verlo gracias a que la puerta no estaba cerrada del todo.

Colgó y tiró el móvil a la cama con rabia. Se movía de un lado a otro

por toda la habitación, pasándose las manos agresivamente por el pelo. No había tenido tiempo de escuchar nada, pero no pude llegar en mejor momento. Killian se quitó la camiseta que gracias a mí ahora estaba manchada de barro seco y restos de sangre. Se me secó la boca al verlo y no fue solo por sus músculos bien definidos o la uve que asomaba por el bajo de su cintura. Me quedé inmóvil cuando se dio la vuelta y clavé los ojos en su espalda.

O más bien en el tatuaje que atravesaba gran parte de ella.

Me llevé una mano a la boca para ahogar una exclamación. Era similar al del hombre que se había carbonizado delante de mí, pero Killian tenía todas las líneas marcadas y definidas con tinta negra. La mitad de las marcas del ser de fuego habían sido cicatrices.

Di un paso hacia atrás de forma automática. Sentí que el miedo me invadía de nuevo y las lágrimas se acumularon en mis ojos. Presa del pánico, corrí de nuevo al baño y cerré la puerta lo más sigilosamente que mi estado de nerviosismo me permitió.

Esta vez con pestillo.

Empecé a hiperventilar y me apoyé en la pared, deslizándome hasta el suelo poco a poco hasta quedarme hecha un ovillo, abrazando mis rodillas.

«Los de nuestra especie tienen el potencial para gobernar esta Tierra».

Según las palabras del hombre de fuego, había más de una especie. Quizás no todas querían secuestrar a gente y matar a sus familias. Sabía que Killian tenía secretos, mi madre también los tenía, desde que había vuelto a casa eso era lo único que tenía claro. Las piezas comenzaron a encajar, la rapidez con la que me había salvado Killian de morir atropellada, cómo había escuchado en la cafetería los gritos de la señora Wendy, sus extrañas salidas al bosque…

Aunque el tatuaje significara que no era humano, mi madre confiaba en él y tenía claro que sabía lo que era, además de que ella también estaba metida en el ajo.

Se me hizo un nudo en la garganta y comencé a repetir en mi cabeza que Killian no era peligroso, que mi madre tampoco lo era. Nunca me harían daño, pero eso no me dejaba completamente a salvo. ¿Y si tenían el poder de borrar la memoria como habían hecho los Guardianes con la familia de Álex? Conocía a mi madre y, teniendo en cuenta sus continuos esfuerzos por ocultarme cosas, si descubría que estaba implicada en esto, sería capaz de desdibujar mis recuerdos para que regresara a Portland con

mi padre. No podía permitirlo.

Una parte de mí deseaba olvidarlo todo, pero no podía ni quería hacer eso. Mi amigo me había salvado. No podía dejar que borraran ese acto de mi mente, se había sacrificado por mí y merecía ser recordado. Si al igual que sus amigos y familia yo también lo olvidaba, su existencia desaparecería por completo. Los seres de fuego no se permitirían dejar ningún cabo suelto y terminarían por eliminar los recuerdos también de mis amigos. No me arriesgaría a explicarles todo esto, tenía que ser inteligente y actuar con precaución por una vez en mi vida. Sabía que no iba a resultarme nada sencillo, mi impulsividad era como una bomba propensa a estallar cuando las cosas se complicaban. Pero tendría que morderme la lengua para evitar echarlo todo a perder.

Una idea comenzó a cobrar vida en mi cabeza.

Una que en apariencia era astuta, pero que estaba construida con ladrillos de miedo y desconfianza. Eso la hacía demasiado peligrosa.

El juego acababa de comenzar y no estaba dispuesta a permitir que nadie decidiera por mí. En ese momento no sabía que el destino era la única mano que controlaba las fichas del tablero. Tampoco él sabía que hay quienes exploran los límites de las reglas.

Hasta que dan con su punto más débil.

Saltan al vacío.

Y las destrozan.

Llevábamos unos diez minutos en el salón y, tal y como había previsto, mi madre se había puesto histérica al verme. Había llorado mientras me abrazaba, desconsolada y aliviada a partes iguales. Sin embargo, tras esos instantes, su miedo se había transformado en la exigente necesidad de saber cómo había acabado así.

En el fondo había deseado que nuestro reencuentro destruyera la barrera que nos distanciaba, pero tras ver el tatuaje de Killian tenía demasiado presente que las mentiras de mi madre eran de una magnitud mucho mayor de lo que yo jamás hubiese imaginado. Si descubrían que sabía de la existencia de esos seres y que seguía recordando a mi amigo, me borrarían la memoria. Olvidaría la multitud de sucesos paranormales que había presenciado y lo más horrible de todo: no recordaría a mi mejor amigo. No podía permitirlo.

Mientras mi madre recorría la estancia de un lado para otro, yo guardaba silencio en el sofá junto a Killian, quien se encontraba arrodillado delante de mí, curándome algunas heridas. Con un algodón y agua oxigenada limpiaba los arañazos más superficiales provocados por las ramas. Cada vez que me tocaba mi respiración se aceleraba y mi cuerpo reaccionaba estremeciéndose. Pero no intercambiamos palabra alguna, nos limitamos a escuchar a mi madre y a compartir alguna que otra mirada furtiva. Yo sujetaba una bolsa de hielo contra mi mejilla para bajar la hinchazón del golpe y ya había tomado analgésicos para calmar el dolor que atenazaba todos mis músculos. Gracias a eso y a la ducha que me había dado me sentía más despejada, aunque igual de exhausta y tensa.

—Aria, por favor, dinos qué te ha pasado —suplicó mi madre. Las ojeras se habían acentuado en su rostro y su piel tenía un tono demasiado blanco.

Carraspeé antes de hablar.

—No lo sé —musité.

—¿Cómo? —intervino Killian, clavando su mirada en mí. Terminó de limpiarme la rodilla y se levantó para sentarse en el sofá de enfrente. Yo tragué saliva y reuní el valor que necesitaba para llevar a cabo mi plan.

—No… no lo recuerdo. —Cerré los ojos con fuerza y me masajeé las sienes—. Alguien necesitaba mi ayuda y yo fui y…

—¿En mitad de la noche? Venga ya —bufó Killian.

—Bueno, no eres el más indicado para juzgar eso, ¿recuerdas?

—La diferencia está en que yo no arrastro a chicas conmigo. —Y su mirada adquirió un matiz más oscuro—. Al menos no a propósito.

Puse los ojos en blanco.

—Deberías superarlo ya.

—Puede —contestó, encogiéndose de hombros de forma despreocupada. A juzgar por su actitud, el Killian cercano y cálido había desaparecido para dar paso al que me sacaba de mis casillas.

Aunque en cierto modo lo prefería. Nuestros últimos encuentros habían sido muy raros y habían ocupado mis pensamientos más de lo que me gustaría admitir. Así que decidí que la mejor opción era ignorarlo y seguir con mi farsa. Ansiaban que fuese verdad, así yo me convertiría en un estorbo menos del que preocuparse. Y ese deseo los atraería de forma inminente a mi trampa.

—Ya basta de tonterías —nos reprendió mi madre, e hizo una pausa en

un claro intento por suavizar su tono—. Aria, ¿quién te necesitaba?

Inspiré profundamente.

—Un chico… Creo que se llamaba Álex. —Y al decirlo fruncí el ceño —. No… no sé quién es.

Mi madre se quedó helada al escuchar mis palabras y su piel palideció aún más.

—¿Seguro? Por favor, es importante. No puedes aparecer en este estado de madrugada y pretender que no hagamos preguntas. Dime la verdad.

—No puedo recordarlo —exclamé, y fingí que mi respiración se aceleraba, fruto del agobio—. ¿Y si me han drogado? ¿Y si…?

Recordé la mirada perdida de la señora Wendy y levanté la cabeza intentando imitarla. Mis ojos se desviaron hacia un punto lejano de la sala y los mantuve ahí durante unos segundos, prácticamente sin pestañear. Después tomé una bocanada de aire y volví la vista hacia mi madre y Killian, con la expresión más confusa posible. Dios, si esto salía bien tendría que replantearme mi futuro como periodista.

Quizás lo mío era la actuación.

Un silencio pesado invadió el salón. Duró poco, pero lo suficiente para entrever que estaban meditando cuál sería su respuesta. Killian y mi madre compartieron una mirada larga que me hubiera encantado descifrar, pero estaba claro que hablaban su propio idioma.

—Bueno, será mejor que descanses —dictó mi madre, observándome con el ceño fruncido.

—¿No deberíamos llamar a la policía? ¿Y si le pasa a alguien más?

—Nosotros nos encargamos de eso, ahora tienes que descansar. Después te llevaré algo de comer a la habitación —dijo de forma atropellada—. Resolveremos esto, te lo prometo.

Sabía que no avisarían a nadie y mucho menos resolverían lo que había pasado.

Un sentimiento de culpabilidad me invadió. No estaba familiarizada con soltar tantas mentiras, pero ¿cómo podía confiar en ella? Incluso cuando yo había estado a punto de perder la vida, sus secretos seguían siendo más importantes para ella. Ni siquiera verme en este estado la había hecho dudar. Sé que era mi plan, pero no podía evitar que su indiferencia me doliera.

Sabía que mi historia sonaba poco convincente, pero ¿qué otra cosa

podía hacer? Mi madre acabaría confirmando la desaparición de Álex y si yo lo recordaba, ataría cabos sobre lo que había ocurrido esta noche. Había fingido no saber demasiado para que tuvieran la oportunidad de contarme la realidad de lo que me había pasado. Pero no lo habían hecho, así que mi plan se volvía aún más firme. Ellos habían tomado sus propias decisiones y antes de echarles en cara todo lo que sabía tenía que averiguar qué era Killian. Y lo más importante de todo, si podían borrarme la memoria como habían hecho los Guardianes con la familia y amigos de Álex. Si no veían ninguna amenaza en mí, se relajarían y bajarían la guardia. Pero tenía que disimular, porque me conocían y sabían que no era una persona que dejase las cosas estar fácilmente. Tenía que parecer convincente que yo no sabía lo que había pasado y que tampoco me apetecía demasiado descubrirlo. Sin duda todo un reto para mí.

Me levanté del sofá mordiéndome el interior de la mejilla, solo tenía que aguantar un poco más para que el nudo que oprimía mi garganta se aliviase. Si veían otro tipo de emoción en mí, sospecharían. Respiré hondo y me llené de determinación mientras me dirigía a la habitación. Descansaría, sí, pero no sin antes averiguar el contenido de las cartas.

Estaba a punto de perder los nervios.

—No podemos ayudarla, no hay nombres que se correspondan con los datos que me ha dado. —El policía que estaba atendiendo mi llamada resopló, impaciente—. Mire, infórmese mejor antes de llamar y denunciar un hecho tan grave como este.

—¡Le estoy diciendo la verdad! Es imposible que no estén registrados.

—Lo he comprobado tres veces y las personas de las que me habla no existen. —Su tono se volvió severo—. La policía tiene demasiados asuntos que resolver, así que no me haga perder más el tiempo. Que pase un buen día.

Y colgó.

Solté un gruñido de frustración.

Había llamado a la policía para denunciar el secuestro de Álex y la muerte de su madre, omitiendo el hecho de que unos seres de fuego habían sido los responsables. Así no parecería una lunática y me tomarían en serio, organizarían una búsqueda y mandarían a una patrulla especializada. Sabía que estaba poniendo en peligro a los policías, pero ellos podían defenderse

y yo no podía abandonar a Álex si había alguna oportunidad de poder ayudarlo. Solo que me había equivocado.

Habían desaparecido a ojos de la sociedad; se habían borrado todos sus registros. Tuve suerte de poder ver el perfil de Álex en Facebook ya que minutos más tarde, al introducir de nuevo su nombre completo, tan solo salía el mensaje: «Usuario no encontrado». Alguien se estaba tomando muchas molestias para borrar sus huellas.

Y yo era la más importante, por lo que no tardarían demasiado en encontrarme.

«¿De quién hablas?».

Abrí los ojos cuando la respuesta de Karina acerca del paradero de nuestro amigo cobró un nuevo sentido. No se había molestado con Álex por alejarse estos días de nosotras, su pregunta era genuina porque se había olvidado de él. Para ella su nombre no significaba nada.

Me llevé la mano a la boca, ahogando un sollozo. No podía contarles lo que había pasado, las pondría en peligro y no me creerían. Me sentía una hipócrita. Estaba haciendo lo mismo que mi madre, pero la diferencia era que yo ya estaba metida en el juego y era demasiado tarde para mí. Mis amigas aún podían continuar con sus vidas, no tenían por qué verse implicadas en algo tan peligroso. No podía permitirlo.

Me puse mi pijama de sandías y me acerqué al cajón en el que había ocultado las cartas. Las saqué y antes de abrir el cordón que las sujetaba me aseguré de que la puerta estuviese cerrada con pestillo. Después cogí un perfume que nunca utilizaba y las rocié con él. No sabía el alcance del olfato de esos seres, por esa razón sería más seguro borrar el aroma del papel. Tampoco podía utilizar el perfume que usaba a diario por si lo habían captado en el bosque, antes de cubrirme de barro.

Me sujeté el pelo, todavía húmedo, en una coleta alta y me derrumbé sobre la cama. Las cartas eran viejas y por el estado arrugado y desgastado del papel se podía apreciar que habían sido leídas en repetidas ocasiones.

Con un nudo en el estómago, abrí la primera.

Contuve una maldición al desdoblar el papel.

Esperaba cualquier cosa, excepto lo que encontré.

O más bien lo que no encontré, porque estaba en blanco.

Todas ellas lo estaban.

OceanofPDF.com



# CAPITULO 18

Había sido una semana de mierda.

Y la cosa mejoraba por momentos: hoy era la maldita fiesta.

Tenía más ganas de volver a meterme en el bosque que ir y fingir que era una universitaria más que llevaba semanas esperando a que llegara ese momento. Por lo que me habían contado, en la ciudad había fiestas casi todos los sábados, pero hoy se celebraba el final del verano y esa era razón suficiente para que la expectación se disparara y algunos jóvenes prácticamente creyeran que esa noche iba a cambiar sus vidas. Todavía me costaba imaginar de qué manera.

Visto desde lejos podía parecer ridículo, pero cuando tu vida está en calma, las preocupaciones y las cosas que te causan emoción están teñidas por un color diferente. Mi pensamientos, sin embargo, distaban mucho de esos y se acercaban más bien a otro tipo de cosas. Como por ejemplo a la muerte de la señora Stewart, al paradero de mi amigo, a las cartas en blanco o a que estaba conviviendo con un ser sobrenatural y una madre en la cual no confiaba.

Mis pesadillas habían renovado el material para atormentarme.

Aquel día, horas después de descubrir que era imposible denunciar la desaparición de Álex porque no había registro de su existencia, mi madre me aseguró que ya había alertado a la policía del estado físico y mental en el que había aparecido. En teoría me llamarían para tomarme declaración, pero ni siquiera habían sugerido que fuese al hospital a hacerme pruebas para comprobar si había ingerido algún tipo de sustancia. Lo cual evidenciaba más su engaño.

Aparentar que no sabía nada había sido de todo menos sencillo y,

joder, cada minuto que pasaba se me hacía más cuesta arriba lidiar con todo lo que estaba ocurriendo. Tuve que ir a la universidad para seguir con los preparativos de la fiesta y cada vez que preguntaba por Álex o su madre comprobaba una vez más cómo su existencia se había evaporado. Era duro, pero tenía que seguir con mi rutina como si nada se hubiera roto en mí y por la noche, cuando conseguía estar sola, desahogarme y castigarme mentalmente por haber permitido que mi amigo terminara así.

Además, mi madre era capaz de ponerme en peligro antes que contarme de qué iba todo aquello. Porque estaba segura de que, como yo, en el fondo ella sabía que si me habían visto esos seres ahora podrían estar buscándome para matarme. No entendía cómo podía estar tan tranquila.

Mi plan de fingir no saber nada para que bajaran la guardia no había tenido demasiado éxito. Solo en una ocasión flaquearon, y agradecí profundamente haber tenido la suerte de estar allí para verlo. Desde luego que no iba a desperdiciar esa oportunidad.

Mi actitud hacia la fiesta cambió al escuchar la conversación entre susurros mal escondidos que habían tenido Killian y mi madre. Fue imposible captar todas sus palabras sin que me descubrieran oculta tras la esquina del pasillo, pero me bastó con oír a mi madre pedirle a Killian que me vigilase toda la noche.

Estaba claro que la primera parte de su plan ya había fallado. Y era cuestión de tiempo que el resto se tambaleara hasta inclinarse a mi favor.

Aquella era otra de las razones por las cuales me costaba cada vez más ocultar la rabia que sentía, junto con la culpa de no poder confiar en mi propia madre para compartir con ella el dolor que estaba sintiendo. Me odiaba a mí misma por tener miedo de la que era mi familia, pero llevaba un año mintiéndome. Sabía que quizás solo quería protegerme, yo misma estaba haciendo lo mismo con mis amigas ocultándoles el secuestro de Álex. Pero le había suplicado mil veces que me contara la verdad. Había estado a punto de morir por esa maldita verdad. En el fondo, sabía que era injusto culparla a ella, pero tenía en mi interior una mezcla de emociones tan destructivas que no sabía cómo gestionarlas sin hacer daño a nadie. Así que estaba enfadada conmigo misma, con mi madre y también con Killian, quien después de preocuparse por mí aquel día que me encontró en la carretera, ahora me evitaba como si fuera la peste negra.

Bien, esta noche no podría hacerlo si quería cumplir con el papel de niñera que le había asignado mi madre.

Y no pensaba ponérselo nada fácil.

Era la ocasión perfecta para obtener más información acerca de su tatuaje y qué tenía que ver eso con mi madre. Además de averiguar de una vez por todas si corría el riesgo de que me borraran la memoria. Así que me encontraba en el supermercado del pueblo con Killian, comprando la comida y la bebida para la fiesta. Resultaba deprimente que lo único que nos uniera a Killian y a mí era el plan que llevábamos a cabo a espaldas del otro. Él estaba allí para vigilarme y yo para fingir que todo iba bien cuando en realidad lo quería era manipularlo para dar con la verdad.

—¿Por qué no cambias esa cara de acelga? Ni que estuvieras aquí por obligación —solté, mirándolo de reojo, disfrutando en secreto de la ironía de mis palabras.

Killian me miró con un gesto de aburrimiento mientras echaba un *pack* de vasos rojos al carrito. Después centró de nuevo su atención a la lista de productos que yo me había encargado de seleccionar exhaustivamente para la fiesta. Recorríamos los pasillos de la tienda con tal lentitud que la cajera nos había preguntado en dos ocasiones si necesitábamos algo en particular. La culpa era mía, ya que me aseguraba de pararme en cada estante para escoger detenidamente la marca más adecuada de cada producto que teníamos que comprar. Era media tarde, hacía un día soleado y me había levantado por primera vez en toda la semana de mejor humor tras dirigir toda mi energía hacia el plan de esta noche. Me esforcé por no vestirme con lo primero que veía —como llevaba haciendo todos los días desde lo de Álex— y me puse unos vaqueros anchos y una camisa granate sin hombros. Me recogí el pelo en una coleta baja para dejar al aire mis clavículas y adorné mis orejas con dos aros dorados. Sin duda estaba cogiendo fuerzas para lo que me esperaba.

Aunque fuera a serme de utilidad, no me apetecía que Killian estuviera haciendo de niñera por obligación durante toda la noche. ¿Acaso tenía cinco años?

Llevaba demasiados días ignorándome y a una parte de mí le molestaba la indiferencia con la que me trataba. O a lo mejor lo que me daba miedo era que no estuviese fingiendo y que la preocupación que había mostrado aquel día tan solo se tratara de educación o compromiso hacia mi madre. Tenía dudas porque no era la primera vez que sucedía, siempre actuaba bajo el mismo patrón cuando compartíamos cualquier momento de cercanía. Se alejaba y después aparentaba que nada había sucedido. Estaba

cansada de seguirle el juego y tampoco podía negar que cada día que pasaba Killian despertaba más cosas en mí.

Desgraciadamente, no todas tan malas como me gustaría.

Si cerraba los ojos, todavía podía recordar la calidez que me había inundado cuando me abrazó en medio de la carretera. Tal vez era la única que la había sentido.

Sentirme atraída por alguien que ocultaba su verdadera naturaleza era la menor de mis preocupaciones. Pero me era imposible ignorarla.

—Que quiera ir a esa fiesta no significa que me muera de ganas de hacer la compra contigo —masculló, tachando otro punto de la lista mientras andábamos a la misma altura. Conducía el carro de la compra apoyado de forma perezosa en el manillar. Esa postura conseguía que sus brazos resaltaran y que se me escapara más de una mirada distraída. Añadí mentalmente otra razón por la cual odiaba profundamente a Killian. ¿Por qué tenía que ser tan ridículamente *sexy*?

La gente que pasaba por nuestro lado no podía evitar observarlo y era normal. Un chico tan alto y musculoso, con unos pantalones de corte militar que resaltaban la firmeza de su culo, camiseta verde ceñida y gorra hacia atrás, concentrado en tachar con un boli de colorines todos los productos de la lista; era difícil que pasara desapercibido. Pero lo llamativo no era eso, sino la cara de exasperación que tenía. Además de la retahíla de maldiciones que soltaba cada vez que lograba mi objetivo de molestarlo. Resultaba encantador.

Su expresión amarga solo cambió cuando vio cómo una anciana lo miraba sin disimulo y le guiñó el ojo a la vez que mostraba una amplia sonrisa. A la pobre mujer se le subieron los colores y apartó la cara avergonzada, continuó su camino apresuradamente.

Puse los ojos en blanco y la sonrisa de Killian se ensanchó aún más.

—Es la única condición que te he puesto —repliqué, volviendo a la conversación—. La fiesta es exclusiva para universitarios y antiguos miembros de las fraternidades, si no vienes conmigo, no te van a dejar entrar, y si tú no me ayudas a comprar, yo no te voy a invitar como mi acompañante. ¿Entiendes ahora la importancia de esta compra?

Guardó silencio, meditando mis palabras, y cuando creía que no iba a contestar se detuvo de golpe, cambiando su actitud e inclinándose lentamente hacia mí.

Sus ojos grises me miraron con picardía y esbozó una media sonrisa.

—¿Eso significa que voy a ser tu cita esta noche?

—Una de ellas. —Le devolví la mirada con una sonrisa inocente en los labios y me adelanté para coger algunas de las bolsas de *snacks* que necesitábamos. En todo momento hice caso omiso al nerviosismo que me habían provocado sus palabras.

Continuamos con el recorrido mientras hablábamos y esquivábamos los carritos de los vecinos que pasaban por nuestro lado.

—¿Por qué no has llamado entonces a tus otros acompañantes para que compren contigo? —preguntó con sorna—. Seguro que están deseando impresionarte.

—Te estoy dando esa oportunidad a ti y no la estás valorando —repuse, y fingí una mueca de decepción—. Me estoy empezando a ofender y a pensar que cualquiera de mis otras citas la habría aprovechado mejor.

—Tal vez sea yo quien te esté dando una oportunidad a ti —dijo, y bajó la voz como si sus siguientes palabras fueran un secreto—. Sé de sobra que en el fondo disfrutas de estos pequeños momentos conmigo.

Fruncí el ceño, confundida, como si hubiese destapado una verdad que ni siquiera yo sabía que mantenía oculta, pero me recompuse de inmediato. Quise borrar de un tortazo la sonrisa juguetona que se había formado en sus labios al notar mi expresión de sorpresa. Lo señalé con el dedo.

—No me mires así. No pienso darte la razón y mentirte solo para que te sientas mejor.

—Entonces perfecto, porque los dos sabemos que no tendrías que decir ninguna mentira —ronroneó.

Fui a contestarle cuando abrió los ojos con incredulidad al leer algo en la lista que sostenía en sus manos. Tenía una ligera idea de lo que era.

Eché una bolsa grande de gominolas al carrito mientras luchaba por contener la risa.

—¿Para qué narices vas a necesitar condones en una fiesta?

—Nunca sabes cuándo los puedes necesitar.

Arqueó una ceja al ver cómo desde lejos encestaba en el carro un paquete de tamaño XL.

Me encogí de hombros de forma indiferente y me preparé para la mejor actuación de la historia de las peores actrices.

—Tengo un buen presentimiento —dije, intentando sonar emocionada —. Además, ¿sabes qué? Hoy va a ser una noche de cometer locuras, ese tipo de cosas que siempre vemos en las películas y que nunca nos

atrevemos a hacer.

Por una vez mi personalidad impulsiva jugó a mi favor, haciendo más creíbles mis palabras. Killian iba a ser mi niñera esta noche y se iba a arrepentir de querer vigilarme a mis espaldas. Descubrir esa información me había colocado en una clara posición de ventaja. No tenía planeado cometer ninguna estupidez, me contentaba sencillamente con la expresión de Killian al imaginar la de imprudencias que cometería esa noche. Era demasiado divertido.

—Tienes que estar de broma —farfulló mientras su expresión daba paso al enfado.

—Pues la verdad es que no. Yo lo llamo vivir aventuras, exprimir la época universitaria al máximo, seguir por una vez a tu intuición y dejar que te lleve hacia donde ella quiera. Por ejemplo, a la casa de cualquiera que llame mi atención en la fiesta.

—Aria. —Hizo una pausa. El esfuerzo que estaba haciendo para mantener la compostura era digno de mención—. Siento la necesidad y la amabilidad de recordarte que tu intuición suele llevarte a cometer estupideces que te acercan a la muerte. ¿Acaso me estás vacilando? ¿Qué quieres, irte con el primer desconocido que te encuentres por ahí? ¿Y si es un asesino en serie?

Sus palabras me molestaron porque mi intuición era la única que me había acercado hacia parte de la verdad.

¿Que la verdad casualmente suponía un peligro inminente? Sí, eso también era cierto.

Pero eso no era culpa de mi pobre intuición.

—No te pongas paranoico —mascullé, utilizando la misma expresión que solía usar para mí—. Simplemente me apetece pasármelo bien de una vez por todas y olvidarme por un rato de todo.

—Creo que tu concepto de diversión está un poco distorsionado.

—Si no lo compartes, entonces no vengas a la fiesta. ¿Qué más te da? Me dijiste que cada uno se metiera en sus cosas y ahora quieres acompañarme esta noche y que te presente a mis amigos. ¿Por qué de repente tanto interés? —inquirí, sintiendo cómo la rabia se abría paso entre el resto de las emociones.

—Sé que has pasado una semana muy complicada, me apetece acompañarte y de paso despejarme un rato yo también —contestó, encogiéndose de hombros—. Además, yo te dije que quería que me

presentaras a tus amigas.

Una sonrisa de canalla se instaló en sus labios y le propiné un codazo como respuesta.

—Eres un cerdo.

—Y tú una impulsiva que llama vivir aventuras a «Eh, no me pareció suficiente divertido que casi me mataran la semana pasada, vengo a por más» —dijo con voz aguda en un intento de imitarme. Lo único que consiguió fue que mi enfado creciera por momentos. ¿Cómo se atrevía a burlarse de mí mientras me mentía a la cara y fingía que quería acompañarme esta noche?

—No sabes nada sobre mí —espeté, y por su gesto supe que mi oleada de rabia lo había cogido por sorpresa. Para él tan solo estábamos picándonos, pero para mí era algo personal.

—Tampoco lo pretendo —soltó, endureciendo su mirada. Se había puesto a la defensiva.

—Pues entonces déjame en paz. ¿No llevas pasando de mí toda la semana? Pues sigue haciéndolo, no vaya a ser que pierdas práctica y de repente se te olvide cómo fingir que no existo.

Al instante me arrepentí de soltar aquello.

«Dios, soy imbécil y una patética».

Killian apretó los dientes y soltó un suspiro de frustración.

—No estoy pasando de ti, simplemente estoy con mis cosas.

—Pues entonces sigue con tus cosas —escupí, harta de esperar que de su boca saliera cualquier cosa que no fuese una mentira.

Continuamos con la compra inmersos en un silencio pesado y una tensión que me estaba empezando a incomodar. Solo se oían los murmullos del resto de gente y la emisora de radio que la cajera tenía puesta siempre. Sonaba música pop mientras mis pensamientos danzaban al son de una balada melancólica.

Estaba claro que el mundo y yo no estábamos en sintonía.

Me había equivocado dejándome llevar por la rabia y ahora sería más complicado acercarme a Killian para averiguar qué significaba su tatuaje y qué relación tenía con los seres de fuego. Pero me sentía muy sola y por un momento, al recordar ese abrazo, había creído que se pondría de mi lado. Que de algún inexplicable modo se convertiría en mi aliado en esta situación tan caótica y surrealista que me había tocado vivir. Pero me había dado la espalda.

No debería de haberme importado, pero había compartido con él algunos momentos en los que nos sentí cercanos, y después de eso había cometido el error de esperar honestidad por su parte. Había sido muy estúpida por contemplar siquiera esa posibilidad. Todo se desmoronaba a mi alrededor y no tenía a nadie que me sostuviera. Tenía que ser fuerte, pero el miedo y el dolor eran enemigos demasiado poderosos. Y a veces me cansaba de fingir que todo iba a salir bien.

Hasta que me atrapaba la desesperanza y no tenía otra opción que repetirme que podría con esto. Siempre terminaba convenciéndome de que haría lo que fuera necesario para llegar hasta el final. Incluso tragarme el orgullo para conseguir mi propósito.

Así que respiré hondo varias veces y aceleré mis pasos hasta que volví a situarme al lado de Killian. Al instante, sus ojos se clavaron en mí, estudiándome con suspicacia. Estaba claro que nuestro tira y afloja de ese día no era tan inocente como solía ser, y por su mirada supe que a él tampoco le había pasado desapercibido ese hecho.

Carraspeé antes de hablar y mi voz sonó más insegura de lo que me hubiese gustado.

—No he podido darte las gracias por ayudarme aquel día. —Y aunque solo quería disipar la tensión del momento y conseguir que bajara la guardia, mis palabras eran sinceras—. Fue muy amable por tu parte tranquilizarme cuando me dio el ataque de ansiedad. No tenías por qué haberlo hecho, así que gracias.

Sus facciones se relajaron y sus ojos me observaron de una forma que no supe interpretar, pero era intensa y consiguió que un estremecimiento me recorriera la piel. Killian esbozó una leve sonrisa, esta vez cargada de amabilidad.

—Era lo menos que podía hacer, tu madre se ha portado muy bien con Eric y conmigo. Le debemos mucho —contestó, y al segundo me atravesó una oleada de decepción.

Acababa de confirmar que el poco interés que había mostrado por mí se debía exclusivamente al compromiso que sentía hacia mi madre. Entendía que esa fuera la razón, al fin y al cabo, les había dado a él y a Eric un hogar después de que su madre muriera. Nunca debí haber pensado en otras posibilidades, mucho menos cuando me ignoraba de esa manera.

Bien, ya podía tachar de mi lista mental la preocupación de sentirme atraída por un ser sobrenatural en el cual no confiaba y al que detestaba la

mayor parte del tiempo. Estaba claro que no era recíproco y ante eso poco se podía hacer. En realidad, nunca había tenido intención alguna de actuar ante esa atracción, pero si Killian no la sentía, aunque instintivamente me molestara, de forma racional me aliviaba.

Continuamos con nuestros recados en silencio, aunque esta vez no sentía la molesta necesidad de rellenarlo con cualquier comentario o pregunta banal. Llegué a la zona de las bebidas y localicé la marca de alcohol que Lila me había suplicado que comprara. Decía que era la mejor para olvidar las penas, sentir que eras una diosa empoderada capaz de comerte el mundo y mandar a la mierda a todas las personas que un día decidieron que no valías la pena. Lila a veces era un tanto intensa, pero en esa pequeña cabecita había mucha sabiduría, así que yo siempre confiaba en su criterio.

Excepto cuando aseguraba tras leer el horóscopo que por fin iba a encontrar al amor de mi vida.

Todos los meses.

Me acerqué a la enorme estantería y me puse de puntillas para intentar alcanzar la dichosa botella que se encontraba en una de las baldas superiores. Mi estatura más bien bajita nunca me había importado, pero empezó a incomodarme en esos segundos en los que daba pequeños saltitos en vano mientras sentía la mirada de Killian sobre mí. En ningún momento me preguntó si necesitaba ayuda cuando era evidente que sí. Qué maleducado.

Me giré indignada para decirle cuatro cosas bien dichas justo cuando se movió hasta alcanzarme, dejándome atrapada entre la balda y él. Estábamos tan pegados que su aroma fresco me inundó y su calidez hizo que mi cuerpo se pusiera alerta. Empecé a sentir la electricidad recorriendo mi piel, sobre todo en aquellas zonas que estaban más próximas a él.

Tragué saliva al notar la boca seca, expectante por ver cuál sería su próximo movimiento.

Contuve la respiración cuando Killian alzó el brazo y sin esfuerzo cogió la botella que estaba fuera de mi alcance, dejándola unas cuantas baldas más abajo, justo a la altura de mis caderas. Después de aquello pensé que se alejaría, pero en vez de eso se mantuvo inmóvil, haciendo que mis latidos se aceleraran al instante. Confundida, alcé mis ojos a los suyos para luego caer inevitablemente en sus labios. Se los humedeció en un movimiento tan sensual que me quedé sin respiración. Su pecho también

subía y bajaba de forma acelerada. Joder, esto tenía que parar o iba a cometer el mayor error de mi existencia.

La corriente eléctrica que fluía entre nosotros hizo que nos sostuviéramos la mirada por mucho tiempo. Todo enmudeció y dejamos de estar en aquel supermercado lleno de vecinos que iban de un lado a otro con sus carros llenos de comida. Tanto que me sobresalté cuando habló, su voz sonó más ronca que de costumbre.

—¿Tú no decías que no me soportabas? —Se cruzó de brazos con una mirada inquisitiva y una sonrisa de suficiencia—. ¿Por qué te ha molestado que supuestamente haya pasado de ti esta semana?

Su pregunta me pilló totalmente desprevenida.

—No me ha molestado, solo me ha parecido un poco extraño —me defendí, intentando mantener la compostura. Había metido la pata dejando ver que me había importado—. Y te dije que *a veces* no te soportaba, hay momentos en los que incluso me caes bien. Pocos, pero bueno, ahí están.

Esperaba haber sonado convincente, aunque lo único que era mentira era que no me hubiera molestado su actitud. Seguíamos tan cerca que bastaba con un pequeño empujón para que nuestras bocas se encontraran. Estaba muy confundida, pero no iba a permitir que su actitud me intimidara. De repente apoyó su mano libre en la estantería, a un lado de mi cara. Me quedé inmóvil cuando sus labios se acercaron a mi oído y su aliento me acarició suavemente la piel.

—Me rompiste el corazón con aquello, Aria. Ahora no puedes pretender que seamos amigos.

—No quiero que seamos amigos.

—Ah, ¿no? A mí me ha dado la sensación de que sí —me dijo mientras me cogía la barbilla, subiéndola ligeramente para que lo mirara. El gris de sus ojos se había oscurecido.

—Pues te equivocas —protesté, ignorando el calor que comenzaba a sentir.

—Bueno, por primera vez nos hemos puesto de acuerdo en algo, porque yo tampoco quiero que seamos amigos —dijo, acercándose aún más.

—Pues bien.

—Bien.

Mi corazón dejó de latir cuando se inclinó hasta tal punto que sentí su respiración en mis labios. Se mantuvo en esa posición durante unos

segundos y ladeó la cabeza de tal forma que apenas faltaban unos centímetros para que nuestras bocas encajaran. Tragué saliva, expectante, pero cuando apenas íbamos a rozarnos, desvió la trayectoria de nuestros labios. Cogió la botella que había dejado en la balda inferior y me dedicó una sonrisa maliciosa ante mi expresión de desconcierto. Con paso perezoso se alejó de mí, dejó la bebida dentro del carro y se apoyó en el manillar para continuar con la compra como si nada.

Pero ¿qué…?

Maldito imbécil.

La voz de una anciana que había presenciado la escena evitó que me tirara de cabeza a un pozo oscuro de autocompasión.

—Santo cielo, ¡vergüenza debería daros! Hoy en día los jóvenes no sabéis lo que es el respeto ni la decencia. —Se santiguó y nos miró con asco y horror—. Vais a ir al infierno.

Madre mía, es que estábamos en un supermercado lleno de gente. ¿Cómo habíamos llegado a eso? Era cuestión de tiempo que alguien nos llamara la atención porque prácticamente me había empotrado contra un estante de alcohol. Sentí mis mejillas arder con la misma fuerza que ardía la furia dentro de mí. Alcancé a Killian, pero las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta.

De reojo, vi pasar detrás de él a la vecina de la señora Wendy que había reconocido la existencia de su hija Claire. Me aparté de él para confirmar que era ella y también para poner algo de distancia entre nosotros. Hacía unos minutos estaba convencida de que Killian no sentía atracción por mí y ahora había faltado apenas un segundo para que nos besáramos. ¿Qué le pasaba en la cabeza?

Entre eso y su amor irracional hacia las sandías, confirmé que nada bueno.

Definitivamente estaba muy confundida y ahora tendría que volver a anotar en la lista de preocupaciones la atracción o lo que fuese que había entre Killian y yo. Genial.

Pero ahora no era el momento de pensar en eso, porque a pocos metros de mí se hallaba la única persona de entre todos los vecinos de Claire que no había perdido la memoria. Otra incógnita que seguía danzando en mi mente de forma constante. ¿Por qué no habían conseguido borrar sus recuerdos?

La observé con disimulo. Respiré hondo e intenté actuar con mente

fría. Le quité de las manos la lista a Killian y me gané otra mirada de desconcierto.

—¿Puedes dejarme el bolígrafo? —le pregunté de forma atropellada.

—¿Qué vas a hacer? —Me estudió con desconfianza y yo traté de aplacar sus sospechas forzando una sonrisa inocente.

—Nada, solo quiero apuntar el nombre de un producto para el pelo que me pidió Karina. Me acabo de acordar y no quiero que se me olvide. Voy a buscarlo, espérame aquí, ahora vengo.

Era consciente de mis limitaciones a la hora de mentir y de que soltar eso después de compartir un momento de tensión sexual me condenaba a parecer una cobarde. Además de una persona un poco extraña. Pero crucé los dedos mentalmente para que se lo tragara y no sospechara que seguía pensando en el misterio de la señora Wendy.

Cogí el bolígrafo sin darle oportunidad de que rechistara y me alejé con pasos apresurados entre los pasillos. No quería que me viera apoyarme en un estante y escribir el mensaje que había surgido de forma improvisada en mi cabeza. No sabía cuánto alcanzaba a escuchar, pero no podía arriesgarme a que oyera lo que tenía planeado decirle a la mujer. Así que, con mala letra y corriendo, escribí la nota y recorrí el resto de los pasillos hasta que di con mi objetivo. Pasé por su lado de forma disimulada y dejé caer el papel doblado dentro de su cesta de la compra. Era bastante grande, así que estaba segura de que la vería antes de colocar los productos en la cinta de la caja.

«He descubierto lo que le ocurrió a la hija de la señora Wendy. Necesito tu ayuda, te espero a las siete en The Rogers Club, es urgente. Por favor, ven».

Volví junto a Killian y le mostré otra nota en la que había apuntado al azar el nombre de un producto para el pelo.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó con el ceño fruncido.

—Me he perdido.

—Aria, has vivido en Haven Lake casi toda tu vida y solo hay un supermercado: este. ¿Cómo te has podido perder? —dijo, en un intento mal disimulado de contener la risa—. En serio, necesito que me lo digas porque cada día me sorprendes de formas más originales. Estoy impaciente por descubrir cuál será la próxima.

Me preguntaba si le parecería original que la próxima fuera pegarle un puñetazo en toda la cara. Lo fulminé con la mirada y me contuve para no

mandarlo a la mierda.

—Han hecho una reforma y lo han cambiado todo de sitio, imbécil —improvisé—. Después de cuatro años fuera del pueblo pueden pasar muchas cosas, ¿sabes? Un día regresas y en el supermercado de siempre de repente han cambiado todo de lugar. Y en la casa en la que vive tu familia también. En mi caso ha sido un tipo que se cree gracioso cuando en realidad no lo es. —Bajé la voz—. Pero no se lo digas porque es un poco sensible y tiende a ofenderse con facilidad. —Hice un gesto para quitarle importancia y cambié mi tono de voz a uno desenfadado—. Pero bueno, no a todo el mundo le pasa. Algunos tienen la suerte de dar con personas más divertidas.

«Y menos mentirosas», estuve a punto de decir.

—Eres encantadora —soltó con sarcasmo.

—Ya te puedo dar la razón en algo.

—Entonces hoy es mi día de suerte.

«No sabes hasta qué punto».

Di por finalizada la conversación y detuve mis pasos cuando llegamos a la zona de los congelados. Me incliné para coger unas cuantas bolsas de hielo y las eché sin miramientos con el resto de los productos que ya empezaban a sobresalir del carro. Killian me informó de que habíamos terminado y nos dirigimos hacia la caja para pagar. Salimos del establecimiento con las manos llenas de bolsas y el ambiente algo diferente entre nosotros. El sol había comenzado a caer y supe que al llegar a casa tendría el tiempo justo para prepararme y cenar algo antes de irme con las chicas a la fiesta. Y con Killian.

Ese pensamiento me molestaba y emocionaba a partes iguales.

«Dios, Aria. No seas tonta, no puedes confiar en él y encima va a la fiesta solo para vigilarte. Controla las hormonas porque está jugando contigo con tanto cambio de actitud y no se lo puedes permitir».

Mientras seguía inmersa en una lucha interna conmigo misma, me acerqué a la basura para tirar el *ticket* que me había dado la cajera. Me quedé inmóvil al dejarlo caer. La nota que le había dado a la vecina de Claire estaba allí, rota en varios pedazos. No hacía falta que metiera la mano para comprobar que era mi mensaje, se veía mi letra de forma clara. Apreté los puños, sintiendo cómo la impotencia se convertía poco a poco en determinación.

Estaba claro que no tenía intención alguna de escucharme ni de ayudarme, por lo que el plan de esta noche cobró aún más importancia.

Haría que Killian me contara la verdad, incluso si eso suponía delatarme.

Incluso a riesgo de que me borrara la memoria. Lo olvidaría, a él y a Álex.

Pero también todo el dolor por lo que había vivido y por la desconfianza hacia mi madre.

Sin duda sería un precio amargo que pagar.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 19

Nada me podría haber preparado para la que iba a ser una de las peores noches de mi vida.

Pero, al mirar mi reflejo, casi me creí capaz de afrontar todas las consecuencias que supondría averiguar la verdad. Me había puesto un vestido negro con los hombros al descubierto y un escote de lo más favorecedor. Iba ceñido a la cintura, marcando mis curvas, y caía hasta la mitad de los muslos. El pelo castaño claro suelto me daba un toque de luz junto con mis ojos verdes y mis labios rojo carmesí.

Con una mezcla de emoción y nerviosismo por las posibilidades que ofrecía la noche, me dirigí a la habitación de mi madre, ahora de Killian, en busca de los tacones que necesitaba. A pesar de haberse cambiado de cuarto, la mayoría de sus pertenencias seguían allí. Toqué la puerta y, al no recibir respuesta, la abrí poco a poco mientras me asomaba con cuidado al interior. No había nadie, vi la cama de matrimonio vacía y el sillón de al lado, cubierto por algunas prendas de ropa. Giré la cabeza hacia la puerta cerrada del aseo, por el sonido del agua cayendo supuse que Killian estaba duchándose. «Un momento».

—¿Qué se supone que estás haciendo? —Aporreé la puerta, alzando la voz, y pegué la oreja para oír su respuesta.

—Eh… ¿Duchándome? —contestó, sorprendido por mi repentina interrupción.

—Ni de coña, llevas ahí como una hora.

Hacía exactamente cincuenta minutos que terminamos de cenar y me había dicho que iba a ducharse. Acordamos estar listos a las diez para irnos juntos en su camioneta, pero por lo visto con quien había mantenido esa

conversación había sido con la pared o con Trece. Estaba segura de que aquel gato tenía una capacidad de comprensión superior a la de Killian.

—Bueno, puede que me haya quedado dormido.

—¿Quién se echa una siesta a estas horas? —pregunté, incrédula.

—Ay, es verdad, me has pillado. No entres, por favor, que verás mi gran cola y descubrirás mi secreto. —La burla e ironía de sus palabras fueron tan evidentes como la falta de gracia que tenían.

Pero sin poder evitarlo, la imagen de Killian con una gran cola de sirena sobresaliendo de la bañera consiguió arrancarme una pequeña risa.

—Vaya, conque tu gran secreto es que eres una sirena… Siento decirte que estoy muy decepcionada.

—¿Seguro? ¿Qué te hace pensar que estoy hablando de una cola de sirena?

Abrí la boca, frunciendo el ceño, y cuando capté el significado de sus palabras puse los ojos en blanco.

—Espero que estuvieras refiriéndote a eso porque la otra posibilidad es demasiado alarmante incluso para ti.

—¿Quieres entrar a comprobarlo? —preguntó, divertido, y yo inspiré hondo, centrada en no perder los nervios. El problema era que con Killian esa era una batalla perdida.

—Si entro ahí es solo para sacarte de la ducha de una maldita vez.

—¿Y a qué estás esperando? —me retó, y yo guardé silencio, meditando cuál sería mi próximo movimiento. Ni de broma pensaba abrir esa puerta.

Pero como si el mundo se hubiese aficionado a burlarse de mí, la puerta se abrió de súbito y al estar apoyada en ella, perdí el equilibrio y me choqué de lleno contra un pecho desnudo. Además de muy mojado. El muy cretino había dejado el grifo abierto para que pensara que seguía en la ducha y así cogerme desprevenida. ¿Acaso no le importaba la escasez de agua que había en el mundo?

Me aparté de él con un bufido y cuando estuve a una distancia prudente perdí el control de mis ojos, que no pudieron hacer otra cosa salvo observarlo. Iba envuelto en una toalla que caía de forma perezosa sobre sus caderas, dejando ver de forma sugerente la uve que anunciaba lugares muy interesantes. Tragué saliva. Todos sus músculos se marcaban y su piel bronceada parecía tan suave que por un instante imaginé cómo sería…

Su voz me sobresaltó, consiguiendo que alzara la vista abruptamente.

—¿Sabes? Normalmente cuando tengo una conversación con alguien suelen mirarme a los ojos. —Se cruzó de brazos, socarrón, apoyándose en el marco de la puerta mientras me observaba con una mirada de satisfacción y una sonrisa torcida.

Al instante aparté la vista y noté mis mejillas arder. Carraspeé, recobrando la compostura, y forcé una postura desenfadada que, por la risa de Killian, quedó tan poco natural que solo consiguió delatarme aún más.

—Y yo normalmente, cuando hablo con alguien, suele llevar ropa.

—¿Siempre? Qué aburrido. —Su sonrisa se hizo más amplia y de repente sus ojos se entrecerraron, examinando con atención mi vestido.

Me sentí expuesta ante él.

—Estás muy guapa —comentó, guiñándome un ojo.

¿Qué le pasaba hoy? Después de pasar toda la semana ignorándome, casi nos habíamos dado un beso en el súper y ahora tonteaba conmigo, estaba casi segura de que tenía que haber un motivo oculto.

Eso, o sus cambios de actitud eran patológicos.

—Te podría devolver el cumplido si ya te hubieses vestido. —Me encogí de hombros y lo señalé con el dedo al tiempo que me ponía seria—. Te quiero listo en cinco minutos porque como me hagas llegar tarde pienso abandonarte por otra de mis citas.

—No serías tan mala persona como para hacer eso.

—Ni tú tan tonto de averiguar que sí sería capaz —respondí burlona, y él sostuvo mi mirada durante un largo instante en el que empecé a sentir cómo crecía la tensión.

Se me secó la boca y mi respiración se aceleró al recordar cómo horas antes me había arrinconado contra la estantería del supermercado y nuestras bocas habían estado a escasos centímetros de rozarse. Odiaba sentir tanta atracción por él cuando sabía todo lo que ocultaba y el significado del tatuaje que marcaba su espalda. Podría volver a verlo si tan solo lo rodeaba, ya que iba sin camiseta, pero sería sospechoso y tampoco podía acusarlo de nada. Con Killian y mi madre en casa, estaba en una situación demasiado vulnerable para que me borrasen la memoria y, aunque esta noche pensaba arriesgarme a que lo hicieran, todavía no era el momento.

Sin embargo, sí que era el momento idóneo para marcharme del cuarto antes de que la situación con Killian se complicara aún más e hiciera algo estúpido como olvidarme de quién era y dejarme llevar por la atracción que sentía hacia él.

Me di la vuelta, dispuesta a hacerlo, cuando recordé el verdadero motivo por el cual había venido. Maldito Killian y su capacidad para distraerme. Mientras él se ponía una camisa blanca pensando que yo estaría saliendo de su cuarto, me dirigí hacia el armario de mi madre en el que guardaba los zapatos y la mayor parte de su ropa. Lo que vi cuando abrí las puertas me cogió totalmente desprevenida. Me quedé inmóvil.

El armario estaba prácticamente vacío.

—¿Y tu ropa? —le pregunté a Killian, que se dio la vuelta sobresaltado y se tensó al ver dónde me encontraba. Llegó hasta mí al instante y cerró el armario, poniéndose delante de él.

—¿Qué buscas?

—Contéstame, Killian. ¿Dónde está tu ropa y la que quedaba de mi madre?

Su expresión se tiñó de culpa, lo que me alertó aún más.

—Aria.

Su tono suave me hizo dar un paso atrás.

—¿Qué está pasando? —exigí, esta vez alzando más la voz.

Apartó la vista, apretando la mandíbula y guardando silencio. Miré a mi alrededor en busca de respuestas, pero todo parecía en orden. Entonces me percaté de que de debajo de la cama sobresalía un bulto oscuro. Fui hacia allí con decisión, me agaché y descubrí que había escondida una mochila grande. Tiré de la cremallera ignorando las maldiciones que Killian soltaba tras de mí y confirmé mis sospechas. Todas sus pertenencias se encontraban allí y las cosas de mi madre tampoco estaban en ese armario.

El pánico me invadió conforme procesaba lo que aquello podía significar.

Salí corriendo hacia la habitación en la que ahora dormían ella y Eric al tiempo que me repetía a mí misma que tenía que estar equivocada. Era imposible que fuese de otra forma. Fui directa al único armario que había justo entre las dos camas individuales. Movida por la ira y el miedo, abrí de un tirón ambas puertas. Ahogué una exclamación al ver que también se encontraba vacío y que de igual forma debajo de la cama estaban escondidas las maletas con las que al parecer pretendían marcharse. Tuve que sentarme en la cama porque sentía que las piernas me iban a fallar de un momento a otro. Mis peores temores se confirmaban una vez más, y no me eché a llorar ahí mismo porque el enfado nublaba mis sentidos. Mi madre se iba a marchar con Eric y Killian sin decirme nada. Me iba a

abandonar porque la triste realidad era que no le importaba y le daba igual el daño que pudiera hacerme con esto. Sabía que quizás estaba sacando conclusiones precipitadas, pero ¿qué otra cosa podía significar aquello?

De repente, un presentimiento me invadió y dejé de pensar. Salí de la habitación hecha una furia y al mismo tiempo llena de miedo y tristeza. Me crucé en el pasillo con Killian, que se había puesto unos pantalones y avanzaba hacia mí con preocupación.

—Espero que tengáis un buen viaje —solté con amargura.

—Aria, no es lo que piensas —respondió, cogiéndome por los brazos con firmeza para evitar que me marchara. Yo me resistí, pero su agarre era demasiado fuerte y no tuve más remedio que enfrentarme a él.

—Ah, ¿no? ¿Y qué se supone que es? Habéis hecho las maletas y las habéis escondido para que yo no me enterara de que os ibais.

—Yo no soy quien debía decírtelo.

—Es verdad, olvidaba que le debes muchísimo a mi madre, una pena que para compensar todo lo que ha hecho por vosotros tengas que convertirte en un mentiroso.

Aproveché el impacto que tuvieron mis palabras en él y de un tirón me zafé de su agarre. Entré a mi cuarto y me calcé con unas bambas negras, me daba igual que desentonaran con mi vestido de fiesta. Lo último que me importaba ahora era eso.

—Tenemos que irnos, he encontrado un buen trabajo lejos de aquí —explicó Killian, que había seguido mis pasos y ahora se encontraba a mi espalda.

—Genial, toda la casa para mí sola —le respondí, sarcástica. Terminé de atarme los cordones y fui hacia la puerta, pero él se interpuso en mi salida como si de verdad creyera que podría detenerme.

—¿A dónde vas?

—Voy a preguntarle a mi madre por qué me ha engañado una vez más y va a abandonarme sin decirme nada. Aunque bueno —bufé—, si me lo dijera dejaría de ser un abandono.

—Aria… —Acercó su mano a mi mejilla y yo lo miré desconcertada —. Esto no debería de haber acabado así.

—Es que soy lo peor, ¿verdad? Nunca debí de haber vuelto al que era mi hogar para vivir con mi madre, siento haberos estropeado vuestro plan de ser una familia feliz. —Mi voz fue rompiéndose conforme hablaba, pero inspiré hondo y conseguí recuperar la calma venenosa que parecía haber

inundado todo mi cuerpo—. Ahora, apártate.

—No hasta que me escuches.

—¡Que me dejes en paz! No quiero escucharte porque lo único que vas a contarme son mentiras y estoy harta de que me toméis por una niña tonta.

Lo aparté con un fuerte empujón y bajé las escaleras a toda prisa.

—¿Qué son esos gritos? —preguntó mi madre, asomándose desde el salón. Eric estaba sentado en su regazo mientras ella lo ayudaba a montar un puzle.

La miré con lágrimas de odio en los ojos y al instante comprendió qué había ocurrido.

—Eric, ¿por qué no vas a buscar a Trece? Seguro que está en tu cuarto solo y aburrido, anda ve y juega con él un rato. Ya acabaremos esto mañana —dijo con cariño y le dio un beso en la cabeza.

El pequeño me saludó con una sonrisa que no pude devolverle y se fue con paso despreocupado hacia su habitación. Por el rabillo del ojo vi que Killian lo cogía en brazos y se iba con él. Bien.

Se instaló un silencio en el salón que solo podía compararse con la calma que precede a la tormenta. El problema era que sentía que la tormenta había comenzado hacía semanas y aquella templanza solo hacía más visible y dolorosa la batalla de sentimientos que me destrozaba. El odio había tomado ventaja y el amor prácticamente había alzado bandera blanca.

Mi madre se acercó a mí y solo detuvo sus pasos cuando vio que conforme ella se aproximaba, yo me alejaba. Se rindió y comenzó a hablar.

—Veo que ya te has enterado… Sé que cualquier cosa que te diga va a hacerte enfadar más, pero es lo que debo hacer y espero que algún día lo comprendas.

Más palabras vacías, a esas alturas no esperaba menos de ella.

—Nunca entenderé cómo una madre puede abandonar a su hija —dije con voz gélida, pero mis palabras no le afectaron, tenía una expresión determinada e incluso fría.

—Que ya no vayamos a vivir juntas no significa que te abandone. Además, ¿tú de verdad crees que este es un buen sitio para ti? Desde que has llegado has estado triste y tensa… No estás a gusto con nosotros y, después de aparecer de madrugada en esas condiciones, no voy a dejar que sigas viviendo aquí. Lo mejor es que vuelvas con tu padre a Portland —sentenció, y me dolió escuchar la facilidad con la que había dictado mi futuro. La miré sin dar crédito, estaba manipulando por completo la

situación.

—¿Eres consciente de la cantidad de decisiones que has tomado por mí?

Me miró y sacudió levemente la cabeza.

—Eres demasiado cabezota para entrar en razón, muy impulsiva y destructiva. Prefieres quedarte donde no eres feliz solo porque en un principio creías que Haven Lake era lo mejor para ti —soltó con una tranquilidad que alimentó aún más la rabia que me corría por dentro.

—Te equivocas, mamá —enfaticé la última palabra con sarcasmo—. Yo creía que lo mejor para mí eras tú. Pero tienes razón, soy demasiado cabezota para admitir que ni de lejos puedes ser la madre que necesito, no cuando me ocultas cosas y me abandonas a la primera de cambio. ¿Dónde vais a ir?

—Killian ha encontrado un buen trabajo lejos de aquí. Hace poco firmamos los papeles y me he convertido en la tutora legal de Eric, así que tengo que ir a donde él vaya —explicó, contestando únicamente a la pregunta e ignorando el resto de mi discurso.

¿Y por qué Killian no se hacía cargo de su hermano? Era mayor de edad y tenía todo el derecho a hacerlo. Otra incógnita que se escapaba de mi entendimiento. Qué novedad.

—Yo me quedo aquí, no pienso regresar a Portland y, si te hubieses interesado por mí al menos un poco en estos años, sabrías por qué no quiero volver a esa ciudad —contesté mordaz. Me estaba costando horrores mantener a raya las ganas de llorar. Mi madre prefería irse lejos de mí antes que ser honesta conmigo y llevarme con ellos.

Negó con la cabeza.

—No puedes quedarte aquí. Lo siento, Aria, hemos vendido la casa —suspiró, y ante mi expresión de desconcierto y horror continuó con su explicación—. Le he contado todo a tu padre y está de acuerdo conmigo en que lo mejor será que regreses con él, y si la única forma de conseguirlo es vendiendo la casa, lo vamos a hacer. Te lo iba a contar mañana por la mañana porque queríamos que disfrutaras de la última fiesta con tus amigos.

—Qué considerado por tu parte —respondí con amargura, sin saber qué más decir. Habían vendido la casa en la que había crecido para hacerme una encerrona y, mi padre, la persona que siempre me había tenido en cuenta, me acababa de dejar de lado.

—Pero viendo el estado en el que estás, será mejor que los llames y les digas que no vas a ir. Tienes que preparar tus cosas para el vuelo de mañana, tu padre te recogerá en el aeropuerto. Y si necesitas ayuda para superar lo que sea que te pasara la otra noche, te la pagaremos. Esta semana has estado como si nada y eso puede ser un síntoma de estrés postraumático.

Tenía que ser una maldita broma.

—Y ya de paso, superar tu abandono en terapia y así volver a ser una familia feliz cuando a ti te venga bien. ¿Había dos por uno en traumas o qué? Porque veo que lo tenías todo pensado.

—Estoy harta de que me hables así, yo siempre te he cuidado y si ahora no puedo estar contigo, es porque es lo mejor para ti. Me da igual que me odies, estoy haciendo lo que tengo que hacer.

No podía más. Necesitaba que parara de hablar porque con cada cosa que decía yo sentía que me ahogaba más y más. Estaba a punto de perder el control.

—Nunca voy a perdonarte esto. Te odio, mamá, y espero que nunca lo olvides porque te juro que estas van a ser nuestras últimas palabras —espeté con el único propósito de que sintiera algo del daño que acababa de hacerme a mí.

No pude ver su reacción porque de repente el presentimiento que antes me había invadido cobró claridad. ¿Y si obligarme a abandonar Haven Lake no era su único objetivo? ¿Y si estaba dispuesta a llegar más lejos y hacerme olvidar todas mis sospechas? Mi madre no era tonta y quizás no se había tragado mi farsa de que no había visto a esos seres de fuego, que había olvidado a Álex. Había sido una semana tranquila porque mi madre había estado moviendo hilos para preparar todo esto, convencer a mi padre para que volviera con él y buscar un nuevo hogar para Killian, Eric y ella.

Pero ¿de qué huían? Sabía que Haven Lake no era un sitio seguro para mí. Sin embargo, Killian era como esos seres sobrenaturales, o al menos parecido, ya que el tatuaje de ellos estaba completo. Eso tenía que significar algo. ¿Y si era como Álex? Pero él no había mencionado nada acerca de ningún tatuaje, y no es que fuese un detalle que se pudiera olvidar fácilmente.

No tenía muchas opciones, pero no estaba dispuesta a quedarme sentada mientras invadían mi mente para obligarme a olvidar que el mundo en realidad estaba lleno de magia. Así que me aferré a aquello y corrí hacia

el mueble de la entrada, donde me había fijado que Killian siempre dejaba las llaves de su camioneta. Sabía dónde estaba aparcada porque habíamos dejado ahí toda la bebida y comida que compramos para la fiesta. Sin meditarlo demasiado, agarré las llaves y escapé hacia el exterior con temor de que lograran alcanzarme. Ignoré los gritos de mi madre y por fin dejé que cayeran las lágrimas. Sabía que estaba actuando sin pensar, pero estaba completamente perdida y lo único que quería era alejarme de aquella casa y ver a mis amigas. Necesitaba sentir su apoyo, contarles lo que había pasado y derrumbarme junto con la única familia que al parecer me quedaba ahora mismo. No escuché a nadie que me siguiera, pero estaba tan aturdida que tampoco podía fiarme demasiado de mis sentidos.

Las calles estaban casi desiertas y el viento frío azotaba los árboles, esquivé a un par de personas que paseaban tranquilamente y que me dedicaron una mirada de preocupación. Respiré aliviada al ver a lo lejos la vieja camioneta de Killian. Una vez entré, arranqué el motor y me puse en marcha. El acelerador rugió y las ruedas chirriaron sobre el asfalto. Llevaba mucho tiempo sin conducir, era de noche y estaba aturdida por la situación, por lo que intenté calmarme y llevar el máximo cuidado posible. Me fue imposible cuando, mientras sacaba el coche a la carretera, la puerta del copiloto se abrió y Killian se coló dentro. No me dio tiempo a acelerar y maldije por no acordarme de activar los seguros para que nadie pudiese acceder desde fuera.

Para su sorpresa no paré el vehículo, sino que aceleré aún más. Fue como si todo el dolor y el odio que estaba sintiendo tomaran el control de mis pensamientos y decisiones, impidiéndome ver más allá de este. No me molesté en dejar de llorar porque sabía que sería inútil.

—No puedes conducir en este estado. ¿A dónde pretendes ir? —gritó Killian, y sonó alarmado, supuse por verme en tal estado y darse cuenta de que se había metido directo en la boca del lobo.

—¡Déjame! —espeté, y metí una marcha más. No podía quitarme de la cabeza las palabras de mi madre. Quería gritar hasta quedarme sin voz, hasta vaciarme y no sentir nada.

—¡No voy a dejarte en paz hasta que recapacites y pares el coche de una maldita vez!

Seguí sin responderle y apreté el volante con fuerza. Las lágrimas continuaban cayendo sin control alguno y tuve que pasarme el brazo por la cara porque me escocían los ojos del rímel, que seguro me había dejado la

cara hecha un cristo. Me daba igual. En ese momento todo me daba igual.

—Mira, entiendo que estés furiosa… —empezó a decir Killian, con mucha más calma.

—Tú no entiendes nada. —Se me quebró la voz—. Mi madre no me quiere en su vida y no confía en mí.

—No es cuestión de confianza, es cuestión de supervivencia. Ni siquiera debería de haberte dicho eso, joder. —Se pasó las manos por el pelo, frustrado—. Dios, Aria, sé que no eres estúpida y que sabes que algo está pasando, pero deja las cosas estar y vete de aquí, por favor. Regresa a tu otra vida y olvídate de Haven Lake.

Aparté los ojos de la carretera para mirarlo, sorprendida por la confesión, pero guardé silencio con la esperanza de que añadiera algo más. Tras unos segundos, supe que no iba a tener esa suerte.

—Eso es como si me dijeras que me olvidara de mí misma. Y no es el pueblo en sí, son mi madre, mis amigos…, todos los recuerdos que tengo. —Un sollozo se escapó de mi garganta sin poder evitarlo y, de repente, unas luces largas me cegaron por completo, haciendo que perdiera el control del volante.

La persona que conducía el vehículo de enfrente comenzó a frenar y a pitar. Me había desviado hacia su carril, que iba en dirección contraria. Grité porque no conseguía ver nada y presioné con ímpetu el pedal del freno, haciendo que la camioneta diese bandazos y me desorientara aún más. Killian se abalanzó encima de mí para ayudarme a recuperar el control de la camioneta y cogió con firmeza el volante, consiguiendo por los pelos volver a nuestro carril.

El metal chirrió cuando los coches se rozaron, pero no nos habíamos estrellado y eso era lo importante.

El hombre que lo conducía se alejó pitándonos y soltando una serie de palabrotas que estoy segura de que ni él entendió. Killian soltó un suspiro y cuando se aseguró de que yo volvía a tener el control del coche, se apartó de mí, aunque no demasiado. Mi pecho subía y bajaba con rapidez, intentando recobrar el aliento. El susto había conseguido que parara de llorar, dejándome aturdida.

—Vas a parar el coche en la siguiente salida y me vas a dejar conducir a mí, ¿de acuerdo? Entiendo que ahora mismo te importe una mierda todo, incluso tu seguridad, pero estás poniendo en peligro a gente inocente y no voy a permitir que lo hagas —me dijo, serio, mientras ponía su mano

encima de la mía.

Odiaba darle la razón, pero esta vez la tenía. Joder, estaba siendo egoísta al dejarme llevar por las emociones y ser tan imprudente de poner en riesgo la vida de otros conductores. Me sentí como una mierda.

—¿Y bien? —preguntó, y su voz sonó tan suave que odié que uno de los causantes de mi sufrimiento tuviera el poder de reconfortarme.

Asentí.

—Dios, estás temblando.

Dejé que sus manos volvieran a posarse sobre el volante, encima de las mías, estaba tan ida que ni siquiera aquello me incomodó. Nos quedamos así hasta que paramos en la zona de servicio que había tras la salida más cercana. Bajé del coche con vacilación y recé porque Killian no me estuviera engañando. No soportaría que diera la vuelta y me llevara de vuelta a casa.

—Espero que no me estés mintiendo —susurré con voz queda al montarme de nuevo en el coche, esta vez en el asiento de copiloto.

Me observó con confusión hasta que entendió a qué me refería. En su rostro se dibujó una sonrisa tranquilizadora que de poco sirvió.

—Voy a llevarte a la fiesta y voy a quedarme contigo —dijo mientras arrancaba el motor y nos poníamos en camino.

—Lo último que necesito es tu compañía —respondí, centrando mi atención en el paisaje lleno de árboles que nos rodeaba.

Se me formó un nudo en el estómago al ver el bosque, era la primera vez que lo hacía desde aquella noche. Recordé a Álex, la muerte de su madre y el sentimiento de terror y desesperanza que se había quedado conmigo tras vivir todo aquello. Deseé con fuerza que mi amigo estuviera bien, que hubiera conseguido escapar y comenzar una nueva vida lejos de Haven Lake. Una parte de mí, una egoísta, deseó también encontrarlo para no sentirme tan sola en medio de esta pesadilla. La voz de Killian me devolvió a la triste realidad.

—No te voy a molestar, solo quiero asegurarme de que no haces ninguna tontería.

Lo fulminé con la mirada y mi voz se endureció.

—Ya me habéis dejado claro que soy una estúpida imprudente, déjalo ya ¿no? ¿O acaso tienes especial interés por hundirme?

—No quería decir eso, joder. Estás muy dolida y cuando eso ocurre somos capaces de hacernos aún más daño para terminar de destrozarnos.

—¿Eso de dónde lo has sacado, de Pinterest? ¿Te han hecho embajador o qué? No quiero tu lástima ni tu ayuda, no me debes absolutamente nada y si lo haces por mi madre… Mejor ni te digo lo que pienso al respecto.

—Te aseguro que no lo hago por ella y por mucho que me insistas no voy a dejarte sola. —Su voz se endureció y yo lo observé escéptica. A pesar del aspecto arreglado de la camisa blanca y pantalones negros, tenía el pelo alborotado y una expresión que no supe identificar en el rostro.

—¿Estás limpiando tu karma por haberme mentido?

Mi pregunta hizo que sus labios esbozaran una pequeña sonrisa.

Una llena de cansancio.

—No estoy orgulloso de haberme comportado así y, aunque en el fondo tenga mis razones, sigue estando mal. —Hizo una pausa y me miró directamente a los ojos, al mismo tiempo en que las sombras de su rostro se acentuaban—. Siento todo lo que ha pasado.

Sus palabras me dejaron atónita.

Sonaba sincero, pero Killian me confundía tanto que no me fiaba de él. Así que guardé silencio y aparté la mirada, dirigiéndola de nuevo hacia la ventanilla. Quería cerrar los ojos para no ver el bosque, pero si lo hacía, la tristeza que estaba sintiendo se haría aún mayor.

—¿Qué vas a hacer en la fiesta? —preguntó Killian de repente, y agradecí en secreto la distracción, la amabilidad con la que me hablaba.

Lo miré con decisión.

—Voy a emborracharme y olvidar que mi intento de comenzar una nueva vida ha sido un auténtico fracaso.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 20

El resto del trayecto estuvo marcado por la ausencia de palabras, porque no me había molestado en seguir ninguno de los tres intentos de Killian por mantener una conversación. Después de eso, por suerte, había sido lo suficientemente inteligente como para pillar la indirecta. Todo se desmoronaba a mi alrededor y no podía ignorar la opresión que me aplastaba el pecho y me impedía respirar con normalidad. Una clara señal de que todo esto era demasiado para mí y no tenía ni puñetera idea de cómo gestionarlo.

Muchas veces me había sentido perdida, pero en realidad nunca lo había estado porque siempre había tenido un rumbo que seguir: el de encontrarme. Pero para encontrarme tenía que saber a quién buscar y ahora mismo no tenía ni idea. Lo peor de todo es que tampoco tenía claro quién quería llegar a ser. ¿Una persona rencorosa que jamás perdonaría a su madre? ¿Alguien que aceptaba las reglas que marcaba su familia? ¿O una Aria dispuesta a alejarse de todo lo que le importaba para acercarse a la verdad?

Killian cumplió su promesa y poco después llegamos a una de las casas más grandes de todas las fraternidades. Abrí los ojos impresionada por el gran esfuerzo que habían hecho mis compañeros de organización para que todo quedara genial. La casa, con una fachada de ladrillo cobrizo, constaba de dos plantas y un gran jardín cubierto de césped. El porche estaba adornado con luces y casi en cada rincón había mesas llenas de comida y bebida. No me sorprendería que hasta en el baño hubieran colocado alguna.

La música se escuchaba a dos calles de distancia y me resultó extraño

que los vecinos no hubieran llamado ya a la policía. Quizás los habían sobornado con alcohol y también se habían unido a la fiesta.

Conforme nos acercamos vi a un numeroso grupo de universitarios bailando en la entrada principal, algunos iban con el pelo mojado y recordé que en la parte de atrás había una piscina. La idea de una piscina me hubiera emocionado si no me encontrara en un estado extraño de apatía. Si pudiera sentir algo en esos momentos, sería lástima por quien tuviera que limpiar los restos de la fiesta al día siguiente. Atravesé el jardín esquivando los vasos rojos esparcidos por el césped e intentando no morir aplastada por la masa de cuerpos que saltaba y cantaba al son de la música.

Lo único que buscaban mis ojos era a mis amigas y lo único que encontraban era a gente borracha, muchos liándose entre sí y otros fumando maría. Pero ¿qué hora era? Era increíble el punto que había alcanzado la noche con la de horas que aún quedaban por delante.

La música subió cuando entramos en la casa y el nivel de desenfreno aún más. El salón estaba abarrotado de gente bebiendo, incluso en las escaleras no quedaba ni un hueco libre. En un lateral había una mesa de billar y, en el otro, un grupo jugaba emocionado al *beer pong*. Mis bambas se pegaban al suelo con cada paso que daba y eso me hizo preguntarme cuántas copas se habían derramado a estas alturas y cuántas personas harían falta para poder sacar la mugre del suelo. Sentía la presencia de Killian tras de mí, llevaba las bolsas de bebida y comida y casi me sentí mal por no ofrecerle mi ayuda. Luego recordé sus mentiras y todo sentimiento de culpa se esfumó.

Mientras nos abríamos paso entre los universitarios, noté cómo nos observaban. O más bien, a Killian. Las chicas no se molestaban en disimular su interés y lanzaban miradas y susurros en su dirección. Desgraciadamente las comprendía, Killian no solo tenía un físico espectacular, además, tenía esa actitud tan pasota y encantadora a la vez, una combinación que parecía gritar que, aunque podía convertirse en la mejor de las compañías, él no necesitaba a nada ni a nadie. Irónicamente, eso hacía que la gente se sintiera aún más atraída hacia él. El conjunto lo hacía destacar.

Me pregunté si les estaría haciendo caso a esas chicas, como iba detrás de mí me era imposible averiguarlo. Siempre había estado sola con Killian, o junto con mi madre y Eric. Esta era la primera vez que lo vería interactuando con más personas y tenía curiosidad por ver cómo se

comportaba.

—Eh, ¡bonito modelito! —Silbó un chico al cruzarse por mi lado. Era moreno y llevaba un vaso de alcohol más grande que mi cabeza.

Me guiñó un ojo y yo lo miré confusa.

Había olvidado por completo que iba exageradamente arreglada y luego llevaba puestas unas bambas. Desentonaba un poco en ese ambiente porque allí vestían casi de etiqueta o directamente en bikini y bañador. No entendía muy bien el concepto de esta fiesta.

—¿Gracias? —respondí, sin saber si su comentario era irónico, aunque el chico ya se había alejado.

—Eso es porque no ha visto tu pijama de sandías —comentó Killian, inclinándose hacia mí para hacerse oír a través de la música. No me pasó desapercibida la burla que contenían sus palabras.

—Si tanto te gusta te lo puedes quedar. Ya sabes, como regalo de despedida.

Pero Killian ignoró la pulla.

—Nunca podría rechazar semejante obsequio —contestó con una sonrisa encantadora—. Aunque a mí no va a quedarme tan bien como a ti.

Y no sé por qué razón en ese instante comprendí que probablemente aquella sería nuestra última noche juntos y yo seguía sin saber prácticamente nada sobre él. ¿Quién era Killian en realidad? No conocía sus gustos, cómo era su vida antes, si tenía amigos, si ansiaba cumplir algún sueño… Miles de incógnitas que no deberían importarme. Perdí el hilo de mis pensamientos cuando percibí una masa de pelo rojo moviéndose por el otro extremo del salón. Desde la distancia reconocí a Karina, pero la perdí de vista cuando salió por la puerta trasera, supuse que a la zona de la piscina. Aceleré el paso para alcanzarla.

—Eh, ¿a dónde vas? —siseó Killian.

Lo ignoré de nuevo y seguí avanzando hasta que atravesé la cristalera que daba al exterior. La gente estaba descontrolada, la mayoría tirándose al agua con la ropa puesta, otros bebiendo encima de flotadores y otros tantos en el césped charlando o revolcándose.

Entrecerré los ojos, aguzando la mirada hasta que di con mis amigas.

Al verlas, la capa de apatía que me cubría se resquebrajó y empecé a notar cómo un nudo de emoción me oprimía la garganta. Me estaba viniendo abajo y como no llegara rápido hasta ellas, me iba a echar a llorar en medio de una masa de gente borracha y drogada. Aunque tampoco

resultaría tan extraño, en las fiestas siempre había gente llorando y apostaría lo que fuera a que la mayoría de ellos no sabía ni por qué.

Yo tampoco lo tenía muy claro.

Sin embargo, cuando estuve lo suficiente cerca de ellas y vi sus sonrisas genuinas mientras charlaban con otros estudiantes y se movían al ritmo de la música, mis pasos se detuvieron de golpe. ¿Qué se supone que estaba haciendo? No podía arruinarles la noche sabiendo que les estaba mintiendo. Además, Álex se había sacrificado por mí y aquí estaba yo, llorando porque mi madre me había decepcionado. Joder, al fin y al cabo seguía con vida. No podía contarles lo que me había pasado, no cuando les estaba ocultando el trasfondo de todo. Me sentía como una mierda, pero ¿qué debía hacer? Ellas no estaban involucradas en nada y no sería yo quien las pusiera en peligro. Si hubieran descubierto cosas por su cuenta, yo no les habría ocultado nada, pero no tenían ni idea y solo por saber de la existencia de esos seres de fuego ya estarían condenadas casi a una muerte segura. A veces se me olvidaba que yo también lo estaba.

Cuando sientes odio te aferras a él para seguir adelante, la ira sirve de impulso aunque nos haga daño, pero yo lo que sentía era desesperanza y no encontraba nada a lo que aferrarme.

Ojalá pudiera sostenerme a mí misma, pero solo tenía ganas de hundirme más. Había sido una estúpida creyendo que engañaría a mi madre fingiendo no saber nada, y había traicionado a mis amigas para intentar que no entraran en la partida del juego trucado en la que yo me había colado. Lo que más me asqueaba de mí misma era darme cuenta de que mi madre y yo no éramos tan diferentes. El odio que sentía hacia ella tan solo era el reflejo del que sentía hacia mí misma.

Apreté los puños y me di la vuelta antes de que se percataran de mi presencia, me estaba costando horrores no derrumbarme. Necesitaba dejar de sentir y sabía cómo hacerlo. También era consciente de que era una solución tan básica y estúpida que resultaba deprimente, pero estaba en un punto de mi existencia en que un error más tampoco es que pudiera empeorar mucho la situación.

«¿Dónde se ha metido Killian?».

Me puse de puntillas y lo busqué con la mirada hasta que lo encontré, hablaba animado con dos chicas altas y morenas en bikini.

¿Sería alguna de ellas el motivo de su viaje misterioso a Burlington?

Se reían nerviosas de lo que fuera que les estuviera diciendo Killian.

Vaya, por lo visto su objetivo de la noche había cambiado.

En el fondo lo entendía, nadie querría estar en una fiesta como aquella vigilando a una persona impulsiva, destructiva y a punto de estallar en cualquier momento. Solo me había dicho que quería estar conmigo para dejar de sentirse mal, no porque quisiera estarlo de verdad, y ese hecho me dolió. Automáticamente, la decepción se transformó en rabia.

Fui hacia él con decisión, las chicas dejaron de sonreír y pestañear coquetamente para mirarme con nerviosismo. Tenía que dar bastante miedo si por fuera me veía conforme me sentía por dentro.

—Aria, qué… —fue a decir Killian cuando me agaché a sus pies.

Cogí una botella de alcohol de una de las bolsas y la levanté frente a su cara.

—Esto es lo único que necesito de ti. Así que te libero de tu trabajo como niñera para que puedas disfrutar de tu última noche en Burlington sin tener que cargar conmigo.

Apretó la mandíbula, conteniendo una sonrisa, y me miró con una intensidad que me puso difícil no apartar la vista.

—Si eso es lo que quieres, vale —dijo, encogiéndose de hombros.

Arqueé las cejas, sorprendida. Vale, esa no era la respuesta que había esperado.

—No, eso es lo que quieres tú, lo que pasa es que no tienes huevos para decírmelo.

—Ah, ¿que me has leído la mente? No me digas que ahora la que tiene superpoderes eres tú —contestó con sarcasmo, y las chicas intercambiaron una mirada de confusión, pero siguieron presenciando con interés nuestra extraña discusión.

—Yo no llamaría superpoder a escuchar detrás de las paredes.

—No, es verdad, eso se llama ser entrometida.

—¿Cuenta serlo cuando estáis hablando de mí?

—Tu madre solo quería que te echara un vistazo —se excusó sin un ápice de arrepentimiento en el rostro.

—Por si acaso hacía alguna tontería, ¿no? Tú mismo lo has dicho antes.

—Me estoy empezando a cansar de todo esto, Aria.

—Pues ya somos dos, *Killian* —solté, mordaz, y le dediqué una sonrisa llena de veneno—. Disfruta de la noche.

«Hasta que termine y tengas que afrontar la verdad».

Era mi última oportunidad para sacar a la luz todo lo que sabía.
Antes de que se marchara para siempre.
Antes de que yo también lo hiciera.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 21

No sabía muy bien hacia dónde me estaba dirigiendo, lo único que tenía claro era que necesitaba alejarme para poner en orden mis pensamientos y, sobre todo, para afrontar de una vez la decisión que debía tomar. Tampoco es que tuviera demasiadas opciones: o me iba a Portland con mi padre, o me quedaba en Haven Lake. Podía pedirle a Karina que me acogiera durante unos meses hasta que ahorrara y pudiera alquilarme una habitación para estudiantes.

Como me había cambiado de universidad y mis notas habían sido pésimas durante el año anterior, tampoco podía solicitar ninguna beca. La idea de volver a Portland era la más viable, pero también la más horrible. Había regresado a Haven Lake por una razón y sumergirme de nuevo en la tormenta de la que tanto me había costado salir casi me parecía un suicidio.

Abrumada por el peso de la situación, opté por escaparme al baño.

Bueno, más bien ir libremente, porque en realidad nadie me seguía. Tardé treinta minutos en relajarme y dejar de llorar mientras pensaba en Álex y bebía, deseando que aquello mitigara el dolor que me ahogaba. También imaginaba la casa en la que había crecido siendo ocupada por desconocidos que formarían allí recuerdos tan felices como los míos. Estaba tan abrumada por la noticia que ni siquiera le pregunté a mi madre a quién le había vendido la casa. ¿Quién dormiría en mi habitación, tomaría el café en la cocina y regaría las flores que plantamos hace años en el jardín?

En realidad, no quería saberlo.

Me levanté de mi asiento improvisado —la tapa del váter— y estiré las piernas con el propósito de hacer algo útil con mi existencia. O hacer algo, a secas.

No podía pasarme toda la noche encerrada en el baño, bebiendo y martirizándome. Tenía que aprovechar para estar con mis amigas y, en el caso de que me fuera, despedirme de ellas.

Aunque ya me había lavado la cara, aún seguía teniendo restos de rímel que me hacían parecer un mapache y que delataban que había estado llorando. Me limpié los ojos una vez más y me apoyé en el lavabo, contemplando mi reflejo durante tanto tiempo que dejé de reconocer a la persona que me devolvía la mirada. Me retoqué el maquillaje con algunas pinturas que alguien se había dejado en un neceser y cogí la botella de ginebra. Brindando con mi propio reflejo, bebí un último trago hasta que una arcada me atravesó y me lagrimearon los ojos. Parpadeé e hice algunas respiraciones lentas hasta que noté que se me pasaban las náuseas. Abrí la puerta del aseo solo cuando sentí que estaba lo suficiente borracha como para divertirme y que mis amigas no sospecharan cómo estaba en realidad.

Durante mi larga estancia en el baño habían aporreado la puerta tantas veces que había perdido la cuenta. ¿Es que una ya no podía ser ni patética tranquila?

Cuando salí casi me sentí renovada y tuve que contener una carcajada al ver la que había liado. Se había formado una fila enorme en la puerta del baño y todos me miraban como si quisieran matarme.

Que se pusieran a la cola.

—Lo siento, algo ha debido de sentarme mal. —Arrastré las palabras, señalando mi estómago, y por sus muecas de asco supe que mi mensaje implícito había sido captado. Con mi mejor expresión de culpabilidad me esfumé riendo yo sola e intentando no perder el equilibrio.

Alguien me tiró del brazo y tuve que apoyarme en esa persona para no probar el sabor del suelo. Estaba casi segura de que sabría a ginebra.

—¿Dónde mierda te habías metido? Te hemos estado buscando —me reprendió Karina. Llevaba un vestido rojo que le sentaba de maravilla, además de una chaqueta negra de cuero.

—Estaba en el aseo —contesté, balanceándome, y la abracé con ímpetu. Estaba guapísima, dios, tenía unas amigas guapísimas que no merecía.

—Estás borracha. —Sus ojos se abrieron con asombro ante su propia afirmación.

—Me he encontrado con unos compañeros de clase y me han dado de su bebida —mentí, y le quité el vaso de las manos para darle un traguito—.

Dios, ¿qué es esto? Está buenísimo, quiero más.

—Aria, es agua. —Se rio y yo la estudié con desconfianza, preguntándome desde cuándo Karina bebía agua en una fiesta—. Pues… nosotras hemos estado con Killian —añadió, consiguiendo que mi euforia flaqueara por un momento.

—¿Qué?

—Madre mía, es más guapo de cerca, si es que eso es posible. Nos ha dado las bebidas justo cuando la cosa empezaba a decaer.

La vi tan contenta que me atravesó una punzada de dolor.

—¿Cómo no echáis de menos a Álex? —solté sin poder evitarlo, mi boca hablaba por sí sola.

Karina me miró fijamente y frunció el ceño.

—¿Otra vez con ese tal Álex? ¿Quién es? —Me propinó un codazo—. ¿Y si está buenorro, a qué esperas para presentárnoslo?

Me quedé quieta ante su respuesta, no logré articular ninguna palabra hasta pasados unos segundos. Si ya lo sabía, ¿por qué me dolía comprobar que no se acordaban de él?

—No es nadie, da igual. —Carraspeé—. ¿Qué habéis estado haciendo con Killian?

—Hemos bebido mientras lo conocíamos un poco más, te íbamos a seguir buscando, pero nos ha dicho que no tardarías en volver.

¿Por qué les habría contado esa mentira? Él no podía saber que necesitaba estar sola, ¿no?

—Bueeno, ¿y qué tal os ha caído? —pregunté, dejando a un lado mis pensamientos.

—¡Es genial! Si no supiera que en el fondo te pone y quieres algo con él, no dudaría ni un segundo en lanzarme. Tendría que darme prisa, eso sí, porque me he fijado y había un montón de chicas echándole el ojo. —La sonrisa suspicaz que dibujaron sus labios delató que estaba intentando descubrir si aquello me pondría celosa.

¿Lo estaba?

—Espero que disfrute mucho —siseé, provocando que Karina se riera.

—Pues deseo cumplido, amiga. —Y al ver mi gesto interrogante señaló hacia la pista, concretamente al punto exacto en el que se encontraba Killian.

No me lo podía creer.

Movía su cuerpo con una gracia y una sensualidad que me hizo

pestañear varias veces para cerciorarme de que aquello no era producto de mi imaginación. Estaba con una de las chicas de antes y ambos parecían estar pasándolo bien. Una punzada de dolor cruzó mi vientre. Sentía celos. No, aquello era imposible, estaba segura de que era fruto del alcohol, que distorsionaba la realidad. Pero ¿y si la acentuaba?

«Esto tiene que parar».

De repente, sus ojos se encontraron con los míos desde la distancia y me dedicó una sonrisa provocativa mientras continuaba con su baile de infarto. Aparté la mirada, avergonzada de que me hubiera pillado y algo cabreada. Le había dicho que se olvidara de mí y disfrutara de la noche, no sé de qué me extrañaba ahora. Lo que tenía que hacer era pasar de él y centrarme en aprovechar las últimas horas que me quedaban con mis amigas.

Eso si terminaba regresando a Portland, que, siendo realistas, era lo más probable.

Karina me llevó junto a Lila y una vez allí me presentó a algunos de sus amigos. Pasamos un buen rato y, cuando la noche alcanzó su punto álgido, entramos de nuevo en el salón y nos colamos al interior de la zona de baile. El *DJ* lo estaba dando todo con canciones muy populares, era imposible no moverse. Y eso hice, bailé con tanta gente que perdí la cuenta hasta que sentí los músculos pesados. Pero, sin poder evitarlo, mi vista se deslizaba una y otra vez en busca de un chico alto, con el pelo oscuro y los ojos grises.

Killian seguía con la misma chica, pero cada vez más cerca.

Nuestras miradas se cruzaron un par de veces, pero no hicimos nada más, cada uno disfrutaba con una persona diferente. Y, aunque mis instintos me impulsaban a ir hacia donde estaba él, mi orgullo herido detenía mis pasos.

¿Pero hasta qué punto somos capaces de ignorar aquello que deseamos?

Mis amigas habían ido a por más bebida, mientras yo seguía bailando como si de verdad me sintiera eufórica. Mis movimientos eran más torpes por el alcohol, pero eso no hizo que disfrutara menos. Una fuerza me impulsaba a dejarme llevar por la música, por la masa de cuerpos que saltaba a mi alrededor y que no conocía. Me sentía parte de la canción y durante ese rato dejé de pensar y todo dejó de importar.

Pude respirar de nuevo.

No sé cuánto tiempo estuve con los ojos cerrados, pero cuando los abrí me topé de lleno con una mirada gris que me observaba desde fuera de la pista de baile. Me quedé inmóvil, sintiéndome vulnerable porque, aunque no me había quitado ninguna prenda, me había sentido libre y aquella era otra forma de desnudarse.

La escena me recordó aquella noche en The Roger's Club cuando estuve bailando con Dylan hasta que lo vi. Estaba apoyado también en una pared, mirándome para después marcharse como si nada. Él sabía que iba a seguirlo, siempre lo había sabido. Solo que esta vez fue diferente.

Todo se detuvo cuando Killian se acercó con paso seguro hacia mí, al mismo tiempo que su mirada se oscurecía. En aquel momento lo vi más atractivo que nunca. No sabía qué pretendía, pero fue hipnótico esperar a que llegara hasta mí con la expectación de qué haría una vez me alcanzara. Quizás por eso Killian resultaba tan adictivo. Era impredecible y cuando creías que estabas un paso más cerca de conocerlo, se alejaba dejándote claro que jamás podrías alcanzarlo.

No si él no quería.

—¿Qué haces aquí? —pregunté una vez se detuvo frente a mí. Tuve que alzar la voz para que me oyera. Él apretó los dientes y paseó su vista por todo mi cuerpo, con un deseo reflejado en sus ojos que me dejó la boca seca.

—A mí también me gustaría saberlo —dijo, acercándose más.

La proximidad de nuestros cuerpos hizo que un escalofrío recorriera toda mi espalda. Un recordatorio del peligro que suponía acercarme a él, pero al mismo tiempo había otra fuerza, mucho más poderosa, que me retaba a abandonarme a mis deseos más oscuros. Nos miramos durante unos segundos que se me antojaron eternos y fugaces al mismo tiempo, y entonces fue cuando me rendí.

—Creo que en el fondo lo sabes, pero no quieres admitirlo —aventuré, y su mirada se tornó curiosa y casi desafiante.

Estaba harta de reprimirme y también estaba borracha.

Aquel era un dato muy importante a tener en cuenta.

—¿Qué no quiero admitir, Aria? —me retó, arqueando una ceja, y su voz sonó más áspera que de costumbre.

Tragué saliva, armándome de valor.

—No quieres admitir que te mueres por hacer esto.

Di un paso más hacia él, enredé mis dedos con los suyos y alcé su

mano hasta posarla en mi cintura. Alcé la cabeza y me encontré con sus ojos, que se clavaron en los míos con intensidad. Su contacto hizo vibrar cada centímetro de mi piel y para mi sorpresa, cuando despegué mi mano de la suya, él la mantuvo allí durante unos segundos para después cogerme con más fuerza, atrayéndome hacia él.

Mi corazón se descontroló y empecé a sentir excitación por lo que estábamos haciendo rodeados por una masa de gente que seguía bailando, ajena a nuestro juego.

O más bien nosotros ajenos a ellos, a todo.

—¿Y qué más me muero por hacer? —ronroneó.

—Esto —susurré, y llevé sus dedos hasta mi boca.

Acarició mis labios con detenimiento, tomándose todo el tiempo del mundo.

Como si en realidad lo tuviéramos y el reloj no se moviera en nuestra contra.

Le mordí un dedo despacio, mirándolo mientras lo hacía y sintiéndome poderosa al ver su reacción. Sentí su descontrol cuando me humedecí los labios de forma lenta y cuidadosa. Instantáneamente, llevó su mano a mi otra cadera, apretándome contra él y haciéndome sentir su dureza. Mi cuerpo estaba en llamas, no recordaba ninguna otra ocasión en la que me hubiese sentido así, no con la ropa puesta.

—Pero en realidad eso te hubiera gustado hacerlo con tus labios —dije con una sonrisa provocativa. Él me la devolvió y de un segundo a otro me giró con determinación y me puso de espaldas a él; nuestros cuerpos se pegaron en zonas muy interesantes que hicieron que mi respiración se acelerara aún más.

Ahogué un jadeo cuando me apartó con delicadeza el pelo del cuello, dejándolo expuesto. Me acarició unos segundos hasta que su mano cogió con firmeza mi barbilla y me giró la cabeza a un lado. Me dejé envolver por su aroma fresco y salvaje.

Casi me desmayo al sentir su cálido aliento en mi oreja y su barba incipiente rozándome.

—¿Crees que también me moría por hacer eso?

La piel se me erizó al sentir su voz por todas partes y asentí sin poder apenas articular palabra. Acto seguido, arqueé el cuello y me incliné hacia atrás para pegarme más a él. Sentí su aliento aún más caliente sobre mi piel.

—¿Y esto? —exhaló.

Mis piernas flaquearon cuando sentí sus húmedos labios por mi cuello, primero depositando un suave beso y después otro más húmedo y lento que me hizo jadear. Su lengua me recorrió el cuello hasta el lóbulo de la oreja, de un extremo a otro y di gracias a que me estaba sujetando porque de no hacerlo no sé qué habría pasado.

Me estaba devorando y yo no quería que parara por nada del mundo, pero si seguía así iba a perder el control y, joder, estábamos en medio de una fiesta.

—Los dos sabemos que quieres mucho más que esto. Acabas de demostrarlo.

Me di la vuelta para encararlo y su expresión de lujuria casi me volvió loca, parecía incluso animal.

—Sé muy bien lo que quiero, Aria —contestó, alzando mi barbilla para que nuestros rostros quedaran a escasos centímetros de encontrarse—. Y también sé lo que no puedo tener.

—Pero hoy sí puedes, ¿no? —respondí con la mirada fija en sus labios, frenando con todas mis fuerzas las ganas que tenía de probarlos.

Guardó silencio y cuando alcé la vista su rostro estaba teñido de culpabilidad.

Ese hecho hizo que me echara hacia atrás, aunque no demasiado porque él seguía sujetándome de la cintura con firmeza.

—Me voy para siempre, esta es mi última oportunidad para cometer errores y, joder, no aguantaba más las ganas de tocarte, aún me muero por hacerlo —susurró, retirándome con suavidad un mechón de pelo de la cara y colocándolo detrás de mi oreja.

Sentí una punzada de dolor al escuchar sus palabras. Su afirmación me había revelado algo que ni siquiera era consciente de que necesitaba saber. Todo lo que estaba experimentando se esfumó tan rápido que fue sencillo dejarme llevar por la frialdad que me recorrió. Las piezas encajaron. Había estado tan distraída por la discusión con mi madre que no había caído en el motivo del acercamiento que habíamos tenido Killian y yo en el supermercado, después de ignorarme durante una puñetera semana. Ahora lo entendía todo.

Lo miré con una dureza que lo desconcertó.

—El único error que has cometido es pensar que de verdad dejaría que me besaras solo para quitarte el gusanillo y después marcharte como si nada. —Me aparté abruptamente mientras él asimilaba mis palabras y

apretaba los dientes—. Y mi error ha sido comprender tarde que no querías que me metiera en tu vida, pero al parecer sí en tus pantalones. —Me encogí de hombros—. Me hubiera gustado que fuéramos amigos, pero te has empeñado en que eso tampoco fuera posible.

—Nunca podríamos haber sido amigos, creo que eso es justo lo que acabamos de demostrar —protestó con una risa amarga.

—¿Qué más da lo que podríamos haber sido? Esta es la última noche que vamos a pasar juntos y, si no me hubieras ocultado cosas, esto podría ser muy diferente.

Y no me refería a poder haber llegado a algo más de forma romántica, sino al menos a llevarnos un mejor recuerdo el uno del otro.

—No te equivoques, nada habría cambiado.

—Mi opinión acerca de ti, sí.

—¿Quieres odiarme a mí también? Bien, adelante. —Y lo dijo con una indiferencia que me llenó de rabia—. Pero odiarás al Killian que he dejado que creas que soy.

—¿A quién voy a odiar si no? Es el único Killian que me has permitido conocer.

—Entonces soy un capullo. Si te va a resultar más fácil pensar eso, adelante —contestó con amargura, como si hubiese aceptado que aquello era lo mejor, pero en el fondo lo odiara.

Apretó los puños y por un instante pude ver a través de él. Sus ojos reflejaron un dolor tan visceral que se me revolvió el estómago. Sentí que había llegado el momento.

—¿Quién eres realmente? O mejor dicho… ¿qué eres? —pregunté sin rodeos.

Su cuerpo se puso en tensión y guardó silencio. No tenía ni idea de cuál sería su respuesta y por su expresión deduje que él tampoco lo sabía. Pegué un gritito cuando me cogió del brazo bruscamente y tiró de mí, arrastrándome hacia fuera.

—¿Qué haces? —protesté, intentando soltarme.

—Si sabes tanto como insinúas, entonces comprenderás que no podemos mantener esta conversación aquí —siseó.

Atravesó la masa de gente que nos rodeaba, sin cuidado y ganándose algún que otro insulto. Aunque seguro que no más duros de los que yo me estaba diciendo a mí misma. Aproveché ese margen de tiempo para procesar lo que acababa de pasar entre Killian y yo. Me sentía una completa

idiota por haber caído en su juego. Al menos había parado antes de cometer más estupideces. ¿No era ese el trabajo de Killian? Tenía que hacer de niñera e impedir que pasaran este tipo de cosas, maldita sea.

Salimos a la zona de la piscina y agradecí el aire fresco que recorrió mi cara.

Una vez llegamos a una zona más o menos despejada, me soltó. Y justo cuando lo encaré, dispuesta a revelarle la verdad de la desaparición de Álex, todo enmudeció. La casa se quedó en completo silencio. El ambiente se sumió en una calma inquietante que me puso la piel de gallina, fue como si de repente todo hubiera desaparecido salvo nosotros, solo que todo seguía en su sitio. Tragué saliva y me alivió ver que Killian tenía la misma expresión de confusión que yo. Me giré, temblorosa, y me quedé sin respiración. Las personas que unos segundos atrás estaban disfrutando de la noche ahora se encontraban inmóviles. Miraban cada uno en una dirección y sus ojos estaban vacíos, como habían estado los de la señora Wendy aquel día.

Sin darnos tiempo a reaccionar, un murmullo de voces rompió el silencio de la noche. Los paralizados hablaron al mismo tiempo, con una voz tan inexpresiva que me dejó helada y aún más aterrada de lo que ya estaba. El mensaje era claro e iba dirigido hacia mí.

—Si quieres que tu amigo siga con vida, ven a la azotea. Ven o morirá. Ven. Ven. Ven. Ven.

La fiesta era el lugar más fácil en el que encontrarme, y yo había sido muy tonta al creer que rodeada de tantísima gente estaría a salvo porque los seres de fuego no podían revelarse a la humanidad. No contaba con que les dejarían atontados y convertirían esto en una trampa sin escapatoria.

Había subestimado su poder.

Me acerqué a una chica y la sacudí por los hombros, intentando romper el trance en el que estaba sumida, pero no hubo ningún cambio. Se unió a la masa de voces que susurraban al unísono.

—Si quieres que tu amigo siga con vida, ven a la azotea. Ven o morirá. Ven. Ven. Ven. Ven.

—¡Tenemos que salir de aquí ya! —gritó Killian con una urgencia que me sacudió por dentro. Intentó agarrarme de nuevo el brazo, pero me escabullí antes de que me atrapara.

Vislumbré a Lila cerca de una de las mesas y corrí hasta ella.

—¡Lila! ¡Lila, despierta! —exclamé, y un sollozo de miedo se escapó

de mi garganta al verla en aquel estado.

—Aria, joder, te prometo que estarán bien. No pueden hacerles nada —me aseguró Killian, cogiéndome de la cintura y arrastrándome con él. Me dejé llevar por unos segundos hasta que un pensamiento me invadió y lo empujé para zafarme.

—¡Suéltame! Vete tú, yo no pienso abandonar a Álex de nuevo.

En ese instante, Killian comprendió la magnitud de todo lo que les había ocultado y de lo que en realidad sabía.

Apretó los puños y respiró hondo, intentando serenarse.

—No pienso dejarte sola y tampoco voy a permitir que caigas en su trampa. —Se pasó las manos por el pelo, alborotándoselo por completo. Su cara estaba desencajada, tenía miedo y al mismo tiempo estaba furioso.

—Si quieres que tu amigo siga con vida, ven a la azotea. Ven o morirá. Ven. Ven. Ven. Ven.

—Si quieres que tu amigo siga con vida, ven a la azotea. Ven o morirá. Ven. Ven. Ven. Ven.

Un chico bajito y pelirrojo salió de la casa corriendo y llegó hasta nosotros con una expresión de angustia y pánico que me recordó a la que tenía Álex al contarme que lo estaban buscando.

—¿Estáis locos? ¿Qué mierda hacéis todavía aquí? ¡Corred si no queréis que os maten!

Y se fue.

¿Por qué a él no le había afectado el control mental o lo que sea que estuviese pasándole al resto? Y… ¿por qué no me había afectado a mí?

Killian se volvió hacia mí y me cogió la cara para captar mi atención.

—No pienses que te están dando ninguna elección, Aria. Solo es parte de un juego que acaban de ganar simplemente por encontrarte.

—¿Cómo saben que soy yo la chica?

Una niebla espesa nos rodeó y el silencio se hizo aún más pesado.

—Porque sigues aquí —dijo una voz siniestra detrás de mí.

Temblando, me di la vuelta para localizar al dueño de aquella voz y tuve que alzar la cabeza para encontrarlo. Eran dos los hombres que se alzaban imponentes en la azotea. Habían revelado su presencia, hartos de esperar mi decisión.

O tal vez no, tal vez simplemente se habían cansado de jugar, tal y como había mencionado Killian.

A uno lo reconocí, era el mudo que nos había atacado la primera vez.

Me observaba con asco e ira, tal vez pensaba que yo había acabado con la vida de su amigo. No tenía ni idea de quién era el otro, pero su traje negro también estaba envuelto en llamas. Nos estudió con suspicacia y una sonrisa se dibujó en su rostro antes de saltar como si nada los seis metros de altura que nos separaban. Aterrizaron con una elegancia sobrenatural y cuando nos miraron tenían una expresión de reconocimiento.

—Hola, Killian, me alegro de volver a verte.

Este se relajó y las comisuras de sus labios se elevaron formando una pequeña sonrisa, una que no supe muy bien cómo interpretar. Dio un paso en su dirección y yo siseé su nombre, en busca de cualquier señal que me ayudara a comprender qué estaba pasando y qué mierdas hacía.

Pero para mi sorpresa, me ignoró.

Mi corazón se paró en seco. ¿Por qué los conocía? La actitud de Killian había cambiado totalmente y ahora se encaminaba hacia ellos con una seguridad que me descolocó aún más. No tenía sentido, pero… justo habían aparecido cuando yo le había dejado entrever que sabía que no era humano.

Contuve la respiración al comprender que estaba a punto de descubrir si era uno de ellos.

No tardé ni dos segundos en averiguarlo.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 22

—Vaya, te recordaba mucho más terrorífico.

La voz de Killian estaba cargada de burla y sus labios se curvaron en una sonrisa que me dejó helada. Por algún motivo que desconocía, tras descubrir la identidad de las criaturas su miedo se había transformado en algo mucho más peligroso: desafío.

Y no contábamos con la suficiente ventaja como para permitirnos ese lujo.

Decidí entonces que, si por alguna remota razón ellos no lo mataban, lo haría yo misma por provocar a unos tipos que saltaban tejados como si de escalones se tratase y que, además, estaban cubiertos de fuego. Un elemento que no les afectaba y que podían controlar. Tuve que morderme la lengua para no reprocharle su actitud, lo último que necesitaba era atraer la atención de aquellos seres antes de tiempo. Era muy consciente de lo que eran capaces de hacer y tenía la firme intención de disfrutar al máximo posible de mis últimos momentos con el cuello intacto.

Estaba asustada y desconcertada al verme rodeada de estudiantes idos, dos sociópatas que con toda seguridad iban a matarme y el chico —posiblemente sobrenatural— que, muy a pesar, me traía loca. Si al final resultaba que el destino existía, tenía claro que el día que planeó mi vida se había fumado tres porros y vaciado como mínimo tres botellas del *whisky* más antiguo de la historia. Y más teniendo en cuenta que casi me había liado con Killian aun desconociendo su naturaleza. Bueno, vale, eso era culpa mía.

«Dios, ¿en qué mierda estaba pensando?».

Aquel había sido el problema, que no había pensado en nada.

Sin embargo, a esas alturas incluso aquello dejaba de importar, solo quería volver a casa viva, aunque eso supusiera morir de otras formas cuando tuviera que marcharme a Portland. El único consuelo que me quedaba era que al menos Killian no parecía ser uno de ellos. Con él como aliado las posibilidades de sobrevivir al menos existían, aunque fueran escasas.

—Míralo, Fred, ¿tú no lo recordabas mucho más listo? —preguntó el hombre de fuego a su compañero mudo, aquel que días atrás se había llevado a Álex del bosque.

Tras unos segundos de tenso silencio, Killian carraspeó y forzó una mueca incómoda.

—¿Sabes? No creo que vaya a responderte.

Ambos seres intercambiaron una mirada hostil y avanzaron un paso hacia nosotros. A diferencia de Killian, de forma automática yo di otro hacia atrás y fue entonces cuando empecé a tener serias dificultades para respirar.

Dejé de hacerlo cuando las manos de Fred comenzaron a moverse sutilmente, dibujando en el aire figuras anómalas de lo que parecía ser energía con hélices de fuego chispeando a su alrededor. Se formó una masa de fuego que se expandía progresivamente. Su gesto no presagiaba nada bueno, lo estábamos cabreando y su paciencia empezaba a flaquear. Sin embargo, mi cuerpo no reaccionó como debería. Sin poder evitarlo, me dejé embriagar por la esencia de aquella magia, sentí una calidez sobrecogedora y a punto estuve de cerrar los ojos para disfrutar al máximo de aquella sensación tan extraña y familiar a la vez.

En menos de un segundo, Killian ya se había situado a mi lado, sacándome del trance y consiguiendo que mis alarmas se volvieran a activar. «¿Qué ha sido eso?».

No obstante, Fred no hizo ningún movimiento más; permaneció inmóvil, mostrando su poder, y en ese instante comprendí que se trataba de una advertencia. Aproveché la pausa para buscar cualquier posible vía de escape. Estábamos atrapados en el jardín, ya que la única puerta existente era la que daba al salón principal de la casa y era la misma que se situaba justo detrás de los seres de fuego. La única oportunidad que teníamos era saltar la gran verja a nuestra espalda y escabullirnos entre el resto de las casas de las fraternidades. Pero aquella posibilidad se hacía más lejana cada vez que los miraba y sentía su poder incluso a metros de distancia. Era muy

consciente de que no contaría otra vez con la suerte de que el cielo se rompiera en dos y comenzara a llover, por eso teníamos que actuar con prudencia. Mi mente comenzó a trabajar mientras luchaba por no perder detalle de la escena que se desarrollaba ante mis ojos.

—¿Quién te crees que eres para hablarnos así? —espetó la criatura, ladeando la cabeza de forma siniestra. Acto seguido, miró de reojo a Fred y bastó eso para que la masa de fuego que ardía en sus manos se evaporara. Quedó claro quién de los dos daba las órdenes.

Estaba convencida de que después de aquello, Killian aflojaría y adoptaría una actitud más cauta. Pero me equivocaba, con él siempre lo hacía.

—Para vuestra mala suerte, soy una pieza que necesitáis y ese hecho me da un poquito más de valor para insultaros. —Su tono se volvió más duro e irónico conforme hablaba—. Y, joder, teniendo en cuenta que lleváis meses queriendo secuestrarme, creo que al menos me he ganado ese derecho, ¿no?

—No te confundas, nadie es imprescindible.

—Bueno, esa es tu opinión, chispas —se burló Killian con una sonrisa aún más provocadora, oscura.

Si el miedo no hubiera dominado cada poro de mi piel, incluso me hubiera reído.

Se sostuvieron la mirada durante largos segundos en los que luché con todas mis fuerzas contra el temor que quemaba mi garganta. El ambiente era pesado y casi podía sentir la violencia que emanaban ambos seres, e incluso Killian, que apretaba la mandíbula y tenía los ojos llenos de ira apenas contenida. Olía a óxido y a otra sustancia que no supe identificar, pero que me transportó a la noche en la que secuestraron a Álex en el bosque. Era… antinatural. Agucé la vista y los observé con un mayor detenimiento. Ambos llevaban el mismo uniforme que saltaba a la vista, por su forma y material, que había sido diseñado para la batalla. Lo que resultaba inquietante era el aura elegante e incluso majestuosa que desprendían, de algún modo todo en ellos te cautivaba, ocultando en gran medida el peligro que en realidad suponían. Al menos, hasta que te fijabas en sus largas capas, ardiendo en unas llamas que no se consumían. Aquello convertía sus atuendos en una armadura casi indestructible, de tal forma que no necesitaban grandes armas para acabar con la vida de cualquiera que se interpusiera en su camino.

El rostro del nuevo atacante estaba desfigurado por algunas cicatrices y llevaba el pelo recogido en una coleta baja. Ambos debían rondar los treinta años y, por sus movimientos firmes, me atrevería a decir que eran soldados entrenados con disciplina, pero igualmente capaces de improvisar y ser crueles hasta el extremo. Eran terroríficos y no por su apariencia —que, siendo sincera, también—, sino por su expresión de determinación; una que anunciaba que estaban dispuestos a todo para conseguir su objetivo. Así lo habían demostrado y aquello era lo que los convertía en verdaderos monstruos.

Me tensé cuando de repente los ojos del ser desconocido se clavaron en mí.

—Tu amiguita sí es prescindible, o lo que seáis… Me habéis confundido esta noche con tanto toqueteo.

Juraría que pude ver en sus ojos un breve resplandor de lujuria.

Killian me dedicó una mirada fugaz, apretó los puños y con un movimiento rápido se situó delante de mí, de tal forma que quedé oculta tras su cuerpo. Se me revolvió el estómago de pensar que habían presenciado aquel momento en la pista de baile. Tenía la sensación de que habían pasado horas desde aquello.

—Ella no tiene nada que ver en esto.

—Ahora sí —contestó el otro con sorna, disfrutando al ver cómo la máscara de socarronería tras la que se había refugiado Killian poco a poco se resquebrajaba.

—El tratado os obliga a no tocar a los humanos, no podéis matarla. —Apretó los dientes.

—Ella no es humana, estaba protegiendo al Incierto y lo ayudó a escapar. —No me sorprendió que siguiera con el mismo discurso de su antiguo compañero, aquel que había muerto consumido por la lluvia delante de mis narices.

Por su tono de voz supe que estaba perdiendo la paciencia y ya éramos dos porque aquella charla sin fin empezaba a ser insoportable. Me sentía como si estuviera en la sala de espera del dentista, solo que en vez de empastarme una muela iban a acabar con mi vida.

—¿Pero tú la has visto? ¿De verdad crees que puede ser algo más que una simple humana? —dijo Killian girándose y señalándome con la mano, como si aquel fuera el hecho más obvio del mundo.

Abrí los ojos superofendida y fruncí el ceño. Quise creer que solo

pretendía desviar la atención de mí, pero ¿y qué si solo era una simple humana? Estaba casi convencida de que en una lucha cuerpo a cuerpo podría patearle el culo.

En el improbable caso de que no fuera un ser sobrenatural con poderes, claro.

—¿Acaso crees que nos importa lo que sea? Ha sobrepasado los límites —espetó, y su voz se tornó aún más fría—. Además, mató a nuestro compañero y se llevó algo que nos pertenece.

Intenté disimular mi sorpresa, pero no tuve mucho éxito. Se me secó la boca y me estremecí cuando un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Tenía que referirse a las cartas que había encontrado cuando su compañero se estaba desintegrando, pero ¿por qué tenían tanto valor para ellos? Estaban en blanco. Al menos, las había escondido a buen recaudo y no las había tirado a la basura. «Punto para ti, Aria del pasado».

Sentí una pequeña satisfacción cuando Killian se volvió hacia mí, asombrado. Respiré hondo y di un paso hacia delante, uniéndome a la conversación como si no estuviera temblando como un flan.

—En realidad no puedo llevarme todo el mérito, digamos que a tu amigo no le sentó demasiado bien eso de intentar degollarme bajo la lluvia. Y no sé de qué hablas, yo no tengo nada vuestro —mentí, luchando con todas mis fuerzas por ocultar el temblor de mi voz.

La criatura guardó silencio y me estudió durante unos inquietantes segundos en los que me sentí expuesta. De improviso, con un movimiento pausado, agachó la cabeza. Cuando volvió a alzar la mirada, tenía los ojos completamente blancos y la boca entreabierta.

«¿Qué está haciendo?».

Lo supe en cuanto un intenso pinchazo me atravesó hasta tal punto de doblarme en dos. Solté un aullido de dolor, llevándome las manos a la cabeza en un intento inútil de amortiguar la quemazón de mi cerebro. Una sensación de intrusión se apoderó de mí y comencé a ver imágenes distorsionadas de mí misma robando las cartas, escondiéndolas en el cajón de mi ropa interior, horas después planeando una forma más segura de ocultarlas… Sin embargo, aquella energía oscura no pudo llegar hasta mis otros recuerdos, de alguna forma inexplicable chocaban una y otra vez contra un muro invisible que me protegía de ellas. Intuí que aquello era el causante de la agonía que me hacía jadear.

«Por favor, que pare, que pare, que pare».

Me aferré con fuerza a la hierba y arañé el suelo para aliviar el dolor que comenzaba a ser insoportable. Pero no funcionó. Respiré hondo, intentando por todos los medios concentrarme en lo que estaba pasando. Al hacerlo fue como si asumiese el control de mi consciencia y, utilizando la fuerza que me proporcionaban la ira y la adrenalina, luché contra la masa de energía que trataba de dominarme. Contraataqué sin saber muy bien qué estaba haciendo y me asaltaron fogonazos de imágenes que me dejaron mareada. Vislumbré enormes montañas áridas bajo un cielo de color escarlata, árboles secos y pequeñas casas que parecían estar a punto de venirse abajo. ¿Qué era aquel lugar y por qué estaba viéndolo? Supe que podía ser real cuando apareció la delgada figura de Álex. Mi ansiedad aumentó al comprender que estaba en una estrecha celda y que llevaba la misma ropa que la última vez que lo había visto. Grité su nombre una y otra vez, tan fuerte que me escocieron las cuerdas vocales. Intenté de alguna manera llegar hasta él tras ver toda la sangre que lo rodeaba, pero fue imposible. Se me cortó la respiración cuando de repente abrió los ojos de par en par. Me miró. Y al segundo siguiente, despareció. La escena fue sustituida por otra de un gran número de seres de fuego entrenando en lo que parecía ser el patio de un castillo. Le siguieron imágenes de niños llorando, mujeres muertas y bailes alegres alrededor de hogueras.

No entendía nada.

No sé qué ocurrió exactamente ni cuánto tiempo duró aquello, pero noté unas manos firmes sobre mis brazos y aquel contacto fue el que me devolvió a la realidad. Haciendo un gran esfuerzo abrí los ojos, aterrada ante la posibilidad de que la criatura hubiera llegado hasta mí, pero era Killian, que me tocaba la cara en un intento de calmarme.

—De nuevo, muy interesante… —dijo para sí mismo el causante de mi sufrimiento. Alcé la vista para situarlo y, cuando lo hice, creí distinguir un destello de temor en su mirada.

—¡Para de una puta vez! —rugió Killian, y me soltó con la intención de ir hasta ellos.

De repente, el dolor se extinguió y mis jadeos con él. Yací sobre la hierba húmeda, tratando de recobrar el aliento y recomponerme lo suficiente como para poder ponerme en pie. Killian me ayudó a levantarme, pasando un brazo por mi cintura. Me apoyé sobre él, limpiándome las lágrimas que descendían por mis mejillas a causa del dolor.

—Eh, ¿estás bien? —Me tocó la mejilla con una delicadeza que me

estremeció.

Asentí, parpadeando repetidas veces para enfocar la vista. Lo primero que vi fue su rostro cargado de preocupación, lo cual hizo que mi estómago diera brincos muy inapropiados dadas las circunstancias.

Los efectos del ataque comenzaban a disiparse y poco a poco volvía a sentirme como antes de que un jodido lunático se quisiera adueñar de mis recuerdos. Había sido horrible, me sentía vulnerable y muy cabreada. ¿Qué era aquel lugar que había visto? Y lo más importante, ¿cuánto aguantaría Álex con vida?

No tuve tiempo de procesar aquello.

—No tendría por qué haber dolido si no te hubieses resistido. Algo me impide entrar en tu mente, pero no nos puedes engañar. Nadie puede hacerlo.

Killian soltó una carcajada amarga y sus ojos se llenaron de una ira helada.

—Yo no fardaría de inteligencia sabiendo la situación de mierda en la que os encontráis.

—Una pena que dentro de poco vayas a estar como nosotros —farfulló el ser—. Os voy a contar qué vamos a hacer. Tú vas a venir con nosotros por las buenas y tú nos vas a devolver lo que nos has robado. ¿Tu mamá nunca te enseñó lo feo que está eso?

Una oleada de rabia me invadió y me separé de Killian.

—¿Y a vosotros no os enseñaron que está *feo* ir asesinando a personas inocentes?

—No, cielo, a los Ignis nos enseñaron a luchar por la libertad que nos arrebataron, al precio que sea. —Su expresión me puso la piel de gallina.

«¿“Ignis”? ¿Así se llamaban a ellos mismos?».

—Tanta intensidad me aburre. ¿Vais a estar toda la noche así? Porque tenemos cosas mucho más interesantes que hacer —soltó Killian, y me guiñó el ojo con una sonrisa tensa.

No le devolví el gesto, no pude hacerlo incluso sabiendo que su intención era simplemente aligerar el ambiente. Yo no contaba con el lujo de poder enterrar mis emociones hasta el punto de bromear cuando el peligro nos había acorralado. Y menos aún cuando había confirmado que Killian ocultaba cosas menos inocentes de las que quería aparentar. Si algo me motivaba esa noche, a parte de querer conservar el pellejo, era que estaba a nada de alcanzar la verdad.

Después de esto ya no había marcha atrás.

—Insolente —escupió la criatura.

—Es una forma de llamarlo —dijo Killian, encogiéndose de hombros —. Aunque yo me suelo definir más bien como «práctico», no me gusta perder el tiempo.

—Te vas a arrepentir de tus palabras.

—Tal vez, pero al menos dejaré de escucharte y haré algo más divertido, como acabar con tu vida. Diría que también con la de tu amigo, pero tampoco quiero pasarme de arrogante.

—Veamos entonces quién se divierte más esta noche. —Sus pupilas se tornaron blancas de nuevo y una sonrisa cruel descompuso su rostro—. ¿Nos dejáis un poco de privacidad? Y, James, colega, pon un poco de música.

Aquello terminó de descolocarme. Los estudiantes que nos rodeaban se pusieron en movimiento y se encaminaron hacia el interior del salón. Todos a la misma velocidad, era espeluznante que aquellos seres tuvieran la capacidad de hacer algo así. Miré a Lila y me contuve para no ir detrás de ella. Lo más seguro para ellos era que se alejaran, tal y como estaban haciendo, pero no pude evitar sentir pánico al comprender el significado de aquello. Si los estaba protegiendo, tal y como el supuesto tratado obligaba, era porque dentro de muy poco las cosas se pondrían feas para nosotros. Quizás era hora de echar a correr, pero ¿cómo íbamos a darles la espalda? No sobreviviríamos a su ataque directo.

El chico al que le había ordenado que pusiera algo de música se acercó hasta el equipo y los altavoces volvieron a funcionar, reproduciendo una balada lenta. Esto ya se pasaba de surrealista.

—Ay, qué tierno, ¿vas a invitarme a bailar? —dijo Killian, ladeando la cabeza.

—Voy a invitarte a que cierres la boca y vengas con nosotros, por las buenas o por las malas.

Killian puso los ojos en blanco.

—Qué decepción, chispas. Acabas de perder puntos como villano, esperaba que dijeras algo así como «Voy a invitarte al baile de la muerte» —imitó la forma áspera del hablar de la criatura—. Estaría al nivel del patético numerito que estáis montando.

Gracias a la que esperaba que fuera una distracción de Killian y no una demostración estúpida de su ego, terminé de recuperar mis fuerzas y centrar

toda mi atención en mis sentidos. Escruté el jardín en el que nos encontrábamos. Teniendo en cuenta que a nuestra izquierda había una piscina de agua teníamos algunas posibilidades. ¿Pero hasta qué punto podíamos escondernos allí dentro? Lo poco que sabía de esas criaturas era que el agua era una debilidad para ellas. Podía parecer una obviedad, pero también lo había parecido la no existencia de la magia hace unos días. ¿Y si solo les afectaba el agua de la lluvia?

Otro pensamiento me asaltó, uno que ya no podía ignorar por más tiempo.

—¿Dónde está Álex? —exigí saber, fingiendo que no lo había visto cubierto de sangre en la celda de aquel lugar misterioso.

Todas las miradas se posaron en mí y la de Killian delataba más nerviosismo del que había dejado ver hasta el momento.

—Si eres la mitad de lista de lo que te crees, intuirás que aquí precisamente *no* —me respondió el Ignis.

—¿Qué le habéis hecho? ¿Dónde lo tenéis? —insistí con un nudo en la garganta, ansiosa porque aquello que había visto fuese una simple manifestación de mi propio miedo.

No podía ser real. Álex no podía estar así…, cubierto de sangre, tirado en el suelo como si su vida no valiera nada.

—¡Cuánto drama! Solo nos hemos asegurado de que llegue a su nuevo hogar antes de tiempo. Pero… si tanto te interesa podemos llegar a un acuerdo de mutuo beneficio, ¿qué te parece?

—Aria, no lo escuches, tu amigo se ha ido, ya no podemos hacer nada por él —murmuró Killian.

—Habla. —Lo ignoré.

—Danos lo que nos has robado y te devolveremos a tu amigo.

—¿Y cómo sé que no me estáis engañando? —pregunté con desconfianza, y en cuanto vi su amplia sonrisa supe que había metido la pata hasta el fondo.

—Acabas de confirmarnos que lo tienes. Ya te hemos engañado, niña estúpida.

El terror se apoderó de mí.

—Ahora sí que puede empezar la fiesta —canturreó el ser demoniaco.

OceanofPDF.com



# CAPITULO 23

Todo ocurrió tan rápido que apenas tuvimos tiempo de reaccionar. Las llamas que ardían en sus capas se extinguieron de un fogonazo y recorrieron sus brazos hasta concentrarse en las palmas de sus manos. Para nuestra sorpresa, las lanzaron hacia la piscina, y grandes llamaradas de fuego la bordearon de tal forma que era imposible entrar en ella sin quemarse vivo. Iluminados por el incendio, los Ignis vinieron hacia nosotros en consonancia, con una parsimonia que me asustó aún más. Se estaban tomando su tiempo, como si supieran que no íbamos a huir porque no teníamos más opciones que enfrentarnos a ellos.

Killian me cogió del brazo para atraer mi atención.

—Aria, yo me encargo. Tú intenta saltar la verja y huye lo más lejos que puedas, te encontraré cuando me libre de ellos. —Y al ver que iba a replicar, continuó—: Sé que te lo he puesto complicado, pero, por favor, confía en mí. Aunque sea solo por esta vez.

Casi me eché a reír en su cara, pero, en fin, ni siquiera quedaba tiempo para aquello.

Y menos aún para contarle la idea descabellada que se me había pasado por la cabeza durante la declaración de intenciones de las criaturas, así que le respondí con un gesto de asentimiento y me di la vuelta. Hice lo me había pedido, confié, solo que no en él, sino en mí.

Porque no estaba dispuesta a volver a salvarme a costa de nadie.

En las clases de defensa personal no solo me habían inculcado la disciplina para aplicar las numerosas técnicas de combate; me habían enseñado a ser astuta, a localizar la debilidad del oponente y a utilizarla en su contra en el instante oportuno. La fuerza, y en este caso el poder, eran

primordiales para tomar ventaja en una batalla, pero la inteligencia podía llegar a ser decisiva. Y analizar todos los recursos disponibles para dar con aquel que podría cambiar las tornas era justo lo que me había dedicado a hacer desde que aparecieron los Ignis.

Ahora había llegado el momento de pasar a la acción.

Con el único propósito de distraerlos y encubrir mis verdaderas intenciones, eché a correr lo más rápido que pude hacia el final del jardín, donde estaban las verjas de metal negro que nos separaban de la calle. Durante aquellos segundos oí estruendos a mi espalda, jadeos de furia se entremezclaban con la música electrónica que en ese momento retumbaba por los altavoces. No tuve que esperar demasiado, tal y como había previsto, uno de los tipos me alcanzó. Lo supe cuando una enorme bola de fuego se cernió sobre mí, impidiéndome el paso.

Frené en seco y cuando me di la vuelta la imagen que vi me dejó inmóvil. «Santo cielo».

Mientras Fred se acercaba hacia mí, a su espalda Killian bloqueaba una y otra vez los ataques del otro ser de fuego. La rapidez y determinación con la que se movía dejaba claro que no estaba improvisando, sino que había entrenado para aquello, tal vez en sus escapaditas nocturnas al bosque.

Giró sobre sí mismo y derribó a su oponente con una fuerte patada en el pecho. Por un instante sentí esperanza, aun sabiendo que ni de lejos lo había derrotado y que si no nos necesitaran con vida ya estaríamos más que muertos. La criatura se puso en pie de un salto y atacó de nuevo. Ahogué una exclamación al ver cómo de las manos de Killian emergía una energía blanquecina que actuaba tanto de escudo como de ataque. Ya no había dudas, Killian no era humano y, tras presenciar aquella muestra de poder, tenía una ligera idea de qué podía ser.

Aparté la mirada de la escena cuando Fred me alcanzó. No tardó en arremeter contra mí con una patada que por poco consiguió derribarme. Me dio en el costado y jadeé. Aprovechando el retroceso, desvié la vista y localicé mi objetivo. Centré toda mi atención en llegar hasta él, esforzándome por no mirar a Killian para comprobar que estuviera bien. Visto lo visto, se las sabía apañar él solito. Además, yo era la humana aquí y, por lo tanto, la que tenía más probabilidades de morir.

No me permití sentir miedo, utilicé toda la rabia para envolverme de nuevo en una armadura de frialdad y determinación. Flexioné las piernas,

poniéndome en guardia, y sostuve la mirada enloquecida de Fred. Él me imitó y tras unos segundos de espera decidí acortar la distancia que nos separaba y realizar un ataque directo. Le propiné un puñetazo en la cara que me dolió más a mí que a él, y él me dio otro que apenas logré esquivar. Dimos vueltas intercambiando diferentes ataques que me dejaron exhausta. El cuerpo me dolía horrores; era como luchar contra una pared y encima yo llevaba puesto un maldito vestido. No era una situación para nada justa.

Durante la pelea había dado pequeños pasos hacia mi izquierda, donde estaba el más cercano de los aspersores distribuidos alrededor del jardín. Ahora comenzaba la segunda parte del plan. Permití que uno de sus puños me alcanzara y me tiré al suelo, mordiéndome el labio para no darle la satisfacción de escucharme gruñir de dolor. Solo contaba con unos segundos, así que me moví con rapidez y toqué uno de los aspersores, buscando alguna abertura, pero como no eran manuales no salió ni una gota de agua. «Mierda».

No podíamos vencerlos a la fuerza, así que la única forma que se me había ocurrido para escapar era activar los aspersores, suponiendo que la llave del agua estuviera abierta. Bueno, había supuesto mal. ¿Cómo iba a encontrarla ahora? «Piensa, piensa, piensa». No había ninguna caseta en la que guardaran herramientas y material de jardinería, así que la llave debía de estar cerca del sistema de cañerías, cerca de la casa.

De repente, por encima de la música escuché el intenso estallido de unos cristales seguido de un aullido de dolor. Impulsada por el pánico, me giré para ver los ventanales del salón totalmente destrozados y a Killian tirado en el suelo. Un profundo temor me invadió al comprender que estaba encima de todos los cristales. Mierda, tenía que ayudarlo de alguna forma y cuanto antes. Estudié con desesperación cada rincón del jardín hasta que localicé la llave del agua. Estaba cerca de la puerta de la entrada al salón, demasiado lejos de mí.

Fred, que también se había distraído con el estruendo, volvió a ponerse en marcha y me alzó estirándome del pelo. Grité al sentir el dolor agudo de mi cuello cabelludo.

Se situó detrás de mí y sus brazos apresaron los míos. Me agarró con fuerza de la mandíbula mientras que con la otra mano me tocó la mejilla con una suavidad que me hizo temblar. Su tacto era caliente, pero no de un modo agradable, tan solo eran un recuerdo de las llamas que antes habían estado ahí. Este era el final, ni de lejos podría vencerlo en un cuerpo a

cuerpo. Empecé a sentir cómo los ojos se me humedecían de la angustia, impidiéndome pensar con claridad. Dejé que el pánico me abrazara y me permití llorar de miedo, al menos hasta que al otro lado del jardín vi a Killian salir volando por los aires para aterrizar en el suelo con un fuerte impacto. Grité como pude su nombre y forcejeé, pero solo conseguí que mi opresor me agarrara con más firmeza. Me detuve y me obligué a calmarme; no podía escapar por la fuerza, pero tenía que llegar hasta la llave que pondría en marcha los aspersores. Era nuestra única oportunidad.

Entonces se me ocurrió algo.

Empecé a patalear y a resistirme con desesperación. Tal y como esperaba, Fred perdió los papeles y sus manos me apretaron contra sí mismo con una fuerza que me dejó sin respiración. Era una jugada arriesgada, demasiado quizás, pero se me habían acabado las ideas. Esperé unos segundos más y me dejé caer sobre él como si me hubiese desmayado a causa de la conmoción del momento. Al principio no noté cambio alguno, pero en cuanto se percató de mi estado, comprobó mi pulso y se relajó. Me cogió como a un saco de patatas y, creyéndose el vencedor del asalto, se encaminó hacia su compañero.

Fred tenía tanta fe en que iba a ganar que mi jugada había colado por completo.

—Aria —escuché a Killian gruñir.

Sentí un profundo alivio al comprobar que seguía vivo. Mi captor debía de estar cerca de él ya que mi nombre sonó con claridad, aunque por el tono de su voz temí que estuviera herido de gravedad.

—Quédate ahí quietecito si no quieres que le pase nada. No podemos matarla, pero nos importa una mierda si pierde alguna parte de su cuerpo, lo único que necesitamos de ella es su lengua. Así que no me provoques, Killian, ya sabes cómo suele terminar eso. Es triste que lo hayas olvidado tan rápido.

—Hijo de puta —escupió, lleno de odio—. Jamás podría olvidarlo, pero tú aún menos cuando acabe contigo con mis propias manos.

—Me resulta gracioso que me amenaces teniendo en cuenta en la situación en la que estás.

—Encontraré la forma, ten por seguro que lo haré —dijo Killian con voz gélida, y por la seguridad con la que lo dijo supe que lo haría. O al menos lo intentaría.

Tenía tantas preguntas que hacerle… ¿Qué pasado podía compartir

Killian con esos seres que se hacían llamar Ignis? ¿Qué tenía mi madre que ver con todo esto? ¿De dónde habían salido estas criaturas? ¿Qué era aquel lugar que había visto cuando se había metido en mi cabeza? Pero, si quería saber la verdad, primero tenía que sobrevivir.

Abrí los ojos de forma casi imperceptible y estudié la situación. La capa de Fred rozaba mi piel y recé porque no se le ocurriera la magnífica idea de activar el interruptor mágico de sus llamas. Enterré como pude aquel temor e incliné la cabeza de forma disimulada para poder ver algo. La criatura que no se callaba ni debajo del agua tenía a Killian de tal forma que, estando herido, no tenía demasiadas oportunidades para escapar. Su pantalón negro estaba hecho un desastre y su camisa era más roja que blanca por las manchas de sangre que la cubrían. Su rostro estaba lleno de moratones y por la sangre que le corría por el mentón supuse que le habían partido el labio. Entrecerré los ojos y se me cortó la respiración al darme cuenta de que tenía un trozo de cristal clavado en el abdomen. Tenía que actuar cuanto antes.

Armándome del valor que me quedaba y sin pensarlo demasiado para no echarme atrás, le di un rodillazo a Fred en la barriga lo más fuerte que pude. El factor sorpresa consiguió proporcionarme la ventaja que necesitaba y perdió el equilibrio, soltándome una fracción de segundo. El suficiente para patalear, meterle los dedos en los ojos y darle un fuerte cabezazo que me dejó algo mareada.

Cayó al suelo, llevándose las manos a los ojos y soltando un alarido de rabia. La otra criatura seguía sosteniendo a Killian y no podría ir a por mí a menos que lo dejara libre.

—¡Killian!

No tuve que decirle nada más, por la urgencia de mi voz intuyó mis intenciones y, haciendo un último esfuerzo, se movió para luchar una vez más, o al menos intentar darme algo de tiempo. Estaba segura de que creía que iba a abandonarlo, pero ni de lejos aquella era mi intención.

Sin embargo, las cosas no fueron tan fáciles como me hubiese gustado. Movido por la ira, desde el suelo, Fred comenzó a lanzar llamaradas de fuego que iban directas hacia mí a gran velocidad. Rodé por el suelo para esquivar una que se dirigía a mi cabeza y otra que se me acercó por el lateral, pero justo cuando estaba a centímetros de la llave, a punto de abrirla, una llama me alcanzó de lleno en el brazo. El dolor que sentí fue indescriptible, solté un alarido que me hizo caer hacia atrás. Me mordí el

labio con tanta fuerza que instantáneamente sentí el sabor a óxido de mi propia sangre. No me quedaban fuerzas para levantarme, pero la llave estaba tan cerca y yo había llegado tan lejos… No estaba dispuesta a rendirme a esas alturas. Así que apreté los dientes, me arrastré por el suelo con el brazo bueno y, con un último esfuerzo, abrí el grifo que daba paso a la corriente de agua.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 24

No ocurrió de forma automática. Los segundos que el agua tardó en llegar a su destino fueron interminables. Me levanté como pude y me pegué a la pared justo cuando los aspersores se pusieron en marcha y el jardín comenzó a llenarse de agua. Los Ignis miraron a su alrededor, horrorizados, y comenzaron a girar sobre sí mismos en un desesperado intento de esquivar el agua. Pero era inútil, el alcance de los aspersores abarcaba todo el césped; no les iba a resultar nada fácil salir de ahí. Gritaron de dolor, tal y como había hecho la otra criatura en el bosque antes de convertirse en cenizas. Las llamas que se alzaban en las verjas negras y las que rodeaban la piscina perdieron intensidad. Si se hubiesen extinguido, podríamos haber tirado a las criaturas al agua, pero no podíamos arriesgarnos a perder el tiempo. Y menos aún cuando simplemente tenían que salir del jardín para salvarse. Aquel no había sido un intento de acabar con su vida, sino de conseguir tiempo.

Killian corrió hacia mí lo más rápido que pudo. Avanzaba doblado sobre sí mismo a la vez que presionaba la herida abierta en su abdomen por la que no paraba de salir sangre tras haberse extraído el trozo de cristal. Estaba empapado y contraía el rostro en una mueca de dolor, pero sobreviviría si lográbamos salir de allí cuanto antes. Cuando entramos al salón lo encontramos vacío, seguramente los estudiantes habrían regresado a sus casas y al día siguiente culparían a la resaca de la confusión que rodeaba a la noche.

Agradecí que fueran las tres de la mañana y que las calles estuvieran desiertas, lo último que necesitábamos era a gente curioseando al ver el estado en el que nos encontrábamos. La luna se alzaba en el cielo, arrojando

algo de luz a aquella noche oscura, y la brisa fresca parecía recordar la temprana llegada del otoño. Pero a pesar de llevar un vestido corto y sin mangas, no tenía frío, la adrenalina todavía me calentaba la piel. Solo se escuchaba el sonido de nuestras pesadas respiraciones, nuestros pasos apresurados y la música proveniente del infierno en el que se había convertido la que era la fiesta más esperada del verano.

Nos costó llegar a la camioneta. No estaba aparcada muy lejos, pero sí lo suficiente como para agotar las fuerzas que nos quedaban. En los últimos metros, Killian tuvo que detenerse porque la herida de su abdomen no le permitía seguir. Le dije que se apoyara en mí para ayudarlo, pero mi fuerza tampoco sirvió demasiado. Solo una vez nos sentamos y puse los seguros me permití respirar hondo y examinarlo con mayor detenimiento. Me sorprendió que la sangre de su labio se hubiese secado tan rápido.

—¿Estás bien? —pregunté, prestando atención a sus heridas; la que más me preocupaba era el corte profundo que tenía en la zona del estómago.

—Sobreviviré, ¿y tú? Joder, te han quemado el brazo. —Su voz era más áspera de lo habitual y, cuando me miró, algunos mechones mojados se le pegaron a la frente.

—El caso es que ya no me duele tanto. —Le resté importancia. Además, no me dolía tanto como al principio y, como nunca me había hecho una quemadura, pensé que sería lo normal.

Así que, sin perder ni un segundo más, arranqué el coche y salimos pitando de allí con el objetivo de conducirlos hacia el sur hasta que fuese seguro regresar a Haven Lake. Durante los siguientes minutos, me escabullí por calles que no conocía mientras miraba obsesivamente el retrovisor. Miles de preguntas me rondaban la cabeza, pero estaba demasiado concentrada en alejarme de la zona y en hacer respiraciones profundas para no entrar en pánico. Al menos hasta que la mano de Killian me rozó el brazo y su voz rompió el silencio.

—Aria, di algo, estás demasiado callada.

Me preguntaba en qué estado me encontraría si había tenido que pedirme que hablara. Me sentía… abrumada. Había vuelto a experimentar sensaciones idénticas a las de aquella noche en el bosque, había visto a Álex bañado en un charco de sangre y había comprobado de nuevo que no tenía control alguno sobre el juego en el que estaba atrapada. Todo aquello, sumado al nudo de sucesos paranormales y a la certeza de no haberme

equivocado al juzgar a mi madre, me estaba provocando dolor de cabeza. Pero ni de lejos estaba dispuesta a revelar todos mis miedos, y menos cuando esa noche Killian se había acercado a mí solo porque esperaba no volver a verme.

—No puedo creer que hayamos conseguido escapar —musité, desenterrando el alivio que en realidad sentía porque siguiéramos vivos. Por el rabillo del ojo pude ver cómo Killian se relajaba en el asiento.

—A partir de ahora cuando me apuntes con un rastrillo ten por seguro que te tomaré en serio.

Me mordí el interior de la mejilla para no reírme porque seguía molesta y no quería que se confiara.

—¿Impresionado?

Desvié la mirada hacia él cuando su respuesta no llegó de inmediato. En cambio, me observaba con una pequeña sonrisa que no supe cómo interpretar. Cuando habló, las comisuras de sus labios se alzaron aún más.

—Un poco sí, aunque bueno, en el fondo sabía que no te ibas a largar. Ya demostraste cuando nos conocimos lo valiente que eras, pero, joder, ha sido increíble cómo has luchado. Y tengo que reconocer que también ha sido muy inteligente lo de los aspersores.

Un sentimiento de satisfacción me invadió al escuchar sus palabras y al instante me reprendí por ello. No debería importarme lo que Killian pensara sobre mí.

—¿Envidia de que no se te haya ocurrido a ti primero? —solté, prefiriendo seguir la conversación en un tono más ligero.

—Los odio demasiado como para actuar con frialdad. Así que, siendo sincero, me alegro de que hayas estado ahí. Aunque bueno, teniendo en cuenta que han venido a por ti, era imposible que no lo estuvieras —respondió irónico, pero yo no pensaba entrar en el tema y cuando se dio cuenta de ello volvió a hablar, esta vez sin rodeos—: ¿Qué les robaste?

Luché por no apartar los ojos de la carretera. Habíamos entrado en una estrecha vía que se alejaba de la ciudad y que cruzaba uno de los bosques de Burlington para llegar hasta su ciudad vecina: Shelburne. Pensé rápido en una respuesta, pero cuando iba a hablarle de las cartas, me sobrevino una ola de desconfianza. Killian también huía de aquellas diabólicas criaturas, pero ¿qué sabía yo de todo lo que estaba pasando? Y si esas cartas resultaban ser tan importantes como parecía que eran, quería conocer toda la verdad antes de dárselas como si nada. Teniendo en cuenta que todo lo

que me había dicho eran mentiras, era la opción más racional y prudente. Debía controlar mis impulsos y actuar desde la calma, no podía confiar tan fácilmente en alguien a quien no conocía realmente. Además, era imposible que los seres encontraran las cartas, había ocultado mi rastro con barro y después con un perfume que no usaba nunca.

—Era un daga que cogí para defenderme mientras escapaba, pero la dejé entre unos arbustos cuando iba a salir del bosque —mentí, y una punzada de culpabilidad me atravesó. Me dije a mí misma que la farsa duraría poco, que en cuanto me sintiera más segura le contaría la verdad.

Killian me estudió con suspicacia y por cómo había arrugado la frente, no parecía muy convencido de mi respuesta.

—¿Pueden olernos? —Cambié de tema, intentando no delatar mis intenciones.

—Es poco probable teniendo en cuenta que vamos en coche a mucha velocidad, aunque me preocupa el olor de mi sangre, son muy buenos rastreadores. —Apretó la mandíbula, pensativo, hasta que sus ojos se iluminaron—. Tenemos que ir al hospital. No pueden delatarse a la humanidad y allí habrá más gente, además, el olor a sangre se mezclará con el de otras personas y nos perderán la pista.

—Vale, pon el GPS. —Y en cuanto lo dije, recordé que había dejado el bolso en una de las mesas del salón—. Mierda, nos hemos dejado los teléfonos allí.

—No te preocupes, conozco muy bien esta zona. Deja que te guíe y, mientras, me cuentas lo que de verdad ocurrió aquella noche en la que secuestraron a tu amigo. —Su voz no dejaba lugar a réplicas, pero poco me importó.

—De eso nada. No vas a ser tú quien comience con las preguntas. Tengo muchas, pero antes, ¿tienes algo que añadir respecto a todo lo que ha ocurrido esta noche?

Fingió pensar bien su repuesta con una mirada divertida.

—Bueno, tal vez mi superpoder no sea salir a correr todos los días y hacer deporte.

—No me digas —farfullé con cara de pocos amigos. Aquella había sido la respuesta que me había dado cuando nos conocimos.

—En realidad, nunca dije que fuera el único.

—Es verdad, se te olvidó mencionar tu superpoder de contar mentiras.

—Y de ser irresistiblemente atractivo —ronroneó, y joder si no era

cierto. Incluso cubierto de sudor y con manchas de sangre por todo el cuerpo estaba guapísimo; yo en cambio debía de parecer una rata recién salida de las alcantarillas.

—Killian —lo reprendí, exasperada.

—Vale, vale. —Suspiró, y su gesto se volvió más serio—. ¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, y ni se te ocurra borrarme la memoria después.

Parpadeó y apretó los labios, mirándome como si me hubiese vuelto loca por completo.

—Joder, ¿por qué clase de persona me tomas?

—No sé, hace unos minutos de tus manos salía magia, permíteme que dude si entre tus muchas capacidades se encuentra la de borrar recuerdos. Además, así mi madre y tú os ahorraríais muchas explicaciones y acabaríais con el gran problema que supongo para vosotros.

Se echó un poco hacia atrás como si mis palabras le hubieran dolido.

—Jamás haría algo así, además todavía no tengo esa capacidad y tal vez nunca la tenga.

—¿Qué eres? —pregunté, perdiendo la paciencia.

Con toda la calma del mundo se inclinó hacia mí todo lo que pudo. Sin hacerse de rogar, habló y sus palabras confirmaron mis sospechas.

—Soy un Incierto, pero esa no es la pregunta que deberías hacerme.

—¿Y cuál es?

—En qué voy a convertirme.

Antes de poder evitarlo, una carcajada histérica se escapó de mis labios.

Estaba claro que la tensión me estaba pasando factura.

—Lo siento, es que eso ha sido muy intenso por tu parte. —Puse los ojos en blanco—. Venga, ¿en qué vas a convertirte?

Su expresión era tan seria que mi impulso de aligerar la tensión se desvaneció por completo.

Tragué saliva, expectante.

—En un monstruo —dijo con voz áspera, y podría jurar que su rostro adquirió un matiz sombrío que antes no había estado ahí. Como si de alguna forma revelar aquello supusiera liberar parte de la oscuridad que habitaba en él.

No tuve tiempo de procesarlo, no cuando una silueta oscura salió de entre los altos árboles. Aun con las luces del coche encendidas, no supe

distinguir qué era, pero de igual forma tuve que frenar en seco con todas mis fuerzas. No estaba dispuesta a haber sobrevivido a unos locos para después atropellar a alguien y terminar yendo a la cárcel por asesinato. Desde luego que así no iba a terminar la noche.

Y tenía razón, porque el final iba a ser peor.

La camioneta chirrió al pararse y, justo cuando lo hizo, Fred apareció con una sonrisa llena de dientes en medio del fogonazo de luz. Killian tenía razón, el olor de su sangre nos había delatado.

—¡Da marcha atrás! —exclamó al descubrir quién era aquella figura.

Aunque intenté hacerle caso, el motor no respondía. Con solo una mirada, Killian supo lo que estaba pasando y se puso pálido al comprender que tendríamos que volver a luchar. Al menos esta vez éramos dos contra uno, aunque con lo agotados que estábamos tampoco suponía una gran ventaja. Fred se acercó más y pudimos ver a través del parabrisas las múltiples heridas que le había ocasionado el agua de los aspersores. Me tragué una arcada al observar que le faltaban trozos de piel por la cara.

«¿Cuánto poder tiene si aun estando herido ha logrado alcanzarnos sin un vehículo?».

Contuve la respiración cuando dejó de aproximarse; se quedó inmóvil y, con una expresión de concentración, comenzó a mover la mano. Acto seguido, la temperatura en el interior del coche aumentó y el cristal se llenó de vaho, impidiéndonos ver lo que ocurría en el exterior. Una sensación de agobio me recorrió y me impulsó a abrir la puerta para escapar. Killian tuvo la misma idea, pero cuando fuimos a salir de la camioneta algo nos detuvo. Como si alguien estuviese escribiendo por dentro, unas letras comenzaron a tomar forma en el cristal con una lentitud estremecedora. El sonido era igual que si alguien estuviera apretando el dedo contra el cristal, solo que no había nadie, tan solo la magia de Fred moldeando el calor. Killian, igual que yo, estaba absorto en las palabras iban apareciendo poco a poco.

El mensaje quedaba muy claro y, al mismo tiempo, no tenía sentido.

«Hasta pronto».

Y se fue, dejándonos con vida.

Por muy extraño que pareciera, no sentí alivio. En el fondo sabía que nada bueno podía salir de aquello y tenía razón.

Porque fue aquella maldita libertad la que nos condenó.

OceanofPDF.com



# CAPITULO 25

Después de que Fred se esfumase, pasamos un buen rato intentando comprender qué acababa de pasar y por qué nos había dejado marchar. Seguía con el estómago revuelto y la atención puesta en cada movimiento del exterior, pero no hubo ninguna novedad y al final tuve que volver a arrancar la camioneta. Seguí las indicaciones de Killian para distanciarnos aún más de Haven Lake. Habíamos decidido pasar toda la noche fuera por si acaso regresaban o nos estaban siguiendo. Llegaríamos a casa con el tiempo justo de preparar mis maletas e irme al aeropuerto para regresar a Portland. ¿Qué otra opción tenía? Mi madre no iba a permitir que me quedara con ella aun sabiendo toda la verdad, y haciéndolo solo conseguiría ponerlos en peligro.

Porque me buscaban a mí, o más bien a las cartas.

Y si estábamos en esta situación era por mi culpa.

—Bueno, al menos nunca podrás decir que tu última noche en Vermont fue aburrida —comentó Killian al cabo de un rato. Su ropa se había secado algo, pero su pelo seguía húmedo y desordenado. No pude evitar encontrarlo *sexy* incluso en aquel estado.

A pesar de que seguía tenso, había adoptado una posición más relajada con ambas manos detrás de la cabeza. En el fondo agradecí que al menos uno de los dos no estuviera al borde de un ataque de nervios, aunque ni siquiera entendiera por qué.

—Lo que sí podré decir es que la pasé con el ser más pesado del planeta —apunté, y aquello le arrancó una pequeña sonrisa—. Y digo *ser*, porque no eres humano.

—Si tienes que explicarlo pierde la gracia.

—No pretendía que fuera gracioso.

—Uf, pues menos mal, porque ahora que has descubierto mi gran secreto odiaría tener que volver a mentirte y fingir que lo ha sido —dijo, simulando una mueca, y acto seguido se incorporó—. Para aquí.

—¿Dónde estamos? ¿No íbamos al hospital? —pregunté, frunciendo el ceño. Pensaba que manteníamos el plan inicial y que estábamos atravesando el bosque de Burlington para atajar y llegar más rápido.

—Cambio de planes. El mensaje de antes no era un farol, nos han dejado libres, aunque no me huele nada bien. Quizás se les ha agotado la energía y por eso han tenido que volver, no estoy seguro.

—¿Puedes dejar de hablar como si te entendiera? Es agotador cuando no has respondido a ninguna de mis preguntas —espeté. Después de la aparición del ser de fuego le había hecho varias, pero había permanecido en silencio, ausente. Hasta ahora, claro.

—Teniendo en cuenta que te escapaste de casa, robaste mi coche y casi nos estampamos contra otro, creo que contarte algo que va a desestabilizar aún más tu realidad mientras conduces no es la mejor de las opciones. Aparca aquí y ven conmigo.

Aunque me diera rabia, sabía que su razonamiento no era tan descabellado como me gustaría creer.

—¿Y tus heridas?

—Eso es de primero de Inciertos, Aria. Se curan con mucha rapidez. —Y, acto seguido, bajó del coche. ¿Por qué de repente estaba de tan buen humor?

Lo examiné fascinada al ver que estaba en lo cierto. Se encaminaba hacia uno de los puentes de madera característicos de los bosques de Vermont como si su cuerpo no hubiese reventado y traspasado todo un ventanal. Respecto a mi quemadura, mi percepción tenía que haber fallado porque, a pesar de haber sentido mucho dolor cuando el fogonazo me había alcanzado, en esos momentos tan solo había una pequeña zona de mi piel que estaba roja. Por esa razón y porque no me dolía demasiado, pensé que el fuego simplemente me habría rozado. Cuando me saliera la ampolla, la curaría con alguna crema y listo.

La voz ronca de Killian me devolvió al presente. Deteniéndose en medio del puente, se apoyó en el parapeto de madera, mirando hacia la penumbra del río sobre el que nos encontrábamos.

Cuando me situé a su lado, habló.

—Supongo que después de todo lo que has presenciado no hace falta que te asegure que lo que voy a contarte es verdad. Y ya sabes el peligro que supone, así que, por favor, no puedes decírselo a nadie.

Tenía que ser una broma.

—¿Y a quién se supone que se lo voy a contar? Han secuestrado a mi amigo y quién sabe si está muerto, mi madre está en pleno proceso de abandonarme y mis amigas sudan de mi amigo secuestrado porque ni siquiera se acuerdan de él. Claro, tengo miles de posibilidades de contárselo a alguien. —Esconderse tras el sarcasmo era más fácil que procesar todo aquello.

Killian negó con la cabeza, riéndose.

—¿Te parece divertida mi situación?

—Claro que no. Es que… —Y se quedó callado.

—Como no me lo cuentes, voy a volverme loca. Y te aseguro que no quieres que eso pase.

—Pues fíjate que ahora siento un poco de curiosidad.

Lo fulminé con la mirada.

—Está bien, pero tienes que prometerme que no vas a interrumpirme.

Asentí y respiró hondo, después se pasó las manos por el pelo en un gesto nervioso, preparándose para soltar la gran bomba que seguiría cambiando mi mundo.

—Os han obligado a olvidar que una vez el ser humano vivió entre los Dioses Elementales que mantienen el equilibrio de la Tierra.

Abrí los ojos de par en par. Mi corazón se desbocó y aprecié que no continuara con la explicación, dándome algo de margen para procesar la información que acababa de escuchar. No tenía muy claro qué esperaba, pero ¿eso? ¿Dioses?

—¿Eres un Dios? —musité asombrada, y Killian me miró con regodeo.

—Entiendo que te lo preguntes, pero no, los Inciertos no somos Dioses, al menos no del todo —respondió, cruzándose de brazos con una sonrisa burlona.

Al instante me sentí idiota y le pegué un puñetazo suave en el brazo.

—Es verdad, los Dioses no serían tan infantiles como tú.

—Te sorprenderías —musitó entre dientes, y a continuación su expresión se tornó seria—. Déjame seguir con la historia y después me preguntas todo lo que quieras, ¿vale? —Asentí, luchando por controlar el

temblor de mis manos—. La Tierra fue creada hace billones de años por el Gran Hacedor, que dio vida al planeta a través de los cuatro elementos de la naturaleza. Lo que nadie sabe es que les dio forma humana, proclamándolos como los Dioses Elementales que gobernarían la Tierra bajo su mandato. Tras muchísimos años de paz con los humanos, el Dios Original del Fuego se cansó de compartir el gobierno con el resto de los originales y se alió con la Diosa de la Tierra, rompiendo la única regla que el Gran Hacedor les había impuesto: bajo ningún concepto podía crearse una nueva subespecie. Cuando los otros Dioses se enteraron de su traición, tuvieron la genial idea de contraatacar haciendo lo mismo que ellos. Y así fue cómo se crearon los ejércitos de los Ignis y los Kaelis.

Me quedé sin habla. Todo esto… era demasiado. Al notar el temblor de mis piernas, decidí que sentarme iba a ser lo mejor, aunque tuviera que ser en el suelo. Killian me imitó; se sentó tan cerca de mí que su aroma me rodeó y, aunque sonara estúpido, aquello consiguió calmarme.

—¿Entonces los seres que nos han atacado eran Ignis? ¿Y los Kaelis qué son? —dije, luchando por concentrarme en su respuesta y no en las miles de preguntas que me moría por hacerle.

—Sí, son Ignis que no deberían estar aquí. Los Kaelis son el resultado de la unión de los Dioses originales del Agua y del Aire, tienen capacidades muy diferentes, pero son igual de poderosos.

«Santo cielo». Un escalofrío de horror me subió desde la espalda al imaginar la existencia de cientos o miles de seres tan crueles como los que había tenido la desgracia de conocer.

—¿Dónde viven? ¿Y los Inciertos que son?

—Poco a poco, pequeña —dijo con una suave sonrisa que se borró al instante de percatarse de cómo me había llamado. Carraspeó y continuó con la conversación como si nada—. Cuando años después el Gran Hacedor se enteró (es un ente muy ocupado, tiene más mundos que cuidar), desató su ira sobre ellos y alzó una maldición que lo cambió todo. Creó dos mundos atemporales conectados con la Tierra a través del Abismo y en ellos desterró a ambas especies. Los Ignis se quedaron en el Atharav y los Kaelis en el Helheim. Según tengo entendido, esos lugares son la cuna de las pesadillas, por eso ambas especies están tan desesperadas por romper la maldición que les impide pisar su verdadero hogar: la Tierra.

—¿Entonces cómo es posible que estén aquí?

—El Gran Hacedor les concedió la oportunidad de romper la

maldición; una vez al año, en el Día Cero, se abren las puertas de los infiernos al Abismo y en él se enfrentan ambas especies para llegar a la Cueva Ishtar. En ella está la clave para liberar a su pueblo, pero solo puede entrar un guerrero de una de las dos especies, por lo que durante el transcurso de cada año entrenan a sus mejores soldados y, cuando llega el día, luchan para saber cuál de las dos especies tendrá la oportunidad de romper la maldición.

Algo no encajaba, pero por mucho que intenté unir los hilos enmarañados de la historia no lo conseguí. ¿Cómo siquiera pretendía hacerlo? Me sentía abrumada, no podía pensar con claridad.

—¿Por eso han vuelto? ¿Los Ignis han conseguido vencer la maldición? —Empecé a entrar en pánico al contemplar aquella posibilidad, pero Killian negó con la cabeza, apretando la mandíbula.

—Ese es el problema. Han conseguido entrar a la Cueva Ishtar, todos los años lo logra una u otra especie, pero nadie ha salido de allí y la maldición año tras año sigue en pie. Es un misterio lo que ocurre dentro de esas paredes, el tipo de prueba a la que se debe enfrentar el vencedor… Es imposible saberlo. —Suspiró con resignación—. El único consuelo que les queda es que el Gran Hacedor concede una noche de libertad en la Tierra a la especie que logra entrar a la cueva, independientemente de que rompan o no la maldición. Algo así como el premio triste de consolación. Es en esa noche cuando crean a los Inciertos, mestizos con apariencia humana que viven aquí hasta que crecen lo suficiente para que sus poderes comiencen a desarrollarse y manifestarse.

—¿Entonces un Incierto es mitad humano, mitad Kaelis o Ignis?

—Exacto, y cuando se sabe qué son los llevan al destierro que les corresponde.

Fruncí el ceño.

—No entiendo por qué no son las mujeres las que bajan a la Tierra y después crían a los Inciertos en su verdadero hogar.

—Un humano no puede sobrevivir en el Atharav o en el Helheim, por eso son los Ignis o Kaelis machos quienes tienen hijos con humanas. Los Inciertos se crían en la Tierra y cuando la parte sobrenatural sale a la luz y desarrollan sus poderes, entonces van al infierno al que siempre han estado destinados.

¿Los Ignis y los Kaelis bajaban, o como quiera que entrasen a la Tierra, y a lo que se dedicaban era a ligar con chicas y dejarlas

embarazadas? Era asqueroso.

—¿Entonces se libera a toda la especie durante una noche?

Aquello me parecía imposible porque de ser así alguien se habría percatado de la multitud de seres sobrenaturales que de repente aparecían una vez al año y luego se esfumaban. A no ser que se volvieran invisibles o algo por el estilo, que con el rumbo que estaba tomando la conversación tampoco me extrañaría.

—No, solo los primeros diez guerreros que llegan a la entrada de la Cueva Ishtar.

—¿Y si son mujeres?

—Aunque no puedan concebir Inciertos porque se morirían cuando nacieran en el destierro, van a la Tierra igual. Se han ganado esa recompensa, sería muy injusto que se la arrebataran solo porque no pueden tener hijos con humanos —explicó.

«Vaya».

Entonces, uno de mis infinitos pensamientos desordenados reclamó mi atención.

—¿Por qué me has dicho antes que ibas a convertirte en un monstruo?

Killian me miró con una expresión de derrota y se encogió de hombros.

—Es la verdad, cuando llegue el momento un lado del tatuaje que marca mi espalda cicatrizará y el otro mostrará a qué especie pertenezco, si a los Ignis o a los Kaelis.

Todas las piezas comenzaban a encajar, pero me seguía pareciendo surrealista.

—¿Y qué pasará entonces? —Mi voz sonó entrecortada, se me había revuelto el estómago porque en el fondo sabía cuál iba a ser su respuesta. O tal vez no era eso, tal vez era miedo.

Los ojos de Killian se llenaron de un dolor tan intenso que por un instante tuve el impulso de abalanzarme sobre él y darle un abrazo. No estaba acostumbrada a verlo sin su continua chulería y buen humor, no obstante, me contuve. Aún nos separaban demasiadas barreras que no se romperían en una noche, incluso si era la última que compartiríamos. Ese pensamiento hizo que el nudo de mi garganta creciera.

—La maldición caerá sobre mí también. —Esbozó una sonrisa irónica —. Bueno, en realidad, ya ha caído. Cuando sepa a qué especie pertenezco, mi Guardiana me acompañará hasta el destierro que me corresponde y no

podré pisar la Tierra, a menos que sea uno de los diez guerreros más fuertes y mi especie consiga entrar ese año a la Cueva Ishtar.

—¿Y Eric? —pregunté, conmocionada.

—Por suerte, él es humano. Mi madre se enamoró del que era mi padrastro y después nació él.

Quería saberlo todo, qué había pasado con su familia, cómo había sido su vida hasta el momento en el que descubrió el fin que tendría… Pero la noche no era eterna y solo quedaban unas horas para que todo terminara.

—¿No volverá a verte?

«¿No volveré a verte?».

Killian sostuvo mi mirada durante unos segundos que me parecieron eternos.

—Solo si me convierto en el monstruo que necesitan que sea.

Se me secó la boca al oír aquello, pero por la dureza de sus facciones evité seguir indagando en el tema. No quería causarle más sufrimiento. Tenía que ser horrible para él alejarse de su familia, cambiar todo su futuro por uno en el que serviría a unos seres terroríficos que se preparaban durante todo un año para matarse entre ellos… Mi corazón se contrajo de pena y de algo mucho más intenso: temor por lo que podría pasarle.

Inspiré hondo antes de formular la pregunta que más me quemaba en la garganta.

—¿Mi madre es una Guardiana? —Al principio pareció sorprendido de que hubiera llegado a esa conclusión, pero era la que más encajaba en toda esta locura. Se mordió el labio, dudoso, pero, tras unos segundos de pausa, asintió—. Joder, ¿qué significa eso?

Me puse de pie, no podía seguir sentada como si nada después de confirmar el verdadero motivo de la ausencia de mi madre y de todas sus mentiras. Una parte de mí podía respirar más tranquila ahora que la incertidumbre había terminado y sabía que al menos me quería, que si me había engañado había sido para protegerme. Pero ¿no se daba cuenta de que lo estaba haciendo a costa de perderme? Ahora podía entender sus razones, pero aun así seguía cabreada por la forma tan fría con la que se había comportado conmigo. Y, joder, que era un ser sobrenatural. ¿Cómo iba a ser capaz de encajar eso? Dios, ¿cómo iba a ser capaz de sobrellevar todo lo que me había contado Killian?

—Eh, tranquila —dijo al ver que mi nerviosismo aumentaba por segundos. Llegó hasta mí y habló con un tono más suave—: Ven aquí, te lo

explicaré todo. —Cogió mi mano y me acercó a él—. El Gran Hacedor posee el Éter, que es el quinto y último elemento. Digamos que es el contenedor del espíritu, de aquello que nos proporciona conciencia y alma a los humanos. Cuando se desató el caos y tuvo que imponer la maldición como forma de castigo, dio vida a los Guardianes, que se encargan de garantizar el orden y controlar aquello que ocurre en el Atharav y Helheim. Algunos suelen vivir en la Tierra, y ahora que los Ignis están secuestrando a Inciertos, nunca está de más tener más protección, aunque ellos realmente no sepan nada de los secuestros.

—¿Y por qué no se lo habéis dicho?

—Creemos que algunos pueden estar ayudando a los Ignis y no podemos arriesgarnos.

—¿Pero con qué fin secuestran a los Inciertos?

Killian me soltó la mano para alejarse y llevársela a la sien, como si le doliera la cabeza.

—Para matarlos si resulta que no son de su especie. Nosotros tenemos algo que ellos no tienen: Éter, ya que la mitad de nosotros es humana, y eso mezclado con el poder elemental nos proporciona una fuerza que supone una gran amenaza para ellos… si resultamos ser Kaelis, claro.

—Por eso secuestraron a Álex y a Claire… —reflexioné en alto, y mi voz se quebró un poco al recordar a mi amigo. Apreté los dientes para evitar derrumbarme.

No era el momento.

«Dentro de muy poco desearás ser como nosotros», le había dicho aquel Ignis a Álex. Ahora todo cobraba sentido, porque si resultaba no ser como ellos, eso supondría su muerte.

—Álex está muy herido… —susurré horrorizada, y por más que lo intenté no pude evitar que algunas lágrimas me recorrieran las mejillas.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Killian, extrañado y con un matiz de preocupación.

Respiré hondo.

—Antes, cuando el Ignis quiso entrar en mi cabeza para hurgar entre mis recuerdos, contraataqué y de alguna forma me colé entre los suyos. Creo que vi el Atharav porque había muchos Ignis, también vi montañas enormes cubiertas de tierra árida y todo bajo un cielo rojo. Jamás he visto algo así. Solo desconecté con aquel lugar porque sentí desesperación y un miedo que consiguió que soltara el hilo. Pero antes de que ocurriera vi a

Álex; estaba prisionero en una celda y debajo de él había mucha sangre. —Se me humedecieron aún más los ojos al recordarlo—. Entregó su libertad por mí… Se dejó coger con la condición de que me dieran tiempo para huir y ahora está en grave peligro.

Killian volvió a acortar la distancia que nos separaba y me tocó la mejilla con una suave caricia que me hizo temblar.

—Siento lo que le ha ocurrido a tu amigo, pero tienes que meterte en esa cabecita tuya que no fue tu culpa. Lo iban a atrapar de todas formas. —No podía creer sus palabras, pero aun así lo miré agradecida.

—Entonces, ¿Álex puede ser un Kaelis? ¿Cómo es posible? Vi cómo carbonizaba un boli.

—El poder de los Inciertos no tiene forma, es pura energía y una gran cantidad de esta puede llegar a quemar —me explicó, y de repente se tensó, sus ojos se llenaron de furia contenida—. ¿Te hicieron algo aquella noche que no nos contaste?

Negué con la cabeza, poniendo un poco de distancia entre los dos. Necesitaba pensar con claridad y estar tan cerca de él mientras intentaba procesar toda esa información solo conseguiría distraerme.

—Como ya has visto me manejo bien en defensa personal. Eso me bastó para sobrevivir hasta que empezó a llover y el Ignis se… deshizo. —Puesto que ahora sabía que mi madre era una Guardiana, podía intuir por qué siempre había sido tan insistente con que asistiera a aquellas clases.

—Bueno, como ya has visto no son invencibles. Pero según me ha dicho tu madre, en la Tierra pueden acceder tan solo a una mínima fracción del poder que en realidad poseen. Tienen muchas limitaciones, pero sin la maldición podrían haber hecho arder el pueblo con un chasquido de dedos.

Y, tras aquellas palabras, surgió la lucha interna que me haría cuestionar mi propia moral tantísimas veces… Hasta tal punto de que mis deseos me convirtieran en una persona egoísta. Porque si existía la posibilidad de que Killian pudiera algún día regresar junto a Eric, no podía olvidar el hecho de que le seguirían miles de criaturas crueles que podrían provocar el caos entre los humanos. ¿Qué ocurriría si intentaban hacerse con el poder? Sería el comienzo de una Tercera Guerra Mundial condenada al fracaso desde el momento en el que los Ignis o los Kaelis posaran un pie en la Tierra.

Cada vez me resultaba más complicado mantenerme serena, ¿cómo sería vivir a partir de ahora sabiendo que a finales de cada año podría

acabarse la vida tal y como la conocía? Como sabía que Killian no podría responder a esa pregunta, decidí hacer otra que también me inquietaba.

—¿Mi madre tiene poderes? ¿Puede tener eso algo que ver con que los Ignis no puedan entrar en mi mente?

—Sí, es posible. Es muy raro que los Guardianes tengan descendencia y formen una familia en la Tierra, pero la protección que habita en su interior puede estar en ti y quizás por eso no pueden entrar en tu mente, y tú, en cambio, sí que has podido traspasar sus barreras y ver el Atharav —respondió, pensativo—. Y respecto a sus poderes… En teoría sí que tienen, pero los Guardianes son muy reservados, llevo un año bajo su protección y tampoco me ha contado demasiado, y mucho menos ha mostrado su poder delante de mí.

—¿Pero le borró los recuerdos a tu familia?

Se puso rígido y al instante me arrepentí de haber sacado el tema.

—Tuvo que hacerlo —dijo, y un músculo de su mandíbula se tensó—. Pero, lo que ocurrió aquel día… Tu madre tomó la decisión de poner en riesgo su trabajo y su seguridad para acoger a Eric. Permitió que me recordara, y como los Ignis conocían su existencia, decidió protegerlo a él también.

Quería saber más, preguntar acerca de aquel día, pero la tensión que transmitía Killian cuando salía el tema era señal de que no quería recordar. Así que lo respeté.

—Me alegro de que hiciera eso por vosotros. —Él esbozó una leve sonrisa en respuesta. Entonces, como un fogonazo, me vino a la mente la conversación privada que habían tenido Eric y Nora en la que mencionaban a su abuela—. ¿Tenéis más familiares?

—Mi abuela Margaret, pero es muy mayor y… —Suspiró y miró hacia otro lado—. Sé que esto me convierte en un egoísta de mierda, pero no quería separarme de Eric. Lo necesitaba.

Algo se ablandó en mi interior.

—Él también te necesitaba a ti.

Sus ojos, esta vez con un brillo cálido, se posaron en mí. Tras unos segundos de sostenernos la mirada, carraspeó.

—Por suerte, conseguimos alejar nuestra pista de Haven Lake y no hemos tenido que enfrentarnos a Fred y su grupito de amigos que intentaban secuestrarme. Tu madre me ha enseñado a manejar mi escaso poder sin forma y yo la he ayudado con su investigación de la actividad

anormal que ha habido estos últimos meses.

—¿Cómo es posible que los Ignis se paseen a sus anchas cuando no han roto la maldición?

Partiendo de la base de que todo parecía una locura, esa última incógnita era la que más me inquietaba.

—Eso nos gustaría saber, creemos que algo se está cociendo, pero no tenemos ni idea de qué. El Día Cero es en unos pocos meses, justo cuando acaba el año hay una pausa temporal que finaliza solo cuando alguien logra entrar en la Cueva Ishtar e intenta romper la maldición. Por eso es imposible que hayan podido salir como si nada… —explicó, dejando ver la frustración que sentía por no poder resolver aquel misterio—. Por lo que hemos averiguado, solo traspasan el Abismo grupos muy pequeños de Ignis para conseguir un objetivo muy concreto: captar Inciertos. Eso significa que su tiempo es limitado, no es como si pudieran irse de copas.

Teniendo en cuenta eso, tal vez el motivo por el que nos habían dejado libres era que su tiempo de estancia en la Tierra se había agotado. Pensar eso me tranquilizaba y me dejó espacio para atar cabos.

—Cuando fui a la casa de la señora Wendy, estuve preguntando a algunos de sus vecinos por Claire. Ninguno de ellos la recordaba excepto una chica, que en cuanto se dio cuenta de que se había delatado, me dijo que no me metiera donde no debía y me cerró la puerta en las narices.

—Confiaba en que te tragaras mi brillante excusa de sus problemas mentales. —Resopló, aunque su mirada tenía cierto brillo de admiración que llamó mi atención—. Y la vecina que sí recordaba a Claire… Si era una mujer de mediana edad, entonces seguramente fuera una Guardiana. Los Inciertos suelen rondar la veintena, como aquel chico que ha salido antes corriendo en la fiesta cuando el resto de los universitarios estaban bajo el control mental. A nosotros no nos afecta.

—Joder, ¿cómo voy a irme a Portland después de saber todo esto? —Me pasé ambas manos por la cara.

—Debes irte, Aria. Tu madre no corre ningún peligro y los humanos tampoco porque es casi imposible que se rompa la maldición. —Su gesto no daba margen a réplicas, pero a mí eso no me importaba. Él pareció darse cuenta, o tal vez era que después de todo empezábamos a conocernos—. Si te quedas aquí, te encontrarán tarde o temprano.

—No quiero pasarme toda la vida huyendo y con miedo a que me encuentren.

—No lo harás porque, sabiendo todo esto, tu madre y yo les daremos pistas falsas hasta que los atrapemos y acabemos con ellos. Y por eso tenemos que regresar cuanto antes al pueblo, ahora que ya lo sabes todo no podemos perder más tiempo.

Tiró de mí y con paso ligero fuimos hasta la camioneta. Esta vez fue Killian quien se sentó en el asiento del conductor; ventajas de ser un ser sobrenatural con supercapacidades de curación. En un segundo estás en la mierda absoluta, casi sin poder moverte, y al siguiente, con la energía suficiente para conducir a toda velocidad.

—¿Y qué hay de ti? ¿No hay ninguna posibilidad de que te quedes aquí? —pregunté una vez arrancó el motor y nos pusimos en marcha hacia Haven Lake.

—Ninguna. No tardaré en irme y cuando lo haga sobreviviré como pueda, tengo demasiadas razones que me obligan a hacerlo. —Apretó la mandíbula con la mirada fija en la carretera.

Me resultaba desconcertante su entereza. Parecía como si ya hubiese asumido su final y estuviera en paz con él. Pero ¿realmente era así? ¿O era otra máscara tras la que se refugiaba?

—Por eso eres… así.

—¿Quiero saber lo que significa «así»? —Alzó una ceja mientras una sonrisilla se instalaba en sus labios.

—Tan distante, quiero decir —dije atropelladamente.

—Sí.

Me mordí el labio, insegura.

—Siento que las cosas tengan que terminar de este modo —susurré y mi voz sonó tal y como me sentía al pensar en el futuro que le esperaba: triste y al mismo tiempo enfadada por lo injusto que era todo.

—Yo también, aunque pensándolo bien no hubiésemos aguantado más de cinco minutos sin discutir —soltó como si nada mientras me miraba de reojo. Al instante, me puse colorada.

¿Qué pretende insinuar con eso?

Quería pensar que se refería a nosotros como posibles amigos, pero después de lo que había ocurrido en la pista de baile no era tan ingenua como para creer aquello. La atracción que sentíamos era tan evidente como el hecho de que jamás llegaríamos a tener una conversación seria acerca de ello. No cuando esa era la última noche que pasaríamos juntos y al amanecer nuestros caminos se separarían de un modo irreparable.

—Aunque pensándolo mejor, haciendo otras cosas sí que podríamos aguantar mucho sin querer matarnos —continuó, esta vez con la voz más ronca y una mirada de provocación.

Y, a pesar de ser una de las noches más nefastas de toda mi existencia, logró hacerme sonreír.

—Bueno, depende de lo que hubieses durado.

—Ten por seguro que me hubiese tomado mi tiempo. —Su voz sonó gutural y, solo con aquellas palabras, mi cuerpo tembló.

Recordé entonces la sensación de sus manos sobre mis caderas, sus ásperos y cálidos dedos rozando mis labios y los suyos besando con sensualidad la zona más delicada de mi cuello.

«Dios, Aria, este no es ni de lejos el mejor momento para pensar en eso».

—Supongo que nunca lo sabremos.

—¿Supones? —Se rio.

—Bueno, siempre puedes volver a visitarme cuando tu especie entre a la Cueva Isthar y los guerreros más fuertes sean premiados para bajar a la Tierra —bromeé, y conforme las palabras salieron de mi boca quise pegarme mentalmente. Uno, porque, ¿acaso me estaba insinuando? Y dos, porque era la primera vez que ponía en palabras toda esta demencia que había resultado ser la verdad.

—Conque crees que seré uno de los guerreros más fuertes… ¿Hay alguna indirecta en esa declaración que no te atrevas a decirme? —respondió, alzando una ceja, y noté que sus ojos grises se habían oscurecido, ¿o era un reflejo del deseo que estaba sintiendo yo?

Simulé una mueca de disgusto y suspiré.

—Ahora me siento fatal por haber alimentado tu ego.

Él me siguió el juego y esbozó una sonrisa torcida.

—Tampoco te castigues demasiado. Debe ser muy duro pensar que soy maravilloso y fingir que no. Pero bueno, ya ves, al final se te escapa la verdad cuando menos te lo esperas.

—Eres un fantasma. —Me llevé una mano a la boca—. Uy.

—Tu falta de argumentos me acaba de dar la razón —canturreó.

—Y a mí tu falta de gracia me está aburriendo.

Me tragué la risa porque sin duda la situación comenzaba a pasarse de surrealista.

—Vaya, lo siento, prometo esforzarme más la próxima vez.

—Voy a necesitar cinco minutos de tregua porque ahora mismo me está costando mucho más procesar tu idiotez que haber descubierto que hay Dioses malvados en la Tierra.

—Qué exagerada. —Suspiró de forma dramática y se encogió de hombros—. Pero vale, como quieras.

Y se calló.

Lo observé con incredulidad, pero antes de que pudiera abrir la boca enchufó la radio y empezó a silbar por lo bajo al ritmo de la canción pop que sonaba en la emisora. Sabía que lo hacía para sacarme de mis casillas y molestarme, pero no caería en su juego, no cuando tras esa pausa el peso de todo lo que sucedería al final de la noche cayó sobre mí.

Me hundí en el asiento, repitiendo en mi cabeza las explicaciones de Killian una y otra vez. Quizás así sentiría que a partir de ahora tendría un mayor control sobre mi vida, sobre quién sería cuando me marchara lejos de Haven Lake.

Qué inocente fui al creerme protagonista de mi propia historia cuando solo era un peón más de la pesadilla que aún estaba por comenzar.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 26

Tardamos una hora en avistar las casas que daban la bienvenida al que consideraba mi hogar. Durante el viaje, le había dado miles de vueltas a todo lo que había descubierto y también a cómo transcurriría la conversación que tendría con mi madre después de nuestra brutal discusión. Quería conservar la calma, pero incluso Killian había dejado de lado su buen humor y había adoptado una actitud más seria. En esos momentos, alguno de sus comentarios ingeniosos me hubiese venido genial para distraerme, pero durante el resto del camino había permanecido igual de pensativo que yo.

Me seguía costando creer que el mundo perteneciese a unos Dioses que estaban malditos en dos destierros que poco tenían que envidiar al infierno. Y que si se liberaban… Si lo hacían, la Tierra dejaría de ser tal y como la conocíamos. Por no decir que mi madre había resultado ser una Guardiana con poderes, los cuales aún desconocía, que protegía a dos hermanos que pronto se separarían para siempre.

Sí, sin duda, el destino se estaba echando unas risas a mi costa.

Al llegar a casa, las ruedas de la camioneta chirriaron y Killian salió disparado. Quedaban escasas horas para que amaneciera y todavía tenía que preparar las maletas e ir hasta el aeropuerto. Lo seguí hacia el interior lo más rápido que pude, cogí de debajo del macetero de equináceas las llaves de repuesto y abrí la puerta. Me extrañó que no estuviera cerrada ya que mi madre nunca era descuidada con el tema de la seguridad. Ahora que ya conocía el peligro que nos rodeaba podía entender mejor el porqué.

En el instante en el que entré al salón, una sensación de inquietud me retorció las tripas, no sabría decir si aquello fue un presagio o simplemente

una manifestación más de mi miedo. No tuve tiempo de averiguarlo. Todo dejó de avanzar en cuanto subimos al piso de arriba para avisar a mi madre de lo que había ocurrido. El plan que habíamos forjado durante el trayecto consistía en coger toda mi ropa y esparcir mi rastro hacia la dirección contraria a la que me dirigía. Muy a lo *Crepúsculo*, sí.

Pero habíamos llegado tarde.

Al adentrarnos más en el pasillo, advertí que la puerta de mi habitación estaba entreabierta y, aun siendo consciente de que aquello no tenía nada de extraño, algo dentro de mí me impulsó a avanzar con prudencia. Contuve la respiración cuando me asomé. Me sentí como si volviera a la casa de la señora Wendy, en concreto al cuarto totalmente destrozado de su hija. Así estaba el mío. No había ni un solo rincón intacto, las puertas del armario estaban arrancadas y toda la ropa, esparcida por el suelo y por encima de la cama, el colchón estaba rajado y separado del somier.

«No puede estar pasando esto».

Killian profirió una maldición detrás de mí y salió disparado hacia el cuarto de enfrente en el que dormían mi madre y Eric. Dios, si algo les había pasado… Jamás me lo podría perdonar.

Los Ignis nos habían dejado escapar porque habían encontrado lo que realmente estaban buscando: las cartas. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Creía que había eliminado todo rastro… Estaba segura de que lo había hecho, primero con el barro y después con un perfume diferente para que no lo asociaran con el mío. Pero estaba claro que no había sido así.

«Tonta. Tonta. Tonta».

Al llegar a la otra habitación, el pánico se apoderó de mí durante una fracción de segundo al imaginar la posibilidad de encontrarme con sus cuerpos tirados por el suelo. Pero, por suerte, no fue así. Respiré de nuevo al ver que el cuarto estaba intacto, pero tampoco sentí alivio porque allí no había nadie. Las camas estaban desechas y vacías.

—¿Eric? —gritó Killian con desesperación, tenía el rostro descompuesto y blanco—. ¿Dónde estás? ¡Eric!

Mi vista iba de un lado a otro a la vez que aguzaba el oído en busca de cualquier señal que demostrara que seguían en la casa.

—¿Killian? —Se escuchó una voz débil y temblorosa que provenía del armario y, un segundo después, Eric asomó la cabeza con miedo. Tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas, pero no parecía herido. De un salto, se lanzó a los brazos de su hermano y un profundo sollozo se escapó de su

garganta antes de romper a llorar.

—Shhh… Ya estás a salvo —susurró Killian, estrechándolo con fuerza y acunando su cabeza. La imagen me conmovió, sobre todo al pensar que faltaba poco para que tuvieran que separarse.

—¿Dónde está mi madre? —intervine, incapaz de contenerme más.

Fue la pregunta más difícil que tuve que hacer hasta el momento porque dejaba lugar a la única respuesta que podría destrozarme de verdad.

—Me dijo que me escondiera aquí, que me protegería… Y se fue —consiguió decir Eric entre hipidos.

Salí corriendo. La busqué por cada sala de la casa, cada rincón en el que pudiera haberse escondido gritando una y otra vez su nombre. Salí a la calle corriendo como una loca, pasé varias manzanas sin dejar de llorar, ignorando el peligro e ignorando si Killian me había seguido. No me importaba, nada lo hacía en esos momentos salvo volver a ver a mi madre.

Pero no había rastro de ella.

Caí de rodillas en mitad de la calle, devastada, y lo único que noté fueron las lágrimas corriendo por mis mejillas.

Observé el horizonte, los primeros rayos de sol que anunciaban el comienzo de un nuevo día. ¿Cuánto tiempo había estado buscándola? No el necesario si no la había encontrado.

«Nunca voy a perdonarte esto. Te odio, mamá, y espero que nunca lo olvides».

Las últimas palabras que le había dicho resonaban en mi cabeza una y otra vez. Me quemaban cada vez más hasta que finalmente empecé a hiperventilar. Si hubiese confiado en Killian, quizás hubiera adivinado las intenciones de aquellos seres y habríamos llegado a tiempo de evitar que se llevaran a mi madre… Pero ¿qué querían de ella?

El mundo tuvo más sentido tras descubrir que la magia existía y lo perdió cuando supe que habían secuestrado a mi madre.

Por mi culpa.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 27

Tardé lo que me parecieron horas en comprender que de nada serviría seguir buscándola. Mi madre no estaba en Haven Lake y tampoco aparecería por arte de magia por más que yo implorase con todas mis fuerzas. Pero la culpa y la angustia me impedían pensar con claridad. Al menos, hasta que conseguí centrar todas mis emociones en un objetivo: encontrarla. No podía permitir que el dolor me paralizara; no por mí, sino por ella. Tenía que llegar hasta mi madre, salvarla de aquellos monstruos y de alguna forma ayudar a Álex.

Y para eso debía regresar a casa y enfrentarme a las decisiones que había tomado.

Era irónico cómo después de semanas persiguiendo verdades, había terminado cayendo en la mentira y en la desconfianza. No era tan diferente a mi madre y a Killian después de todo, y me había equivocado al exigir sinceridad a base de engaños. Pero el salto de fe que me pedían había sido demasiado elevado bajo la certeza de que su traición me destrozaría. No podía evitar sentir miedo, pero había dejado que este me controlara y ese había sido el mayor de mis errores.

Parte de la determinación que sentía flaqueó cuando el crujido de la puerta al abrirse me dio la bienvenida. Ese sonido me transportó a las infinitas veces que regresaba a casa de niña después de pasar la tarde en el lago con mis amigos. Entraba al salón con las mejillas enrojecidas por el sol, los dedos aún arrugados por las horas de baño y la sensación de que el verano no terminaría nunca. Cuando mi madre me recibía, me regañaba por llegar tarde y luego me acogía entre sus brazos, dándome un enorme achuchón en el que tan solo aguantaba escasos segundos antes de llamarla

«pesada» y salir corriendo hacia mi habitación. En ese entonces no podía imaginar lo que hubiera dado ahora por volver a aquel momento y poder permanecer mucho más tiempo bajo el calor de su abrazo. Lo único que me recibió esta vez fue el silencio más pesado que jamás había escuchado.

Y la certeza de que todo empeoraría una vez Killian supiera de mi mentira.

Respiré hondo y con pasos temblorosos me adentré en el salón. Las primeras luces del alba le otorgaban una quietud cálida a la estancia que me hizo pensar en que tal vez este ya no fuera un hogar, sino el recipiente de todos los recuerdos que había compartido con mi madre. Me vino una oleada de tristeza que me costó horrores mantener a raya porque este no era momento de echarse a llorar.

Si es que acaso me quedaban lágrimas.

Killian y Eric estaban rodeados de sus maletas y me observaban con prudencia. Se habían cambiado de ropa. Killian vestía una sudadera gris y unos pantalones de deporte negros y su hermano pequeño, un chándal de *Los Vengadores* que en otras circunstancias me hubiera sacado una sonrisa. Sostenía a duras penas a Trece, que movía la cola con rapidez, señal de que estaba cabreándose por su falta de libertad.

—Estaba a punto de salir a buscarte —dijo Killian con una mirada de preocupación—. No lo hice antes porque no podía dejar solo a Eric y sabía que necesitabas tu espacio.

Sabía que, si no lo había hecho, aparte de por sus razones, era porque los Ignis ya tenían lo que buscaban y si, como me había contado, su energía era limitada, no iban a malgastar el poco tiempo que tenían en alguien tan insignificante como yo.

—Tranquilo, estoy bien. —Mi voz sonó áspera por haber estado gritando y llorando.

—¿Cómo vas a estar bien? Tu madre… Se la han llevado, joder. —Se pasó las manos por el pelo, apoyó los brazos en la pared y agachó la cabeza en señal de derrota.

Oírlo a través de su voz lo hizo más real, pero a pesar de la punzada de angustia que me atravesó, se lo agradecí porque necesitaba despertarme. Si me despistaba, me dejaría llevar por la nebulosa sensación de que todo esto no me estaba pasando a mí y de que en cualquier instante todo se rompería y volvería a su sitio: mi madre estaría de vuelta y los Dioses y las maldiciones solo serían una trama más de alguna película chapucera.

—Lo sé, yo…

—¿Por qué la querían a ella? No lo entiendo. —Se dejó caer en el sofá y escondió la cara entre las manos—. Si yo no hubiera venido aquí, nada de esto habría pasado.

Aquellas palabras me hicieron sentir como la peor persona del planeta.

—Nada de esto es culpa tuya —me apresuré a decir, y me arrodillé hasta quedar más o menos a su altura. Aparté suavemente sus manos y, cuando lo hice, unos ojos grises me devolvieron la mirada. Su expresión era de pura rabia.

—Lo es, Aria, y parece que la historia se repite y ya estoy harto —susurró, supuse que para que su hermano no lo escuchara.

Abrí los ojos de par en par, sorprendida por la vulnerabilidad que estaba mostrando ante mí. Desde que lo conocía nunca había bajado la guardia de ese modo. Y eso me produjo un fuerte deseo de preguntar por el origen de aquellas palabras, ¿por qué decía que se repetía la historia? ¿Qué le había podido pasar? Sin embargo, ignoré la necesidad de indagar y, de alguna forma, logré contenerme. No tenía ningún derecho a saberlo, no después de que se sintiera así por mis decisiones.

Apartó sus ojos de los míos y suspiró.

Mi corazón se partió un poco más al verlo así, hundido por cargar con un peso que no le correspondía. Aquello me hizo ponerme de pie y mirarle con determinación.

—Te he mentido. —Y, conforme las palabras salieron de mi boca, puso toda su atención en mí.

—¿Qué?

—Me preguntaste qué les había quitado a los Ignis aquella noche en el bosque y te mentí. —Me retorcí las manos, nerviosa, e inhalé profundamente antes de continuar—. Cuando el Ignis se estaba desintegrando por la lluvia, descubrí en su traje unas cartas y eso fue lo que les robé. Después las abrí, pero estaban vacías. Aun así, las perfumé para que no siguieran su rastro y las… las escondí porque no sabía si podían ser importantes para averiguar algo de lo que estaba…

—Dónde las escondiste —me cortó.

—Aquí.

Su expresión se llenó de comprensión y apretó la mandíbula antes de dejar ver la rabia y el enfado que comenzaban a bullir en él.

—¡Maldita sea, Aria! ¿Por qué me lo ocultaste? —gritó, poniéndose en

pie.

—No confiaba en ti. —Tuve que alzar la voz porque mi corazón iba tan frenético que solo escuchaba mis propios latidos.

—Y ahora lo haces porque ya no te queda más remedio —espetó con amargura.

—Lo hago porque se han llevado a mi madre por culpa de esas putas cartas y quiero saber por qué son tan importantes si están en blanco. Necesito encontrarla, Killian, y esa es la única pista que puedo seguir. —Mi voz se rompía cada vez más a medida que las palabras salían de mi garganta. Necesitaba que me comprendiera y, aunque fuera egoísta, quería que rompiera la distancia que nos separaba y me diera un abrazo que me hiciera sentir menos sola.

—Siento decepcionarte, pero no sé qué son esas cartas. Lo que sí sé es que esos tipos son unos asesinos y tú los has conducido directamente hacia mi hermano y tu madre —espetó, y la frialdad de su voz me hizo retroceder unos pasos. O tal vez fuera la verdad de sus palabras.

El nudo que me apretaba el estómago se retorció de tal manera que fue imposible contener las lágrimas que se derramaron por mis mejillas. Permití que dejara escapar toda su rabia contra mí porque sentía que me lo merecía y no me quedaban apenas fuerzas para discutir. No quería defenderme, lo único que quería era que toda esta maldita pesadilla terminara.

—No le hables así a Aria. —La voz aguda de Eric llenó el tenso silencio. Me había olvidado de que seguía con nosotros, en el sofá junto con Trece.

Después del miedo que había pasado el pobre, lo último que quería era que presenciara aquel intercambio de palabras dañinas, así que permanecí en silencio con la esperanza de que Killian hubiera terminado de descargar todo su enfado contra mí. Pero a esas alturas, debí haber aprendido a evitar que las ilusiones aumentaran la altura de la caída.

—Si nosotros no te contamos la verdad fue para protegerte, pero tus mentiras nos han puesto en peligro a todos. Después de haber presenciado lo que son capaces de hacer, ¿creías que con un estúpido perfume no seguirían tu rastro? —soltó, cada vez más furioso—. Y si esta noche nos han dejado marchar, ha sido porque han rastreado de dónde veníamos gracias a tu olor. Si me lo hubieras contado, podríamos haber llegado a tiempo de impedir que se llevaran a tu madre.

—Yo… Lo siento —musité, sintiéndome pequeña ante su rabia.

—Mira, no sé cuánto tiempo me queda con mi hermano. Me costó mucho aceptar que no podría ver crecer a la única familia que me quedaba y esta noche casi me arrebatas lo único que me hace tener fuerzas para sobrellevar toda esta puta mierda.

Creía que el dolor por la desaparición de mi madre mitigaría cualquier cosa, pero sentí las palabras de Killian como puñaladas que me dejaron sin voz. Nunca lo había visto así, fue como si de golpe todas sus grietas estallaran. La máscara bajo la que se escondía se había roto, su dolor emergió y arrasó con todo lo que tenía a su paso.

Arrasó conmigo y ni siquiera esperó a ver el resultado. Cogió a Eric de la mano y volvió a hablar, esta vez con una voz tan gélida que sentí cómo un escalofrío me recorría la espalda.

—Conozco a alguien que puede ayudarnos. Te acompañaremos porque tu madre nos acogió y no pienso abandonarla. —Apartó su mirada de mí, como si le quemara de alguna forma—. Cámbiate, te esperamos en la camioneta.

—Espera. Hay algo que debes saber —dije, algo insegura, y él me miró con dureza, esperando una respuesta—. Saqué todas las cartas de los sobres y las escondí en otro sitio… Es posible que hayan caído en mi trampa y las tengamos todavía.

—Vaya, te estás convirtiendo en toda una experta del engaño —escupió con una sonrisa amarga.

Me mordí el interior de la mejilla para no contestarle y mandarlo a la mierda allí mismo. ¿Acaso era necesaria esa crueldad? Tenía ganas de gritar y dejar salir el enredo de emociones que me abrasaba las entrañas y me dificultaba respirar. Una parte de mí se removía inquieta, deseosa por empezar una discusión con Killian, pero su falta de empatía en estos momentos haría imposible que nada de esto terminara bien y yo acababa de perder a mi madre. Lo cierto es que nada podía compararse a eso y, si Killian me odiaba a partir de ahora por haber puesto en peligro la vida de su hermano, ya lidiaría con ello más adelante. Ahora todo lo que me importaba era descubrir si mi plan había funcionado. Un plan cuyo objetivo era ocultar las cartas a mi madre y a él, no precisamente a los Ignis.

Subí a la planta de arriba y me sentí algo más ligera al ponerme en marcha y ser de utilidad. Cuando llegué a mi habitación, fui directa hacia dónde antes estaba mi cama y vislumbré la balda del suelo de madera que se encontraba fuera de su sitio. El hueco que había estaba vacío y eso

significaba que habían caído en mi trampa. Al cambiar las cartas de lugar, había dejado la balda ligeramente desencajada para que no resultara demasiado evidente que mi intención era que descubrieran el falso escondite. Falso, porque allí lo único real eran los sobres, con hojas en blanco dentro similares a las verdaderas.

Para comprobar que estas seguían en su escondite, me dirigí a la habitación de Killian, que se hallaba intacta, y, después de cruzarla, abrí el balcón y salí. La suave brisa del amanecer me despeinó aún más y sentí frío por culpa del sudor que me cubría. Subida a la mesa y con cuidado de que los temblores no me jugaran una mala pasada, alcancé el tejado con un pequeño salto. Conseguí ponerme en pie haciendo uso de las pocas fuerzas que me quedaban y, concentrada en mantener el equilibrio, avancé hasta la mitad del tejado. Tras contar las tejas y llegar a la que se correspondía con el número ciento once, me agaché y la desencajé.

No podía creerlo.

Todas las cartas se hallaban intactas dentro de la funda de plástico que había usado para que no sufrieran ningún daño si llovía.

—¿Qué cojones? —Oí a Killian farfullar desde abajo.

—Las tengo —dije, alzando la voz y las cartas.

Él me observaba incrédulo y todavía con evidente cabreo.

—Ten cuidado al bajar —dijo, sin embargo.

—Tranquilo, estoy acostumbrada a subir aquí, siempre solía venir cuando necesitaba respirar.

Al instante, me arrepentí de soltar semejante gilipollez en una situación tan tensa como aquella. Pero estaba nerviosa y no controlaba el flujo de mis pensamientos y lo que debía o no debía decir. Killian permaneció impasible, el único movimiento que realizó fue el de dejarme espacio para que pudiera saltar de vuelta a la mesa y después al suelo del balcón. El tejado estaba algo inclinado, pero no tanto como para que resultara difícil bajar.

Pero cuando me puse en marcha, desvié mi mirada de nuevo hacia Killian y el pie derecho se me dobló al pisar la mesa y aterricé en los fuertes brazos de la única persona que tenía el poder de entenderme en esos instantes. Una pena que también fuera la persona que más me detestaba. Su olor me rodeó y, a pesar de todo, sentí un anhelo inmenso.

Cuando lo fui a mirar para darle las gracias, descubrí cómo giraba la cabeza para no tener que verme. Su rechazo me asqueó de tal manera que

me revolví y de un tirón me alejé de él. ¿Cómo era posible que sintiera rabia por cómo se estaba comportado y al mismo tiempo una parte de mí lo entendiera? Joder, yo solo estaba tratando de sobrevivir en un mundo en el que la persona a la que más quería me había ocultado su naturaleza y la realidad me había estallado de lleno en la cara.

Tenía que esforzarme en no castigarme a mí misma. No podía impedir que Killian lo hiciera porque no podía controlar su libertad y la imagen que tenía sobre mí, pero tenía que utilizar las energías que me quedaban para seguir hacia delante y encontrar a mi madre.

Decirlo era sencillo, pero al menos era un primer paso.

Teníamos las cartas y un contacto que nos podría dar información acerca de estas, su relación con los Ignis y qué tenía que ver mi madre con todo esto. El único y gran inconveniente que se interponía en nuestro camino era que los Ignis no tardarían demasiado en darse cuenta de que las cartas que habían robado eran falsas. Y, cuando lo hicieran, volverían a por nosotros.

Pero bien, quizás así podríamos negociar.

La vida de mi madre a cambio de las puñeteras cartas en blanco.

Porque estaban en blanco, ¿no?

Resultó que nuestro contacto vivía fuera del estado de Vermont.

Cuando Killian me lo dijo, me agobié porque cada segundo contaba y podía ser determinante para dar con el paradero de mi madre. Pero la realidad era que no teníamos más pistas y no podíamos permitirnos buscarla pueblo por pueblo cuando los Ignis se esfumaban como si nada y lo mismo regresaban al Atharav o aparecían en cualquier otra parte del mundo. Tuve que aceptar aquello en el magnífico periodo de tres minutos; el tiempo exacto que duró la ducha que me obligué a darme. No podría aguantar horas en una camioneta con la persona que me odiaba y una peste a sudor que conseguiría que me diera más asco del que ya me daba.

Al quedarme sola en el baño, por un instante temí derrumbarme de nuevo y no encontrar fuerzas para emprender ese viaje. Pero almacené como pude todas mis emociones, concentrándome en frotar con fuerza mis brazos y piernas para quitar los restos de sangre que ni me había dado cuenta de que me cubrían. Tras vestirme con unos vaqueros y una sudadera vieja, cogí una mochila con las cosas más básicas que pudiera necesitar —

incluidos dos móviles antiguos que rescaté de la cómoda de mi madre— y me subí a la camioneta en la que me esperaban los hermanos.

Killian estaba rígido en su asiento y ni me miró cuando me senté a su lado. Genial.

Durante el transcurso de una hora, la situación no pudo ser más tensa, tanto que ni siquiera la radio aliviaba la sensación de incomodidad que invadía cada centímetro de mi piel. Y ya no solo por la tremenda discusión que habíamos compartido, sino por el rechazo que sentía por su parte cuando siempre se había mostrado bromista y cercano conmigo, al menos cuando no le daba por volverse distante y alejarse. Pero todo esto era muy diferente a aquellas veces.

Sentía todos los músculos pesados y los ojos se me cerraban por el cansancio acumulado. Primero descubrí que mi madre había vendido la casa a escondidas y se iba a ir con Killian y Eric a otro lugar, sin mí; después la fuerte pelea que tuvimos, que me atormentaba aún más a cada segundo que pasaba; la fiesta de fin de verano; el ataque de los Ignis, y que se desvelara toda la verdad.

Sí, sin duda había sido una noche movidita.

Ignis, Kaelis e Inciertos.

Miré de reojo a Killian, que estaba concentrado en la carretera mientras pasábamos miles de altos árboles a gran velocidad. Parecía perdido en sus pensamientos, o quizás en el inmenso cabreo que tenía hacia mí. Lo observé con detenimiento y, a pesar del daño que me había hecho con sus palabras, sentí una quemazón en el pecho al recordar su destino. No sabía cuándo su genética iba a revelar a qué especie pertenecía, pero cuando sucediera tendría que dejar a su hermano para irse como guerrero a uno de los dos infiernos: el Atharav, en el que vivían los Ignis, o el Helheim, donde estaban los Kaelis. Me preguntaba si la especie descendiente de los Dioses del Agua y del Aire sería un poco más simpática que la de los Ignis.

Durante aquella hora de camino, aproveché para llamar a Karina y pedirle si se podía quedar con Trece, al que habíamos dejado encerrado en el salón de casa. Sabía que adoraba a los gatos y que no le importaría hacernos ese favor. Odié tener que mentirle, pero ni siquiera me sorprendí cuando las palabras salieron con fluidez de mis labios y se lo creyó.

Siempre había sido muy sincera y por eso mis amigos confiaban en mí. Para ellos, estábamos en un breve viaje familiar para limar asperezas y conocernos todos un poco más. Para mi padre, en cambio, la mentira fue

algo distinta. Le aseguré como unas cien veces que habíamos meditado mejor la decisión de volver a Portland bajo el argumento de que mudarme de nuevo supondría un mayor estrés después de todo lo que había vivido. Después del ataque que supuestamente no recordaba. Uno protagonizado por los descendientes de los mismísimos Dioses del Fuego y de la Tierra, encerrados por una maldición que intentarían romper de nuevo a finales de año en el Día Cero, concretamente en un espacio atemporal llamado Abismo. Era de locos, pero necesitaba repetírmelo una y otra vez, a ver si de ese modo lo comenzaba a procesar y me acostumbraba a la que era mi nueva realidad.

—¿Cuánto queda? Me aburro mucho —suspiró Eric.

Desde que habíamos salido de Haven Lake, aquella pregunta había cortado el pesado silencio cada diez minutos, sin exagerar. Pero agradecí que interrumpiera el trance en el que me había sumergido. Mis pensamientos se estaban volviendo demasiado catastróficos y eso, unido a la sensación de encierro e incomodidad, conseguía que mi ansiedad se disparara.

—Ya queda menos —musitó distraído Killian.

—¡Jo, pero no vale que me des la misma respuesta siempre! —se quejó su hermano.

Me di la vuelta y le dediqué una leve sonrisa de disculpa. En el fondo lo entendía, yo también necesitaba salir con urgencia de ahí y hablar con alguien que me acercara un poco más al paradero de mi madre. Carraspeé y, dejando atrás el orgullo, me dirigí a Killian.

—¿Cómo se llama tu contacto?

Si se sorprendió de que me dirigiera a él, no lo demostró. Su rostro era una máscara inescrutable que poco tenía que envidiar al mismísimo hielo.

—En realidad son dos contactos, aunque es como si fuesen uno —contestó con voz monótona tras unos segundos.

Alcé una ceja a la espera de que continuara, pero por lo visto tenía tan pocas ganas de hablar conmigo que no iba a molestarse en darme una explicación.

—¿Quiénes son?

—Dos mellizos Inciertos: Jared y Zoey. No suelen darse esos casos por lo que sus poderes son algo más especiales. Sus tatuajes se mostraron más temprano de lo normal y han tenido muchos Guardianes. Llevan bastante tiempo metidos en este mundo, así que con suerte sabrán decirnos qué son

las cartas y por qué han resultado ser tan importantes. —Su voz estaba desprovista de emoción alguna y aquella aparente indiferencia me enervó incluso más que su silencio.

—No sabía que podíais tener más de un Guardián.

—No podemos, pero ellos se encargan de que renuncien y tenga que acudir un sustituto.

—¿Qué clase de poder pueden tener dos Inciertos para espantar a un ser sobrenatural creado de forma exclusiva para cuidarlos?

—Yo pensaba lo mismo hasta que los conocí en Burlington.

Al parecer era el día de resolver misterios.

—¿Fue el viaje que hiciste hace poco? —pregunté, y él asintió.

—Tu madre los conocía por su particular fama y me dio su dirección para preguntarles si sabían algo acerca de la actividad inusual de los Ignis en la Tierra. Solo supieron decirme que los ataques se habían concentrado en el estado de Vermont, por lo que tampoco es que fueran de gran ayuda.

—Qué esperanzador entonces… —susurré para mí misma.

Desviando la vista hacia mi ventanilla, apoyé la cabeza y deseé con todas mis fuerzas que, cuando abriera de nuevo los ojos, fuera porque la dulce voz de mi madre me había despertado dándome los buenos días.

Alcanzamos nuestro destino tras dos largas horas de silencio en las que no conseguí dormirme. El día alcanzaba la media mañana cuando Killian aparcó el coche y al fin pude estirar las piernas. Habíamos cruzado el estado de Vermont hasta llegar a Portsmouth, New Hampshire. Después de atravesar la ciudad, llegamos a una playa abarrotada de gente. ¿A qué se debía tanto revuelo si estábamos prácticamente en otoño?

Agarré con fuerza la mochila negra en la que se encontraban las cartas. No me fiaba del gentío, no cuando llevaba algo tan valioso encima. Además, algunas personas no se molestaban en apartarse para no chocarse con nosotros y no dudaba de que aquella fuera una técnica propia de los carteristas.

Si no tuviera el corazón en el puño por desconocer el paradero de mi madre, me habría maravillado por todo lo que me rodeaba. Después de haber vivido entre el bullicio de Portland, prefería sin lugar a dudas los pueblos y su calidez. Cruzar New Hampshire con la camioneta me había cautivado: sus grandes bosques, lagos y montañas me habían hecho creer

por un segundo que el mundo escondía mucha más belleza que crueldad. Al menos hasta que recordé la brillante sonrisa de mi madre.

Entonces, todo se volvió negro.

Hasta que mis ojos se encontraron con un gris profundo que me observaba detenidamente.

Mi respiración se aceleró y mi corazón latió al ritmo de mi nerviosismo, pero la decepción no tardó en invadirme cuando Killian apretó la mandíbula, apartó la vista y continuó absorto en sus pensamientos. No habíamos compartido ninguna palabra más a excepción de lo que me había contado acerca de los hermanos Inciertos, lo que significaba que yo no tenía idea alguna de hacia dónde nos dirigíamos.

Lo que sí sabía era que Eric, al que su hermano había terminado por coger a caballito porque estaba cansado, se había animado algo más. Después de un año huyendo y escondiéndose, visitar un sitio nuevo tenía que ser emocionante para el niño.

—¿Has hablado con ellos? —le pregunté a Killian tras un rato caminando por la arena.

Negó con la cabeza.

—¿Y cómo sabes que están aquí entonces?

Se encogió de hombros.

—Lo he visto en su Instagram.

«Espera, ¿qué?».

Mi cara tuvo que ser un poema, porque esta vez sí tuve el placer de recibir sus explicaciones.

—Siguen con su maravilloso plan de tocar los cojones y sinceramente los admiro por ello. Aunque jamás se lo diré a Jared —respondió como si nada, de nuevo como si yo fuera adivina y por arte de magia supiera en qué consistía el «maravilloso plan de tocar los cojones».

—¿Qué plan? —pregunté a regañadientes.

—Mira, ahí están, puedes preguntárselo tú misma. —Señaló hacia el agua, donde se avistaba a lo lejos un enorme barco que navegaba hacia la orilla.

Agucé la vista y, cuando lo hice, mis ojos se abrieron de par en par ante la escena que se desarrollaba en medio del mar. No me lo podía creer. De ninguna maldita manera estas dos personas eran quienes nos iban a ayudar a averiguar el significado de las cartas y, por lo tanto, el paradero de mi madre.

Tenía que ser un error.

Pero, de nuevo, la sonrisa ladeada de Killian me dio la respuesta que necesitaba.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 28

La música empezó a retumbar en mis oídos conforme el yate blanco se acercaba a la orilla. Distinguí múltiples altavoces por toda la proa, tan potentes que incluso la playa podría formar parte de la inmensa fiesta que se estaba desarrollando. Sonaba una canción tan estridente que me dieron ganas de taparme las orejas para proteger mis pobres tímpanos. ¿Cómo podían conservar el oído las personas que estaban en cubierta?

A los pocos minutos, todo cobró sentido. El volumen estaba tan alto porque quienes bailaban con descontrol —al menos, lo máximo que sus huesos pudieran resistir— eran ancianos.

Y era de buen saber que la audición se deterioraba a partir de los ochenta.

Pegué un respingo cuando se oyó un cañonazo y chorros de espuma salieron disparados por todo lo alto, pringando a cualquiera que se encontrara a su alrededor. Interpreté aquella señal como el final del espectáculo cuando dos jóvenes que rondarían mi edad se alzaron en una plataforma y dieron una especie de discurso que acabó en vítores y aplausos.

Los reyes de aquella escena eran los mellizos Inciertos con habilidades especiales y, por alguna razón que escapaba a mi entendimiento, habían anunciado su localización por redes sociales, lo que había reunido a una masa de jóvenes adolescentes que chillaban desde la orilla como si estuvieran viviendo el mismísimo reencuentro de One Direction.

Me había quedado sin habla, no me había parado a especular cómo serían puesto que mi cabeza continuaba dándole vueltas al paradero de mi madre, pero desde luego jamás habría esperado eso. Miré a Killian atónita,

pero él no parecía demasiado sorprendido. Observaba con una pequeña sonrisa cómo la embarcación atracaba en el muelle hasta que de repente su expresión se torció; cogió a Eric en brazos y con una mano le tapó los ojos, provocando una serie de quejidos por parte del niño en un intento inútil por librarse de su agarre.

Como carecía de los sentidos superdesarrollados de los Inciertos no fui capaz de entender qué estaba ocurriendo hasta que la embarcación no estuvo en la orilla. En esos momentos, me alegré de que mis ojos fuesen ordinarios, ya que no solo era una fiesta de octogenarios… Era una fiesta de octogenarios nudistas. Muchos de ellos no llevaban nada que ocultase sus partes más íntimas y por lo visto tampoco tenían intención alguna de taparse ahora que ya había terminado la celebración. Un anciano con gafas de aviador pasó cerca de nosotros y me dedicó un guiño. Puse cara de asco y aparté la mirada, aunque la posara donde la posara había un riesgo muy considerable de seguir viendo genitales semiocultos bajo capas de arrugas.

El grupo de gente situada a nuestro alrededor ignoraba la masa de cuerpos desnudos, lo único que hacían era soltar gritos de emoción, con los móviles en alto a la espera de grabar algo. Su objetivo no se hizo de rogar. Los chillidos aumentaron cuando dos figuras se abrieron paso entre los ancianos y comenzaron a saludar, firmar autógrafos y hacerse *selfies* con sus… ¿*fans*? La imagen era digna de fotografiar, incluso a pesar de la distancia que aún nos separaba se podía apreciar la similitud en sus rasgos. Ambos tenían el pelo rubio platino, el chico iba rapado y ella lucía una melena por encima de los hombros con mechas rosas por las puntas. Admiré la seguridad con la que lucían su ropa de baño negra, que no dejaba demasiado a la imaginación, pero lograba la mezcla perfecta entre sensualidad y elegancia. También llevaban algo que sobresalía de sus cabezas, aunque aún no alcanzaba a diferenciar el qué.

Por el rabillo del ojo advertí a Killian hacer un aspaviento con la mano después de dejar a Eric en el suelo. Supe que se había cansado de esperar y los había llamado cuando ambos posaron su atención sobre nosotros. La chica le dedicó una sonrisa y al instante sacó su móvil. Debió contactar con alguien ya que, tras unos minutos en los que continuaron atendiendo a sus seguidores, aparecieron diez tipos cuadrados con uniformes negros que supuse serían sus guardaespaldas.

Apartaron a la multitud de *fans* y les comunicaron que el periodo de fotos ya había terminado. Solo cuando se despidieron de la multitud, los

hermanos se pusieron en marcha en nuestra dirección. Al fin averigüé cuál era su complemento estrella.

—Dime que esto es una broma pesada y los que vienen hacia nosotros con diademas de penes en la cabeza no son el contacto del que me has hablado —le rogué a Killian, haciendo un mohín.

Pareció disfrutar de darme en los morros cuando alzó la voz y les preguntó con sorna:

—¿Qué tal están mis mellizos favoritos?

—Deseando tocarte los cojones un rato y disfrutando de la buena vida hasta que nuestra existencia se reduzca a ser unos meros títeres de los Dioses —respondió Jared como si nada. En su rostro se dibujaba una enorme sonrisa, mostrando sin reparos que se alegraba de ver a Killian. Le revolvió el pelo a Eric y este lo saludó con un bufido. Adoraba a ese crío, lo mismo era la personita más dulce del universo que te odiaba y no se cortaba un pelo en demostrártelo.

Zoey me miró con prudencia y me dedicó una sonrisa que me pareció muy bonita. De cerca el único adjetivo que les hacía justicia era «impresionantes». Sus facciones eran simétricas, ojos grandes y oscuros de diferentes tonalidades, labios carnosos y expresión dulce, aunque Jared tenía cierto aire rudo con los múltiples *piercings* que colgaban de sus orejas y el pequeño corte de su ceja derecha. Examiné con el máximo disimulo sus cuerpos para concluir que ambos estaban en forma. Los abdominales de Jared parecían gritar mi nombre porque tardé más de la cuenta en apartar la vista de ellos. Madre mía.

La voz de Zoey me rescató, aunque cuando alcé la vista, Jared me estudiaba con una sonrisita tirando de sus labios. Me mordí la mejilla muerta de vergüenza y fingí que no me había pillado mirando donde no debía.

—Está bromeando. De todo lo que diga mi hermano, solo puedes tomarte en serio una o dos palabras —comentó Zoey, y le dedicó a Jared una clara mirada de advertencia.

—No hace falta que finjáis delante de ella. Lo sabe todo —cortó Killian, y al instante adoptaron una postura de desconfianza, aunque sus ojos reflejaban cierta curiosidad.

—Bueno, en realidad no sé muy bien quiénes sois ni por qué hace unos minutos estabais en una fiesta nudista de ancianos —apunté con cierto nerviosismo, intentando aliviar la tensión del momento.

No lo conseguí.

—Nos gusta contentar a nuestros seguidores, ¿y por qué no? ¿Quién dice que las personas mayores solo puedan dedicarse a hacer ganchillo y a cuidar a sus nietos mientras esperan a que llegue la muerte? Por personas como tú, nuestra causa tiene un sentido, la sociedad debe avanzar y nosotros haremos lo necesario para conseguirlo.

«¿Cómo le han llevado mis palabras a interpretar eso?», pensé, alucinando.

Por el momento tenía una cosa clara de Jared: era muy intenso.

—Claro, porque hacer fiestas es un método de lucha muy reivindicativo —contestó Killian con ironía. No supe si lo dijo para defenderme, porque lo pensaba, o para sacar de quicio a Jared.

—Que tú seas incapaz de ver más allá de la música alta y los litros de alcohol no es mi problema. Siempre se ha dicho que los musculitos deberían usar más el cerebro y creo que es el único dicho popular humano con el que estoy de acuerdo. Quiero decir, las pruebas son evidentes. —Señaló a Killian, demostrando que era justo decir que los mellizos tenían ganas de tocar los cojones.

Jared me resultaba un tanto abrumador, pero hablaba con tanta pasión que sentí simpatía hacia él. Fue inevitable.

—¿Siempre habla tanto? —le pregunté a su hermana.

—Solo cuando no debería —me respondió, resignada.

—Veo que no desaprovecháis el tiempo que os queda —comentó Killian, ignorando la pulla de Jared.

Tenía curiosidad por saber qué tipo de relación tenían los tres, pero estaba comenzando a impacientarme. Tenía la horrible sensación de que no estaba haciendo nada por buscar a mi madre, incluso cuando habíamos viajado hasta allí siguiendo el único hilo del que podíamos tirar.

—Nunca lo hemos hecho —contestó Zoey, y sus ojos me examinaron con atención—. ¿Cómo te llamas?

—Aria —respondí al tiempo en que me retorcía los dedos con nerviosismo—. Veréis, estamos aquí porque…

—Vaya, las Guardianas cada vez son más guapas —me interrumpió Jared, cruzando los brazos y observándome con una sonrisa ladeada—. Ahora me doy cuenta de la mala suerte que hemos tenido con nuestras asignaciones.

—Y los tíos, por lo que veo, más gilipollas —contesté, perdiendo los

nervios.

—En eso tienes toda la razón —respondió con seriedad, agachando la cabeza.

Por un segundo creí ver el atisbo de una sonrisa en el rostro de Killian, pero duró tan poco que me lo debí de haber imaginado. No olvidaba que seguía odiándome por engañarle y poner a su hermano en peligro.

—¿Puedes dejar de ser un cerdo por un minuto? Sé que te estoy pidiendo mucho, pero es que a veces resultas agotador. —Zoey sonó exasperada.

—Es una de mis mejores cualidades, ¿y tú me pides que la reprima? Se supone que la familia está para apoyarse.

Zoey le propinó una colleja y se le escapó una carcajada al ver la expresión de sorpresa de su hermano. Eric se unió a las risas y Jared, al darse cuenta, lo persiguió para revolverle el pelo.

—Necesitamos vuestra ayuda —dije, alzando la voz para reconducir la conversación.

Todos los ojos se posaron en mí, pero me resultó imposible no ponerme nerviosa ante la intensidad con la que me miraba Killian.

—Y nosotros necesitamos… —dijo Jared.

—Es muy importante —interrumpió Killian, y yo se lo agradecí en silencio. La determinación con la que lo dijo fue suficiente para que comprendieran la gravedad del asunto.

—Está bien, vamos a nuestro reservado, allí podremos hablar con más tranquilidad —indicó Jared, y nos encaminamos hacia el chiringuito que había a nuestra izquierda.

Me estremecí cuando me recorrió una brisa fría. Durante los últimos minutos se habían agolpado en el cielo algunas nubes grises, y deseé que no fuesen un presagio de lo feas que se iban a poner las cosas. También me hizo pensar en que, si yo con mi sudadera tenía frío, los hermanos Inciertos debían de estar congelándose…

Sin embargo, no parecían muy preocupados.

Iban en cabeza y gracias a eso pude apreciar los tatuajes que marcaban sus espaldas: líneas majestuosas y terroríficas que se unían dando forma al símbolo que condenaba su existencia. Se me pusieron los pelos de punta. La imagen me sobrecogió aún más que las veces anteriores porque ahora sabía que los habían marcado como simple ganado; un recordatorio del final de sus días en la Tierra.

Ojalá pudiera decir que mi ansiedad se alivió al saber que por fin nos escucharían, pero ganó con creces el miedo ante la posibilidad de no encontrar respuestas, sino más preguntas e incertidumbre.

Por lo visto, la fiesta se había organizado para festejar por todo lo alto el centenario del abuelo de uno de sus seguidores. ¿Que al pobre hombre le podría haber dado un infarto por la intensidad de la celebración? Pues sí. ¿Que era casi octubre y ya no hacía tiempo para navegar en bolas y podría coger una neumonía? Pues también, pero a los mellizos se los conocía por hacer este tipo de cosas. Se diferenciaban de otros *influencers* por contentar cualquier deseo sus seguidores, ya fuera donando dinero a aquellos que habían perdido su hogar, montando fiestas para todo tipo de celebraciones o comprando viviendas para crear protectoras de animales.

¿Que por qué los seguían millones de personas? Además de por su infinita generosidad, según me habían contado de camino al chiringuito, había otros motivos: se metían en miles de polémicas sin tener en cuenta las consecuencias, creaban contenido relacionado con la moda, se pasaban meses viajando y grabando *vlogs* en los paraísos en los que se sumergían y, para qué negarlo, también estaban tremendos. Lo que sus seguidores no podían imaginar era que parte de esa belleza celestial se debía a que compartían genes con los mismísimos Dioses Elementales.

Mientras los escuchaba hablar, pensé que habían hecho todo lo posible para conseguir esa fama y estaba en lo cierto, solo que no como imaginaba.

Así me lo confirmaron sin que tuviera que indagar demasiado.

—Siendo coherente con la persona sincera que me considero, confesaré que volvernos famosos no es más que un brillante plan para joder a los Dioses —comentó Jared con una sonrisa maliciosa en los labios. Zoey se rio, pero noté que la diversión no le llegaba a los ojos.

Recordé que Killian me había dicho algo parecido durante el trayecto a la playa. Mi expresión de confusión debió de ser tan clara que antes de abrir la boca ya estaban respondiendo a mi pregunta.

—Los Guardianes se encargarán de borrar nuestra existencia en la Tierra cuando se revele nuestra ascendencia y nos caiga la maldición. Para asegurarse de que nadie reclame las desapariciones, normalmente tienen que modificar unas veinte o treinta mentes, pero ¿y si tuvieran que borrarle los recuerdos a todo el planeta? ¿Tienen el poder suficiente para hacer eso?

—Movió las manos, simulando que su mente explotaba ante la genialidad que se les había ocurrido.

Se me contrajo el pecho al comprender que aquella había sido su forma de sobrevivir y luchar contra un destino que los condenaba por los errores de otros. Era tan injusto que, aunque no los conociera, sentía tristeza al ponerme en su lugar.

—No es por ser un imbécil, pero esas son palabras mayores. Por ahora no creo que en China os conozcan —intervino Killian, y no supe si lo hizo para seguir aligerando el ambiente o por el simple placer de picar a Jared. Optaba por lo segundo, era más de su estilo.

—¿A que tú sí que nos has reconocido? —me preguntó Jared con una ilusión que odié chafar.

—Lo siento, pero no tenía ni idea de quiénes erais —dije con el rostro contraído en una mueca de disculpa.

—Bueno, pero ahora ya lo sabes —respondió Jared con desenfado—. ¿Puedes hablarle de nosotros a cada persona que conozcas? Te lo agradeceríamos con todo nuestro corazón.

Un recuerdo me vino a la mente.

—Un momento, ¿sois los del sorteo del tractor?

—¡Sí! —Se le iluminó la mirada y su voz se tiñó de orgullo—. La idea fue mía.

—Entonces sí que había oído hablar de vosotros, mi amiga participó, aunque luego se dio cuenta de que estaba prohibida su venta. En realidad, solo le hacía ilusión conoceros. —Una sonrisa triste se escapó de mis labios al pensar en Lila.

—¡Tranquila! Luego me dices el nombre y lo amaño para que no le toque.

Justo cuando iba a darle las gracias, Killian farfulló.

—Para que luego vaya fardando de ser una persona honesta, tiene huevos la cosa.

—¿Y a ti qué coño te pasa? Hoy estás más insoportable de lo normal. —Jared le lanzó una mirada asesina.

Quise decirle la razón, pero me mantuve callada, sintiendo el peso de la culpabilidad y el dolor asfixiante que me ahogaba cada vez que pensaba en mi madre.

Mientras continuaban discutiendo, Zoey me cogió del brazo y bajó la voz para que solo yo pudiera oír sus palabras.

—Solo espero que no les toque compartir destierro, porque hasta que no admitan que en el fondo se caen bien estarán continuamente peleándose y será un aburrimiento.

—Te equivocas —protestó Jared, y su hermana alzó una ceja, intentando contener una sonrisa.

—¿No te considerabas una persona sincera?

Jared le sacó el dedo, pero la conversación terminó ahí. Entramos en el local abarrotado de gente y un camarero nos acompañó de inmediato a la zona más exclusiva, aunque no sin antes sacarse un par de fotos con las estrellas. Nuestro reservado se hallaba al aire libre, con unas vistas directas a un mar revuelto, música de fondo y dos sofás blancos bajo una especie de porche de madera. Tomé asiento y casi puse los ojos en blanco cuando Killian se sentó en el extremo más alejado. Entendía que estuviera cabreado, pero ¿era necesario que lo demostrara a cada oportunidad que se le presentara? Era como meter el dedo en la llaga una y otra vez, y aunque sabía que me lo merecía, me sentía muy mal. Aparté los ojos de él para observar cómo Zoey se sentaba a su lado y le daba un rápido abrazo que me revolvió las tripas. Aquella escena me transportó al momento que compartimos aquel amanecer cuando sufrí el ataque de ansiedad; sus brazos rodeándome en un cálido abrazo en el que me sentí segura. En esos instantes veía muy lejano que volviera a tocarme de aquel modo. Y de ningún otro.

Eric se acomodó al lado de su hermano y Jared se sentó al lado de la apestada. Es decir, a mi izquierda. Aunque para qué mentir, si pudiera elegir, yo tampoco me hubiese sentado conmigo misma. Respiré hondo y, haciendo un esfuerzo, alejé aquellos pensamientos de mi mente y comencé a contarles todo lo que había ocurrido. Conforme fui relatando mi experiencia con Álex, los ataques de los Ignis y la aparición de las cartas, Zoey y Jared se pusieron más serios y en un estado de alerta que disparó mis alarmas.

—Sentimos mucho lo de tu madre —dijo ella, y sus palabras me hicieron parpadear repetidas veces para ahuyentar las lágrimas.

—Aún podemos encontrarla, pero para eso necesitamos vuestra ayuda —repuse, y proseguí antes de que verbalizaran el escepticismo que veía en sus rostros—. No os voy a pedir que me acompañéis en su búsqueda, solo queremos información acerca de las cartas. —Me detuve unos segundos mientras mis ojos seguían el movimiento continuo de sus diademas—. Lo

siento, pero no puedo tomaros en serio con penes bailando en vuestra cabeza.

Zoey se disculpó sin poder retener una risa nerviosa y agradecí que Jared no soltara ningún comentario de los suyos y que simplemente se la quitara. No podía perder más tiempo.

Killian tomó el relevo y continuó con la conversación.

—Tengo la sospecha de que las cartas pueden estar relacionadas con el aumento de secuestros de Inciertos. Y, por alguna razón, la madre de Aria se ha visto arrastrada a todo esto.

—Quizás ella tenía información de algo que buscan y por eso se la han llevado —reflexionó Zoey, pero Killian negó con la cabeza.

—Eso es imposible, llevamos meses intentando averiguar por qué los Ignis pueden bajar a la Tierra cuando no han roto la maldición. Si Nora hubiese sabido algo más, me lo hubiera contado.

—Piénsalo por un momento, ¿para qué la iban a secuestrar si no necesitaran algo de ella? Para eso la hubieran matado y ya —insistió Zoey, y un escalofrío me recorrió la espalda al procesar sus palabras. La palabra «muerte» asociada a mi madre lograba que mis tripas se retorcieran hasta el punto de doler.

—Mi madre guardaba muchos secretos, ¿por qué crees que sería totalmente abierta contigo? No podemos descartar ninguna opción —le dije a Killian. No quería aumentar su cabreo hacia mí, pero no iba a guardarme lo que pensaba.

—Ella sí que confiaba en mí —soltó, mordaz.

—A ella le diste razones.

Jared soltó un pequeño silbido y clavó su vista en mí.

—Cada vez me caes mejor.

—Cierra el pico —masculló Killian.

—Qué manía tenéis de tratarme como si fuera un animal.

—Porque lo eres —dijeron Zoey y Killian al mismo tiempo, y compartieron una mirada de complicidad que logró rebajar en parte la tensión, pero que hizo que se me retorciera aún más el estómago.

Aproveché para sacar las cartas de mi mochila y se las pasé a Jared. Tardó unos minutos en revisarlas con detenimiento, pero tuvo tan poco éxito como yo. Estaban en blanco, pero tenía claro que algo se nos escapaba si los Ignis estaban tan interesados en esos papeles.

—Todo esto es muy extraño… ¿Qué sentido tiene que las busquen con

tanta desesperación cuando no hay nada escrito? —Di voz a la frustración que sentía al ver que nuestra única baza estaba resultando ser inútil.

—Y lo que es aún más turbio es por qué están secuestrando a Inciertos —dijo Jared, pensativo.

—Para matarlos si resultan no ser de su especie y así tener más ventaja para entrar a la Cueva Ishtar —contestó Killian.

—Sí, pero… ¿por qué ahora? ¿Qué hace que esta vez sea todo tan diferente? —intervino Zoey.

Aquellas palabras provocaron que mi estómago se contrajera con un mal presentimiento.

—Van a romper la maldición. —Mi voz tembló al pronunciar las palabras.

Todos clavaron sus ojos en mí y un silencio pesado inundó el ambiente. Esperaba que descartaran aquella posibilidad, pero nadie lo hizo. Y aunque era incapaz de imaginar todas las consecuencias que suponía el regreso de los Ignis a la Tierra, aquello me aterró. La pausa se alargó cuando el camarero vino a tomar nota. Pidieron refrescos y algo de aperitivo, pero yo no pensaba probar bocado, no si quería mantener las formas y no salir corriendo para vomitar.

Deslicé mi mirada hacia Killian, quien observaba un punto fijo con los labios apretados en una fina línea recta. Un sentimiento de añoranza me inundó. Quería llegar hasta él, pero había tanto que habíamos dicho y tanto que habíamos callado que la distancia entre nosotros era insalvable. No sabía cómo atravesarla. Pareció sentir mi mirada porque giró la cabeza hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Su rostro se endureció y me miró como en nuestro primer encuentro, como si de un reto se tratase. Colarme en sus ojos era como ponerme delante de un espejo que reflejaba todos los errores que había cometido, y fue por esa razón que aparté la vista de él.

Dolía demasiado.

Nadie pareció notar aquel extraño momento que habíamos compartido, incluso llegué a dudar de si había sido real cuando Killian rompió el silencio como si nada.

—Si los Ignis se están arriesgando a que el consejo de Guardianes los pille y los ejecute, es porque tienen las de ganar.

—Hablando de Guardianes… Ellos tienen que saber algo más de todo esto, o al menos de las cartas, ¿no? —pregunté, esperanzada. Nuestro

camino no podía acabar aquí, con las manos vacías. De ninguna jodida manera podíamos regresar a la casilla de salida y sin ninguna pista de la que tirar.

—No hay forma de contactar con ellos —respondió Killian, y tras un segundo entornó los ojos y se giró hacia los mellizos—. Un momento, ¿vuestro Guardián dónde está?

Ambos se miraron y Jared contestó con una sonrisa canallesca.

—Estamos a la espera de que venga su sustituto. Saben que juntos somos más poderosos que cualquier Incierto común, por eso se pueden dar el lujo de no cumplir con sus obligaciones celestiales y darnos unos días de libertad. Tenemos menos posibilidades de que los Ignis logren secuestrarnos, ¿qué puedo decir? Soy el mejor.

—Querrás decir que *somos* los mejores. —Zoey elevó una ceja.

—Eso.

Quise preguntar qué clase de poder tenían para poder hacer frente a los psicópatas de los Ignis, pero Killian interrumpió mis pensamientos.

—Tienes que estar de coña, ¿cuántos Guardianes lleváis ya? —dijo, y, por primera vez en las últimas horas, percibí cierto gesto de diversión en su rostro.

Jared volvió a cumplir con su descripción de persona sincera.

—¿En serio crees que llevamos la cuenta? Sería como contar las veces que Aria y tú os habéis mirado de reojo en lo que llevamos de conversación. —Soltó un resoplido—. En fin, vaya cosas tienes.

Al instante, sentí mis mejillas enrojecer y el corazón me empezó a martillear en el pecho con una mayor intensidad. Killian apretó la mandíbula y se incorporó en el asiento, señalando a Jared.

—Como sigas tocándome los cojones te juro que te voy a…. —Antes de que terminara su amenaza, Zoey le dio un pisotón por debajo de la mesa y, cuando obtuvo su atención, inclinó la cabeza señalando a Eric, que observaba a su hermano con atención—. Te voy a dejar sin… ¿mi amistad?

Eric levantó los puños y miró con gesto acusatorio a Jared.

—¡Eso! Deja a mi hermano tranquilo o utilizaré mi superpoder secreto para partirte esa cabeza de bolo que tienes.

—¡Eh! ¿Acaso estás insinuando que estoy calvo? ¡Me he rapado, que no es lo mismo! —se defendió Jared, indignado y un tanto ofendido. Se palpó la cabeza como si quisiera cerciorarse de que seguía teniendo pelo en ella.

—¡Cabeza de bolo! —exclamó Eric, sacándole la lengua.

Por su cara, Killian se debatía entre reírse o reñirle por amenazar e insultar a una persona.

Hizo ambas, primero le chocó los cinco, pero después se puso serio y le explicó lo mal que estaba decir cosas tan feas, aunque fuera para defenderle. Lo cual resultaba muy contradictorio, pero así era Killian: difícil de entender, pero imposible de renunciar a intentarlo.

Y aunque toda la situación que estaba viviendo era una mierda, aquello me hizo esbozar una sonrisa que borré al instante. Me sentí culpable. ¿Cómo podía ni siquiera sonreír cuando mi madre estaba en manos de aquellos monstruos?

La voz dulce de Zoey consiguió captar mi atención.

—Siento interrumpir, pero mientras os peleabais he escrito a nuestro antiguo Guardián y he conseguido convencerle para que nos dé su dirección. Pensé que estaría en la Orden de Guardianes, pero se ha quedado por aquí cerca… —Su rostro se contrajo con confusión.

—Genial, entonces vamos a verlo —propuse, esperanzada.

—No sé si es buena idea… En las condiciones en las que se encuentra, no estoy segura de si podrá decirnos algo con sentido, y tampoco sé si es apropiado que venga el pequeño Eric —dijo Zoey con el ceño fruncido y los labios apretados.

—¡No soy pequeño, tengo ya seis años! —se quejó Eric, cruzando los brazos.

—No me importa ir yo sola —dije, sintiendo la impaciencia hormiguear en mis dedos—. Puedo coger un taxi.

—Iremos todos —sentenció Killian sin mirarme, con una seguridad que no daba lugar a réplicas.

Y, de nuevo, no hizo falta mucho más, los mellizos accedieron y nos encaminamos hacia nuestra última oportunidad de descubrir la importancia de las cartas.

Cuando el camarero sirvió los refrescos, tan solo encontró dos billetes en la mesa.

Nosotros ya estábamos muy lejos de allí.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 29

Con la excusa de poder conocerme mejor, Zoey me propuso ir con ellos en su limusina. Mi primer impulso fue negarme, pero tenían una personalidad tan arrolladora que terminaron por convencerme. A pesar de ello, su insistencia no disipó mis dudas —al fin y al cabo, eran unos desconocidos —, pero existían pocas personas con las que poder compartir todo este embrollo y, en realidad, lo último que me apetecía era aguantar otro viaje incómodo con Killian. Sus muestras de rechazo eran un reflejo de cómo me sentía conmigo misma y sería egoísta, pero necesitaba un respiro para coger fuerzas ante lo que estaba por venir.

Cuando subí al vehículo más ostentoso que habían visto mis ojos, pensé que sería la primera y última vez que lo haría. Tenía hasta una nevera con bebidas alcohólicas y comida, enchufes para cargar aparatos electrónicos, pequeñas pantallas de televisión y, según me contó Jared, fue él quien se encargó personalmente de que incorporasen una luz roja y cristales con aislamiento acústico. «Solo para las noches que se ponen más interesantes», comentó con una mirada sugerente. La mueca de asco que puso su hermana me indicó que era mejor no preguntar.

Hablaron con el chófer para indicarle la dirección que debía seguir y tras aquello, Jared, que se había sentado junto a su hermana enfrente de mí, comenzó a observarme con los ojos entornados. No se molestó en disimular que me estaba estudiando.

—¿Qué? —espeté cuando me cansé de esperar su veredicto.

—Nada —dijo, encogiéndose de hombros, y su mirada se volvió más analítica—. Estoy intentando averiguar cómo una humana más bien bajita ha logrado escapar ilesa de un grupo de Ignis asesinos.

El cúmulo de moratones y arañazos que aún marcaban mi piel indicaban lo contrario, pero no corregí sus palabras porque tenía razón. A simple vista podía parecer broma que una humana algo flacucha hubiera dado esquinazo a seres de semejante poder. Dos veces.

Yo también me lo cuestionaba.

—Como ya os he contado antes, mi madre es una Guardiana. Supongo que su forma de protegerme fue apuntándome de pequeña a clases de defensa personal. Mis compañeros lo veían muy raro y algunos se reían, pero a mí me daba igual. Me gustaba mucho ir y sentir que podía defenderme de cualquiera que intentara algo —expliqué, y al hacerlo comprendí que mi madre lo había hecho lo mejor que había sabido.

No me había contado la verdad porque pensaba que así me alejaría del peligro, pero al mismo tiempo me había dado recursos para poder luchar en caso de que algo horrible ocurriese. Me había hecho mucho daño, pero ¿no se lo había hecho también a ella misma cada vez que me mentía? Los conflictos nunca están teñidos de blanco o de negro y admitir que los grises existen es el primer paso para alcanzar el perdón.

—Lo que no esperabas era que fueran unos seres sobrenaturales los que quisieran acabar con tu vida, ¿verdad? —dijo Zoey con una pequeña sonrisa tirando de sus labios. Su expresión me transmitió comprensión, como si de alguna forma también estuviera hablando consigo misma y entendiera el choque de realidad al que me enfrentaba minuto a minuto.

—Te habría llamado loca si no los hubiera visto con mis propios ojos —dije, suspirando.

—A nosotros nos pasó lo mismo —afirmó Jared, y sus ojos se oscurecieron cuando pareció recordar algo.

La desconfianza que habían mostrado se había disipado, al menos por el momento. Así que aproveché para dar rienda suelta a la creciente curiosidad que sentía por ellos.

—¿Cuándo descubristeis que erais Inciertos?

Acostumbrada a las reticentes respuestas de Killian, hablar sin tapujos con los mellizos se estaba convirtiendo en toda una experiencia.

—Hace cuatro años empezamos a sentirnos raros: la espalda nos escocía como si tuviésemos una herida en carne viva, la vista se nos desenfocaba continuamente y teníamos fuertes mareos y cambios bruscos de humor… Fuimos al médico creyendo que se trataría de un virus, pero antes de pisar el centro ya nos había retenido un Guardián para

custodiarnos. Y, bueno, también para impedir que nuestro análisis de sangre revelara a la sociedad que los Dioses Elementales no son únicamente la base de algunas religiones —explicó Zoey.

Tragué saliva, tensa.

Sin poder frenar mis pensamientos, me vino la imagen de Álex presenciando la muerte de una madre que ni siquiera lo reconocía. Jamás podría olvidar la desesperación con la que me había suplicado en el coche que le ayudara. Y la culpabilidad al pensar que mi mejor amigo ahora podría estar muerto me acompañaría durante el resto de mis días.

—¿Os obligó a separaros de vuestra familia?

Ante mi pregunta, Zoey se removió incómoda en su asiento y desplazó su mirada hacia la ventanilla, en la que un paisaje otoñal se alejaba de nosotros para dar la bienvenida a la zona más nueva de la ciudad. Jared, en cambio, me seguía mirando fijamente y habló sin titubear.

—Nosotros no tenemos familia, hemos crecido en un orfanato en el que hacíamos la vida imposible a cualquier familia que estuviese dispuesta a encargarse de nosotros. Ninguna pareja quería adoptarnos a los dos, así que esa era la única forma de que nos devolvieran con las monjas y seguir creciendo juntos, aunque fuera en un sitio tan horrible como aquel. —Con aquella confesión, Zoey regresó a la conversación y ambos intercambiaron una sonrisa tanto de complicidad como de nostalgia—. Solo nos tenemos el uno al otro y siempre será así. Lo único que perdimos fue la posibilidad de crear un hogar propio. —Apretó los dientes y después suspiró resignado—. Pero bueno, a todos los Inciertos nos ha ocurrido lo mismo. Nosotros solo somos especiales por ser los únicos mellizos Inciertos *influencers* que existen, pero poco más.

El peso de su situación seguía siendo abrumador, por mucho que Jared quisiera quitarle importancia.

—Sé que no nos conocemos de nada, pero aun así siento mucho todo lo que os ha pasado —dije, mirándolos con los ojos algo empañados por la ternura que me había transmitido el amor incondicional que parecían tener el uno por el otro—. Todo esto… Siento que es demasiado grande para mí.

No había planeado confesar aquel miedo en voz alta, pero en circunstancias especiales, resultaba liberador hablar con desconocidos cuyos juicios no te afectarían porque, al fin y al cabo, no teníais lazos y ellos tampoco esperaban nada de ti.

—Es que lo es, Aria. Pero tranquila, como nosotros, al final te

acostumbrarás a vivir con la falsa sensación de que puedes con todo. Es la única forma de sobrevivir —comentó Zoey.

—¿Y Killian? ¿Sabéis lo que le ocurrió a él? —pregunté, aun sintiendo que estaba invadiendo su intimidad.

—Eh, aquí los polis que iban a interrogarte éramos nosotros —protestó Jared con una leve sonrisa—. Pero seré bueno y contestaré a tu pregunta. Podemos imaginarnos qué le pasó antes de vivir con tu madre, pero nunca nos ha contado nada ni lo hará. Killian es… complicado, si quieres que lo sea. Pero sencillo si no intentas conocerle demasiado.

Ese era mi problema. Me era imposible no querer saberlo todo acerca de él.

—Lo conocimos en Burlington cuando volvimos de nuestro viaje a Europa, pero hablábamos con él desde hacía semanas acerca de los secuestros de Inciertos. Tu madre le pasó nuestro contacto, digamos que entre la Orden de Guardianes también somos muy reconocidos, solo que por ser un grano en el culo —añadió Zoey con un brillo orgulloso en sus ojos.

—Cosa que por supuesto nos orgullece —dijo Jared, relajando su postura.

—¿Qué pasaría si los Guardianes no pueden borrar todos vuestros recuerdos de los millones de seguidores que tenéis? —seguí preguntando, poniendo en palabras el objetivo principal de los mellizos al querer obtener la máxima fama posible antes de irse al Atharav o al Helheim.

—Estaremos encantados de averiguarlo —respondió Zoey, demasiado rápido.

—Pero ¿la policía no os dará por desaparecidos y cerrarán el caso?

—Sí, pero eso no importa —contestó Jared—. La maldición nos caerá de todas formas, no esperamos cambiar nuestro destino. Hemos encontrado un modo de conseguir dinero, viajes gratis y el cariño de millones de personas que creen conocernos. En realidad, solo queremos que alguien nos recuerde. El olvido es peor que la muerte; es como si no hubieras llegado a existir nunca, como si tu paso por la vida hubiese sido una mera ilusión… Una mentira. No pretendemos destapar la verdad a la humanidad, tan solo queremos que nos recuerden. Ya nos han arrebatado demasiado y no vamos a permitir que nos quiten la poca vida que hemos podido vivir.

Tras esa conversación decidí que, aunque fueran un tanto excéntricos, me caían bien. Su vida no había sido nada sencilla, pero aun así habían

encontrado una vía de escape: exprimían cada segundo como si fueran a morir al día siguiente. Lo cual tenía sentido porque no podían saber con exactitud cuándo cicatrizaría el lado de su tatuaje que mostraría su verdadera ascendencia.

Aprovecharon el resto del trayecto para ponerse algo de ropa; Zoey se vistió con unos pantalones estrechos de cuero y un top rosa a juego con las mechas de su pelo y que además realzaba su generoso escote; su estilo explosivo me recordó a Karina y sentí una punzada de dolor. Jared se puso unos pantalones color caqui y una camisa blanca junto con unas gafas de sol que le daban a su aspecto un toque más casual.

Cuando avistamos la zona más céntrica de la ciudad, el chófer disminuyó la velocidad y aparcó entre unos edificios que debían de costar un dineral. Tras abandonar la limusina, nos reunimos con Killian y Eric. Advertí entonces que el semblante de Jared había cambiado por completo a uno más serio, como si reunirnos con aquel Guardián significara algo personal para él, o más bien para ellos, porque Zoey también había pasado de estar habladora a pensativa.

—¿De verdad podemos confiar en él? —preguntó Killian mientras nos dirigíamos hacia el apartamento del Guardián.

Los mellizos respondieron a la vez.

—No —negó Jared con rotundidad.

—Sí —dijo en cambio Zoey.

Ella puso los ojos en blanco y Jared resopló, molesto.

—Me quedo con la respuesta de tu hermana —repuso Killian con tranquilidad, y después su mirada se tornó pretenciosa—. Teniendo en cuenta que a mí no me soportas, seguro que el tipo de arriba es un encanto.

La sonrisilla que antes había sido constante en su expresión había vuelto y no tenía muy claro si ese hecho me alegraba o me sacaba de quicio. Opté por la primera, prefería aquello a verlo con la actitud apática tras la que en realidad escondía el dolor que sentía.

Eric iba caminando de su mano. Al final, tras mucho insistir y poner cara de cachorrito desamparado, Killian había accedido a traerlo con nosotros, eso sí, con la condición de que ante cualquier señal de peligro se marcharía con su hermano sin dar explicaciones.

—El tipo de arriba es uno de los responsables de que nos lleven al Atharav o al Helheim. Se viste de santo protector cuando en realidad solo nos vigila para que no huyamos. —El tono de Jared se volvió aún más duro

—. Aunque lo hayamos intentado unas cien veces y siempre nos hayan encontrado, siguen queriendo tenernos controlados.

—Pero también es el único que puede ayudarnos a encontrar a mi madre y averiguar qué tienen planeado los Ignis —dije con cautela, y mi voz adquirió un matiz de súplica cuando volví a hablar—. Por favor, no lo espantéis… Al menos hasta que consigamos que hable.

Noté cómo Jared me miraba de soslayo, pero no dijo nada. Todos permanecieron en silencio mientras Killian acercaba su mano a la cerradura y con un destello de poder en forma de luz abría el portal. Intenté ocultar mi asombro, todavía me costaba aceptar que la magia existía, no tal y como los cuentos nos habían enseñado, pero existía. Y eso ya era casi un milagro en sí. Había subido la temperatura y un olor muy característico impregnaba el ambiente. Me pregunté si sería a raíz de que Killian utilizara sus poderes y decidí que más tarde preguntaría a Jared y Zoey. Esperaba que ellos pudieran contarme más cosas acerca de su mundo y de los distintos tipos de poderes que existían.

Entramos con sigilo para no levantar sospechas y, justo cuando subíamos por el ascensor hasta la décima planta, Jared respondió a mi petición.

—Está bien… —Me miró contrariado y resopló—. Solo por esta vez me traicionaré a mí mismo no siendo sincero y fingiré que le tengo un gran aprecio para conseguir que coopere.

—A ver, tampoco te pases —siseó Zoey—. Necesitamos su ayuda, no que te hagas su amigo. Además, después de todas las broncas que habéis tenido no creo que vaya a colar.

—Cuento con la baza de que soy un poco inestable y un buen adulador. Puedo ser muy convincente si me lo propongo. —Puso cara de misterioso y, al parecer, se le ocurrió una buena idea porque pareció animarse—. Siempre he querido ser actor, me lo tomaré como un reto personal.

—¿Por qué con Aria eres tan amable y accedes a todo? —preguntó de repente Killian, observándolo con los ojos entornados.

Se me cortó la respiración al escuchar mi nombre en sus labios y casi olvidé que avanzábamos ya por el pasillo en el que se encontraba nuestro objetivo.

—¿Y a ti que más te da? —replicó Jared, y una sonrisilla tiró de las comisuras de sus labios, como si supiera algo que los demás

desconocíamos.

—Me da igual, solo es simple curiosidad —contestó Killian con desinterés.

—Ya.

—Ese tonito te lo puedes meter…

El sonido del timbre puso freno a la discusión que estaba a punto de comenzar. Se sucedieron unos segundos en los que no ocurrió nada hasta que se oyeron pisadas y… una especie de gruñido. La puerta se abrió de par en par, mostrando a un chico alto que nos miraba con cara de pocos amigos. Debía ser algo más mayor que nosotros, pero tampoco demasiado. No estaba muy musculado, pero tenía una complexión fuerte, y lo pude saber porque vestía únicamente con unos calzoncillos negros. ¿Acaso era hoy el día mundial del exhibicionismo y no me había enterado? El tatuaje de tamaño considerable que tenía en el pecho captó toda mi atención; se situaba justo donde latía su corazón y formaba una especie de cerradura rodeada de una enredadera con ramas de distintos grosores enmarañadas en torno a él. Era muy llamativo y un tanto inusual.

Continué con mi escrutinio y me fijé en que tenía el pelo negro y lo llevaba recogido en un moño bajo. Sus ojos me parecieron bonitos, eran de un ámbar peculiar que llamó mi atención. No era guapo como podían serlo Killian o Jared, pero tenía unos rasgos pronunciados que le daban un aire atractivo. Un detalle bastante relevante era la botella que colgaba de su mano. Por cómo le costaba mantener el equilibrio, sospeché que no debía de quedar mucho líquido en ella.

—¡Hola! —saludó Jared con una efusividad que hizo que me sobresaltara y que me volviera hacia él con el ceño fruncido.

La repuesta del Guardián fue una arcada, imagino que producto de la borrachera que llevaba encima. O no. Tal vez su odio mutuo era tan grande que se había vuelto patológico.

—Me tomaré eso como una invitación —dijo Jared, apartándolo a un lado y entrando en la estancia con pasos gráciles—. Pero qué bonito apartamento…

Una vez el Guardián imitó sus pasos, Jared se volvió hacia él y posó una mano en su hombro.

—¡Muchas gracias, Connor! Eres muy amable por recibirnos en tu cálido hogar y dejar a un lado tus planes para pasar un buen rato con nosotros —dijo con una sonrisa de oreja a oreja que le deformaba un tanto

la cara—. Tienes una casa preciosa, muestra tu elegante gusto por la decoración y que eres de ese tipo de persona que cuida hasta el último detalle de las cosas que le importan.

Me pellizqué el puente de la nariz, intentando contener una risa nerviosa y con la sensación de que la misión comenzaba cuesta abajo y sin frenos.

El Guardián lo observaba con los ojos como platos y la boca entreabierta. Sacudió la cabeza y avanzó con movimientos torpes hasta el centro del salón donde, entre paredes grises, tan solo había un sofá blanco y una televisión de muchas pulgadas encima de una mesita. La cocina era americana, con una gran isla y electrodomésticos modernos. En conjunto era uno de los apartamentos más minimalistas que había visto en mi corta vida, podía contar con los dedos de una mano los muebles que había distribuidos por la estancia. Me transmitió tanta frialdad que un pequeño escalofrío me recorrió la columna. Tenía que estar de paso, nadie en su sano juicio sería capaz de llamar hogar a este apartamento.

O sí, tal vez alguien que se sintiera igual de vacío.

Después de desaparecer por el pasillo y regresar con una bata blanca puesta, el Guardián se reunió con nosotros en el salón.

—¿Qué queréis? —espetó, y, al mirar a Jared, su cara se contrajo en una mueca desagradable—. ¿Y tú qué te has fumado?

—Su buena dosis de idiotez, como siempre —dijo Zoey, restándole importancia.

Jared se acercó y con toda la confianza del mundo lo cogió de la nuca, mirándole con tanta fijeza que Connor se quedó inmóvil.

—Mírame a los ojos y dime que miento cuando te digo que me alegro de verte. —Dejó transcurrir un par de segundos y bajó la cabeza, suspirando de forma sonora para después mirarlo con una mayor intensidad—. De corazón, Connor, eres un buen tío. Te mereces saberlo.

¿Estaba recitando el guion de una película de tarde de domingo? ¿O la vida no le había otorgado el don de la improvisación?

Nadie se esperaba lo que ocurrió a continuación.

El Guardián dio una arcada y le vomitó encima.

Al instante, escuché la risa infantil de Eric junto con las carcajadas de Killian y Zoey, que apenas tardaron en acompañarle. Yo no sabía si reír con ellos o alejarme a un rincón a llorar.

—Anda, pues ya me encuentro mucho mejor —dijo Connor para sí

mismo una vez terminó de limpiarse con la manga los restos de vómito de la boca.

A Jared en cambio no le hizo tanta gracia la situación. Pensé que iba a perder los papeles, pero se dio la vuelta y vi cómo intentaba controlar la respiración a la vez que sus labios se movían, contando hasta diez en silencio. Se giró hacia Connor y, cuando habló, su voz sonó estrangulada.

—No pasa nada, las camisas extremadamente caras se encuentran en todas partes, pero personas tan generosas como tú, no. —Esta vez no pudo forzar una sonrisa porque el asco que sentía era demasiado evidente.

—¡Pero si me exiliaron por tu culpa y lo he perdido todo! ¿¡Qué me estás contando!? —rugió el Guardián, arrastrando las palabras y dándole un empujón tan fuerte que Jared tuvo que esforzarse para no perder el equilibrio. Killian se interpuso entre los dos, luchando por mantener la compostura.

—Bueno, ya está bien. Se acabaron los jueguecitos. No nos sobra el tiempo como para compartir un bonito reencuentro y unas explicaciones que no te importan. —Su tono de voz se volvió tan afilado al dirigirse al Guardián que fue como si hablara una persona diferente—. Necesitamos tus conocimientos sobre los hijos de puta de los Dioses.

—No voy a consentir que vengáis a mi casa a insultarlos. —Connor lo señaló tambaleante, y su rostro adquirió un matiz de sobriedad cuando se contrajo de rabia—. No vuelvas a dirigirte a ellos de esa forma tan despectiva.

—Es patético que ni siquiera el alcohol te vuelva un poco más divertido —espetó Jared.

—¿Consideras divertido que además de vomitarte encima te parta las piernas?

—Si luego te las parto yo a ti como venganza, sí.

—¡¿Pero tú no ibas a ser simpático?! —pregunté incrédula, y Jared esbozó una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, Aria. Odio decepcionar a la gente, pero odio aún más decepcionarme a mí mismo. No puedo fingir algo que no soy y el verdadero Jared ahora mismo estaría dándole una buena paliza a este gilipollas.

—¡Tienes pota en tu cabeza de bolo! —gritó Eric, que se hallaba con Zoey en el extremo más alejado del salón.

Jared le respondió de forma muy madura, es decir, le hizo una mueca de burla.

El grito de Zoey fue lo único que consiguió poner un poco de orden. Todos los presentes en la sala se quedaron en silencio, observándola.

—¡Ya basta! ¿Podéis dejarlo de una vez? Esto es serio, no tenemos tiempo para vuestras tonterías. Connor, como ya sabes, están secuestrando a Inciertos —le dijo y cuando fue a abrir la boca, lo cortó sin vacilar—. Calla y escúchame, aunque sea una última vez. Tenemos en nuestro poder unas cartas que esa chica robó a un grupo de Ignis que secuestraron a su amigo.

La frente de Connor se arrugó, pero no supe interpretar si se debía a que no sabía de qué estábamos hablando o a que la borrachera le impedía unir palabras para comprender qué significaban.

—¿Y qué dicen esas cartas? —se interesó mientras se dejaba caer en el sofá.

—Ese es el problema, que están en blanco. Y secuestraron a mi madre cuando asaltaron mi casa para recuperarlas. Los engañé y por eso aún las tengo, pero no sirven de nada si no averiguamos qué significan —expliqué lentamente, teniendo en cuenta que su cerebro no contaba con demasiadas capacidades en esos momentos.

—A ver, déjame verlas —dijo a regañadientes, y me las arrebató de las manos.

No se anduvo con cuidado para extraerlas de los sobres, pero las examinó una a una con prudencia. La expectación aumentó el ritmo de mi respiración y empecé a notar una fina capa de sudor en mis manos. No habían transcurrido ni diez segundos cuando me las tendió de nuevo. Alcé una ceja.

—Bueno, a vosotros os pueden engañar porque no tenéis su poder y mucho menos conocéis sus trucos. Aquí hay un hechizo de protección muy sencillo. No sé qué serán estas cartas, pero sospecho que su contenido debía de estar oculto para los Kaelis porque la tinta que utilizaron es invisible y solo puede manifestarse con calor.

—Vaya, veo que vomitarme en la cara te ha sentado bien —comentó Jared.

—¿Y a quién no le sentaría bien eso? —añadió Killian, como si fuera obvio.

—Esto empieza a rozar lo turbio… —musitó Connor.

—Y lo dice el devoto *borramemorias*. —Killian soltó una risa áspera —. Tiene huevos la cosa.

La mirada de advertencia de Zoey consiguió que Jared no se uniera a

la pelea y que el resto se callara. Connor volvió a su tarea: se desplazó hacia la isla de la cocina y cogió un mechero que había justo al lado de un paquete de cigarros.

—No digas nada —le advirtió a Zoey, y ella alzó las manos en señal de inocencia.

¿Qué relación tenían para que una Incierta pudiera echarle la bronca a un Guardián? Con preguntas como aquellas se hacía aún más evidente que ignoraba todo sobre su mundo.

Pasó el fuego con cuidado por debajo del papel, a la distancia suficiente para que no se quemara. De forma progresiva, el papel comenzó a llenarse de dibujos. Solo en la última de las cartas apareció un pequeño texto escrito. Connor lo llamaba «hechizo», pero en mi mundo la tinta invisible era algo muy común. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Connor se tomó su tiempo para leerlo, lo que me hizo querer tirarme de los pelos. Yo intenté asomar la cabeza para distinguir algo, pero estaba escrito en un idioma que desconocía por completo.

—Imposible —susurró el Guardián con voz ahogada.

Mi nerviosismo aumentó; comenzaron a temblarme las manos al ver cómo palidecía. Tuvo que sentarse en el sofá y apoyarse en el respaldo para mantener la compostura. En ningún momento apartó la vista de los papeles, como si tuviera que seguir leyendo para cerciorarse de que era real.

—¿El qué? ¿Qué pone? —preguntó Killian al ver que ninguno de nosotros decía nada.

Yo… sencillamente no podía. Puede que aquello retorciera aún más las cosas, y me aterrorizaba perder la poca esperanza que sentía cuando todo mi mundo había cambiado y habían secuestrado a mi madre por culpa de mi estupidez.

Pero ya no había vuelta atrás y, de nuevo, las palabras tuvieron más poder que la maldición que condenaba a los Inciertos.

—Hubo alguien que sí logró escapar de la Cueva Ishtar.

*OceanofPDF.com*

# PARTE III

# LA CUEVA

OceanofPDF.com



# CAPITULO 30

*Si has abierto esta carta, es porque algo ha salido mal y no hemos logrado escapar juntos de la Cueva Ishtar. O quizás lo hemos hecho, pero nuestras naturalezas son tan distintas que hemos terminado en lugares opuestos y momentos demasiado alejados.*

*El destino siempre jugó en nuestra contra, por eso no dejaré en sus manos la frágil posibilidad de volver a encontrarnos. Elegiré otro tipo de magia; una mucho más antigua y poderosa: los Vestigios Originales. Tú fuiste quien me enseñó a ahondar más allá de la realidad que otros escogieron para nosotros, por esa razón la única forma de volver a unir nuestros caminos será demostrando la pureza de nuestros sentimientos, aquellos que nos dieron la valentía de escapar. Es cierto que el amor no se trata de demostrar, pero seamos sinceros, nuestros infiernos están llenos de desesperación y sería demasiado peligroso revelar mi paradero en esta carta sin la certeza absoluta de que su destino final sean tus manos. Por eso, la forma más segura de reunirnos será a través de uno de los Vestigios Originales. Mediante él, contemplarás el reflejo de la verdad, romperás tus cadenas y sentirás de nuevo el vértigo propio de la libertad.*

*Ojalá estas palabras ahora sean cenizas; ojalá no sean nuestra última esperanza.*

*Te estaré esperando, siempre, bajo las estrellas.*

Perdí la cuenta de todas las veces que Connor leyó en voz alta la última carta; el resto eran cuatro mapas que, según dijeron, conducían a lo que parecían ser los escondites de los Vestigios Originales. Para nuestro

infortunio, no había referencias geográficas que nos ayudaran a situarlos, por lo que no teníamos forma de leer los mapas. Seguíamos igual de confundidos que antes.

Observé a Zoey morderse las uñas con la mirada en un punto fijo, estaba en el sofá con Eric y Connor, sin saber qué decir. Al igual que el resto de nosotros, que no dejábamos de movernos de un lado para otro, intentando a duras penas manejar la incertidumbre y todos los caminos que aquellas palabras abrían. Quizás por eso nadie hablaba. Retrasábamos el comienzo porque lo único que teníamos claro era que el final estaba lleno de decisiones.

Decisiones que podrían cambiar demasiado.

—Me está empezando a doler la cabeza. ¿Podéis quedaros quietos, aunque sea un minuto? Necesito pensar y me estáis distrayendo —pidió Zoey con impaciencia, rompiendo el trance en el que todos nos habíamos sumergido.

—No entiendo una mierda, ¿qué significa todo esto? —dijo Killian mientras se pasaba las manos por el pelo en un gesto de frustración.

Oí como alguien resoplaba, pero no me molesté en distinguir quién. Podría haber sido cualquiera de los cinco, o incluso Eric, que ya empezaba a tener cara de sueño. ¿Qué hora era? Había perdido la noción del tiempo.

—A ver, vayamos poco a poco —propuso Jared, sentándose en el suelo—. Entiendo que hablamos de dos enamorados de naturalezas muy diferentes, es decir, un Ignis y un Kaelis.

—Pero eso es imposible, ¿cómo pueden haberse enamorado dos seres de especies diferentes? —musitó Connor, como si aquello fuese una locura absoluta.

—También lo era que alguien escapara de la Cueva Ishtar y aquí estamos, así que vamos a dejar las improbabilidades a un lado —masculló Killian, y posó su mirada en Jared, a la espera de que continuara poniendo algunas ideas en claro.

—El caso es que encontraron una forma de romper la maldición, pero no querían hacerlo. Por alguna razón, su único propósito era escapar juntos. Muy romántico todo, la verdad, me gusta. Hasta que algo salió mal, no sabemos el qué, pero si tenemos estas cartas en nuestro poder quizás eso signifique que uno de ellos no logró escapar y lo capturaron —planteó, y miró a su hermana, que asintió.

—Es muy probable. Está terminantemente prohibido confraternizar de

cualquier forma con el enemigo —señaló Connor con voz neutra. Aunque en sus ojos parecía haber contención, como si detrás de ellos se encontraran todas las emociones que no podía o no quería mostrar.

—Odio cuando suenas como un robot. —Zoey puso los ojos en blanco.

—¿Siempre? —siseó Jared.

—Volvamos a lo importante —dijo Killian, reconduciendo la conversación—. Puede ser que ninguno lograra escapar de la Cueva Isthar y que solo se quedara en un intento fallido. Estos mapas y el mensaje no tienen por qué significar que esa persona lo logró.

La estancia se quedó en silencio y aproveché ese descanso mental para sentarme en el sofá junto a Jared. Sentía mis piernas cada vez más débiles por la falta de energía y el impacto de todo lo sucedido. ¿Cuánto hacía que no comía? No lo recordaba ni me importaba; era pensar en llevarme algo al estómago y me entraban ganas de vomitar.

—Tienes razón, no tendría por qué significar nada. No si los Ignis no estuvieran demasiado preocupados por arrebatarnos esta información —indicó Jared, con el rostro cada vez más alterado—. Ese hecho los delata.

—Tal vez la persona que escapó y que escribió las cartas fuese Kaelis porque solo con calor pueden leerse… Quizás lo ingenió de esa forma para evitar que su especie averiguara sus intenciones y que tan solo su enamorado o enamorada pudiera descifrarlo, que debe pertenecer a la especie Ignis —sugirió Zoey, y sus ojos centellearon cuando pareció llegar a una conclusión—. Los Ignis buscan los Vestigios Originales para dar con la persona que escribió la carta y que sí logró escapar con vida de la Cueva Isthar. Querrán capturarla para que les revele cómo logró salir de allí con vida.

Aquella afirmación lo cambiaba todo y, al mismo tiempo, nos dejaba en igual si no dábamos con el modo de encajar todo aquello con la desaparición de mi madre y los múltiples secuestros de los Inciertos.

—¿Qué son los Vestigios Originales? —pregunté, hablando por primera vez. Me sentía un poco perdida porque, a diferencia de ellos, yo tan solo hacía horas que sabía de la existencia de los Dioses. Mi cerebro pedía a gritos un poco de claridad.

—Son cuatro objetos sobrenaturales que recogen los últimos resquicios de la magia que quedó en la Tierra cuando los Ignis y los Kaelis fueron desterrados para cumplir con su castigo. Nuestros libros más antiguos esconden su paradero, por lo que la persona que escapó debió tener

un acceso privilegiado a las bibliotecas sagradas —recitó Connor como si fuera una enciclopedia.

—¿Y ya está? ¿Solo tienes esa información acerca de los Vestigios? —preguntó Killian con el ceño fruncido.

—Soy… —Connor carraspeó—. Era uno de los Guardianes más jóvenes de la Orden y mi Maestro no creyó que tuviera que conocer esa parte de la historia todavía. Solo los más longevos conocen el tipo de poder que encierran esos objetos y su forma. A lo largo del tiempo, han quedado olvidados, pero son el inicio de nuestra historia y no cualquiera tiene el privilegio de acceder a ella —explicó, y parecía sincero. Al ver que nadie cuestionaba su respuesta, continuó—: Zoey tiene razón, nunca llegaron a escapar juntos porque si fuera así, las cartas no existirían. Y si ambos hubieran fracasado, los Ignis no tendrían interés en llegar hasta los Vestigios Originales. Según indica la carta, son la clave para encontrar a la única persona que conoce la clave para romper la maldición. —Era imposible ignorar cómo su expresión se tornaba más consternada con cada palabra.

El nudo de mi garganta se hacía más grande conforme procesaba lo que había dicho Connor. Todos parecían asustados, y aquello hizo que mis manos sudaran aún más y que se extendiera la tensión que tiraba de los músculos de mi espalda.

—Algún Ignis debió de encontrarlas y nunca lo pusieron bajo la jurisdicción de los Guardianes porque sabían que estos tomarían cartas en el asunto —añadió Killian, tocando de forma distraída los cordones de su sudadera. Tenía el pelo alborotado y el rostro serio. Físicamente estaba en el salón, pero notaba que su mente se encontraba en otro lugar. Uno al que nadie tenía acceso.

—Pues vaya unos tramposos —farfulló Jared con una mueca de disgusto.

Killian paró su continuo movimiento para dar voz a aquello que ya estaba en nuestras mentes, pero que nadie se atrevía a decir para retrasar su inevitabilidad.

—Yo utilizaría otra palabra… Joder, si dan con la persona, tendrán en sus manos la llave para acabar con la maldición y liberar a su especie.

El silencio que siguió duró lo que se me antojó una eternidad y tuve la apremiante necesidad de cortarlo.

—Solo si uno de sus guerreros logra entrar a la Cueva Ishtar, claro —

añadí, insegura. Pero, al escucharme, los ojos de Zoey se agrandaron y pegó un pequeño brinco.

—Por eso están secuestrando Inciertos, para reforzar sus tropas y tener más posibilidades de ganar la Guerra del Día Cero —dijo con un hilo de voz.

—¿Y por qué no les contamos a los Guardianes lo que está ocurriendo? Si tienen el deber de protegeros y de imponer orden, no permitirán que los Ignis se salgan con la suya —propuse, sintiendo que aquello sería lo más sencillo y resolutivo.

—No podemos por muchas razones… Te borrarían la mente, o tal vez algo peor —contestó Jared, dirigiéndose a mí—. Además, todavía no sabemos cómo los Ignis pueden desplazarse hasta la Tierra. ¿Y si hay algún Guardián sobornado que los esté ayudando, abriendo las puertas del Abismo? —Negó con la cabeza, con semblante serio—. No podemos arriesgarnos.

—Un Guardián jamás traicionaría al Gran Hacedor, no te confundas, niño —espetó Connor.

—¿Recuerdas que tenemos prácticamente la misma edad? —respondió Jared con un gesto de exasperación.

—¿Seguro que no puedes pedir ayuda? —preguntó Killian a Connor, sin molestarse en ocultar su desconfianza.

—Me han expulsado de la Orden de Guardianes, ahora mismo no tengo acceso a mis contactos ni forma de regresar al Abismo, donde vivimos y también trabajamos. —Esquivó nuestras miradas como si se avergonzara de sus propias palabras.

Advertí que Zoey apartaba la vista de él; la rigidez que había abandonado su cuerpo volvió con más fuerza. Me hizo cuestionarme qué implicación podía tener ella en la expulsión de Connor. Hasta el momento lo único que sabía era que Connor había acusado a Jared de haberlo perdido todo por su culpa. ¿Qué papel había jugado ella?

Era cierto que algunas piezas del puzle iban encajando, pero seguía habiendo demasiadas en el aire, a la espera de ser resueltas. Decidí que me había cansado de temer las respuestas que tanto tiempo había esperado.

—Si rompieran la maldición, ¿qué sería de vosotros?

Los Inciertos miraron al Guardián y sentí tristeza al comprender que ninguno de ellos ni siquiera había contemplado aquella posibilidad.

—Seríais libres de vivir vuestra propia vida —respondió Connor con

rapidez, pero el temblor de su voz dejó ver que no estaba tan seguro de su respuesta como pretendía aparentar.

Los mellizos se habían quedado inmóviles, compartiendo miradas furtivas que solo ellos entendían. Lo único que yo podía distinguir era la duda en sus rostros; la esperanza y la inseguridad.

Una vez más, Killian tomó las riendas de la situación.

—Tenemos que impedir que la rompan. Los Ignis son unos asesinos, no podemos dejar que vengan a la Tierra a imponer su poder —sentenció, y bajó la voz al percatarse de que su hermano pequeño se había quedado medio dormido, acurrucado en el sofá con Zoey—. Matarán a todo el que se interponga en su camino y no pienso permitir que Eric viva con miedo. No si puedo impedirlo.

—Sería una catástrofe —susurró Zoey, visiblemente horrorizada.

Killian asintió, apretando los dientes.

—Tenemos que encontrar al autor de la carta antes de que los Ignis lo hagan, aun cuando eso signifique que seguiremos condenados. —Sus ojos adquirieron cierta resignación y su voz perdió toda emoción—. Es lo correcto.

—¿Y mi madre qué tiene que ver en todo esto? —pregunté, y, en cuanto lo hice, una bola de profundo temor arraigó en mi estómago.

—Si tu madre es una Guardiana, es lógico que quisieran secuestrarla para obtener información de los Vestigios. Quizás no lo hubieran planeado… Pero aprovecharon la oportunidad —respondió Connor, y casi pude ver lástima en su mirada. Quizá por mi cara de horror.

Mi desconfianza los había conducido hasta ella.

Yo era la única responsable de su desaparición. Yo y mis estúpidos actos.

Pero si la necesitaban no podían matarla.

Me aferré a esa esperanza como si fuese mi último aliento de vida.

—Si llegamos hasta los Vestigios Originales, podremos salvar a mi madre y al mismo tiempo impedir que los Ignis rompan la maldición —dije con determinación, y todos asintieron, incluso Connor, lo cual me asombró porque no había parecido muy dispuesto a involucrarse.

—Si os ayudo a resolver todo este embrollo, podré ganarme de nuevo la confianza de mis superiores y retomar mi vida… —meditó en voz alta, exponiendo sus motivaciones.

—¿Pero no os dais cuenta? Si existe una persona que escapó de la

maldición, ¿por qué no podríamos hacerlo nosotros? —planteó Zoey con un hilo de voz.

Todos la miraron conmocionados, pero fue Killian quien habló, implacable.

—No sabemos nada con seguridad… Y en el supuesto e improbable caso de que encontráramos a esa persona y tuviera la amabilidad de confiar en nosotros y revelarnos su secreto, tendríamos que ganar la Guerra del Día Cero. Y os recuerdo que solo uno puede entrar en la Cueva Ishtar, el guerrero o la guerrera más fuerte.

—Dos amantes habían encontrado la forma de escapar juntos, donde caben dos caben tres —comentó Jared, pero Killian seguía reticente.

—¿Qué más sabes de los Vestigios, Guardián?

Aquella pregunta acabó por enterrar la semilla de esperanza y el profundo miedo que conllevaba sentirla. La remota posibilidad de sortear la maldición para vivir una vida corriente en la tierra. Esa luz brillaba de forma tenue entre millones de caminos que conducían al futuro negro que ya habían aceptado.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 31

El hormigueo de mi piel se había agudizado en las pasadas horas, unas en las que estuvimos dándole más vueltas a las últimas revelaciones y meditando los que podrían ser nuestros próximos movimientos. Solo cuando el rugir de nuestras tripas se hizo demasiado evidente decidimos que era hora de reponer fuerzas. Connor resultó ser un aficionado de la cocina y se ofreció a guisar un caldo de verduras tras advertir que pedir a domicilio no entraba dentro de nuestras opciones. Aunque en teoría allí estábamos a salvo, era mejor no llamar la atención ni relacionarnos con otras personas.

Hacía ya un buen rato que los niveles de alcohol habían disminuido en el organismo de Connor y, aunque seguía muy serio y algo incómodo por estar rodeado de personas desconocidas, parecía algo innato en él mostrarse servicial. Como si no tuviera más remedio que ofrecer su ayuda, lo cual tenía sentido puesto que era un Guardián y lo poco que sabía de ellos era que habían sido creados para impartir justicia, mantener el orden y custodiar a los Inciertos.

—Si queremos que todo salga bien, debemos planearlo a la perfección y tener mucho cuidado. Los Ignis deben haber descubierto ya que las cartas que robaron eran falsas y sabrán que las verdaderas ahora están en nuestras manos —dijo Zoey mientras rebañaba su plato.

—¿Sabrán que existen las fotocopiadoras? Podrían simplemente haber hecho copias de los mapas y guardar a buen recaudo las cartas originales —cuestionó Jared, y pensé que tenía más lógica que hubieran hecho eso a arriesgarse a perder una información tan reveladora.

—No tengo ni idea, tal vez su interés en las cartas vaya más allá. Si lo pensáis bien, tanto los Ignis como los Kaelis tienen un olfato muy

desarrollado, tanto que algunos de ellos se convierten en rastreadores letales… —meditó Zoey.

—¿Puede quedar algo de rastro en ellas? No sabemos ni siquiera cuántos años han pasado desde que se escribieron. La persona que lo hizo podría estar muerta —dijo Killian, sentado en una posición despreocupada. La línea fina de sus labios era la única señal perceptible de que no estaba tan relajado como pretendía aparentar.

Al mencionar la palabra «muerte» acudió a mí una pregunta que me fue imposible retener.

—¿Seréis inmortales cuando dejéis de ser Inciertos?

Todos me miraron sorprendidos por la repentina interrupción, pero fue Connor quien respondió.

—Solo mientras estén en los destierros, allí el tiempo funciona de forma diferente… No existen las mismas normas a las que está sujeta la Tierra. Aquí estamos ligados al tiempo y por lo tanto a la mortalidad, cualquiera que viva en ella envejecerá como los mortales corrientes. Es el pago necesario por las maravillas que tiene que ofrecerte. Pero tanto en el Abismo como en el Atharav y en el Helheim sí podría decirse que envejeceremos mucho más despacio, podemos llegar a vivir entre trescientos y quinientos años.

Su respuesta me dejó abrumada, jamás se me había pasado por la mente la posibilidad de que alguien pudiese vivir tantísimos años y lo que eso podía significar. ¿El miedo a la muerte te perseguía incluso cuando esta se encontraba tan lejos de atraparte?

—Si la persona que escapó de la Cueva Isthar estuviera muerta, no la buscarían con tanta desesperación. Apostaría mi *piercing* favorito a que necesitan las cartas originales porque están siguiendo su rastro —la voz de Jared interrumpió mis cavilaciones, dando voz a la teoría que había planteado su hermana hacía unos minutos.

«Cuánto se arriesga a perder en esa apuesta», pensé con ironía y una pizca de diversión.

—¿Entonces pueden encontrar a la persona que escapó sin necesidad de los Vestigios? —preguntó el Guardián con el ceño fruncido.

—Quizás ahora que no disponen de las cartas, ya no —respondió Zoey.

—Mierda, entonces tenemos que darnos prisa —masculló Killian.

—Esperad. —Connor alzó la voz y todos lo observamos con

expectación—. Estamos sacando conclusiones demasiado precipitadas… No sabemos con certeza si los Ignis necesitan encontrar los Vestigios, pero para nosotros es la única opción para impedir que encuentren a la persona que rompió la maldición y se la lleven para utilizarla en el próximo Anual. Así que… —Zoey le echó una mirada de apremio ante la que Connor resopló—. En fin, que tengo una idea.

—Benditos Dioses, ya era hora de que resultara útil tu presencia —celebró Jared, y se ganó una mirada reprobadora de parte de todos, incluido Eric que, aunque no entendiera demasiado de qué iba el tema, siempre estaría dispuesto a cargar contra Jared.

—Te recuerdo que gracias a mí habéis podido leer las cartas, comer y tener un techo bajo el que refugiaros y protegeros de los Ignis desleales al Gran Hacedor —replicó el Guardián con seriedad, y casi pude notar cómo su pecho se hinchaba de orgullo.

—Te agradecemos mucho todo lo que estás haciendo por nosotros y por el Dios al que sirves, estoy segura de que recuperarás tu lugar entre los Guardianes —intervine yo para desviar la atención de las palabras de Jared.

Connor me observó con suspicacia y finalmente movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Bueno, lo que estaba diciendo —continuó exponiendo su plan—. Nuestro próximo movimiento no puede ser otro que ir a la biblioteca de la ciudad.

—¿A la biblioteca? —preguntó Zoey confundida, y Connor le dedicó una sonrisa reservada que suavizó sus facciones y lo hizo parecer más atractivo.

Más humano.

—Los libros siempre contienen las respuestas a todo, incluso a las preguntas que no nos atrevemos a hacernos.

—¿A quién le has robado esa frase? —preguntó Jared con sorna.

—Cállate —masculló Connor, y prosiguió una vez más—. En al menos una biblioteca de cada ciudad existe un compartimento escondido al que solo pueden acceder los Guardianes. Algunos de ellos trabajan allí para censurar cualquier libro que contenga testimonios de la existencia de los Dioses Elementales. Puesto que un día habitaron la Tierra, pueden quedar señales que animen a los humanos más curiosos y excéntricos a investigar y proponer teorías que solo unos poco creerían, pero que no tenemos por qué difundir al resto de la sociedad.

»En ese cuarto al que solo pueden acceder los Guardianes están todos los libros que hablan de la magia oculta de los Elementos junto con la historia de nuestro pueblo antes y después de las traiciones al Gran Hacedor. Y entre todos ellos se encuentra un libro sobre los Vestigios Originales, con él descubriremos de qué forma los cuatro objetos moldearon los últimos resquicios de la magia que quedó en la Tierra.

Tanto Killian como Zoey y Jared observaban a Connor como si no supieran nada de lo que había revelado. Al menos no era la única que se sentía perdida en todo este enredo de conspiraciones, magia, reglas, destierros y seres terroríficos.

—Está bien —aceptó Zoey, y la falta de réplicas del resto dio a entender nuestra respuesta.

—Iremos mañana cuando caiga la noche, es el único momento en el que no habrá vigilancia. Además, el Maestro que custodia la sala secreta estará en su descanso —dijo Connor, y se levantó para empezar a recoger la mesa.

—¿Cómo es posible que no vaya nadie a relevar su posición? —preguntó Killian con los ojos cargados de desconfianza.

No podía ser tan fácil como llegar y entrar como si nada.

—Nadie espera que alguien quiera colarse ahí dentro —explicó Connor mientras comenzaba a meter los platos en el lavavajillas—. Ningún humano conoce la existencia de ese lugar y menos de los Vestigios Originales, y hasta ahora ninguna criatura de nuestro mundo ha querido utilizarlos puesto que no pueden acceder a la Tierra y los que lo hacían tan solo podían permanecer una noche, tiempo insuficiente para encontrarlos.

—¿Y por qué no podemos ir ahora? —cuestioné yo, sintiendo de nuevo la opresión en el pecho que me aplastaba cada vez que pensaba en mi madre, que era prácticamente cada segundo.

—Hay que ser prudentes, no sabemos si vamos a encontrarnos allí con los Ignis. Tenéis que reponer fuerzas para poder enfrentaros a ellos si se da el caso y necesitamos un plan para colarnos sin ser vistos y salir indemnes.

—Bueno, pues me pido la habitación más grande —canturreó Jared dirigiéndose hacia ella con paso despreocupado.

—¿Te has olvidado de que tienes una hermana o qué? —Zoey echó a andar tras él.

—Yo dormiré en la cama de matrimonio, que para algo es mi casa —informó Connor, y sentí que mi corazón dejaba de latir cuando se giró para

observarnos a mí y a Killian—. Vosotros podéis dormir con Eric en la habitación de dos camas.

Killian apretó la mandíbula y esbozó una sonrisa amarga.

—La cosa mejora por momentos —gruñó con sarcasmo mientras se daba la vuelta y me ignoraba por completo.

Apreté los puños y me forcé a contar hasta diez para no saltar encima de él y gritarle que dejara de ser un auténtico gilipollas.

Mi paciencia tenía un límite.

Y él ya caminaba a kilómetros de esa línea.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 32

Por la noche, le envié un mensaje a mis amigas y a mi padre diciendo que estaba bien, que no se preocupasen por el repentino viaje. Tuve que mentir, y me odié aún más por ello.

Desistí de intentar dormirme cuando alcancé las cuatrocientas ovejas y seguía con el cuerpo más rígido que un palo. Era consciente de que tenía que descansar, pero, aunque físicamente estaba exhausta, mi cabeza continuaba tan activa que me resultaba imposible. A menos que llevara a cabo la idea que me había obligado a desechar desde que me había metido en la cama: afrontar uno de los muchos asuntos pendientes que había en mi vida.

Killian.

Las cosas entre nosotros daban pena después de destapar las mentiras sobre las que se había construido nuestra relación y, aunque habíamos discutido antes de venir a Portsmouth, sentía que teníamos una conversación pendiente. Desde que nos habíamos reunido con los mellizos y con Connor habíamos mantenido una especie de cordialidad tensa que sentía que en cualquier momento podría estallar.

Y mientras miraba el techo oscuro de la habitación durante horas, decidí que prefería detonar yo misma la bomba de relojería en la que nos habíamos convertido.

Si queríamos que la situación mejorara, debíamos dejar atrás todo aquello que nos había conducido hasta ella: los engaños y la desconfianza. Le debía una disculpa en condiciones y necesitaba desahogarme. Todavía recordaba sus palabras como cuchillas y, conforme me dispuse a salir de la habitación, el miedo a enfrentar mis sombras me retorció el estómago.

Inspiré hondo y eché a andar, aunque no sin antes echar un vistazo a la cama de al lado en la que Eric se encontraba durmiendo como un angelito. Horas antes Killian se había acostado con él y le había contado un cuento hasta que se le cerraron los ojos. Era una historia preciosa. Un niño volaba hasta la estrella más alta para liberar su sueño de ser un superhéroe y que pudiera cumplirse sin saber que, durante el camino lleno de peligros y monstruos, ya se había convertido en uno. Solo cuando abandonó la habitación entré yo para intentar descansar algo y tener un momento de intimidad en el que poder quedarme sola con el dolor que sentía por el secuestro de mi madre.

Cerré la puerta con cuidado y recorrí el pasillo hasta llegar al salón.

—¿Sabes dónde está Killian? —le susurré a Jared, que estaba despatarrado en el sofá. Veía absorto un programa de adiestramiento de animales en el que una mujer adinerada lloraba porque su chihuahua le había destrozado su bolso de cachemir.

—Está en la azotea tomando el fresco —me respondió sin quitar ojo a la pantalla.

—Vale, gracias. —Me di la vuelta, encaminándome hacia la entrada para coger las llaves del apartamento.

—¡Pues para eso no tenga perros, señora! —Oí a Jared protestar de fondo. Se me escapó una pequeña risa.

Metí las manos con nerviosismo en el bolsillo delantero de mi sudadera. No quería pelearme más con Killian, pero conociéndolo, la discusión no sería sencilla… Y tenía que prepararme para ello.

Así que ajusté la coleta alta en la que me había recogido el pelo y subí las escaleras hasta que di con el último piso. Eran cerca de las dos de la mañana, por lo que la probabilidad de cruzarnos con algún vecino era muy baja.

Abrí la puerta metálica que daba paso a la azotea del edificio y me encontré con un espacio que parecía sacado de una comedia romántica. Al menos las luces cálidas que se distribuían en farolillos por toda la zona podrían suavizar las cosas. Las estrellas no nos acompañaban esa noche, ni siquiera la luna daba algo de luz. En cualquier momento comenzaría a chispear, el ambiente estaba húmedo y flotaba el típico olor que precede a un día lluvioso.

Me aproximé a Killian con paso seguro, a sabiendas de que me habría escuchado mucho antes de que pisara la gravilla de la azotea. Solo cuando

me situé a su lado dio muestras de haberse percatado de mi presencia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin molestarse en ocultar la dureza de su voz.

Tampoco se giró para mirarme.

Estaba apoyado en el muro, mirando hacia la nada con el rostro cansado y al mismo tiempo rígido. Apostaría a que esto último se debía a mi aparición. No pude evitar fijarme en lo bien que se acoplaba a sus músculos la camiseta negra que se había puesto para dormir. ¿Cómo no iba a resultarme difícil apartar la mirada de él? Incluso unos simples pantalones de chándal grises le conferían un aspecto despreocupado y atractivo. Apartó sus ojos de la interminable oscuridad para fijarlos en mí con un movimiento desganado. Nunca había estado tan cautivada por alguien y de repente me sentí incómoda en las mallas negras que llevaba junto a la sudadera blanca bajo la que me refugiaba del aire nocturno que comenzaba a refrescar. Me sentí estúpida al pensar en aquello, pero me costaba centrarme cuando lo tenía tan cerca como para poder tocarlo si tan solo alzaba la mano.

—Tenemos que hablar. —Esperé su respuesta, pero al ver que transcurrían varios segundos sin que abriera la boca decidí continuar con una conversación que, por lo visto, solo quería mantener yo—. ¿Crees que con su ayuda conseguiremos encontrarla?

Sentí que hablaba con un muro frío, casi de hielo.

—Ah, ¿qué ahora somos un equipo? —preguntó con desdén.

—Mira, sé que ahora mismo soy la última persona a la que querrías ver, pero ¿y si esto es lo que debía de pasar de alguna retorcida manera? Con las cartas en nuestras manos tenéis la oportunidad de romper la maldición y crear una vida desde cero. —Tragué saliva y me esforcé por creerme lo que estaba diciendo—. Encontraremos a mi madre e impediremos que los Ignis arrasen la Tierra.

—Me asusta lo ingenua que puedes llegar a ser. —Me dedicó una sonrisa ladeada que me supo a veneno—. Hablas como si se tratase de una historia, como si mi hermano no pudiera morir en cualquier momento. —Su voz adquirió un tono aún más duro—. Yo ya había asumido mi futuro. Eric se quedaría con tu madre, a salvo, y yo lucharía por poder verle una noche al año. ¿Y ahora qué? —Apretó los puños, dejando salir la rabia—. ¡Esto era lo que quería evitar, joder!

Abrí los ojos de par en par, conmocionada por su angustia. Su muro se resquebrajaba y el mío hacía demasiado que se encontraba en carne viva.

—¡¿Qué quieres que te diga?! —grité—. ¿Que todos vamos a morir? ¿Que los Ignis por arte de magia no encontrarán a la persona que tiene la llave para romper la maldición? ¿Que no terminarán bajando a la Tierra si alguien no se lo impide? —Se me rompió la voz—. ¡Solo trato de arreglar las cosas! Intento tener esperanza porque si no lo hago me quedaré en una cama martirizándome por mis últimas acciones. Sé que he puesto en peligro a Eric y lo siento muchísimo, pero no sé qué más hacer o decirte.

—No es suficiente, no con mi hermano. Tengo que cuidar de él y ahora no sé cómo cojones voy a hacerlo —dijo, pasándose las manos por el pelo y dándome la espalda.

La frustración que sentía tras intentar que me comprendiera y fracasar consiguió que perdiera las riendas de la situación y se apoderase de mí toda la rabia que había acumulado durante las últimas semanas. Perdí el control después de vivir atrapada en una burbuja de cristal que ya había estallado.

—Desde que regresé a Haven Lake con el único propósito de empezar de cero todo ha ido cuesta abajo y sin frenos. Tuve que lidiar con que mi madre llevara mintiéndome un año entero, me sentía una intrusa en mi propia casa, presencié un asesinato, el secuestro de mi mejor amigo y he tenido que mentir a mis amigas para no perder a más personas. —Tomé una bocanada de aire cuando se dio la vuelta para observarme, asombrado por mi repentino brote de sinceridad. Continué antes de que me interrumpiera —. Descubro que los Dioses Elementales existen, que dos de las personas con las que convivo no son humanas y que una de ellas lleva un tatuaje parecido al de los seres que intentaron asesinarme. Mi madre pretendía abandonarme, vender mi casa y obligarme a volver a una vida en la que era infeliz. ¿Y esperabas que a la primera de cambio actuase de forma sensata? ¡No sé ni cómo no me he vuelto loca! —Killian me observaba con los ojos cada vez más abiertos y una expresión de culpabilidad que me obligué a ignorar—. Os mentí para intentar llegar hasta la verdad y sí, fui una estúpida por hacerlo. Por mi culpa han secuestrado a mi madre y casi le ocurre algo a Eric, que por si no lo sabes, me importa y jamás querría que le ocurriera nada malo.

»¿No crees que ya tengo suficiente mierda con la que cargar? Y encima… Encima tengo que aguantar cómo me juzgas, tus miradas de rechazo, tus reproches… Entiendo que te enfadaras y puedo respetar que no quieras ser mi amigo, pero no voy a seguir permitiendo que me trates como si yo fuera la mala de la película. Porque yo no podía ni imaginar las

consecuencias que tendrían mis decisiones, solo estaba sobreviviendo de la mejor manera que sabía.

Cuando terminé de soltarlo todo me sentí más ligera. Por una vez la ira no me había nublado el juicio, sino que había dado voz a todos aquellos pensamientos que había ignorado por sentir que no merecía estar cabreada después de conducir a esos Ignis hacia mi madre y Eric.

Killian tenía el rostro desencajado y me miraba con una intensidad que consiguió alterar aún más mi respiración. Parecía confundido, como si no pudiera contestarme porque antes tenía que lidiar consigo mismo y con todo lo que estaba sintiendo.

—Te mentimos para protegerte, porque en el momento en el que estuvieras metida en toda esta mierda jamás podrías salir y tu vida se acabaría —se justificó, esta vez más calmado.

—Yo también te mentí para protegerme. ¿Qué diferencia existe entonces entre los dos? —Alcé la cabeza en un gesto de desafío.

Mi pregunta quedó suspendida en el aire y casi podía sentir lo mucho que pesaba entre ambos.

—Ninguna, ese es el puto problema —masculló exasperado, pellizcándose el puente de la nariz.

En ese instante, la calma momentánea que había sentido se esfumó, sustituida por la desesperación que me producía la ambivalencia de sus mensajes.

—No te entiendo, ¿¡por qué no dejas de ser un cobarde y eres sincero de una maldita vez!?

—Porque si lo hago romperé una barrera entre los dos y ya no habrá vuelta atrás —espetó, mostrando por una vez un atisbo de sinceridad que me sacudió por completo.

«¿Por qué no habría vuelta atrás?», eso era lo que de verdad quería preguntar, pero no me atreví. No merecía la pena porque él no estaba dispuesto a traspasar ninguna barrera.

—Parecía que no te importaba tanto romper la barrera sexual.

—No pensaba que para ti significara tanto. —Su rostro se contrajo en una sonrisa ladeada que hizo avivar aún más mi furia.

—Sé que para ti no era más que un simple juego, pero yo sí sentí que podría haber una conexión entre nosotros —solté sin vergüenza, y su cuerpo se tensó.

Dio un paso hacia delante y sentí cómo el corazón se me subía a la

garganta mientras nos retábamos con la mirada, mientras esperaba a que soltara las palabras que intuía que me reventarían aún más.

—Pues te equivocaste. ¿Y sabes por qué? —dijo con frialdad y sus ojos grises centellearon—. Porque jamás podría estar con una persona tan impulsiva e inmadura como tú. En el fondo sabías que te estabas metiendo de lleno en el peligro y en vez de ser inteligente y marcharte, te quedaste y seguiste jugando a los detectives. ¿Necesitabas sentirte importante? ¿Era eso, Aria?

Me mordí la mejilla para impedir que las lágrimas que se habían acumulado a lo largo de la discusión se derramaran.

No le iba a dar el lujo de derrumbarme delante de él.

—Estás siendo un capullo —escupí con un hilo de voz. ¿Así me veía?

—Te dije que no era buena idea que nos acercáramos.

—Bueno, un error más que añadir a mi lista —dije con una risa amarga, para después erguirme y apuntarle con un dedo al pecho—. Y para tu información, jamás podría haber dejado a mis amigos y a mi madre sabiendo que estaban sucediendo cosas tan horribles delante de mis narices. Y no vuelvas a llamarme inmadura, porque al menos yo tengo los ovarios de afrontar mis errores e intentar mejorar las cosas.

—¿Y no has hecho tú lo mismo con tus amigas? ¿No les has ocultado la verdad para protegerlas? ¿Qué piensan Karina y Lila de tu viaje repentino o de Álex? —respondió a la defensiva.

—No intentes dar la vuelta a las cosas, ninguna de mis amigas está metida en todo esto. Yo sí lo estaba y, aun sabiendo que me estaba volviendo loca, nadie tuvo el valor de decirme la verdad.

Sabía que estábamos dando vueltas en círculos, pero ninguno de los dos sabía cómo parar.

Ni quería.

—¿Pero es que no te das cuenta de que la verdad es demasiado peligrosa? —preguntó Killian con un suspiro de frustración—. Tu madre habría hecho lo que fuera necesario para obligarte a volver a Portland y que estuvieras a salvo con tu padre. Pero no, tú te empeñabas en estar metida hasta el cuello. Ya lo has conseguido. ¿Estás contenta?

Sus palabras me aterraron. ¿Y si en el fondo tenía razón? Ninguno de los dos era perfecto, nos movían cosas de nuestro pasado que nos impulsaban a actuar para sentirnos mejor con nosotros mismos, para poder lidiar con las sombras que habíamos descubierto. Yo iba un paso por delante

de él porque podía aceptar ese simple hecho, y uno más turbio y complicado: no existen ni buenos ni malos en una pelea en la que todos han tomado las decisiones que creían mejores. Me había cansado de esperar a que él avanzara hacia mí, a que me comprendiera y pusiera de su parte para unirnos frente a las verdaderas amenazas. Aquellas que quedaban lejos de esta azotea en la que dos desconocidos se empeñaban en ganar una discusión que no tendría fin hasta que resolvieran sus propios conflictos.

Así que cargué una última vez, apuntando hacia un Killian que necesitaba que alguien le pusiera la verdad delante de las narices. Para no tener más remedio que mirarla y decidir si quería seguir huyendo.

—¿Sabes qué? Estás siendo un imbécil sin empatía que solo está acojonado porque no se atreve a perdonarse sus propios errores. Por eso no puedes aceptar los del resto, por eso me juzgas. Porque en realidad lo estás haciendo contigo mismo. ¿Y sabes qué? Ya me he cansado de ser tu reflejo, a partir de ahora, cuando quieras machacar a alguien, ten la valentía de ponerte frente al espejo para encontrarte con tu verdadero enemigo.

Apretó los dientes y empalideció. Mis palabras parecían haberle dado de lleno y me observaba con ojos diferentes. Unos que poco tardaron en apartar la vista de mí para dirigirla hasta el paisaje sombrío que nos rodeaba.

—No actúes como si supieras algo sobre mí —musitó al cabo de unos segundos.

—Tú mismo lo has dicho, no te conozco. ¿De verdad esperabas que confiara en ti por tu cara bonita? —Bajé el tono, pero mi voz se mantuvo igual de firme.

Volvió a posar sus ojos sobre mí.

—Mira, es demasiado tarde y… —Suspiró cansado—. Lo último que quiero es hacerte más daño y no creo que pueda evitarlo si seguimos con esta conversación. Así que lo mejor será que intentemos mantener una relación cordial y ya está.

—Está bien —concedí derrotada, porque después de la discusión que habíamos tenido era lo más sensato—. Lo mejor será que cada uno vaya por su lado, como debió ser desde el principio.

No se molestó en decir nada más, permaneció ahí como una estatua, mirándome con una intensidad que me estremeció de pies a cabeza. Sentí la tensión recorrer cada poro de mi piel, una electricidad que hormigueaba mis dedos y me empujaba a dejarme llevar por mis deseos más estúpidos y

primitivos. Quería gritarle, llorar y al mismo tiempo quería besarlo y acabar con la tirantez que notaba por debajo de mi estómago. Era una locura.

Esa noche conseguí dormir, no sé si a consecuencia de liberar todas las emociones que me habían desbordado desde la noche anterior o a causa del agotamiento. No recuerdo el momento exacto en el que me alejé de la realidad, pero sí recuerdo unos ojos grises observándome con intensidad; el eco de las risas de mis amigos tras una tarde en la que no ocurría nada interesante, tan solo nosotros; el abrazo de mi madre cuando volvía corriendo del colegio para contarle que había sacado la mejor nota de la clase, y la cara que ponía mi padre cada vez que descubría que me había comido el último helado de frambuesa.

Fue uno de los sueños más bonitos que tuve y una de las peores pesadillas tras despertar y, después de unos segundos, darme cuenta de que la realidad nunca volvería a tener un sabor tan dulce.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 33

Maldije en voz baja cuando el crujido de una rama a mis pies rompió el silencio que tanto luchábamos por mantener. Al instante, Connor se giró con cautela y me lanzó una mirada de advertencia que solo sirvió para ponerme aún más nerviosa. Avanzamos en fila por el bosque que daba paso al enorme edificio de la biblioteca de Portsmouth, New Hampshire, siguiendo el plan que habíamos ido detallando a lo largo del día: colarnos sin ser vistos, dar con la habitación secreta que conectaba con el Abismo y en la que se hallaban los libros prohibidos y salir de allí con la localización de los Vestigios Originales.

Nada demasiado complicado para un grupo tan preparado como el que éramos.

Nos habíamos vestido con ropa oscura con el propósito de fundirnos con las sombras y, además, como ignorábamos qué podríamos encontrarnos ahí dentro, Connor nos había facilitado algunas armas: dagas afiladas con una empuñadura de cobre desgastada y una hoja afilada en la que había grabadas una serie de formas desconocidas para mí.

¿Cómo sería la vida en ambos destierros cuando utilizaban un tipo de arma blanca tan primitiva?

Por otro lado, decidir quién participaría en esta misión había resultado más sencillo de lo que todos esperábamos. Jared decidió que se quedaría cuidando de Eric en el apartamento ya que tenía que realizar gestiones de su trabajo como *influencer*, es decir, inventarse un motivo de peso para justificar su ausencia en redes y dejar la agenda cerrada para las próximas dos semanas. Unas en las que no tendrían tiempo de crear contenido puesto que estarían ocupados intentando proteger al mundo de la invasión de los

Ignis.

También pensé que alguien cuestionaría mi participación, pero me equivoqué. Killian sabía que podía defenderme sola y que su opinión no contaba demasiado después de la discusión que habíamos tenido en la azotea. Aun así, no me pasó inadvertida su expresión de descontento cuando anuncié que yo también iría a la biblioteca. No estaba dispuesta a quedarme de brazos cruzados mientras a mi madre le hacían a saber qué cosas.

La biblioteca se encontraba apartada de las zonas más transitadas de la ciudad, lo cual supuso una clara ventaja para poder aproximarnos a ella con más tranquilidad. La niebla espesa también nos protegía, aunque yo tenía la inquietante sensación de que en su interior podría acechar cualquiera de los monstruos que nos perseguían. No ayudaba el sonido constante de los grillos ni el de las ramas moviéndose a causa del incesante viento. Lo único que podía aplacar mis nervios era el olor a tierra mojada que impregnaba el ambiente. Había estado todo el día lloviznando y no sabía por qué, pero amaba ese tipo de atmósfera.

—Por aquí está la puerta —siseó Killian, que iba encabezando la marcha.

Continuamos avanzando hasta que pasamos la esquina y dimos con la entrada trasera, donde quedábamos fuera de la vista de cualquier transeúnte despistado que decidiera que dar un paseo a las tres de la mañana era una buena idea.

—Déjame a mí, las cerraduras son mi especialidad —dijo Zoey, abriéndose paso hasta llegar frente a la puerta de metal.

Alzó su brazo en un movimiento casi hipnótico y estiró la mano derecha. Se concentró en la cerradura y sus dedos comenzaron a sacudirse como si pequeñas descargas eléctricas los atravesaran. De repente, salió de ellos una luz blanquecina que se deformó hasta crear la silueta perfecta de una llave que irradiaba calor. Con un movimiento corto y seco hizo que entrara en la cerradura y la abriera. Después se evaporó como si nunca hubiese existido y fuese solo un mero producto de nuestras imaginaciones.

—Eso ha sido… Impresionante —susurré con la boca abierta, tanto que le arrancó una sonrisa.

—Ventajas de ser una Incierta —dijo, guiñándome un ojo. Después se giró para empujar cuidadosamente la puerta con el hombro.

Se abrió hacia dentro, acompañada por un agudo chirrido. Zoey hizo

un gesto de apremio para que todos entrásemos y cuando lo hicimos di un respingo al escuchar el breve portazo que anunciaba que habíamos completado el primer paso de nuestro plan con éxito. Estábamos dentro.

Killian condensó luz en sus manos para que pudiéramos ver algo hasta que nuestra vista se habituara al espacio negro que nos rodeaba. ¿Tanto costaba coger unas linternas? ¿Su energía no disminuía al usar su poder?

El único sonido que nos acompañaba era el eco de las agujas de un reloj, por lo que supuse que los techos de la biblioteca serían altos. Killian movió el brazo y alumbró una zona repleta de estanterías tan altas que para acceder a las baldas superiores haría falta la escalera de madera apoyada en un extremo.

El lugar era precioso a la par que escalofriante.

—¿Oléis la magia? Tenemos que seguir su rastro —preguntó Connor en voz baja.

Arrugué la nariz.

Yo lo único que podía identificar era el polvo, los libros antiguos y en todo caso la fina capa de sudor que se empezaba a acumular en mi nuca y en mis axilas. La tensión que sentía ponía a mi cuerpo en un estado de alarma constante. Pero era complicado cuando sentía en mi costado derecho el peso de la hoja larga y puntiaguda de la daga. Un pequeño recordatorio de que en cualquier momento las cosas podrían ponerse muy feas.

—¿Habéis escuchado eso? —preguntó Killian, colocándose en una posición de alerta que al segundo imitamos el resto, aunque yo no había oído nada.

—No estoy seguro —contestó Connor, y se calló durante unos largos segundos, a la espera de advertir cualquier peligro. Solo se escuchó el sonido irregular de nuestras respiraciones, por lo que prosiguió—. Tenemos que darnos prisa, estamos muy cerca.

—Sí, lo puedo sentir —murmuró Killian mientras cruzábamos con sigilo hacia el otro extremo de la biblioteca, dejando atrás pasillos repletos de estanterías.

No habíamos vuelto a identificar ningún sonido extraño, por lo que dedujimos que podría haberse tratado de un ratón o simplemente del viento. Mis pensamientos se volatilizaron tras chocar de pleno con la espalda de Killian. Todos se habían detenido de forma abrupta ante una de las estanterías pegadas a la pared. Con mi corriente olfato me hubiese resultado imposible detectar qué tenía de especial, pero el resto no parecía tener duda

alguna de que aquel rincón era el que habíamos estado buscando.

—Tiene que estar detrás de esta estantería —indicó Zoey, inclinando tomos al azar a la espera de que algún mecanismo de apertura se pusiera en marcha y revelara el pasadizo secreto que nos conduciría hacia nuestro destino.

—No estamos en una película —le dijo Connor con una sonrisa burlona que me hizo fruncir el ceño.

¿Qué había entre estos dos? Me había fijado y durante el camino hacia la biblioteca habían conversado con más tranquilidad y más relajados, aun sabiendo hacia donde nos dirigíamos. Para sorpresa de nadie, Killian y yo no habíamos intercambiado ni una sola palabra.

Connor nos observó con cierta vacilación en los ojos antes de extraer del bolsillo lo que parecía ser una llave antigua de color dorado desgastado.

—Todo Guardián posee una llave que abre todo tipo de puertas, incluso las más abstractas e inesperadas —dijo con un tono de voz ronco y misterioso, captando al instante toda nuestra atención.

Nos dio la espalda para buscar un libro de entre los cientos que había agolpados en los estantes, deslizaba su mano sobre los tomos con sumo cuidado mientras que Zoey, Killian y yo compartíamos una mirada de intriga y esperábamos con nerviosismo.

—Oh, aquí estás —exhaló al cabo de unos minutos.

Sacó un libro que, a diferencia del resto, se encontraba cerrado por un candado de hierro oxidado que comenzó a sacudirse cuando Connor aproximó su llave a él. Esta tenía en el centro una especie de lágrima escarlata que brillaba y que perdió intensidad cuando se introdujo en la cerradura. Una vez que Connor la abrió, el libro empezó a dar bandazos de un lado a otro, como si tuviese vida propia. Escapó de sus manos y se quedó tendido a nuestros pies, de tal forma que creábamos un círculo a su alrededor. Tras unos segundos de inquietante calma, de repente se abrió de par en par para dejar salir una espesa luz blanquecina que alumbró nuestros rostros atónitos. Pero esto no fue lo más asombroso. Cada una de las letras impresas comenzó a levantarse del papel. La tinta que las formaba empezó a entremezclarse para crear un tornado negro de magia que se iba expandiendo progresivamente. El viento que emanaba de él comenzó a empujarnos hacia el centro del huracán y tuve que hacer mucha fuerza con los pies para mantenerme en mi posición.

—Tenemos que darnos la mano —explicó Connor, extendiendo el

brazo que tenía libre.

—¿Qué se supone que estamos haciendo? ¿Un ritual satánico? —gritó Killian con los ojos entornados.

—Confiad en mí u os quedaréis aquí —farfulló el Guardián que, a diferencia del resto, no se mostraba en absoluto sorprendido por la situación —. Tenemos que saltar hacia el centro del libro.

—No sé vosotros, pero yo paso de quedarme sola en una biblioteca tan inquietante —indicó Zoey, dándole la mano a Connor. Por cómo apartó la mirada apostaría a que se había sonrojado. Menos mal que para esas situaciones la noche siempre era una buena aliada.

—Y yo paso de perderme la verdadera diversión —dijo Killian, esbozando una sonrisa ladeada y cogiendo de la mano a Zoey.

De repente, todas las miradas recayeron sobre mí.

Sentía la sangre en mis oídos a la par que mi corazón bombeaba con fuerza.

Ordené a mi cuerpo que hiciera algo, que se moviera, aunque fuese un mísero centímetro, pero me sentía paralizada por el miedo a lo desconocido, a cómo sería saltar sobre ese caos de magia y perdernos en ella. Aun así, hice el esfuerzo de mirar la mano de Killian, que me esperaba con la palma hacia arriba. Me concentré en mentalizarme de lo que estaba a punto de suceder, pero el problema era que no quedaba tiempo. Cada vez resultaba más difícil no verse arrastrados por la corriente que se empeñaba en absorbernos.

—Aria —dijo Killian, y al instante posé mis ojos en los suyos, que me observaban con una determinación que me puso la piel de gallina—. No te ocurrirá nada malo.

El ruido ensordecedor de la magia al acudir a nuestra llamada quedó en un segundo plano cuando escuché su voz. Sin dejar espacio a la duda, atrapó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos. El miedo disminuyó bajo el calor de su piel y, como en otras ocasiones, me sentí más segura con su presencia y apoyo.

No tuve tiempo de procesar el significado de su gesto, asentí en su dirección y cerré los ojos mientras dábamos un paso hacia delante.

La espesa y negra masa se arremolinó bajo nuestros pies y nos alzó del suelo para engullirnos.

Nos convertimos en algo mucho más antiguo y poderoso y, como si fuésemos de aire, fuimos absorbidos por las páginas. Los libros te

transportaban a miles de lugares, pero nunca pensé que podría llegar a resultar tan literal. Las sensaciones que experimenté durante el viaje a través del portal mágico fueron indescriptibles. Sentí como si mi cuerpo se comprimiera o dividiera en cada átomo del que estaba compuesto y cambiase de forma para después recuperar mis extremidades y aterrizar de culo en la sala de la biblioteca que conectaba el Abismo con la Tierra.

Fue… diferente.

Y aterrador.

Todos caímos sobre el suelo de tierra con diferentes grados de torpeza excepto Connor, que descendió de cuclillas y se levantó con una gracia sobrenatural que anhelé tener. Gastamos unos segundos en recuperarnos de las extrañas sensaciones que el viaje había dejado a su paso.

—¡Qué pasada! —exclamó Zoey llena de emoción. Se levantó de un salto y trató de arreglarse el amasijo de pelo desordenado que tenía sobre la cabeza—. Cuando se lo cuente a Jared va a flipar y se morirá de envidia.

Yo, en cambio, tardé un poco más de la cuenta en ponerme en pie porque seguía intentando procesar que habíamos viajado a través de un maldito libro.

—¿Estás bien? —me preguntó Killian, y pude entrever la incomodidad en su rostro.

—Sí… Gracias por lo de antes —respondí, aún confundida.

Deslicé la vista por el resto de la sala para echarle un vistazo. Parecía que nos encontrásemos en una especie de agujero debajo de la Tierra. No había puertas de entrada ni de salida, el libro en las manos de Connor era nuestra única vía de escape.

—¿Dónde estamos?

—En el Abismo, donde vive la Orden de Guardianes. El lugar en el que luchan anualmente los Ignis y los Kaelis para poder entrar en la Cueva Isthar —respondió Connor, y después soltó un sonoro suspiro. La voz con la que habló esta vez fue mucho más seria, o más bien llena de una amarga resignación—. Este era mi hogar. Dentro de poco mi llave perderá toda su energía y no podré regresar a él. —Pareció leer la pregunta implícita en mis ojos—. Para hacerlo necesitaría renovar su energía en el Sauce de Éter y si no me permiten la entrada al Abismo, será imposible.

Quise preguntar qué podría haber hecho para que no le dejaran regresar junto con su familia. Tenía claro que Zoey lo sabía, siempre que había salido el tema su semblante cambiaba por completo y se teñía de una

amarga tristeza.

—Creamos estas salas como un acceso mágico para poder controlar toda la información de la Tierra y al mismo tiempo seguir seguros en casa —añadió Connor.

—Entonces, ¿puede algún Guardián acceder a esta sala a través del mismo Abismo? —pregunté con curiosidad y asombro.

—Es poco probable, pero sí. Accederían solo con la llave, mientras que desde la Tierra se necesita el portal mágico, que en este caso es el libro. En fin, debemos darnos prisa. Si había alguien en la biblioteca, sabrá dónde esperarnos, y sí o sí tenemos que regresar para dejar el libro en su sitio. Los Guardianes son muy estrictos con las normas y enseguida detectarían que algo va mal.

Connor describió escuetamente el libro de los Vestigios Originales y nos pusimos en marcha lo más rápido que pudimos. Cada uno buscaba en una zona de la sala, que no es que fuese muy amplia. Estaba alumbrada por varias velas, había cuatro grandes estanterías que se alzaban casi hasta el techo de piedra y, encasillado al fondo de la estancia, un estrecho escritorio con un sillón raído detrás.

Conforme avanzaba en mi búsqueda pude apreciar la belleza de los tomos, de tapa dura y con sobrecubiertas que tenían un estilo parecido: un fondo oscuro con letras doradas que anunciaban qué información podrías encontrar dentro. Al parecer todos desprendían energía, pero el que buscábamos contenía mucha más cantidad de Éter que el resto por lo que no debía ser difícil de encontrar —para ellos, claro—.

—¡Lo tengo! —anunció Zoey tras un rato de concentración absoluta.

—Bien, joder —celebró Killian, y la alzó para darle un abrazo.

Aquello me produjo una punzada de celos de la que me avergoncé de inmediato.

—Os recuerdo que lo difícil no era encontrar el libro de los Vestigios, sino salir con él sin que los Ignis nos tiendan una trampa —dijo Connor, y por su expresión podía distinguir la lucha que se estaba labrando en su interior. Estaba traicionando de alguna forma a su familia y, aunque fuese lo correcto, no debía de sentirse cómodo al hacerlo.

—Honraré la ausencia de Jared y te diré que eres un aguafiestas —respondió Killian con los brazos cruzados, y el Guardián le dedicó una mirada asesina ante la que muchos se encogerían, pero que a él no hizo salvo provocarle una sonrisa socarrona.

—Esperad, no podemos irnos de aquí sin más —intervine, notando cómo los engranajes de mi cabeza comenzaban a girar con rapidez.

Tenía un plan, y cuando le di voz me observaron con una mezcla de aprobación y dudas.

Pero como no teníamos más opciones, solo nos quedó desear con todas nuestras fuerzas que la simplicidad de mi idea bastara. Y que, de paso, lográramos salir con vida de la biblioteca.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 34

Una aguda punzada de dolor me recorrió el coxis cuando el portal mágico nos escupió en el mismo sitio donde lo habíamos utilizado por primera vez. Me mordí la mejilla para ahogar un quejido y abrí los ojos con una sensación de mareo que traté de disipar pestañeando con rapidez. No funcionó demasiado bien, pero al menos ya podía distinguir la figura de Zoey, Killian y Connor, que ya se habían recuperado y estaban cerca de mí. Esperaban en tensión a que de repente emergiera de entre las sombras un Ignis con su ostentosa capa de fuego.

Sin embargo, solo nos recibieron los sonidos propios de la noche y un edificio tan vacío como el que habíamos encontrado a nuestra llegada. Me puso la carne de gallina; no sabía por qué, pero me daba mala espina que todo hubiese resultado tan conveniente y sencillo.

Zoey se dio la vuelta para tenderme la mano. La cogí sin pensarlo dos veces y me puse en pie, esbozando una leve sonrisa de agradecimiento. Por el rabillo del ojo vi a Connor dejar el libro mágico en su sitio original para después guardar su llave a buen recaudo. Eso significaba que nuestro próximo movimiento consistía en salir de allí; estábamos tan cerca de lograrlo que me puse aún más histérica. Caminamos hacia la puerta trasera y mi corazón se paró cuando el viento chocó con fuerza contra los ventanales. El contraste del caos del exterior con la inquietante calma del interior hizo que el nudo de nervios en mi estómago se contrajera.

Cruzamos la estancia sin pausa y con toda la rapidez que pudimos. Nuestra presencia no podía haber pasado desapercibida, ya que el portal mágico no había sido demasiado silencioso. Sin embargo, los miles de libros que descansaban sobre los estantes parecían ser los únicos testigos de

nuestro hurto.

Al menos hasta que Connor fue a tirar del picaporte de la puerta y su rostro se tornó blanco cuando no logró que se abriera. Lo intentó de forma frenética sin ningún resultado, pero algo empujaba desde fuera con muchísima fuerza, impidiendo que pudiéramos salir de ahí.

Nos quedamos como estatuas cuando de un segundo a otro los adoquines retumbaron con firmes pisadas que se aproximaban hacia nosotros. Venían de todos los lados y de ningún sitio.

Lo único que estaba claro era que se acercaban más.

Más.

Y más.

No teníamos escapatoria, pero no podíamos quedarnos quietos a esperar a que nos mataran. Killian pareció salir del estupor al mismo instante que yo.

—Mierda, son ellos —masculló con los nudillos blancos de tanto apretar los puños—. Vamos, ¡por la otra puerta!

Desenvainamos las dagas y nos pusimos en marcha.

Presa del pánico, obligué a mis piernas a alcanzar la máxima velocidad en un intento por seguir el ritmo del resto, cosa que era improbable ya que eran seres sobrenaturales y yo una simple humana. Aun así, lo intenté con todas mis fuerzas, sorteé las estanterías y me colé por rincones oscuros con la esperanza de que el próximo resquicio de luz me mostraría las sombras de mis compañeros y no las del grupo de Ignis. Seguro que estaban disfrutando de su juego, esperando a que nuestro miedo alcanzara su punto álgido para alimentarse de él.

—Joder, se me olvida que no eres como nosotros. —Oí sisear a Killian, que frenó en seco al darse cuenta de mi posición. Ellos ya estaban prácticamente en los dos portones principales de la biblioteca y yo unos metros más atrás.

De repente, los pasos que nos acechaban y que resonaban por toda la biblioteca cesaron. En el pasillo que separaba las dos mitades de la biblioteca, a una distancia considerable de mí, apareció una figura encapuchada con una capa negra que ocultaba todo su cuerpo. Al tener cubierta la cabeza y con la escasa luz que había resultó imposible distinguir su rostro, pero no parecía ser uno de ellos.

Nos observó impasible durante unos segundos y después hizo un movimiento.

Se me cortó la respiración cuando sacó de su capa una granada.

Sin un ápice de emoción, la lanzó hacia nosotros y se dio la vuelta, alejándose con paso tranquilo.

Abrí los ojos, conmocionada. Escuché el lejano eco de los gritos a mi espalda mientras la granada rebotaba una y otra vez sobre el suelo. Se deslizaba a nuestro encuentro a cámara lenta, pero al mismo tiempo rodaba a la velocidad de la luz. Lo único que visualizaba mi mente era el ridículo margen de tiempo que teníamos. Los segundos que tardaría la granada en alcanzar nuestra posición. Después solo quedaría el estallido y el fuego consumiendo cada centímetro de nuestro cuerpo.

No íbamos a sobrevivir.

Mi madre se quedaría atrapada con los Ignis hasta que decidieran matarla.

No hubo tiempo para pensar más, solo quedó el instinto de supervivencia y los impulsos que nacen desde las entrañas. Me moví de forma automática, escuchando únicamente los latidos de mi corazón. Sin embargo, mis pasos no se alejaron de la que iba a ser mi muerte, guardé la daga con un movimiento torpe y me aproximé hasta la granada. La recogí del suelo, cortando su trayectoria hacia mis compañeros. Tuve que apretar los dientes cuando mi piel entró contacto con el acero y me ardió.

—¡Aria! ¡Qué cojones haces! —gritó Killian.

—¡Sálvala! —respondí en un alarido que partió mi voz en dos.

Me hubiese gustado darme la vuelta, verlo una última vez. Pero ni siquiera me podía permitir esa fracción de egoísmo. Me alejé de ellos hacia dónde estaba el ser encapuchado y con las escasas energías que me quedaban lancé la granada en su dirección. Al instante se perdió entre los pasillos. Un sabor salado llegó hasta mis labios y fue solo entonces cuando me percaté de que estaba llorando. Seguía demasiado cerca de la granada y ya no me quedaba más tiempo.

Alejarla de Connor, Killian y Zoey había sido la única oportunidad de que alguno de nosotros sobreviviera y me alegraba haberlo intentado al menos. Me calmaba saber que Eric y Jared podrían no perder a la única familia que les quedaba y mi madre tendría una oportunidad para ser rescatada. Porque en realidad no estaba segura, era imposible saber la magnitud de la explosión.

Pero no estallé por los aires como había esperado.

De la granada salió un gas blanco y espeso que se extendió

rápidamente por nuestros pies.

Empecé a toser y a sentir dificultad para respirar, los ojos me quemaban y por un momento dejé de ver el espacio que me rodeaba. Intenté alejarme, hacer algo para protegerme de aquella sustancia que se colaba en mis pulmones y me impedía pensar con claridad. Pero mis pies se enredaban, no veía nada y un intenso dolor martilleaba mi cabeza. Creo que me caí al suelo.

No lo sé.

Solo sentía dolor.

Y, después, ya no sentí nada.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 35

Luché por abrir los ojos y cuando lo conseguí, me di de lleno con el caos más absoluto, ¿o era mi cabeza? Recuerdo el sonido del asfalto, el olor húmedo de la oscuridad y el calor de unos brazos sosteniéndome, ¿o apresándome? Destellos de imágenes que no lograba identificar sacudían mi mente en breves fogonazos para después desaparecer y dar paso de nuevo al vacío en el que me había convertido.

No sabía distinguir la realidad, pero mi instinto se aferró con ímpetu al eco de una voz que se empeñaba en llegar hasta mí. Deseé que fuera él.

Tenía los párpados pegados, me pesaban, la inconsciencia seguía tirando de mí. Una cálida luz me dio la bienvenida cuando lentamente comencé a abrir los ojos. Al instante me arrepentí de haberlo hecho. Me ardían tanto que el dolor consiguió disipar parte del mareo que emborronaba la estancia donde me encontraba. Giré la cabeza y distinguí una figura a mi derecha que me asustó tanto que intenté incorporarme de sopetón, haciendo caso omiso a la pesadez que sentía en todas las extremidades. Por supuesto fue un intento inútil, y un dolor agudo me atravesó cuando los brazos me fallaron y caí de nuevo sobre el colchón.

—Eh, hola. Soy yo, Killian. Tranquila. —Reconocí su voz ronca y, aunque mi corazón seguía latiendo desbocado, luché por hacer un par de respiraciones que apaciguaran mi nerviosismo.

Parpadeé repetidas veces y tras unos segundos pude ver su rostro con una mayor nitidez.

Mechones desordenados cubrían parte de su frente y las ojeras que se le marcaban horas antes se habían acentuado más, pero por lo demás, parecía ileso.

—Agua —logré decir con voz pastosa, sintiendo de repente la garganta muy seca.

Al segundo, me incorporó con delicadeza y me ayudó a beber del vaso que había preparado sobre la mesita.

—¿Dónde estamos? ¿Están todos bien? —pregunté una vez sentí que la bebida se asentaba en mi estómago—. Dios, me duelen mucho lo ojos.

Me froté las cuencas con desesperación, pero la quemazón no menguó. Al hacerlo me di cuenta de que tenía la mano cubierta de algunas ampollas por haber cogido la supuesta granada.

La realidad de lo que había estado a punto de ocurrir me golpeó con fuerza y el miedo se entremezcló con el alivio de continuar viva.

—Ven, tienes que echarte agua. —Se inclinó hacia mí y me fijé en que, al igual que yo, seguía llevando la misma ropa que en la biblioteca, lo cual era bueno porque significaba que no había transcurrido demasiado desde entonces.

Conforme me incorporé y puse los pies en el suelo, busqué a mi alrededor algo que me resultara familiar y me ayudara a orientarme, pero me encontré con una pequeña habitación con dos camas, una tele y un aseo al fondo. La moqueta granate del suelo, las cortinas a juego y las colchas con estampados de flores me indicaron que tal vez nos encontrábamos en un motel. Esperé a que Killian continuara hablando y me lo confirmara. No lo hizo. Se concentró en cogerme de la cintura para ayudarme a ponerme en pie, manteniendo su brazo derecho ahí hasta que comprobó que podía sostenerme y andar, más o menos, por mí misma. Me agarré a sus hombros y nos dirigimos con pasos lentos hasta el aseo.

Lo miré con ansiedad, a la espera de que me respondiera.

—Estamos todos bien —dijo al ver mi expresión de angustia, mientras realizaba pequeños movimientos circulares en mi antebrazo. Aquel gesto distraído hizo que mis piernas flaquearan aún más—. Por una vez tener sangre de los Dioses en nuestro organismo nos fue de ayuda. Conseguimos expulsar rápido el gas con el que nos atacó el encapuchado y nos despertamos cinco minutos después. Tú has tardado más de una hora en hacerlo, ¿siempre eres tan tardona para todo? —Alzó una ceja mientras sus labios tiraban de una sutil sonrisita.

Lo observé incrédula por la ligereza con la que bromeaba, pero me recompuse en seguida.

—Me estaba haciendo la dormida para no tener que caminar de vuelta

—contesté, siguiéndole el juego e ignorando, aunque fuese por un minuto, lo que había estado a punto de suceder.

—Chica lista —dijo, y sus ojos centellearon para después volverse más serios—. Aunque me debes un favor.

—¿Y eso por qué?

—Porque fui yo quien te trajo hasta aquí —respondió con voz grave, sin quitarme los ojos de encima.

—¿No eras un ser sobrenatural casi extraordinario? Entonces no habrá supuesto nada para ti —bromeé, conteniendo una leve sonrisa que al cabo de un segundo me supo amarga.

¿Qué hacía hablando con él como si nada? Me había llamado niñata, inmadura y más cosas que me habían dolido.

Estaba claro que los efectos del gas aún seguían en mi sistema. O tal vez no, tal vez era mi simple y soberana estupidez.

No podíamos tener esta conversación como si fuésemos dos personas normales que tienen una relación cordial. Mi expresión se tornó más fría y él pareció darse cuenta porque el movimiento de sus dedos en mi brazo cesó de repente. Habíamos llegado al baño y aproveché el silencio para acercarme al lavabo y enjuagarme los ojos durante unos diez minutos, los que hicieron falta hasta que el escozor se transformó en simple molestia.

Observé mi reflejo en el espejo y la chica que me devolvió la mirada parecía muy distinta a la Aria que había llegado a Haven Lake. Estaba pálida, mis labios se habían agrietado y los pómulos se me marcaban más a causa del estrés de los últimos días. El verde de mis ojos seguía ahí, pero más apagado, y el pelo me caía sin gracia por la espalda; su castaño claro ya no era tan brillante y estaba enredado sin remedio. Un poco como yo.

—¿Qué clase de gas era ese? —pregunté, apartando la vista del espejo para secarme la cara.

Nos dirigimos de vuelta a la cama. Esta vez no me apoyé en él, pero aun así se mantuvo a una distancia prudencial por si tenía que intervenir en cualquier momento.

—Sospechamos que una especie de gas lacrimógeno, lo buscamos en internet y los síntomas coincidían, excepto la pérdida de conocimiento. Pensamos que debe ser una variante más agresiva.

—Dolía mucho… Fue horrible —recordé, y él asintió en respuesta, apretando la mandíbula—. ¿Nos robó el libro de los Vestigios?

Contuve la respiración mientras él me observaba con una mezcla de

diversión y admiración que me descolocó.

—Tu plan funcionó —dijo, y pude respirar de nuevo—. Te diría que estoy impresionado, pero ya has demostrado muchas veces que, aunque tengas el instinto de supervivencia algo atrofiado, tu cabeza lo compensa de otras maneras.

—Anda, pero mira quien ha decido sacar por fin su lado más gracioso. —Lo fulminé con la mirada y él se encogió de hombros con una sonrisa, que por más que lo intentara no llegaba a los ojos.

—¿Dónde están los demás?

—Connor está haciendo su turno de guardia y el resto está descansando en la habitación de al lado, con Eric. No sabía cómo ibas a despertar y no quería que se preocupara aún más —dijo con una expresión suave—. Cuando llegamos al apartamento y le contamos a Jared lo que había ocurrido, decidimos que lo mejor era salir de ahí cuanto antes. La persona que nos atacó no quería hacernos daño, pero está claro que trabaja con los Ignis y que nos ha seguido. No sabemos si conocía nuestra localización y no podemos arriesgarnos. Mañana, cuando nos hayamos recuperado, leeremos el libro de los Vestigios y decidiremos qué hacer a continuación.

Asentí procesando toda la información y un profundo alivio me invadió al saber que, a pesar del asalto y de todo lo que podría haber salido mal, teníamos en nuestras manos el tomo de los Vestigios Originales. Me recosté en la cama, sintiéndome cada vez con más fuerzas.

—¿Qué pensarán los Ignis cuando abran el libro y solo lean información de la fauna y la flora del Helheim?

—Que tendrían que habernos matado cuando aún estaban a tiempo —respondió, dejándose caer en la cama de al lado y acomodándose.

La idea que se me había ocurrido era muy básica, pero no teníamos más alternativas y en un momento tan caótico los Ignis no dispondrían de margen para comprobar que el libro que nos estaban quitando era el correcto. Antes de regresar a la biblioteca, intercambiamos las sobrecubiertas y escondimos el verdadero libro dentro de la sudadera de Zoey, dejando a simple vista el otro donde se leía a la perfección «Los Vestigios Originales».

—No entiendo por qué no acabaron con nosotros… —dije, mordiéndome el labio en un gesto de nerviosismo, y abrí los ojos cuando un pensamiento me atravesó—. ¿Y si nos dejaron con vida porque se lo han

prometido a mi madre? Quizás haya puesto esa condición para ayudarles como Guardiana.

Killian pareció sopesarlo durante unos instantes.

—Sí, eso es lo que más sentido tendría —coincidió—. Solo ella puede utilizar su llave de Éter para abrir el libro, por eso aquel ser no lo pudo hacer en la biblioteca y tan solo tenía cinco minutos para salir de ahí pitando, con la suficiente ventaja como para que no pudiéramos alcanzarlo y darle caza.

—¿Y por qué no fueron en grupo?

—Su estancia en la Tierra es limitada, quizás estaban reservando su tiempo para algo mucho más grande.

—Queda poco para que todo estalle, de un forma u otra —dije sin esconder el temblor de mi voz. Compartimos una mirada significativa antes de sumirnos en nuestros propios pensamientos.

Había tantas cosas que ansiaba preguntarle… Pero esta vez me contendría. Después de la azotea todo había quedado claro y, aunque en aquella habitación parecía diferente, no estaba dispuesta a caer de nuevo en la trampa que yo misma me tendía. Nos quedamos un rato callados, cada uno refugiado en sus propios pensamientos.

Hasta que él habló.

Y rompió no solo el silencio, si no todos los muros que nos impedían vernos con claridad.

—Ibas a morir para salvarnos —dijo, y su propia voz sonó sorprendida.

Aquella verdad quedó suspendida en el aire durante unos segundos en los que su peso casi pareció aplastarnos. Desde que desperté había evitado pensar en ello, pero tenía claro que había sido lo correcto y que, aunque hubiese contado con horas para reflexionar y darle vueltas, habría acabado tomando la misma decisión.

Tragué saliva y me senté, aceptando que, aunque fuera honesta, no podía controlar cómo Killian interpretaría mis palabras. Él me imitó, incorporándose y sentándose en el borde de la cama, de forma que quedamos cara a cara.

—Era imposible que hubiéramos sobrevivido, y yo era la única que podía hacer algo al respecto. —Vacilé y solté un pequeño suspiro—. Pensé en mi madre y en que Eric y Jared se quedarían sin sus hermanos…

Me fijé en la expresión de Killian. Su rostro se hallaba marcado por un

dolor que no entendí muy bien y que se quedó ahí, acompañándolo durante el resto de la conversación.

—Ya lo hiciste la primera vez que nos conocimos —comentó, refiriéndose al niño que había salvado de ser atropellado.

—De algo hay que morir, ¿no? —dije, intentando restarle tensión al momento, pero mi sonrisa salió demasiado forzada y al instante se desinfló —. Lo importante es que todos estamos bien.

Killian apretó los dientes y mantuvo su mirada clavada en la mía.

—Estos días me he portado como un capullo —confesó, con una sombra de culpabilidad asomando en sus ojos. Sus postura era diferente a la usual, más alicaída, cansada—. Quería pedirte perdón. No te merecías nada de lo que te dije.

Lo miré pasmada, sin saber cómo reaccionar. Lo último que esperaba era una disculpa tan sincera.

—¿He tenido que estar al borde de la muerte para que te hayas dado cuenta de eso? —pregunté, cruzándome de brazos. Me estaba arriesgando al tensar tanto la cuerda, pero las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera frenarlas.

—En realidad sabía que estaba siendo un imbécil, pero estaba cegado por el miedo y la rabia —contestó con una franqueza que me desarmó por completo—. Desde que me dijiste que eran mis propios errores los que no podía perdonarme estuve dándole vueltas hasta que lo entendí. Y cuando cogiste la granada y te alejaste de nosotros con ella me acojoné vivo porque no me iba a dar tiempo a decirte todo esto.

Sus palabras fueron como un bálsamo para el enfado y la rabia que sentía por todas las cosas hirientes que me había dicho en la azotea.

—Bueno, habría encontrado la forma de regresar como un espíritu para molestarte hasta que notaras mi presencia y pudiéramos comunicarnos a través de la güija.

Me observó con un brillo diferente en los ojos y una pequeña sonrisa tiró de sus comisuras, suavizando la dureza de sus facciones.

—Lo habrías conseguido, y no tengo ninguna duda porque yo también habría buscado la forma de llegar hasta ti. —Su voz sonó más ronca que de costumbre y un escalofrío me recorrió la piel.

Mi corazón comenzó a latir con más fuerza aún, tanto que temí que pudiera escucharlo, notar el nerviosismo que impregnaba cada una de mis palabras y movimientos siempre que compartíamos el mismo espacio.

Porque sí, habíamos estado a centímetros de rozar nuestros labios, pero en aquellos instantes lo sentí más cerca que nunca. Sentí al Killian real, no al misterio andante que evadía sus sombras de tal modo que conseguía que te sintieras aún más atraída por ellas.

—Hay cosas que prefiero no recordar, errores que jamás me permitirán volver a vivir en paz —dijo de pronto, con una lentitud que hacía visible lo mucho que le estaba costando abrirse.

—Regresar al pasado no siempre tiene por qué significar que estamos atascados en aquellos momentos que no podremos cambiar. A veces es necesario para enfrentarse a algunas heridas. Cuanto más nos forcemos a olvidar, más atados estaremos a los recuerdos que nos dañaron.

—¿Por qué?

—Porque el miedo es la peor jaula que existe. Y si tememos a nuestro pasado, este siempre tendrá el poder de impedirnos avanzar. Seguirás viviendo con la falsa sensación de libertad, y en cuanto te descuides, te darás la vuelta y seguirá ahí. Esperándote.

—¿Estoy hablando con la misma Aria que persiguió sola a un desconocido por el bosque para averiguar si era un asesino? ¿O es cierto que estar al borde la muerte te vuelve más sabio? —intentó bromear, pero la usual socarronería con la que me picaba no estaba, tan solo las ganas de aligerar la tensión.

—Idiota. —Fingí una mueca de disgusto que logró teñir su rostro de una triste sonrisa.

Tras una larga pausa, Killian agachó la cabeza y cogió aire.

—Por mi culpa mi madre está muerta —soltó con voz ahogada.

Contuve el aliento, impactada por sus palabras y por el horror de aquella verdad tan devastadora. Permanecí callada, haciendo caso a la intuición que me decía que necesitaba tiempo para seguir desahogándose. Se lo di, y no sé si fueron segundos o minutos los que tardó en encontrar las fuerzas para continuar. Para hacerme partícipe de su dolor y su lado más vulnerable.

—Recuerdo bien una de las últimas conversaciones que tuve con ella —dijo con un tono atormentado que me encogió el corazón—. Llevaba días encerrado en mi habitación, pensando que había contraído un virus y que por eso me sentía tan raro. Pero en cuanto empecé a encontrarme mejor decidí salir a despejarme y correr un rato. A ella no le pareció bien, siempre era muy protectora con nosotros y a mí eso me agobiaba. Le hablé mal, le

grité que debía aceptar que yo pronto empezaría a hacer mi vida, que ya no era un adolescente y que tenía que darme espacio. —Hizo una pausa cuando se le rompió la voz. Tragó saliva y cogió aire—. Fui un completo imbécil y lo fui aún más cuando conocí a tu madre; se presentó en la entrada de mi gimnasio y me lo contó todo. Por supuesto que me reí y pensé que tenía problemas mentales, al menos hasta que me mostró el tatuaje que me había salido ese mismo día. Ahí empecé a asustarme, y cuando me dijo que tendría que irme con ella por seguridad, porque estaban secuestrando a otros como yo… En ese momento, volví a ser un niño que necesitaba a su familia. Nora me advirtió del peligro, de la urgencia con la que tendría que irme para que ellos pudieran olvidarme. Mi error fue desconfiar de ella.

—¿Qué pasó después? —pregunté con voz queda, aunque ya sabía el final de la historia.

—Le conté a mi madre todo lo que estaba pasando… Y al día siguiente cuando volví de la universidad encontré mi casa destrozada. Los Ignis estaban esperándome con el cadáver de mi madre a sus pies. —Sus ojos estaban rojos, llenos de unas lágrimas que, de tanto apretar los puños, no se llegaron a derramar—. Tu madre se había quedado por la zona, vigilándome por si acaso ocurría algo terrible, y menos mal que lo hizo porque ella protegió a mi hermano y con su ayuda pudimos dar esquinazo a los Ignis. Después de eso nos ofreció su casa en Haven Lake y, bueno, el resto ya lo sabes. Pasamos un año tranquilo con ella, nos acogió como si fuéramos su familia y nos ayudó a lidiar con el dolor. Nunca se lo podré agradecer como se merece, lo mínimo que puedo hacer por ella es intentar salvarla.

—Los Ignis la mataron, Killian. No fue culpa tuya.

Sin poder contenerme más, acorté la distancia que nos separaba y me senté a su lado, cogiendo su mano con una timidez inusual en mí. Por un segundo temí que Killian rechazara el contacto, pero lo acogió con calidez, apretando mi mano y mirándome con un agradecimiento implícito en sus ojos.

Me sentía impotente al pensar en todo lo que habían sufrido por culpa de aquellos seres desalmados. Y también sentí orgullo por mi madre, porque los había cuidado y había demostrado que su corazón estaba lleno de bondad, aunque también se hubiera equivocado en otros aspectos.

—Fui estúpido y egoísta —afirmó con acidez—. Por mi culpa Eric crecerá sin una familia que lo quiera.

—No si logramos romper la maldición —susurré.

La esperanza en mis palabras era tan frágil que, si se rompía, nos arrastraría con ella.

—No quiero crearle falsas ilusiones.

—La fortaleza nace de la esperanza, y la necesitamos más que nunca. Él también.

—Tal vez tengas razón —cedió sin mucha convicción.

—Siempre tan reticente a darme la razón —bromeé, y solté su mano, acomodándome de tal forma que quedamos frente a frente. Hablé en un tono más serio y sentido—. Gracias por habérmelo contado, significa mucho para mí. Y lo siento si te presioné en la azotea… Cada uno tiene un ritmo diferente para manejar el dolor.

—Hiciste bien en ser sincera, me estaba pasando tres pueblos y necesitaba esto. —Suspiró y se pasó la mano por el pelo, despeinándolo aún más. Mis ojos volaron a una zona de su piel que siempre me había despertado curiosidad.

—Tu tatuaje del cuello, ¿qué significa?

—Qué cotilla —se quejó, haciendo una mueca burlona.

—Vamos, sería tonta si desaprovecho tu espontáneo derroche de sinceridad.

Sus labios se curvaron en una sonrisa sincera que imité. Al menos hasta que su voz adquirió un deje triste.

—Mi madre amaba pintar, no se dedicaba a ello porque decía que sería como vender una parte de su alma, pero siempre estaba manchada de pintura. Formaba parte de ella. Cuando la mataron y regresé a mi casa a recoger algunas de mis cosas descubrí en su despacho un cuadro sin terminar, una estrella con alas. Era el último rastro de su arte y lo había dejado a medias, incompleto. Cuando lo vi… Por extraño que parezca, me sentí como él. Así que decidí tatuármelo, como reflejo de lo que había quedado de mí después de que ella se marchara.

Era… No sabía ni qué decir.

Notaba los ojos húmedos y el corazón contraído de emoción.

—Además, las estrellas me recuerdan a ella —prosiguió—. De pequeños siempre nos contaba el mismo cuento, decía que nuestros sueños estaban ocultos en la estrella más brillante del cielo y que, llegado el momento, tendríamos que volar hasta ella para poder liberarlos y que se cumplieran.

Su expresión se tiñó de una mezcla de amor y tristeza.

—Qué bonito —susurré.

Entonces recordé la historia que le había contado a su hermano la noche anterior: la del niño que surcaba los cielos para liberar su sueño de ser superhéroe. Killian, de algún modo, se aseguraba de que Eric siguiera creciendo con su madre. A pesar del dolor.

—Ella era… demasiado para este mundo tan cruel. Demasiado para todos nosotros —dijo, y tras inspirar hondo, carraspeó y un silencio cómodo se instaló entre nosotros hasta que se recompuso lo suficiente para cambiar de tema—. ¿Tú cómo llevas lo de tu madre?

—Bueno, tengo momentos de todo tipo; a veces siento compasión por mí misma, otras odio y otras evito pensar en ello.

De repente alzó la mano y con cuidado me colocó un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja.

El corazón me dio un vuelco.

—La encontraremos. —Y de no ser porque parecía que estaba tratando de convencerse a sí mismo, habría jurado que se trataba de una promesa.

Asentí y tomé una profunda bocanada de aire.

—Necesito tener una conversación sincera con ella… Estoy harta de las medias verdades y no solo de ella, yo también le he ocultado cosas, aunque por motivos muy diferentes a los suyos.

—¿A qué te refieres? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Yo… —Apreté los labios y me estrujé los dedos, indecisa—. Nada, da igual.

La vergüenza se apoderó de mí, una que llevaba sintiendo desde el suceso que marcó un antes y un después en mi vida. Uno de los errores que me perseguían desde Portland y que arrastraba cada vez que actuaba de forma impulsiva.

Killian me observaba fijamente, con una mezcla de comprensión y preocupación.

—Sé que no te lo he puesto fácil, pero puedes confiar en mí.

—Después de todo lo que me has contado, lo mucho que has tenido que sufrir… No siento que sea importante. —Agaché la mirada—. Sé que no lo es.

—Aria, mírame —me ordenó con tal suavidad que fue imposible no hacerle caso—. Que yo haya pasado por cosas horribles no significa que el dolor de otros pierda valor. Tienes derecho a hablar de lo que te preocupa, sea lo que sea. —Su expresión se volvió tan cálida que algo se aflojó en mi

interior—. Intuyo que tiene que ver con Portland y aquello que hizo que volvieras a Haven Lake.

Se me quedó atascado el aire en la garganta, pero aun así conseguí hablar.

—Me da vergüenza contártelo porque me siento muy estúpida cada vez que lo recuerdo.

—No voy a juzgarte.

—Me recuerdas mis diferentes persecuciones nocturnas prácticamente cinco veces al día.

—Pero eso es porque me encanta molestarte. —Esbozó una sonrisa torcida y sacudió la cabeza—. Esto es diferente, sabes que lo es.

Me quedé callada, meditando si merecía la pena arriesgarme.

Y, al igual que él, decidí ser valiente. Inspiré profundamente y dejé que las palabras brotaran de mi boca antes de poder arrepentirme.

—Cuando me mudé a Portland me costó mucho encajar, hice dos años de Economía porque mi padre trabaja en una de las multinacionales más grandes del estado y sabía que, aunque está mal decirlo, tendría trabajo asegurado. Pero abandoné la carrera porque sentía que estaba perdiendo el tiempo en algo que no me hacía feliz y conseguí entrar en Periodismo, donde me integré aún peor. —Me mordí el interior de la mejilla—. El caso es que… Bueno, en esos años de Economía conocí a alguien con el que conecté. —El rostro de Killian se endureció al instante—. Estuvimos conociéndonos hasta que empezamos a salir y fue a partir de ahí cuando le presenté a mi padre y empezó a venir a casa.

—Dime, por favor, que no se propasó contigo. —Apretó los puños, rígido.

—No de la forma en la que estás pensando.

Frunció el ceño, perdido. Lo entendía, era una situación bastante… Ni siquiera sabría cómo definirla.

—Todo se destapó una noche en la que yo tendría que haber acompañado a mi padre a un viaje de negocios. Solo que no lo hice, decidí quedarme en Portland porque quería darle a Jason una sorpresa. —Esbocé una sonrisa irónica y amarga—. Al final fue él quien me la dio a mí.

Una profunda quemazón se instaló en mi pecho y Killian pareció darse cuenta.

—No tienes por qué contármelo, de verdad.

Lo ignoré, dejándome llevar por la necesidad de decirlo en voz alta.

—Me quedé dormida en el sofá porque, como una tonta, le estaba preparando un pequeño álbum con nuestras mejores fotos. Al rato, me desperté al oír un ruido y cuando me di cuenta de que alguien había conseguido forzar la cerradura corrí a esconderme en el armario de mi habitación. —Tragué saliva, conteniendo el nudo de mi garganta. Killian me escuchaba atento, cada vez más tenso—. Estaba aterrada, sabía que tenía que llamar a la policía o intentar detenerlos. Llevaba años yendo a clases de defensa personal, sabía cómo hacerlo y, peor aún, sabía que mi padre guardaba información confidencial muy importante de su empresa, pero… —La vergüenza, una vez más, se apoderó de mí—. Me quedé escondida, dejé que el miedo me paralizara.

—¿Y Jason? ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

Hice una mueca.

—Era el líder del grupo.

Sus ojos, ahora de un tono más oscuro, se agrandaron por la desagradable sorpresa.

—Hijo de puta —escupió. En su cara se podía ver una rabia que me sobrecogió.

—Descubrí que era él cuando escuché cómo se burlaba de lo fácil que había sido engañarme, hacerme creer que me quería solo para entrar en mi casa y descubrir la clave de la caja fuerte. Y yo… —Odiaba que siguiera afectándome, no merecía la pena, pero no podía evitar que me ardiera la garganta por las ganas de llorar—. Seguí sin hacer nada. Me sentí tan tonta y estúpida… Debería de haberme dado cuenta de que la persona que tenía a mi lado no estaba enamorada de mí. —Apreté los dientes y mi voz se llenó de determinación—. No quiero volver a sentirme así.

—Ahora entiendo muchas cosas —dijo con una suavidad que me calmó.

—Cuando ocurre algo extraño… No puedo simplemente dejarlo estar, no quiero volver a ser la chica que se quedó escondida en el armario.

—Meditar las cosas o no actuar ante algo no te hace ser tonto o menos valiente, a veces es lo único que puedes hacer. A veces significa actuar con inteligencia.

—Lo sé, pero es que me sentí tan impotente… Sentí que ellos habían ganado.

—¿Y si hubieras salido? Lo mismo te habrían hecho más daño, Aria.

—Dejé que se marcharan como si nada —mascullé, cabreada de nuevo

conmigo misma.

—Te acababas de enterar de que la persona a la que querías te había traicionado. Tú fuiste una buena persona. El problema es de ese gilipollas que te traicionó, y si te sigues castigando entonces *sí* que van a ganar ellos.

—Ya, pero… —Suspiré, en el fondo sabía que tenía razón—. Por eso me cuesta confiar tanto en la gente, por eso cuando llegué a Haven Lake y empecé a descubrir los engaños de mi madre no desistí hasta averiguar toda la verdad, aunque eso pusiera en riesgo mi vida y la de otras personas. —La culpabilidad al pensar en Eric y mi madre me atravesó como una puñalada.

—Solo estabas intentando sobrevivir, como todos.

—Lo sé… Necesito tiempo para aceptar todo lo que ocurrió.

—Yo también —admitió, y supe que se refería a su pasado—. Eres… Cada cosa que descubro sobre ti me hace verte más fuerte y valiente.

—Gracias —dije con un hilo de voz, abrumada por su reacción a todo lo que le había contado.

Me puso una mano en la nuca y me atrajo hasta él para envolverme entre sus brazos.

Aspiré su aroma y me dejé arropar, devolviéndole el apretón.

—Cuando veas a tu madre, podrás contárselo también, estoy seguro de que ella te va a ayudar a entender que nada de lo que ocurrió fue culpa tuya —dijo, su voz pegada a mi oído—. Y ahora intenta descansar un poco, mañana será un día muy largo.

Dejé salir todo el aire que sin darme cuenta había contenido y, una vez nos separamos, me dirigí hacia las bolsas que habían dejado debajo del mueble de la televisión. Saqué unas mallas cómodas y una sudadera y me cambié en el aseo. Necesitaba tiempo para procesar todo lo que me había contado Killian de su pasado y también todo lo que le había contado yo. Y ya no solo eso; me había escuchado, sin juzgarme, y después de escuchar lo de Portland me había dicho que me veía más fuerte y valiente. No sabía cómo gestionar lo que me hacían sentir sus palabras y el nudo de emociones que seguía atascando mi garganta, pero en cuanto salí del baño y lo vi, mis pensamientos se centraron únicamente en él.

Se había puesto uno de sus usuales pantalones holgados pero estrechos en las zonas que importaban, y se había quedado sin camiseta. Traté de no mirar demasiado, pero fracasé a caso hecho.

Su cuerpo era un escándalo demasiado inapropiado para circunstancias como aquellas.

Y demasiado apropiado para otras.

Sus pectorales estaban tan definidos como todos sus abdominales y una sugerente uve incitaba a contemplar lugares mucho más interesantes. Me dio la espalda para apagar la luz de la mesita y solo cuando nos sumimos en la oscuridad pude recuperar la calma. Estaba claro que Killian me había pillado, pero me había concedido una tregua y había evitado decir nada que añadiera más color a mis mejillas.

Intenté dormir de todas las maneras posibles, pero con todo lo que me había contado Killian un remolino de emociones me mantenía inquieta. Un miedo voraz comenzó a invadirme. ¿Y si mi madre corría el mismo destino que la suya? Los Ignis eran despiadados y crueles, y en cuanto no la necesitaran se desharían de ella. O peor… ¿Y si la estaban torturando mientras yo dormía ajena a todo? ¿La estarían amenazando con la seguridad de mi padre? ¿Correría peligro él también? Temí que el dolor comenzara a fusionarse con mi piel, que empezara a caminar de mi mano y a formar parte de quién era. Quería expulsarlo todo, pero lo sentía pegado a cada respiración, a cada pensamiento y emoción. El nudo de mi garganta cada vez me dificultaba más la respiración, pero seguía sin tener ni idea de cómo expulsarlo. Me estaba ahogando.

Me levanté abrumada y corrí al baño, tapándome la boca para silenciar las arcadas. Cerré la puerta y, en cuanto lo hice, vomité los restos de la cena que horas antes había tomado. Lloré en silencio, presa de una ansiedad que esta vez era justificada, pero que de igual modo me aterraba y me impedía pensar con claridad.

El suave sonido de alguien tocando a la puerta llamó mi atención.

—¿Aria? ¿Estás bien? —preguntó Killian con evidente preocupación.

Me lavé la cara lo más rápido que pude para tratar de ocultar las lágrimas, me enjuagué la boca, hice algunas respiraciones que de poco sirvieron y abrí la puerta, forzando una sonrisa que estaba segura de que daba pena.

—Sí, creo que me ha sentado mal la cena —respondí. Él alzó una ceja a la espera de que fuera sincera. Estaba claro que no iba a creerse mis excusas, así que hablé con voz temblorosa—. No quiero perderla.

Sin añadir más él pareció entender cómo nuestra conversación me había afectado. Estábamos en situaciones tan similares que el desenlace corría el riesgo de ser el mismo.

Acunó mis mejillas con sus manos en un gesto de una dulzura infinita.

—Todo saldrá bien, ¿me oyes? Ahora contamos con ayuda, y tú eres tan terca como yo cuando quieres algo —aseguró con rotundidad.

Quise creerle. Así que asentí con la cabeza, mordiéndome el interior de la mejilla para contener el nudo de mi garganta que luchaba por liberarse en forma de llanto. No quería llorar. Quería ser fuerte, tanto como él, que había sobrevivido a la muerte de su propia madre.

—Volvamos a la cama —me animó con una sonrisa cálida mientras pasaba su brazo sobre mi hombro, atrayéndome hacia él.

Noté como algunas lágrimas se escapaban de mis ojos y entonces descubrí mi error.

Ser valiente no significaba contener la tristeza, sino atreverte a mostrar vulnerabilidad.

—¿Tú tampoco podías dormir?

—Demasiados recuerdos —se limitó a decir, pero no hicieron falta más detalles.

Suspiré sin saber qué más añadir. Cuando me dirigí hacia mi cama, su voz detuvo mis pasos.

—Ven aquí. Duerme conmigo esta noche. —Esbozó una sonrisa ladeada—. O lo que queda de ella.

Al instante mi corazón empezó a latir a mil por hora.

Tenía unas ganas inmensas de decirle que sí.

Y un miedo atronador susurrándome que no.

Me tendió la mano, esperando mi respuesta. Y decidí no dudar. Ya habíamos roto otras barreras que iban más allá de la piel, y pensé que esta no marcaría la diferencia. Pero una vez más, me equivocaba.

Tomé una profunda bocanada de aire, aún sintiendo la aplastante presión en el pecho, y di un paso en su dirección. Él ya estaba tendido en la cama de forma despreocupada y con una mano dio unos toques al espacio que había guardado para mí. Había dormido muchas veces con chicos, pero en esos instantes las olvidé todas. Cuando me tumbé de lado, mirándolo de frente, sentí que era mi primera vez. Quizás porque nunca había sentido tanta atracción por alguien. Tantas ganas de él y de un nosotros que ya habíamos perdido el primer día que nos conocimos. Nos quedamos quietos, tensos por unos segundos, hasta que él se puso boca arriba con las manos por detrás de la cabeza.

—Acércate más —susurró, y su voz sonó grave y ronca.

—¿Estás seguro?

—¿Me lo dices a mí o hablas contigo misma? —preguntó con astucia.

—Siempre tan listillo —me quejé, y cuando lo hice él me cogió de la cintura y con tirón suave me pegó a él.

—Así mucho mejor, ¿no crees? —dijo con satisfacción, y nos tapó con la colcha.

Me intenté relajar, posando mis manos en su pecho, y sintiéndome hipnotizada por el aroma a menta que desprendía junto con el suave y duro tacto de su piel. Me acurruqué más, dejándome caer en el hueco de su cuello, mientras él me acariciaba el pelo con una suavidad hipnotizante. Los pensamientos catastróficos fueron silenciados por su cálido tacto y por la peligrosa sensación de sentirme segura en sus brazos, que me estrechaban de forma protectora. Nuestras piernas estaban enredadas y si no fuera por el temblor de mis manos y por el ritmo taquicárdico de mi corazón, hubiera sucumbido al deseo ferviente que sentía estando tan pegada a él. Por cómo latía su corazón supe que se estaba conteniendo y que, de no ser por mi estado ansioso, estaríamos en una situación muy distinta.

Pasaron varios minutos hasta que rompí el silencio.

—Me aterra pensar que puede que no vuelva a verla, igual que no he vuelto a ver a Álex —confesé en un susurro.

—Lo sé —dijo, con su aliento pegado a mi frente.

No pude contenerme más y lloré. No sé durante cuánto tiempo, pero Killian me abrazó mientras me susurraba palabras tranquilizadoras que poco a poco consiguieron calmarme. Mi cuerpo daba pequeñas sacudidas fruto de los sollozos, pero me vacié, sintiendo cómo su calor no solo me envolvía a mí, sino a todas mis heridas. En ese momento comprendí que no solo estábamos compartiendo cama; estábamos compartiendo nuestro dolor en una noche en la que los recuerdos quemaban demasiado y nuestras pieles se habían cansado de arder solas. Aquel momento pareció extenderse durante una eternidad y al mismo tiempo durar una fracción de segundo.

Más tarde me arrepentiría de no haber sido capaz de guardar de alguna forma esa fracción de paz que la vida me concedió, pero no estaba preparada para dejar de imaginarnos y empezar a contemplarnos. Y la magia de los momentos especiales es que adquieren todo su valor cuando pasa el tiempo y te das cuenta de hasta qué punto te marcaron. Y te cambiaron.

Y dentro del caos en el que se había convertido mi vida, mientras los primeros rayos del alba acariciaban el nuevo día y el pecho de Killian subía

y baja de forma serena, casi sentí la certeza de que todo saldría bien.

Casi porque, de repente, un grito desgarrador rompió la noche, recordándome que el peligro estaba cerca. Acechaba bajo la piel de Killian, en la sangre que en cualquier momento lo reclamaría como suyo.

Su tatuaje anunciaba que el final nos estaba alcanzando.

Y que en cualquier momento nos atraparía.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 36

Los aullidos de dolor nos acompañaron cerca de una hora.

Por más que Killian apretaba los dientes para reprimir los gritos y evitar así llamar la atención de otros huéspedes, no siempre podía conseguirlo. Tenía fiebre, señal de que su organismo estaba luchando contra una fuerza desconocida; dolor muscular, y una sed tremenda. Había perdido la cuenta del número de vasos de agua que me había pedido.

Cuando salí corriendo a buscar ayuda, agradecí encontrarme a Connor por el pasillo. Él, que sabía manejar mejor sus emociones, entró a la habitación contigua del motel y avisó a los mellizos con cuidado de no alarmar a Eric, que dormía plácidamente al lado de Zoey. Esta vez fue ella quien se quedó cuidándole y Jared el que nos ayudó. O bueno, eso intentó, porque tampoco había mucho que hacer salvo colocar gasas frías en la espalda de Killian, darle algunos calmantes e intentar bajar su temperatura corporal.

Las líneas oscuras que serpenteaban en su piel para dar forma al tatuaje ya no estaban selladas, sino en carne viva, lo cual le provocaba una intensa quemazón que poco a poco fue menguando. Seguía tendido en la cama bocabajo, ya que el simple roce de las sábanas era como si mil agujas se clavaran en su espalda. Sin embargo, parecía que lo peor había quedado atrás; continuaba retorciéndose de vez en cuando, preso del dolor, pero estaba mucho más tranquilo y a esas alturas aquella ya era una buena señal. Incluso la palidez de su rostro se había disipado y casi había recuperado su tono normal.

Yo estaba sentada a su lado, tocándole el pelo de forma distraída, no sabía si para intentar relajarlo a él o a mí misma. Había sido horrible verlo

sufrir tanto y no poder hacer prácticamente nada para calmar su agonía salvo sostenerle la mano y desear que todo acabara pronto. Y después de lo que habíamos compartido durante la noche, sentí el miedo contraerse en mi estómago de una forma diferente, más cruda.

Jared y Connor se habían apartado, dejándonos solos. Por una vez, parecían estar hablando sin querer matarse, aunque sus rostros tampoco es que estuvieran relajados.

¿De qué estarían hablando?

—Tienes que cuidar de Eric —dijo Killian de repente, con la voz ronca por los gritos.

Desplacé la vista hasta él y le dije aquello que llevaba horas repitiendo sin cesar para mis adentros.

—No vas a irte —insistí—. El tatuaje sigue en tu espalda, y si aún no ha cambiado de forma es porque sigues siendo un Incierto.

—Siempre tan positiva… —murmuró con cierta resignación, pero alzó la cabeza para mirarme con un brillo especial que me hizo morderme el labio, fruto de los nervios.

—Encontraremos una solución —le aseguré, y forcé una sonrisa tranquilizadora—. Voy a hablar con Connor, ahora vuelvo.

Pero Killian no me permitió llegar demasiado lejos cuando estiró el brazo y me cogió la mano, frenando mis pasos. Lo observé con el ceño fruncido.

—La mañana siguiente de pasar la noche con un chico suele ser importante, qué me dices, ¿he cumplido tus expectativas? —preguntó con un deje de suficiencia y una pequeña sonrisa que se me contagió enseguida, tirando de mis labios.

—No sé qué decirte… —Fingí meditarlo durante unos instantes—. Teniendo en cuenta que has enfermado de amor por mí, no está nada mal. Es más, creo que te ha quedado bastante romántico. Pero ¿sabes lo que ha faltado para que sea una mañana perfecta? —pregunté, bajando la voz.

—Me muero por averiguarlo.

—El desayuno en la cama —dije, simulando decepción y consiguiendo que ensanchara más su sonrisa para después alzar una ceja de forma inquisitiva—. ¿Qué? ¿Decepcionado?

—Un poco. —Se encogió de hombros—. Mis mañanas suelen ser mucho más… Interesantes.

—Bueno, tal vez me refería a otro tipo de desayuno en la cama.

Un brillo de entendimiento se reflejó en los ojos de Killian y al instante su mirada se volvió incendiaria. Tragué saliva y le dediqué una sonrisa cargada de intenciones, intentando con todas mis fuerzas aguantar la risa.

—Eres mala por decirle eso a un ser convaleciente —se quejó, arrastrando la voz por el cansancio acumulado. Pero a mí no me engañaba, el brillo renovado de sus ojos dejaba ver lo encantado que estaba en realidad.

Me giré después de dedicarle un guiño, y cuando lo hice me encontré a Connor y Jared observándonos con la boca abierta.

«Mierda».

Se me había olvidado su oído ultrasónico y por lo visto a Killian le importaba un pimiento que nos escucharan. Noté cómo el calor subía a mis mejillas y deseé que en ese momento la Tierra se partiera en dos para absorberme.

—¿Habéis acabado ya? —preguntó el Guardián, como si estuviera tratando con unos críos.

Jared, en cambio, nos miraba con picardía.

—Y nosotros durmiendo —bufó—. Ya podríais haber avisado de que la diversión continuaba.

Puse los ojos en blanco y me abstuve de darle explicaciones. En cambio, miré a Connor, que observaba a Killian desde los pies de la cama con una expresión de desconcierto que me retorció las tripas.

—Connor. —Lo llamé, y dejé a un lado las tonterías para ponerme más seria—. ¿Qué está pasando?

Me observó con visible preocupación, algo que me descolocó, puesto que al ser un Guardián debería de estar acostumbrado a ver casos como estos.

—Su descendencia sobrenatural se está revelando, ha comenzado su transición.

—Pero ¿van a venir ya a por él? —pregunté con un hilo de voz.

—No lo sé. El proceso puede tardar días, horas o minutos; con cada Incierto es diferente. Pero… —Vaciló unos instantes sin apartar la mirada de Killian.

—¿Qué? —insistí, más inquieta por momentos.

—Nunca había visto tanta violencia en un cambio, normalmente no duele. No así.

—Joder —maldijo Jared, pasándose las manos por la cabeza rapada.

—Tenemos que darnos prisa entonces —dije.

—Más nos vale hacerlo, porque como Killian se convierta en un Kaelis o en un Ignis en la Tierra, sin un Guardián que lo custodie y lo lleve hasta el destierro al que pertenece, morirá bajo el peso de la maldición —advirtió Connor, y aquella verdad cayó con tanto peso que todos guardamos silencio, como si por hablar de aquella posibilidad la pudiéramos atraer.

—¿Y tú no podrías llevarlo? —pregunté, aun sabiendo su respuesta. Tenía que asegurarme.

—Ya sabes que no. —Negó con la cabeza y suspiró—. He sido expulsado de la Orden de Guardianes, y a diferencia de las otras especies, para nosotros no hay mayor castigo que vivir en la Tierra, lejos del propósito vital que el Gran Hacedor nos ha encomendado. ¿Veis la llave? —dijo, sacándola de un compartimento del traje negro que llevaba puesto desde la noche anterior. La mostró ante nuestros ojos—. No me queda suficiente Éter como para hacer viajes sin sentido al Abismo, además de que si lo hiciéramos no tendríamos más remedio que dar explicaciones sobre la desaparición de tu madre.

—He oído que tienen métodos muy efectivos para sonsacar información, así que acabarían por averiguar nuestro objetivo —añadió Jared, y me inquietó que Connor no le contradijera—. Y entonces perderíamos la oportunidad de impedir que los Ignis rompieran la maldición.

—Seguro que hay Guardianes implicados… Por eso pueden visitar la Tierra para buscar a la persona que escapó de la Cueva Ishtar —aventuré, a sabiendas de que la traición de uno de los suyos era un tema complicado de aceptar para Connor.

La conversación cesó cuando de repente alguien aporreó la puerta con insistencia. Los tres compartimos una mirada de alarma antes de que Connor cogiera con un movimiento grácil la daga que había dejado cerca, Jared se pusiera en posición de defensa y yo corriera hasta Killian, que se había incorporado con una mueca de dolor en el rostro.

—¡Killian! ¡Killian, soy yo! —La voz aguda de Eric nos relajó en parte.

Al segundo, su hermano ya se había desplazado hasta la entrada con una velocidad increíble y abría la puerta para acoger entre sus brazos a un Eric que, por lo visto, tenía muchas ganas de verlo.

—Lo siento, no he podido retenerlo más —se disculpó Zoey detrás de él.

—Hola, campeón —saludó Killian, haciéndole cosquillas en los costados hasta que vio su expresión temerosa y paró de inmediato.

—¿Estás bien? —preguntó Eric con voz preocupada, y añadió—: Zoey no quería que viniera y me he tenido que escapar.

—El crío me ha engañado, ha grabado una nota de voz en el móvil y la ha reproducido dejándolo dentro del baño. Cuando he ido a ver qué pasaba me ha asustado saliendo de detrás de la puerta y me ha dejado allí encerrada —explicó Zoey, ligeramente impresionada.

—Chico listo, ¿seguro que es hermano de Killian? —exclamó Jared, ganándose un pisotón por parte de su hermana que le arrancó un gemido de dolor.

—Si Zoey no te ha dejado venir es porque tengo un virus y no quiero pegártelo —contestó Killian.

—¿Y al resto sí? —inquirió el pequeño con astucia.

—Al resto no los quiero tanto como a ti —respondió Killian con una sonrisa tan encantadora que hizo que mi corazón se sacudiera.

—¡Oye, que te estamos escuchando! —protestó Jared, y se inclinó hacia mí para susurrarme—. Qué feo ha estado eso.

Como respuesta, Eric le sacó el dedo de en medio de ambas manos.

—¡Eric! ¿Dónde has aprendido a hacer eso? —le riñó Killian, esta vez logrando mantener un gesto severo para ocultar la satisfacción que como hermano mayor en realidad sentía al ver una escena tan graciosa como aquella.

—Pues de ti —respondió Eric, y el resto tuvimos que luchar por contener la risa, incluso Connor, que siempre se mostraba más distante y serio.

—Mierda —masculló Killian, y al darse cuenta de lo que había dicho, se tapó la boca en un gesto teatral—. Y ese es otro ejemplo de una palabra que no tienes que decir porque es muy fea.

Eric puso los ojos en blanco con evidente hartazgo.

—Killian, ya soy mayor, puedo decir palabrotas y también saber lo que está pasando.

—Está bien, ven aquí, pequeñajo —dijo su hermano con un suspiro de resignación, y con la poca fuerza que había recuperado lo cogió para sentarse con él en la cama.

Los demás observamos la escena en silencio; era complicado apartar la vista ante el amor incondicional que compartían.

—Como ya sabes, a Nora se la han llevado los malos y estamos buscándola. Anoche encontramos el libro que nos dirá dónde la tienen encerrada —simplificó como pudo, omitiendo el hecho de que ya había comenzado su transición, aquella que activaba la cuenta atrás de su estancia en la Tierra. Pero ya habría tiempo para despedidas; en aquellas circunstancias era urgente averiguar la localización exacta de los Vestigios para saber a dónde irían los Ignis y, por consiguiente, dónde se encontraría mi madre.

—¿Y por qué tienes cara de zombi? —preguntó Eric, arrancando de forma involuntaria una sonrisa a su hermano.

—Porque en la biblioteca nos atacaron, pero, eh, ya has visto que estoy bien, solo tengo que descansar. —Le dio un rápido abrazo y Eric asintió, aunque el temor no abandonó sus ojos y, mientras el resto nos acomodamos en las camas, él continuó aferrado a su hermano mayor.

A pesar de que seguía enfurruñado con Zoey, ella se había sentado a su lado e intentaba gastarle bromas para que la perdonara. No tardaría mucho en hacerlo, teniendo en cuenta la de veces que lo había pillado observándola con admiración y ojillos de enamorado. A mi lado se encontraba Connor, quien abrió el libro de los Vestigios Originales con la sobrecubierta falsa, y a su derecha estaba Jared, que se retorcía las manos en un intento de controlar sus nervios.

La atmósfera había vuelto a cargarse de tensión.

Habíamos corrido las cortinas para evitar miradas curiosas, pero aun así entraban los rayos de sol, alumbrando la estancia con una claridad que todos necesitábamos después de la noche tan horripilante que habíamos pasado. Me concentré en las imágenes que aparecían en el libro conforme Connor pasaba las páginas y las iba describiendo en voz alta.

En casi todas ellas se podían apreciar cuatro figuras que se correspondían con los Dioses Elementales. No se les veía el rostro porque estaban de espaldas, pero las coronas que portaban en sus cabezas los señalaban como reyes y gobernantes de la Tierra. Hubo uno de ellos que llamó en especial mi atención; era el más alto y su postura me resultaba vagamente familiar. Sacudí la cabeza, alejando esas ensoñaciones imposibles, y continué examinando la imagen. Estaban entre humanos, rodeados de paisajes perfectos e idílicos. Algo que me resultó curioso fue

que lo único que se representaba con colores eran los Dioses, el resto era de un gris inexpresivo. Las ilustraciones que siguieron a esta hacían referencia a sus alianzas y a la consiguiente desobediencia a la única regla que les había impuesto el Gran Hacedor: no crear subespecies. Pero la traición vino primero del Dios del Fuego y la Diosa de la Tierra, y después de los dos restantes. En la siguiente página se mostraba el nacimiento de dos nuevas especies, Ignis y Kaelis, y el surgimiento de entre los cielos de una energía sin forma ante la que se arrodillaron y que después los arrastró al Atharav y al Helheim. Estos se ilustraban de forma vaga, pero entre siniestras montañas. Antes de condenarlos, el Gran Hacedor les había arrebatado sus majestuosas coronas, las mismas que simbolizaban su estatus y que habían pasado a ser meros contenedores de los restos de un poder inmenso que ya no podrían volver a usar en la Tierra.

A no ser, claro, que rompieran la maldición.

Por último, se mostraba la fuerza omnisciente que se correspondía con el Gran Hacedor absorbiendo la magia que había quedado en la Tierra y recogiéndola en el interior de las coronas de los Dioses, que pasarían a llamarse los Vestigios Originales. Toda la magia del Fuego quedó atrapada en la corona que había pertenecido a su Dios, y así con cada uno de ellos. Era… retorcido, a la par que justo.

Las posteriores representaciones de la Tierra y de los humanos eran todo color de diferentes intensidades, algunos muy vivos y otros más sombríos, pero la apatía que trasmitía el comienzo del libro había quedado atrás.

—¿Los Dioses Elementales tienen nombres? —pregunté con genuina curiosidad.

—Sí, el único que no tiene es el Gran Hacedor —respondió Connor, y su voz, como siempre que hablaba del tema, se tiñó de emoción y orgullo —. Al ser el creador absoluto, nadie tiene derecho a nombrarle. Además, su poder es ilimitado. Contenerlo en una banal palabra sería como un insulto para él.

—Qué arrogante —farfulló Jared—. Ojalá se hubiese llamado algo así como Charles Smith o Samantha Jones.

—¿Y eso por qué? —Me giré para mirarle.

—No sé, sería gracioso —contestó, riéndose por lo bajo de su propia ocurrencia.

Vi cómo Connor cogía aire de forma lenta y controlada para no saltar

en defensa de su Dios y estrangular allí mismo al Incierto que osaba burlarse de él.

—Bueno, ya hemos llegado a la parte interesante. —Cambió de tema, aún asesinando con la mirada a Jared.

Bueno, más tarde le preguntaría por los nombres.

Los ojos de Connor comenzaron a recorrer la página, leyendo primero para sí mismo todo aquello que creía relevante. Conforme lo hizo, su expresión fue cambiando a una más relajada y absorta, dejando ver lo mucho que estaba disfrutando al conocer más de la historia de su mundo.

—En la Tierra hay ciudades llenas de leyendas, mitos y criaturas sobrenaturales; la misma fantasía que se acostumbra a escribir y leer en los libros de ficción —comenzó a resumirnos su contenido—. Lo que no sabéis es que su origen va más allá de la simple creatividad de los humanos. Los Vestigios contienen tanto poder que dotaron de un aura mágica a los lugares donde fueron escondidos. En Nueva Orleans, la ciudad del *jazz* y de los misterios paranormales, se encuentra el Vestigio Original que recoge la magia del elemento Tierra, por ello siempre han abundado allí las brujas; seres que poseen la habilidad de manejar una mínima fracción de la magia originaria de la Tierra. Son humanos que tienen mayor cantidad de Éter en su alma y, por lo tanto, ciertos sentidos más desarrollados con los que pueden moldear esos resquicios de poder para darles un uso tan banal que a los Guardianes no nos preocupa.

»El segundo se halla en Irlanda del Norte, lugar de leyendas, mitos y casas encantadas. Su folclore se ha ido fraguando en torno al Vestigio del Agua. En Italia, Sicilia, una ciudad de origen volcánico, la corona que porta la magia del elemento Fuego se encuentra en lo que se conoce ahora como el Etna, un volcán enorme en continua actividad. Y por último, en Khumbu, la región habitada más próxima al Monte Everest, es donde se encuentra la corona que recoge los últimos restos del Aire. Son montañas tan altas que parece que pertenecen al mismo cielo, y en cierto modo así es.

Todos lo observábamos impresionados. No podía creer que las leyendas de lugares como Nueva Orleans o Irlanda tuvieran un punto de realidad. Aún nos quedaban mil cosas por averiguar de las coronas, pero habíamos encontrado el punto de partida y quería creer que el resto del camino lo iríamos trazando más adelante.

—«Nos miran como los Dioses lo hacen, desde la superioridad» —leyó en voz alta el Guardián, haciendo referencia a los cuatro Vestigios

Originales. El libro acababa con esa cita, significase lo que significase.

—Déjame verlo —pidió Killian.

—Ahora ya sabemos dónde situar los parcos mapas que dejó la persona de las cartas —dijo Connor con un brillo entusiasmado en los ojos mientras Killian comprobaba disimuladamente si nos había transmitido la verdad.

El libro fue rodando hasta que llegó mi turno y pude apreciar con admiración las coronas, cada una con diferentes ondulaciones y una variedad de piedras preciosas que las adornaban. Lo único que compartían era una piedra más grande que se situaba en el medio y que, por lo que decía la descripción, se encargaba de almacenar la magia y estaba unida al hierro por un hechizo. Todo esto me resultaba asombroso a la vez que escalofriante.

—Si no indica de forma específica qué poder tiene cada corona, ¿cómo sabemos a cuál se refería la persona que escribió las cartas? —preguntó Zoey, y a Connor se le iluminó el rostro al conocer la respuesta.

—Porque los Vestigios solo recogen el poder, no lo cambian de forma, es decir, cada elemento está ligado a unas propiedades y estas rigen las coronas. La Tierra es la base sobre la que se mueven el resto de los elementos y está relacionada con el cuerpo y su salud, así que imagino que tendrá propiedades curativas. El Agua es el elemento de los sentimientos y ofrece liberación emocional. El Fuego se rige por el coraje y gobierna la pasión, es tan creativo como destructivo y tiene el poder de transformar todo lo que toca. El Aire, por otra parte, es el elemento más volátil, gobierna todo movimiento y se relaciona con el viaje, el intelecto y las ideas, por lo que puede ser que sirva para transportarte de un lugar a otro con rapidez o a través de la mente. No estoy seguro.

Permanecimos pensativos, repasando mentalmente la información que ya teníamos e intentando relacionarla con esto último. Saqué la carta escrita por el misterioso fugitivo y leí en voz alta aquellas partes que parecían contener la encriptada solución.

«Elegiré otro tipo de magia; una mucho más antigua y poderosa: Los Vestigios Originales. Tú fuiste quien me enseñó a ahondar más allá de la realidad que otros escogieron para nosotros, por esa razón la única forma de volver a unir nuestros caminos será demostrando la pureza de nuestros sentimientos… Por eso, la forma más segura de reunirnos será a través de uno de los Vestigios Originales. Mediante él contemplarás el reflejo de la

verdad, romperás tus cadenas y sentirás de nuevo el vértigo propio de la libertad».

—La persona que escribió esto quería poner a prueba a su amante… —meditó Killian—. ¿Y a qué puede referirse con «romperás tus cadenas y sentirás el vértigo de la libertad»?

—Demostrando la pureza de nuestros sentimientos… —repitió Zoey en voz alta.

—¿Y si el Vestigio Original te muestra aquello que guarda tu corazón? —aventuré a decir.

—¿Te refieres a la verdad? —me siguió Killian, quitándole romanticismo a mi teoría.

—Si lo pensáis tiene sentido, sería una forma segura de protegerse —expliqué, sosteniéndole la mirada.

Me di cuenta de que me estaba pellizcando el labio inferior, un gesto que solía hacer siempre que le daba muchas vueltas a algo, cuando los ojos de Killian bajaron hasta ellos y permanecieron ahí durante unos segundos. Lo único que hizo al percatarse de que lo había pillado fue dedicarme una sonrisa torcida que solo podía significar problemas.

La voz de Zoey me salvó de pensar cosas inapropiadas.

—Según lo que Connor nos ha contado sobre las propiedades de los elementos, tendría sentido que fuera el del Agua, el que ofrece liberación emocional —dedujo, aunque no sin dudas—. El del Fuego no tendría sentido porque ¿cómo vas a encontrar a alguien transformando algo? Después el de la Tierra tiene propiedades curativas, lo cual tampoco les serviría de nada para volver a reunirse, y por último el del aire, que sí, te transporta a cualquier sitio a través de los pensamientos, pero si el amante no sabe dónde está, ¿cómo va a saber hacia dónde dirigirse?

Estuvimos unos quince minutos reflexionando acerca de aquella teoría y, por más que pensábamos y proponíamos diferentes opciones, la que más encajaba seguía siendo la corona del Dios del Agua, ya que estaba ligada de forma directa a los sentimientos. No podíamos saber con exactitud a qué se refería con liberación emocional, pero tenía la ligera sospecha de que hasta que no utilizáramos la corona, no lo averiguaríamos. Había que arriesgar, pero la posibilidad de errar nos paralizaba y nos hacía retroceder para luego acabar en el mismo punto.

—Bueno, en el caso de que fuera el Vestigio del Agua, ¿cómo se supone que vamos a ir hasta Irlanda del Norte? Aunque tengamos el mapa

no disponemos de tanto tiempo como para coger un avión —dijo Zoey angustiada, y no hizo falta decir por qué teníamos que darnos prisa.

Entonces recordé algo que había dicho Connor.

«No me queda suficiente Éter como para hacer viajes sin sentido al Abismo».

En el cuarto secreto de la biblioteca, yo le había preguntado si los Guardianes podían acceder a la sala a través del Abismo.

«Es poco probable, pero sí. Accederían solo con la llave, mientras que desde la Tierra se necesita el portal mágico, que en este caso es el libro».

—Connor podría ayudarnos con ese problemilla —intervine yo, y todos lo miraron a la espera de que se explicara, con los rostros contraídos por la repentina desconfianza.

Antes de hablar, el Guardián me miró con una sonrisa de satisfacción y una pizca de molestia.

—Yo puedo llevaros a través del Abismo, será peligroso pero muy rápido. Una vez lleguemos, tendremos que dar con la sala secreta que se corresponda con la biblioteca de Irlanda del Norte. Y ya desde allí abrir el portal, como hicimos para regresar a la biblioteca de esta ciudad.

—¿Por qué no nos habías dicho eso directamente? —pregunté confundida—. Podríamos habernos ahorrado la incursión a la biblioteca.

—Nunca traté de ocultarlo, pero quería asegurarme de que vuestra causa era honrada y de que no me traicionaríais para llevaros los Vestigios Originales o algo parecido —se justificó con calma—. Al ver que Aria estuvo a punto de morir para que lográramos llegar hasta su madre, me creí vuestra historia. Nadie sacrificaría tanto por un objeto que por sí solo no tiene demasiada utilidad.

—Es comprensible que desconfiaras, nosotros también lo hemos hecho contigo —dijo Killian.

Me fijé en la expresión de Zoey, que no parecía en absoluto comprensiva.

—¿Y si dentro de esa sala secreta hay un Guardián? —preguntó Jared, volviendo a lo importante.

Connor negó con la cabeza.

—Conozco sus horarios y sé que no habrá ninguno porque entraremos cuando haya acabado su jornada y haya dejado allí el libro portal para marcharse de vuelta a la Orden de Guardianes.

Todos asentimos, inseguros, pero comenzando a aceptar que aquel

sería nuestro próximo movimiento. Solo quedaba una cosa que resolver, y Killian se preparaba para ello cuando cogió una bocanada de aire a la par que su expresión se volvía seria.

—Antes tenemos que ir a otro sitio —dijo, luchando por ocultar el dolor que escondía aquella afirmación.

Había llegado la hora de la despedida más triste que presenciaría jamás.

La de dos hermanos que lo habían perdido todo para tener que hacerlo una vez más.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 37

Presencié mi primer milagro cuando escuché a Eric respirar de forma serena y acompasada. Teniendo en cuenta la última hora que habíamos pasado, no creí que pudiera relajarse tanto como para caer rendido, sin embargo, había gastado tanta energía que el sueño finalmente había podido con él.

Durante el tiempo que tardamos en recoger las pocas pertenencias que teníamos en el motel, Eric había luchado por convencer a su hermano de que le dejara venir con nosotros. Ni siquiera habíamos contemplado la opción, bastante habíamos jugado ya con la muerte como para tentarla una vez más. Eric, por supuesto, no llevó bien la idea de despedirse de su hermano para quedarse con otra persona y había llorado, pataleado y chillado de frustración. Pero ¿quién podría gestionar bien decirle adiós a la única familia que le quedaba? Se me encogía el corazón con solo pensarlo. Killian había tenido toda la paciencia del mundo, dejando de lado su dolor para centrarse en su hermano y hacer lo imposible para tranquilizarlo al tiempo que se mantenía firme en su decisión.

Dejamos atrás los frondosos bosques de New Hampshire para dirigirnos hacia un pueblo de Maine. Aquel donde nació y creció Killian, y en el que seguía viviendo su abuela Margaret, que cuidaría a Eric hasta que todo se resolviera.

Porque la otra posibilidad era demasiado tiempo.

Los mellizos, por otra parte, pidieron a su chófer que les acercara su Mercedes blanco y en esos momentos conducían por detrás de nosotros. Connor se había quedado con ellos a regañadientes, consciente de que sería un viaje movidito con Jared, pero dándonos la privacidad que necesitábamos.

Miré de reojo a Killian, quien se encontraba rígido en el asiento de copiloto. Habíamos decidido que yo conduciría por si acaso le daba un nuevo brote y perdía el control del vehículo. Debió sentir mis ojos sobre él porque apartó la vista del paisaje para posarla en mí. Varios mechones de pelo oscuro caían sobre su frente y se había puesto unas gafas de sol negras. Sus labios se apretaban en una fina línea recta, tenía los hombros caídos y una expresión que me hacía querer consolarle de alguna forma. Intenté hacerlo mediante la distracción, aun sabiendo que era imposible que olvidara que la carretera por la que circulábamos tenía como destino el corazón de sus peores temores.

—Es curioso que viviéramos tan cerca durante un año… Quizás hasta nos hemos cruzado por la calle —comenté, y mi voz pareció traerle de vuelta a la realidad.

—Estoy seguro de que lo recordarías —dijo con una leve sonrisa presuntuosa.

—¿Y tú no?

—Puede.

Reprimí un resoplido mientras me concentraba en adelantar a otro coche y escuché a Killian soltar una risita por lo bajo. Bien, parecía que mi estrategia estaba funcionando.

—¿Sabes? Tengo la sensación de que te conozco más de lo que en realidad lo hago —dije.

—Puedes preguntarme lo que quieras. Pero, por favor, saltémonos la pregunta de: ¿playa o montaña? —Y antes de que me diera tiempo a abrir la boca, añadió—: Siempre montaña, odio que la arena se me pegue a los pies. —Fingió un escalofrío de repulsión que me hizo sonreír.

—Cierto, se me olvidaba tu afición por *despejarte* en el bosque siempre que tienes que pensar.

—¿Cómo iba a imaginarme que me seguirías en medio de la noche?

—Supéralo ya, por favor —supliqué con diversión, y añadí—: ¿Cuántos años tienes? Nunca me lo has dicho.

—Nunca me preguntaste. —Se encogió de hombros—. Tengo veintitrés.

—¿Qué día? —Levanté una ceja, un poco sorprendida de que tuviéramos justo la misma edad—. El veintidós de octubre.

—Yo, el diecinueve.

Nos miramos un poco extrañados por la coincidencia.

—¿Tienes más familia aparte de Margaret? —seguí preguntando.

Me miró fijamente y por una fracción de segundo temí que me diera una respuesta evasiva. Lo comprendería porque, al fin y al cabo, no era asunto mío, pero esperaba que entendiera que solo pretendía sacarle del pozo en el que se hundía cada vez que el silencio se prolongaba demasiado y los pensamientos lo atrapaban.

Pero no fue así. La conversación de anoche había cambiado muchas cosas; algunas que ni siquiera me atrevía a pensar.

—Sí, dos tíos por parte de mi madre, pero viven en otros estados y no nos visitaban con mucha frecuencia. Nosotros no podíamos permitirnos gastar tanto dinero en ir a verlos por lo que, al final, la relación se fue deteriorando —dijo con resignación, y sus facciones se relajaron a la par que una oleada de tristeza lo invadía—. Y bueno… Mi abuela siempre ha estado muy presente, nos cuidaba cuando mi madre tenía que trabajar y nos cocinaba las mejores recetas del mundo. Era como un ángel para nosotros. —Apretó los dientes y una fría rabia le cubrió el rostro—. No me quiero ni imaginar lo que hubiera pasado si el día que vinieron los Ignis hubiera estado en mi casa.

—No vale la pena pensarlo —musité, sintiendo el horror colarse entre mis huesos, y apreté con más fuerza el volante—. ¿Y no te planteaste dejar a Eric con ella?

—Tu madre me aseguró que estaríamos a salvo en Haven Lake y no podía abandonarlo justo cuando acababan de matar a nuestra madre. Esa también fue la razón por la que tu madre no le borró la memoria y aún me recuerda. Además, para mi abuela debió ser horrible enterarse de que habían encontrado a su hija asesinada, así que también tenía que afrontar su propio duelo. —Hizo una breve pausa en la que inspiró hondo—. Al final mi hermano es responsabilidad mía, y aunque este año ha tenido muchísimas pesadillas y le ha costado mucho dejar de sentir miedo, creo que no me equivoqué. Ahora está mucho mejor, o estaba… Pero le irá bien, es fuerte.

—Hiciste lo correcto y tengo cero dudas de que Eric, pase lo que pase, estará bien —le aseguré, pensando en que yo hubiera hecho lo mismo, y después formulé la pregunta que serpenteaba inquieta entre mis labios desde hacía un rato—. Pero tu abuela… —Desvié mis ojos hasta él, llena de dudas, pero él asintió, animándome a continuar—. ¿Tu abuela te recuerda?

Se tensó, pero al segundo suspiró y se sinceró.

—No sabe quién soy, pero Eric sí. Piensa que está con una familia de acogida porque ella ya es demasiado mayor para cuidarle… Tengo preparada una carta en la me inventé motivos por los que tendrá que vivir con ella a partir de ahora. No he podido verla desde hace un año, por si acaso atraía a los Ignis, pero tengo mis contactos y sé que está bien y que estará encantada de volver a ver a mi hermano.

—Ni me imagino por lo que habéis tenido que pasar… —Mi voz se fue apagando conforme las palabras salieron de mi boca.

Nos quedamos en silencio durante minutos y cuando creí que la conversación había terminado, Killian me sorprendió con una confesión.

—Cuando regresaste a Haven Lake fuiste como un soplo de aire fresco.

Por el rabillo del ojo atisbé cómo se ponía las gafas de sol sobre la cabeza.

Fingí que sus palabras no me habían impactado tanto.

—Eso lo dices porque te encanta hacerme rabiar.

—Bueno, esa es una de las razones.

—¿Y las demás cuáles son? —me atreví a preguntar, y sentí sus ojos recorrerme de forma breve pero intensa. Después se encogió de hombros y adoptó de nuevo su habitual postura desenfadada.

Yo seguía concentrada en la carretera.

—Las demás te las diré cuando encontremos a tu madre y sepamos cuál es la clave para acabar con la maldición.

—Eso es pasarse, ¿no crees? —protesté, haciendo una mueca.

—Tómatelo como una motivación extra para patearles el culo a esos Ignis y encontrar a la persona que dio con la forma de escapar a la Tierra.

—Te insistiría para que me lo dijeras, pero sé que no serviría de nada —bufé, a tiempo de ver como sus labios carnosos se curvaban hacia arriba en una bonita sonrisa.

—Buena decisión.

—Solo espero que cumplas con tu palabra —dije, inclinando la cabeza hacia él y levantando el dedo en señal de advertencia.

—Estaré encantado de hacerlo. —Por el rabillo del ojo vi cómo sus ojos centelleaban y, por un segundo, me hipnotizó la atracción que había entre nosotros y que comenzaba a ser cada vez más insoportable.

—¿Y tú? ¿No necesitas más motivación para lo que está por venir?

Su expresión se llenó de determinación cuando negó lentamente.

—Ya he encontrado toda la que necesito. —Se limitó a decir, y cuando lo miré de nuevo, lo encontré observándome con una sonrisa que ocultaba demasiadas cosas.

Y que me moría por descifrar.

Era media mañana cuando llegamos a nuestro destino. Una vez aparcamos y nos adentramos entre las callejuelas del barrio, pudimos apreciar lo concurrida y familiar que era la zona. Las calles eran largas y estrechas, llenas de casas adosadas de dos plantas con fachadas de diferentes tonalidades. Había un mercadillo de frutas y verduras en una pequeña plaza en la que algunos niños corrían y jugaban ajenos a todo. Eric también había perdido eso. Esperaba que, de alguna forma, quedarse con su abuela lo acercara más a la etapa llena de magia y despreocupación que le tocaba vivir.

Desde que habíamos bajado del coche para reunirnos con el resto, Killian había estado ausente, observaba sus alrededores con la mirada perdida, seguramente rememorando su vida anterior y recordando el futuro que se escaparía de sus manos si no conseguíamos nuestro propósito. Eric, en cambio, había aceptado que ya no había marcha atrás y agarraba a su hermano de la mano con los ojos rojos por el llanto. Killian había logrado convencerlo para que se vistiera, y llevaba un chándal de unos dibujos animados que se habían puesto de moda.

A cada paso que dábamos me dolía más la barriga y tenía el corazón en un puño. No quería que Eric se fuera, le había cogido mucho cariño en muy poco tiempo. Sin duda extrañaría sus ocurrencias, sus ganas de comerse el mundo y convertirse en uno de sus héroes y, por supuesto, su dulce ternura que pronto se transformaba en ira si alguien se atrevía a molestar a su hermano. Pese a esto, me aliviaba saber que allí estaría a salvo. Ningún Ignis se molestaría en hacerle daño, no cuando se les agotaba el tiempo y ni siquiera nos habían intentado capturar ni hacer daño en la biblioteca.

Recorrimos el barrio separados para no llamar la atención.

A pesar de que ese había sido su hogar durante toda su vida, nadie se acercó a saludar a Killian.

Seguramente él reconocería a vecinos, compañeros de clase e incluso amigos cercanos con los que había compartido miles de experiencias…

Pero nadie lo recordaba ni lo haría jamás.

Y por su expresión sabía que estaba siendo muy duro para él.

—Bueno… Nosotros nos quedamos por aquí, ¿vale? —dijo Connor cuando quedaba tan solo una calle para llegar a la casa de Margaret—. Os cubrimos las espaldas.

Killian hizo un gesto de agradecimiento. Zoey se agachó para darle un beso en la mejilla a Eric, quien se sonrojó al instante y esbozó una tímida sonrisa.

—¿Cuándo sea mayor quieres ser mi novia? —preguntó, mirándola, y al ver que se había quedado muda, añadió con voz insegura—: Seguro que seré superguapo, más que Killian y todo.

—Bueno, eso seguro —cuchicheó Jared a mi lado, y se ganó una mirada asesina por parte de Killian.

Fue imposible no reírme ante aquella situación; fue una risa, pero pesada, triste.

—Solo si me prometes que te portarás superbién y que estudiarás mucho en tu nueva escuela —dijo Zoey con una sonrisa tierna en los labios, y Eric asintió con mucho entusiasmo y los ojos brillantes por la alegría.

Durante el trayecto en coche, Killian había mandado al colegio de Haven Lake un *email* a través del correo de Nora para justificar su marcha. Esperábamos regresar con la suficiente antelación como para que nadie denunciara la desaparición de mi madre y por lo tanto las asistentas sociales no comenzaran el trámite oficial de su nueva custodia. Seguro que ganaría su abuela porque era el familiar más cercano, pero aquello solo dificultaría las cosas.

—¿De verdad quieres tenerme como cuñado? —preguntó Jared a Eric, arqueando una ceja.

—No eres tan tonto como pensaba —admitió el niño, encogiéndose de hombros y consiguiendo que Jared se emocionara.

—Vas a conseguir que llo…

—Aunque sigues siendo un cabeza bolo —dijo con una mueca burlona y una mirada traviesa.

Jared se encogió como si hubiera recibido un disparo.

—Mira, cuando te vuelva a ver llevaré el pelo tan largo que no podrás volver a reírte de mí —protestó.

—Pues te llamaré cabeza fregona —replicó, haciendo que Jared contrajera su expresión en un mueca de disgusto. Me resultaba tan tierno

como desconcertante que se tomara en serio las burlas de Eric.

—Está bien, niños… Hora de irnos —sentenció Killian, alzando la voz.

Lo miré de reojo y entre tanto dolor pude vez una pizca de diversión que se esfumó tan pronto como apareció.

Se terminaron de despedir, Jared le dio un pequeño abrazo del que Eric se intentó zafar en seguida y Connor le sonrió y le dijo algunas palabras formales de consuelo, ante las que Eric asintió, intimidado por la seriedad y la postura corporal del Guardián, que siempre iba erguido como si llevara un palo metido por el culo. Me acerqué para despedirme yo también.

—Ven con nosotros —dijo Killian.

Me cogió por sorpresa, pero asentí sin dudarlo ni un segundo. Desconocía las razones por las que me lo había pedido, pero jamás podría negarme. Ni querría hacerlo a pesar de sentirme un poco fuera de lugar.

Caminamos en silencio durante un par de calles más hasta que Killian indicó que la sencilla casa adosada con la fachada blanca que apareció ante nosotros era la de su abuela. Tenía un pequeño jardín en la entrada y a simple vista parecía muy cuidada y acogedora.

Era la hora de pronunciar el temido «hasta pronto» que podría convertirse en un «hasta siempre».

Nos dirigimos hacia un pequeño parque con árboles bastante frondosos que nos ocultaban de ojos ajenos pero que al mismo tiempo nos permitían ver la casa y asegurarnos de que Eric se reuniera con su abuela sano y salvo.

Me puse en cuclillas y sin previo aviso lo atraje hacia mí, envolviéndolo en un abrazo. Él me devolvió el achuchón y me dejé empapar por el cariño propio de los niños; tan inocente y puro que te llenaba el alma; que te reconstruía, pero que en este caso también me rompía.

—Me alegro mucho de haberte conocido —confesé, mientras le estrujaba un poquito más—. Eres un niño muy especial y no necesitas parecerte a ninguno de tus héroes. Ya eres uno de ellos, el mejor de todos —añadí, sintiendo las mejillas húmedas por las lágrimas—. Nos volveremos a ver.

Él se apartó para mirarme con una tristeza que me desarmó.

—Tienes que hacer las paces con Nora, yo la quiero mucho. Es muy buena, como tú —dijo con un hilo de voz.

Mi cuerpo tembló y como respuesta lo volví a estrechar entre mis brazos. Cuando me alejé de él tuve que apoyarme en el tronco del árbol para mantener la compostura. Un peso profundo me aplastaba el pecho y el nudo de la garganta creció tanto que temí ahogarme si no rompía a llorar por la situación tan injusta que estaba viviendo. Pero no era el momento, si yo estaba así no me quería ni imaginar cómo se sentiría Killian, y tenía que ser fuerte para él.

Lo busqué con la mirada y me di cuenta de que nos había estado observando desde atrás con una calidez en su expresión que me dejó sin aliento. Le dediqué una sonrisa alentadora que me devolvió para después respirar profundamente y aproximarse a su hermano, que lo miraba desde abajo con los ojos llenos de lágrimas y una expresión devastadora. Killian esbozó la sonrisa más triste que jamás había visto, una desprovista de esperanza y llena de amor, miedo y dolor. Se puso de rodillas, o simplemente cayó porque ya no le quedaban fuerzas, miró a los ojos a la persona que más quería y se preparó para dejarla marchar.

—No quiero que te vayas —confesó Eric antes de romper a sollozar y correr a sus brazos. Killian lo acogió con fuerza, lo rodeó y trató de calmarlo acariciando su espalda.

—Volveré pronto y esa noche dejaré que elijas y veas todas las película que quieras, ¿vale? —dijo, y aun sin decir las palabras que te atan a una promesa, le estaba haciendo una.

—¿De verdad? —preguntó Eric, separándose de su abrazo para observarle con ilusión.

—De verdad —aseguró Killian, y le revolvió el pelo, esperando una protesta que no llegó. Solo se encontró con unos ojos tristes que lo miraban suplicantes, a la espera de que en cualquier momento cambiara de opinión. Killian apretó los dientes y suspiró con pesadez, después se puso más serio antes de agarrar con suavidad la barbilla de Eric—. Tienes que prometerme que serás aún más fuerte de lo que ya eres.

—Te lo prometo —dijo, asintiendo con determinación.

—Y si no vuelvo… —Su voz se quebró—. Si no vuelvo, recuerda que tienes un hermano mayor que te quiere más que a nada en el mundo, que está orgulloso de ti y que siempre te echará de menos.

—Pero eso no va a pasar. Te equivocas. —Eric negó con empeño, hipando por el llanto que había comenzado al escuchar las tiernas palabras de su hermano.

—¿Por qué? —susurró Killian, sorprendido ante tal seguridad.

—Porque mami cuidará de ti.

Y aquellas simples palabras doblaron en dos a Killian, que se derrumbó aún más y abrazó a su hermano con tanta fuerza que se fundieron en uno.

—Te quiero más que a nada. No lo olvides nunca —le oí decir antes de que se separaran—. ¿Tienes ganas de ver a la abuelita? —preguntó, poniéndose de pie y dándole la mano.

—Muchas —contestó mientras unía su mano a la de su hermano.

—Ve con ella entonces —logró decir Killian.

Nos acercamos a la casa lo máximo que pudimos. Para los vecinos, que sí conocían a Eric, podría resultar extraño verlo con dos jóvenes desconocidos.

—Tienes que estar atento por las noches porque te saludaré desde la ventana —dijo Eric, señalando un cielo que en esos momentos se encontraba cubierto de espesas nubes.

La expresión de Killian se llenó de comprensión al instante y le dedicó una mirada cómplice.

—Eso espero, recuerda que estaré en la estrella más brillante.

Se me rompió aún más el alma al saber que se había inventado un lugar ficticio, en vez de decirle la terrorífica verdad: que lo arrastrarían al infierno, obligado a luchar por unos monstruos como los que habían asesinado a su madre.

Como un fogonazo, me vino a la mente un recuerdo de la noche de las películas. Eric corrió a la ventana, señaló el cielo y le preguntó a su hermano si le quedaba mucho para irse. Ahora entendía por qué Killian lo había cortado y, sobre todo, la tristeza en sus ojos después de aquello.

Había hecho todo lo posible por dulcificar su marcha, y aun así, había sido igual de doloroso.

Cuando Killian giró la cabeza advertí que tenía el rostro desencajado, pero aun así ni una lágrima caía por sus mejillas. Estaba aguantando, conteniéndose para que la última imagen que tuviera su hermano de él fuera con la sonrisa que le dedicó. Una llena de amor.

—Adiós —dijo Eric, alzando la mano para despedirse.

—Adiós —susurramos a la vez.

Lo vimos alejarse con ambas manos agarrando las asas de su mochila roja. Cuando llegó a la entrada de la casa, tocó al timbre y al cabo de unos

segundos apareció una mujer mayor, con el pelo canoso y rizado, que llevaba una bata azulada y un delantal a cuadros. Tardó unos segundos en procesar que lo que veían sus ojos era real, que era su pequeño nieto el que se hallaba en la entrada de su casa. Se llevó las manos a la boca y comenzó a llorar para después abrazar a Eric y llenarle la cara de besos. Desplacé la vista hasta Killian, quien estaba viendo a su abuela después de un año entero. Apretaba los dientes, pero la observaba resignado, sabiendo que si se acercaba y le decía que era su nieto, aquel al que había criado y cuidado, lo tacharía de loco.

Me acerqué a él con cautela y acaricié el dorso de su mano para pedirle permiso. De inmediato, él entrelazó sus dedos con los míos, con sus ojos fijos aún en su abuela, despidiéndose de ella en silencio. Tal vez sabiendo que podría ser la última vez que la viera. Una vez la puerta se cerró, Killian se mantuvo en ese estado de ausencia hasta tal punto que empecé a preocuparme.

—Killian —pronuncié su nombre con suavidad, intentando que regresara a la realidad. Estaba asustada de verlo así, tan vulnerable y destrozado, pero tan inmóvil. Si no expresaba aunque fuera una fracción del dolor que estaba sintiendo, este lo devoraría por dentro.

Tomó una bocanada de aire y reaccionó.

—Se han ido —habló en un susurro entrecortado a la vez que un par de lágrimas caían de sus ojos para aterrizar en sus altos pómulos.

—Puedes llorar, Killian, puedes hacerlo —dije, sin intentar llenar el silencio con palabras baratas de consuelo que solo servirían para retrasar aquello que había que afrontar en momentos como aquellos: la tristeza.

La angustia que vislumbraba en el gris de sus ojos era solo el principio de la tormenta que crecía en su interior, destruyendo cada rincón, resquebrajando cada grieta hasta que todo estalló. Y convirtió en pedazos aquello que nunca se permitió estar roto.

Nos movimos al mismo tiempo, buscándonos entre la quietud de un caos ensordecedor.

Él cayó de rodillas de nuevo y yo lo seguí para abrazarlo con fuerza. Al principio se quedó quieto, sorprendido por mi repentina muestra de cariño, pero al segundo sus fuertes brazos me apretaron contra él y enterró su cara en mi cuello, ahogando un sollozo que sentí hasta dentro de mis entrañas. El viento dejó de mecerse, el piar de los pájaros se apagó junto con el murmullo de la gente que se arremolinaba a lo lejos, en un mercado

ajeno a la crudeza de una despedida que podría estar condenada a ser definitiva. Me dejé envolver por su aroma, por su angustia y por la calidez que seguía transmitiéndome su piel. Tan solo lo acompañé hasta que sus hombros pararon de sacudirse y se apartó; sus manos me tomaron el rostro para que lo mirase a los ojos. Tenía la piel cubierta de lágrimas, unas que ya habían dejado de caer. Alcé la mano para limpiarle los restos y luché contra el fuerte impulso de besarle, de acabar con la única distancia que nos separaba.

—Gracias —exhaló a media voz—. Gracias por no intentar arreglarme.

Y entonces me dio un suave beso en la frente que me derritió y me dejó sin aliento.

El tacto de sus labios fue tan devastador que una oleada de anhelo me inundó. Pero ya habíamos ignorado demasiado la realidad y, aunque el mundo se había detenido para nosotros durante un breve lapso, la cuenta atrás no había dejado de perseguirnos.

Se puso de pie, sacudiéndose la tierra de los pantalones, y cogió aire.

Me tendió la mano.

—El Abismo nos espera.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 38

Connor acabó de lucirse cuando aseguró que conocía a alguien de confianza en el Abismo que ayudaría a los Ignis a arrasar el mundo antes que delatarnos a los Guardianes. Tampoco es que tuviéramos muchas opciones salvo seguirle, llegar hasta Irlanda del Norte para dar con la corona del Dios del Agua y con ella rescatar a mi madre y dar con la persona que rompió la maldición para salvar del destierro a Killian, Zoey y Jared.

En efecto, pan comido.

La puerta hacia el Abismo había estado con nosotros todo este tiempo. Y así lo mostró Connor cuando se levantó la camiseta y nos mostró el tatuaje de su pecho, que tenía la forma perfecta de una cerradura. Recordaba haberlo visto el día en que lo conocí, cuando apareció en calzoncillos, pero ¿cómo podía imaginar que abriría la puerta hacia otra dimensión paralela?

Entonces mi mente viajó a mi madre y al hecho de que nunca había visto ninguna marca en su piel, ¿cómo accedía al Abismo entonces? ¿O las había ocultado con alguna especie de hechizo?

El escaso Éter de la lágrima escarlata que portaba la llave de Connor conectó con el que componía al Guardián y su piel se hundió imitando el ojo de la cerradura. Nos unimos en un círculo perfecto cuando se la incrustó en el pecho y la giró. Múltiples olas doradas de Éter comenzaron a surgir del suelo y a corretear entre nuestros pies como si tuvieran vida propia. Primero rodearon al Guardián y, tras unos segundos, al resto. Como había ocurrido anteriormente, se formó un tornado de magia que nos absorbió con intensidad, dejándonos sin aire. En el callejón donde nos encontrábamos solo quedó una chispa de Éter que se perdió entre las hojas secas y el viento

cálido del otoño.

Esta vez el viaje me hizo olvidar mi nombre y el de todas las personas que se descomponían conmigo. Nos reducimos a cenizas para conectar con el Abismo. Fue igual de horrible y doloroso que las dos veces anteriores, incluso peor. Pero cuando quise darme cuenta, el portal en el que se había convertido Connor nos escupió con fuerza en un lugar que mis sentidos reconocieron. Era asfixiante, con una atmósfera tan diferente que hasta en los huesos podía sentir que no nos encontrábamos en la Tierra, sino en un sitio mucho más antiguo y poderoso.

La magia de Connor nos rodeó, provocando cosquillas y una sensación de frescura en mi piel, y nos posó con delicadeza antes de que cayéramos al suelo y delatáramos nuestra presencia. Noté cómo la tierra seca manchaba mis manos cuando me incorporé y me puse de pie, algo mareada y adolorida. El resto hizo lo mismo, examinando el espacio en el que nos encontrábamos. Apenas cabíamos en aquel reducido dormitorio con paredes y techo de piedra. Arrinconada en la pared de enfrente había una cama que parecía sacada de la época medieval, con una aburrida colcha gris y un cojín que había vivido tiempos mejores. A nuestra izquierda se encontraba un escritorio anticuado con una pluma y un bote de tinta encima, junto con algunos bocetos desordenados. En algunos de ellos había flores, nubes y lo que se asemejaba al sol, la luna y las estrellas. Enfrente, una estantería de madera repleta de libros. Me pareció curioso que todos los lomos fueran iguales, oscuros, como si fueran copias de una misma historia, otorgándole a la habitación la misma inexpresividad y falta de vida que el resto de los muebles. Detuve mi inspección al sentir la mirada de Killian sobre mí, todavía apagada por la pena, y asentí en su dirección para indicarle que me encontraba bien. Él no hizo lo mismo, pero se colocó a mi lado, rozando de manera intencionada mi brazo. Al instante me sentí un poco mejor.

Jared observaba todo sin parpadear siquiera. Yo me sentía igual de impresionada. El extraño olor evocaba imágenes de una tierra desconocida y el peso de los pasadizos y enormes socavones que eran el hogar de miles de Guardianes amenazaba con aplastarnos. Como nos había contado Connor antes de partir, el Abismo era un laberinto subterráneo de cuevas y lo que le daba su nombre estaba en la superficie: un acantilado infinito que albergaba un vacío oscuro que tenías que atravesar para asistir a las Anuales. Según él, solo lo conocían los Dorados. Eran los Guardianes más antiguos, tenían el derecho y el poder de comunicarse con el Gran Hacedor

y se encargaban de supervisar qué especie llegaba antes a la Cueva Ishtar y por lo tanto tenía la oportunidad de romper la maldición y el derecho de bajar a la Tierra esa noche. Además de los Dorados, que se diferenciaban por lucir capas de este color, los Guardianes que se convertían en Maestros iban enfundados en largas capas blancas, y los novicios que aún estaban formándose iban de rojo escarlata. La mayoría se quedaban en la categoría intermedia de Maestros, tan solo unos pocos privilegiados alcanzaban el estatus de Dorados.

El corazón me martilleaba en el pecho con fuerza, a la espera de que Connor nos presentara al motivo por el cual estábamos aquí. Pero no necesitaba presentación. Las llamas de las velas que se dispersaban por el cuarto titilaron cuando la puerta se abrió con un crujido. Contuve la respiración.

Entonces «el motivo» salió de entre las sombras y con un movimiento seco de manos dio intensidad a las velas, haciendo que la habitación se iluminara con una mayor claridad. Se tensó por la repentina sorpresa de ver a cinco desconocidos en su cuarto, pero rápidamente su expresión pasó del asombro al alivio… Y después a la ira. Era una chica de estatura media, oculta tras una capa granate y gruesa que arrastraba por el suelo y que la identificaba como novicia. Cuando alzó las manos para echar la capucha hacia atrás, dejó al descubierto una larga melena brillante y negra como la mismísima noche. Tenía los ojos grandes y azules, y las cejas marcadas le conferían a su rostro dulce una expresión severa. Sus labios se veían rosados en contraste con la piel pálida que delataba su infinita estancia en el Abismo, donde el sol no existía. Era intimidante a la par que preciosa. Su pecho subía y bajaba de manera frenética incluso antes de vernos y, por cómo había entrado a su habitación, parecía estar esperando una amenaza. Un ligero aroma a vainilla y canela inundó la estancia y me deleité en él, preferible al espeso olor de la humedad de la tierra.

Cuando la chica miró a Connor, sus pupilas centellearon con toda la luz que escaseaba en su rostro. Apretó los puños y su mirada se volvió afilada. A juzgar por la manera en que observaba al Guardián, parecía que él era el desencadenante de su furia.

En esos instantes dudé de si nos delataría a los Guardianes con tal de fastidiarlo a él.

Quizás me estaba precipitando. O quizás no.

—Qué está pasando —exigió saber con una dureza que enmascaró la

dulzura de su voz.

—Necesitamos tu ayuda —dijo Connor con cierta cautela, y la expresión de nostalgia que había teñido su rostro al pisar de nuevo su hogar se transformó en culpa.

—Interesante… —canturreó ella, alzando la barbilla y analizándonos uno por uno con sumo detenimiento.

—¿Quién es? —preguntó Zoey a Connor en un susurro que todos escuchamos y que captó el interés de la recién llegada. La miró con una frialdad que bien podría haber helado al mismísimo Dios del Fuego.

—Vaya, tú debes de ser su error —dijo con un tono de desinterés mezclado con veneno—. ¿Ha merecido la pena? Espero que al menos haya sido un polvazo, teniendo en cuenta las consecuencias. Luego me cuentas tus truquitos, me muero por saberlos.

La sala enmudeció.

—Beatrice —intervino el Guardián—, no tenemos tiempo para tus jueguecitos.

Ella fue a abrir la boca en señal de protesta, pero Jared intervino.

—No vuelvas a dirigirte de esa forma a mi hermana o tendrás problemas más graves que ser una perra —la amenazó con una agresividad en sus gestos que jamás había visto antes.

Beatrice ladeó la cabeza y una sonrisa amarga tiró de sus perfectos y carnosos labios. Se acercó a él como una leona acechando a su presa: despacio, pero con una elegancia que te hipnotizaba de tal manera que cuando te dabas cuenta ya no te quedaba tiempo para huir. Pero él no se acobardó, le sostuvo la mirada con firmeza.

Ella lo recorrió con sus intimidantes ojos azules y alzó una ceja, arrogante.

—¿Desde cuándo ser una perra ha sido un problema?

Jared apretaba los dientes con tanta rabia que Zoey tuvo que darle un apretón para que se relajara. Connor actuó cogiéndola del brazo y apartándola de nosotros, antes de que la tensión estallara.

—No tengo tiempo para explicaciones —dijo Connor—. Algunos Guardianes están conspirando con un grupo de Ignis que quiere conseguir de manera deshonesta la llave para librarse de la maldición. Están buscando uno de los Vestigios Originales. Pero no puedes contárselo a nadie, no sabemos en quiénes podemos confiar y es muy peligroso.

Beatrice ocultó su asombro y bufó en respuesta.

—El peligro es la única diversión que hay en esta prisión.

—¿En serio crees que es buena idea contárselo? —intervino Killian.

—Es como una hermana para mí —respondió Connor, y su tono contundente no dejó espacio para más réplicas. Solo que estábamos hablando de Killian.

—Me importa una mierda —escupió—. Si decide no ayudarnos, estamos muertos.

Connor cogió aire y se inclinó hacia Beatrice, que parecía divertida por la situación.

Pareció meditar muy bien qué mensaje era el que ella quería escuchar.

—Estoy haciendo lo correcto para poder regresar aquí —comenzó Connor, suavizando su tono y su expresión—. Ahora no podemos arriesgarnos a hablar con el Consejo, no sabemos si están aliados con los Ignis. Antes tenemos que asegurarnos de esconder a buen recaudo el Vestigio Original y atrapar a esos monstruos. Si no nos ayudas, jamás podré regresar y enmendar mi error.

De manera intuitiva miré a Zoey, que, al escuchar las palabras del Guardián, se había removido, inquieta.

—Está bien —dijo Beatrice, alargando la última sílaba—. ¿Qué necesitáis?

—Tenemos que llegar hasta la biblioteca de este pueblo. —Connor hizo una pausa para enseñarle el mapa del Vestigio del Agua que me hizo sacar de la mochila—. Y para eso necesitaremos capas de novicios y trajes de combate.

Los ojos de Beatrice se agrandaron de forma casi imperceptible y después adoptó una actitud de fastidio, como si le molestara nuestra mera presencia incluso cuando había creído advertir cierto alivio en sus ojos al reencontrarse con el Guardián.

—Con todo el revuelo que hay, nadie se dará cuenta de la desaparición de algunas capas y complementos —dejó caer como si nada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Connor, y ella se encogió de hombros.

—Han encontrado el cadáver del hermano Zach. —Hizo una pausa algo dramática—. Una pena —dijo con ironía mientras cogía un mechón de su pelo y lo pasaba entre sus dedos.

Los ojos de Connor se abrieron de par en par y su nerviosismo creció.

—Sabes que jamás podría matar a uno de los nuestros, hemos venido con el poco Éter que me queda —dijo, poniéndose a la defensiva.

Nos lanzó una mirada de advertencia que no comprendí.

—¿De qué otra forma si no? —Beatrice frunció el ceño—. No te estaba acusando de nada, aunque visto lo visto… Creía saber muchas cosas de ti que han sido mentira. —Agitó la mano para quitarle importancia al asunto—. Pero tranquilo, me hubiese importado bien poco que lo hubieras matado.

—Joder —silbó Jared por detrás, y al oírlo Beatrice le dedicó una sonrisa venenosa.

—Han sido ellos, seguro… Como no consiguieron quitarnos el libro de los Vestigios Originales han tenido que buscarlo por otros medios —dije, horrorizada al pensar en la muerte del Guardián—. Y eso solo puede significar que ahora estarán de camino a Irlanda del Norte.

—Date prisa, por favor —le dijo Killian a la Guardiana.

—A tus órdenes, bombón —ronroneó, consiguiendo que este apretara su mandíbula.

Y salió de la habitación con paso tranquilo, aunque podría jurar que había cierto temblor en sus manos. Su fuerte portazo dio paso al silencio, que recibimos con agradecimiento después de semejante tensión.

—¿Qué ha sido eso? —musité, abrumada por la personalidad de la Guardiana.

—Simplemente Beatrice.

Connor suspiró y buscó a Zoey con la mirada, pero no debió encontrar en ella lo que esperaba porque apartó la vista y comenzó a explicarnos cómo actuar si queríamos hacernos pasar por novicios.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 39

Si alguno de nosotros esperaba que Connor nos contara qué tipo de relación tenía con Beatrice y cómo había sido crecer en el Abismo, se llevó una enorme decepción. Tan solo nos instruyó para que camináramos entre los Guardianes con la cabeza gacha, nuestros rostros siempre ocultos por la capucha, los hombros levemente caídos y las manos en el pecho. También evaluamos las posibles complicaciones del plan y cómo actuaríamos. La última parte de su discurso fue mi favorita, aquella en la que nos describió la estructura y organización del lugar que comunicaba la Tierra con ambos destierros. Los largos y estrechos pasillos conducían a diferentes salas comunes: algunas de entrenamiento, otras de adoración al Gran Hacedor, bibliotecas y aposentos donde los Maestros daban lecciones a los novicios. Había más, pero Connor expresó que era información confidencial y que no tenía permitido revelarla. Estaba claro que su lealtad siempre pertenecería a los Guardianes, incluso cuando nos estuviera ayudando.

Al final seguía sus propios intereses, como todos.

—Me resulta curioso que entrenéis con armas cuando vivís bajo tierra sin ningún peligro —comenté mientras contemplaba la daga que había llevado en la biblioteca y que no había llegado a utilizar.

Me pregunté si esta vez me vería en la obligación de hacerlo.

Y si aquello me haría sentir como un monstruo.

—Seguimos siendo soldados del Gran Hacedor, no solo en el arte del conocimiento y la servidumbre, sino también en el de la guerra. El combate sirve para unir y dar equilibrio tanto al cuerpo como a la mente, y debemos saber luchar para entrenar a los Inciertos hasta que deban ir a su destierro, y más ahora que están secuestrándolos… —Apretó la mandíbula y su tono se

cubrió de acidez—. Aunque por lo visto ningún Guardián es consciente de ello.

Una vez Beatrice completó su misión, Connor bajó la iluminación para darnos un poco de privacidad a la hora de ponernos los trajes oscuros. Me di la vuelta y me sentí un tanto expuesta cuando el material de cuero se adhirió a mis escasos músculos como si fuera una segunda piel. El traje tenía un cinturón táctico ancho con diferentes enganches para colocar las armas; la parte del torso era más gruesa y contraje mi rostro en una mueca al notar cómo mi pecho se aplastaba contra el tejido. Los muelles del colchón chirriaron al sentarme y doblarme para abrocharme las botas, y una vez acabé, me recogí el pelo como pude en una trenza.

Me puse en pie y por una fracción de segundo me sentí como una verdadera guerrera. Cogí la capa granate y me cubrí con ella, sintiendo al instante su peso sobre mis hombros y una calidez muy necesaria en un lugar tan húmedo como aquel.

Con solo un vistazo comprobé que Killian estaba muy *sexy* con el uniforme de combate. Aún no se había colocado la capa, dándome tiempo para apreciar sus músculos. Me pilló observándole, y a saber qué cara tendría porque se acercó hacia mí con una sonrisa burlona.

—Tú tampoco estás nada mal —susurró en mi oído. Entonces me echó la capucha por encima, tapándome la cara por completo—. Aunque ahora mucho mejor.

—Imbécil —me quejé, quitándomela de nuevo, y lo fulminé con la mirada, cosa que pareció hacerle gracia. Me respondió con el sonido cálido de una suave risa y me pasó un brazo por los hombros, apretujándome contra él.

No pude ocultar mi sonrisa y ese hecho pareció encantarle.

Advertí los ojos de Beatrice sobre nosotros y aquello me devolvió a la realidad. Mientras nos habíamos preparado no nos había perdido de vista. Nos estudiaba con atención mientras su pie taconeaba en el suelo. No había intercambiado ni una sola palabra más con Connor, que de vez en cuando la observaba de forma disimulada.

—Aunque sea inmortal no me apetece perder todo el día esperando a que os cambiéis. Tengo una misa a la que asistir para expiar mis *enormes* pecados —dijo Beatrice con irritación y una sonrisa felina bailando en sus labios.

—¿No decías que la única diversión que tenías aquí era el peligro? —

le recordó Jared, recostado contra la pared con los brazos cruzados.

—El único peligro que hay en este momento es que yo decida que me he aburrido de ayudaros y os delate. Así que será mejor que cierres la boca —espetó ella.

—¿Seguro que estamos en el Abismo, Connor? —preguntó Jared con evidente desagrado—. ¿O nos has tendido una trampa y ya estamos en el infierno?

—Con tu presencia en todo caso estaríamos en el desagüe donde va a parar toda la mierda —saltó Beatrice, consiguiendo que Zoey diera un paso en su dirección.

—Es hora de irnos —cortó Killian, todavía a mi lado. Se despegó de mí para aproximarse al Guardián y yo hice lo mismo para ponerme junto a Jared.

—Vaya, por fin buenas noticias —respondió Beatrice con fingida alegría.

—Te juro que ha batido el récord de personas que se han ganado mi odio más rápido —me confesó Jared en un tono confidencial.

—¿Dónde paso a recoger mi premio? —preguntó la Guardiana.

—Basta ya —intervino Connor, como si fuera un general hablando a sus soldados—. Beatrice, tú vigilarás que no venga nadie mientras nosotros nos mezclamos con la masa de novicios que se dirijan a su cambio de tarea.

Pensé que Beatrice iba a protestar, pero asintió, colocándose la capucha y dejando a la vista unos labios que se contraían en una sonrisa de satisfacción. Se acercó al escritorio y por el rabillo del ojo vi cómo cogía un papel doblado y se lo guardaba en uno de los bolsillos del interior de la capa.

Beatrice iba en cabeza y Connor en última posición, vigilando nuestras espaldas; ambos guardando cierta distancia para que no fuera tan evidente que íbamos en grupo. Los Guardianes eran muy solitarios, por lo que podría ser lo primero que nos delatara. Atravesamos infinitos y anchos pasillos subterráneos, alumbrados por antorchas con imponentes llamas que crepitaban bajo el eco de numerosas pisadas. Lo único que llenaba el silencio era una melodía lejana que evocaba ritos religiosos. Nos movíamos entre una masa de Guardianes que ignoraban la presencia de lo que ellos considerarían traidores. Nadie decía ni una sola palabra, lo que provocaba que el ambiente fuera aún más siniestro.

Advertí que la mayoría de las capas eran de novicios. Nos cruzamos

con algún que otro Maestro cuyo atuendo blanco resplandecía bajo aquella luz tenebrosa, pero no vi a ningún Dorado. Ni siquiera cuando nos aproximamos a la zona en la que habían encontrado el cadáver de Zach, que estaba acordonada. No me sorprendió que casualmente se correspondiera con una de las bibliotecas más grandes de Burlington. A ambos lados del pasillo había puertas de madera arqueadas de las cuales colgaban placas cobrizas que indicaban la biblioteca a la que conducían.

Teníamos que atravesar gran parte del Abismo para llegar hasta la biblioteca del Condado de Antrim, en Irlanda del Norte, donde según el mapa se encontraba el Vestigio del Agua. Estaba en una de las plantas superiores, por lo que tuvimos que subir bastantes escaleras con cuidado de no pisar el bajo de nuestras capas y precipitarnos al vacío.

Las manos me sudaban y respiraba de forma irregular, pero actué según Connor nos había aconsejado y durante la mayor parte del camino logramos pasar desapercibidos. Pero la cosa empezó a torcerse. Durante los últimos minutos había resistido el impulso de volverme hacia atrás, fruto de la sensación de que alguien me estaba observando. Estaba siendo paranoica. Si nos hubieran descubierto, ya nos habrían interceptado.

—Novicia —me increpó de repente una voz masculina, y supe que se dirigía a mí porque me agarró del hombro.

Killian se tensó a mi lado, pero tuvo que obligarse a avanzar.

Frené en seco, logrando que el Guardián que transitaba detrás de mí tropezara con mi cuerpo. Murmuré una disculpa que él ignoró para continuar con su paso. Connor también me sorteó y vi cómo el resto seguía caminando, pero a un ritmo mucho más pausado, con la intención de que no les perdiera el rastro. Lo cual era muy complicado teniendo en cuenta que había decenas de capas granate.

«Mierda», justo tenían que parar a la que no tenía un superolfato con el que pudiera rastrear de vuelta a sus compañeros. Agaché la cabeza lo máximo que pude y llené mis pulmones de aire.

—Ven conmigo. —Su petición no dejaba lugar a réplicas.

Solo alcanzaba a ver la caída de su capa, que indicaba que era un Maestro ya que era de un blanco roto. Mantuve ahí la mirada, ya que si veía mi rostro podría descubrir tan solo por mi tez morena que no era uno de ellos. Guardé silencio un par de segundos, pero joder, tenía que reaccionar. Cuanto más tardara en salir de aquella situación, más se alejarían de mí mis compañeros y más me costaría encontrarlos.

—No… —musité, y tomé una bocanada de aire para conseguir que mi voz no sonara tan temblorosa—. No puedo.

El nudo de mi garganta se apretó cuando escuché su amarga risa.

—Vaya… En el vocabulario de los novicios no existe la palabra «no». ¿Cómo es que tú osas pronunciarla? —Su tono se volvió más altivo, e incluso me atrevería a decir que lascivo—. Y encima a tu superior… Yo de ti corregiría lo que has dicho.

Tragué saliva y dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Mi presencia ha sido demandada por un Dorado.

Alcé un poco la vista, lo justo para ver cómo apretaba los puños.

—Eso es… Inusual —dejó caer con suspicacia, y dio un paso más hacia mí. Me cogió del brazo, esta vez para apartarme a un lado, sacándome del flujo de Guardianes que continuaban su camino ajenos al tenso momento—. ¿Cuál de todos te ha hecho llamar?

Su pregunta me pilló por sorpresa y un pánico agudo me invadió. ¿Qué se supone que debía hacer ahora? ¿Salir corriendo? ¿Inventarme un nombre que me delataría al segundo y me obligaría a irme con ese Maestro? No veía escapatoria alguna, y si pedía ayuda delataría a mis compañeros, cosa que ni contemplaba hacer. No sabía qué rostro tenía aquel ser, pero su voz me producía escalofríos, era demandante, casi sucia… Al estar tan cerca de su cuerpo mis sentidos se nublaron ante su poder, era una sensación extraña, pero sentía que me envolvía en un oscuro y vigoroso abrazo que me asfixiaba. ¿Por qué quería que me fuera con él? Mi corazón se aceleró de tal forma que supe que faltaba poco para que mi organismo exteriorizara el terror que estaba sintiendo y revelara mi mentira, cuando de pronto, un susurro resonó dentro de mí.

*Uriel.*

Mi cuerpo se sacudió de asombro ante aquella intrusión ¿Qué demonios había sido eso? ¿Era mi intuición la que me hablaba? Pero ¿cómo iba a saber por arte de magia el nombre del Dorado? Empecé a pensar que había sido fruto de mi desesperación cuando volví a sentirla, esta vez más aguda y contundente.

*Uriel. Uriel. Uriel.*

—Niña, estás agotando mi paciencia —espetó el Maestro, y me apretó el brazo.

Aquello me hizo reaccionar.

—Uriel —exhalé, y al instante me soltó y se alejó, como si aquel

nombre hubiese quemado la mano con la que me apresaba.

—Siempre tan jodidamente caprichoso… —maldijo con ira y suspiró —. Bueno, ten por seguro que nos veremos pronto.

Y se fue. Dejé salir todo el aire que estaba conteniendo y obligué a mis piernas a moverse. Retomé la marcha con pasos temblorosos y, tal y como acordamos en caso de imprevistos, caminé todo recto hasta que llegué a una bifurcación tras la que me escondí. Casi lloro de alivio al ver que Killian y Beatrice me estaban esperando.

El rostro de Killian estaba descompuesto, me observaba de tal forma que tuve que recordarme que ya estaba a salvo del Maestro. Pero fue la preocupación de Beatrice la que me sorprendió.

—¿Todo bien? —me preguntó en un susurro—. ¿Cómo es posible que hayas escapado?

—No entiendo qué ha pasado… —Y no me refería solo al Maestro, sino a la voz dentro de mí que me había salvado. ¿Debía decir aquello?

Decidí ser cauta y esperar a que estuviéramos a salvo para contárselo a Connor.

—Algunos Maestros tienen debilidad por el aroma femenino y les gusta probar cosas nuevas.

Abrí los ojos de par en par, conmocionada.

—El Atharav y el Helheim no son los únicos infiernos que existen — soltó Beatrice con dureza, y sin decir nada más se incorporó a la multitud de novicios.

La seguimos y Killian no se separó ni un centímetro de mí, y le importó una mierda que aquello pudiera levantar sospechas.

Mi corazón bailó en silencio ante aquello.

Había asociado la aparición del Maestro con la sensación de que alguien me estaba observando. Sin embargo, me equivocaba, ya que al cabo de unos minutos esta regresó con mucha más fuerza. No podía decirlo de viva voz, puesto que seguíamos rodeados de Guardianes, pero no podía ignorarlo, tenía que hacer caso a mi intuición y, por esa razón, de un segundo a otro, me di la vuelta. Nos movíamos entre sombras, pero aun así pude distinguir a una figura escabullirse en el interior de una de las bibliotecas. No esperaba que nadie percibiera su presencia, mucho menos que hiciera algo al respecto.

«No puede ser».

Llevaba la misma ropa que la figura encapuchada que nos había atacado en New Hampshire con la bomba de gas lacrimógeno. ¿No era demasiada casualidad? Ningún Guardián vestía de negro, estaba claro que se había colado con el fin de perseguirnos. Retomé la marcha y tiré de la manga de Killian. Se inclinó ligeramente hacia mí.

—El encapuchado del gas lacrimógeno —murmuré, tan bajito que de no ser por sus capacidades hubiera sido imposible que me entendiera. Percibió la urgencia en mi voz y se tensó al instante. No tardó ni un segundo en reaccionar y pasó el mensaje a Jared, que pareció entender la dinámica y le imitó.

Aceleramos el paso e hicimos todo lo que pudimos para no delatarnos. Dimos algún rodeo para despistar y, cuando el camino se dividió y el número de Guardianes que iban a nuestro lado disminuyó, nos dirigimos hacia un pasillo mucho más estrecho que conducía a la biblioteca de Irlanda del Norte.

Connor se aseguró de que nadie nos viera y abrió la puerta para nosotros. Tenía razón con los horarios; el Guardián que custodiaba esta sala estaba en su descanso, pero como no sabíamos cuándo podía regresar entramos lo más rápido que pudimos. Una vez en el interior, nos quitamos las capuchas y juraría que todos respiramos, dejándonos llevar por el alivio.

Las velas se encendieron y nos recibió una sala de iguales proporciones que la anterior, aunque esta parecía más cuidada. En el escritorio había un jarrón con una orquídea fresca que el Guardián habría cogido de la Tierra y que tardaría poco en marchitarse por la falta de luz. En la esquina se hallaba un viejo sillón con una manta de lana y en la pared había un cuadro representando lo que para ellos era el Gran Hacedor: una masa brillante que surgía de entre los cielos y que eclipsaba cualquiera de las bellezas de nuestro mundo. Todo estaba lleno de libros y solo uno de ellos nos serviría de portal para marchar hacia nuestro próximo destino. Cuando desvié la mirada de vuelta a la entrada reparé en Beatrice, que parpadeaba con asombro para después ir directa al escritorio. Tocó la orquídea rosa con una delicadeza extraordinaria, muy alejada de la dureza de sus gestos y de sus palabras.

—Vigila, por favor —le pidió el Guardián con suavidad, provocando que diera un pequeño respingo—. Si alguien se acerca, distráelo.

—Bien —respondió Beatrice de forma seca al tiempo en que su mirada

se llenaba de determinación.

Se marchó dejando la puerta entreabierta para avisarnos en señal de peligro.

—¿Qué locura ha sido esta? —comentó Jared sin ocultar la emoción y la adrenalina que fluía libre por sus venas—. Me he sentido como un espía dentro de una secta de chiflados.

—No sé cómo esto puede parecerte divertido —siseó Zoey—. Ha sido como caminar entre cientos de muertos.

—Ojalá todos lo estuvieran —oí decir a Beatrice desde fuera, y Connor, a sabiendas de que no podía verlo, le dirigió una mirada de reproche. Me pareció curioso que a Zoey no le hubiese reprochado sus palabras, ni siquiera un resoplido.

Killian se acercó a mí, alto e imponente, guapo a rabiar con ese traje negro y la capa que lo ocultaba. Puso una mano en mi barbilla y alzó mi rostro.

—¿Cómo estás? —me preguntó con un tono de preocupación que me derritió un poco.

—Ha sido… Un poco agobiante, pero estoy bien —respondí, y esbocé una sonrisa para tranquilizarlo.

—Me costó un mundo no ir a por ti —dijo, apretando la mandíbula.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque sabía que eras capaz de regresar con nosotros.

La confianza que tenía en mí disminuiría cuando supiera que no era mío el mérito de haber escapado. Pero hasta entonces disfruté del orgullo implícito en sus palabras y le sonreí.

—¿Cómo has conseguido que el Maestro te dejara marchar? —intervino Connor.

Todos me observaron a la espera de una respuesta.

—Le dije que había solicitado mi presencia un Dorado: Uriel —dije, y arrugué las frente desconcertada ante su cambio de expresión. Una palidez inusual cubrió su piel y había dejado hasta de parpadear.

—Nadie conoce el nombre de los Dorados, tan solo los Maestros más avanzados como el que te ha parado, Gohan. Es imposible que pudieras saberlo, y está claro que acertase si no descubrió tu farsa y te dejó libre —susurró perplejo.

¿Cómo podía decirle que una voz desconocida me lo había chivado? Pensaría que estaba delirando o que algo me había poseído, qué se yo.

—Tenemos que irnos, ya habrá tiempo para buscar explicaciones —dijo Zoey con decisión, y me puso una mano en el brazo en señal de apoyo.

Nadie la contradijo. Connor cerró los ojos, todavía blanco, e hizo varias respiraciones profundas para concentrarse en sentir el Éter del libro portal. Tenía que conectar con él y para ello sacó su llave. No tardó demasiado en encontrarlo; sacó de una de las baldas superiores un libro que, a diferencia del resto, tenía la cubierta ausente de polvo. Lo depositó a nuestros pies con cuidado después de introducir la llave en su cerradura. El volumen comenzó a sacudirse, se abrió de golpe y las páginas volaron sin ningún control, de principio a fin. La lágrima escarlata se había apagado, anunciando que la última gota de Éter se había agotado para hacer un último viaje. Connor jamás podría regresar al Abismo que, por mucho que me sorprendiera, sentía como su hogar.

Le di mi mano a Jared y cogí la de Connor, cerrando el círculo.

Aunque atravesar el Abismo hacia la Tierra no sería agradable, lo prefería a seguir ahí con la incertidumbre de poder ser atrapados en cualquier momento. Las letras que componían el texto se difuminaron y cobraron vida propia, brotando del libro para formar un remolino negro y espeso de oscuridad que se alimentaría de nosotros. Cerré los ojos con fuerza y apreté las manos de mis compañeros, a la espera de convertirme en la nada más absoluta.

Pero no ocurrió tal cosa.

El sonido de la puerta al cerrarse hizo que mis alarmas se activaran de nuevo. ¿El ser encapuchado nos había encontrado? ¿No habíamos sido lo suficiente rápidos para darle esquinazo? Pero no era él.

Era Beatrice quien avanzaba hacia nosotros con la orquídea en sus manos.

—Tampoco ella merece quedarse aquí —dijo entre dientes, observando la flor y dejando al descubierto cuál había sido su verdadero propósito al ayudarnos.

El tornado continuaba creciendo, preparándose para fundirse con nosotros cuando alcanzara su punto álgido. Todos la miramos con los ojos bien abiertos.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —gruñó Connor, alarmado—. No vendrás con nosotros.

—Eras la única persona que no me daba órdenes —respondió Beatrice con una sonrisa triste, acercándose a nosotros con paso seguro—. Tengo

que reconocer que estoy sorprendida y decepcionada, aunque esto último no hace falta que te lo diga.

Por primera vez, pude apreciar una emoción clara en los ojos del Guardián: miedo.

—No pienso permitir que mueras de forma estúpida —declaró, y ella alzó la barbilla, apretando los dientes, y su expresión se llenó de osadía.

—Y yo no pienso permitir que nadie vuelva a darme órdenes.

—¿Y tus libros? Llevas años escribiendo, ¿los vas a dejar todos ahí? —intentó convencerla Connor, cada vez más desesperado al ver que las sombras de Éter estaban más cerca de reclamarnos.

Los ojos azules de Beatrice se tiñeron de un valor que admiré al instante.

—Me he cansado de imaginar y conformarme con eso. Tú mejor que nadie sabes que jamás me permitirán ser una Maestra para vivir en la Tierra y cuidar a Inciertos. —Dio un paso más hacia el círculo—. Ya es hora de que escriba mi propia historia.

—¿Condenándote a ser perseguida por traición? —Connor alzó la voz, y fue la primera vez que perdió los nervios.

Ella le sonrió con amargura y su mirada se volvió afilada.

—Si condenarme es la única decisión que podré tomar en mi vida, me pudriré con gusto entre gusanos.

Entonces puso su mano encima de la mía y la de Connor.

Y desaparecimos.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 40

Atravesamos el velo de sombras que anunciaba la oscura noche y me vi rodeada por hileras de estanterías repletas de libros. Mis pupilas tardaron en adaptarse a la escasa luz, pero cuando lo hicieron distinguí a mis compañeros manteniendo una acalorada discusión. También reparé en que unas manos grandes y fuertes me sostenían con suavidad por la cintura.

Sentía la cabeza espesa, pero enseguida me repuse para encontrarme con una pequeña sonrisa del que había sido mi deseo más prohibido hasta el momento.

Killian.

Una voz cabreada robó toda nuestra atención y caminamos hacia el resto por si acaso la situación se descontrolaba aún más. En términos legales, estábamos cometiendo allanamiento de morada, ¿de verdad era necesario delatarnos? Solo nos faltaba marcar el número de la policía para que vinieran cuanto antes a ponernos las esposas.

—No puedo creer que hayas sido tan estúpida… —farfulló Connor, pellizcándose el puente de la nariz.

Beatrice se cruzó de brazos y suspiró con una mezcla de aburrimiento e impaciencia.

—El ingenuo eres tú por esperar que dejara pasar una oportunidad como esta. Que me quedara en un segundo plano viendo cómo todos mis deseos se esfumaban delante de mis puñeteras narices.

¿Una oportunidad como esta? ¿Por qué simplemente no había usado un libro portal para salir de ese infierno? En cambio, mis palabras fueron otras.

—¿Vendrás con nosotros? —pregunté, y su expresión se relajó.

—No —respondió con una rotundidad que no permitía lugar a réplicas —. Espero que os vaya genial en lo que sea que estéis haciendo.

No parecía estar mintiendo, pero tampoco es que sus palabras derrocharan sinceridad.

—No puedes escapar de lo que eres —dijo Connor, apretando los puños hasta que sus nudillos se volvieron blancos. Sus ojos ambarinos la observaban con tal ira que admiré que ella no flaqueara.

—Mi sangre me obligó a ser alguien que no soy y no voy a permitir que dicte también quién quiero llegar a ser —declaró, y luego sus hombros cayeron levemente, como si sus próximas palabras le produjeran más dolor que fugarse—. Llevas demasiado tiempo ciego, Connor, y yo ya me he cansado de intentar mostrarte aquello que te niegas a ver.

Con la orquídea en su mano y un renovado brillo en los ojos, se dio la vuelta y se marchó por la puerta principal, que se abrió sin complicaciones ante su poder. Igual que no necesitó de presentación, tampoco de despedidas.

Connor parecía devastado, pero pronto se irguió y se empapó de una calma impenetrable y fría. No podía saber si era aquello lo que me puso la piel de gallina o la baja temperatura que nos había recibido en aquella ciudad dormida: Antrim. Tras unos segundos algo incómodos en los que nadie sabía de qué forma romper el silencio sepulcral que se había instalado, Zoey sacó su móvil de la capa y comprobó que por fin recuperábamos la cobertura. Tomamos asiento en una de las mesas de estudio, al fondo de la sala, y Killian rebuscó en el cuarto del personal para dar con pequeñas botellas de agua y unos *snack*s cuya fecha de caducidad preferí ignorar. Los dejó caer sobre la mesa, pero cuando se fue a sentar, Zoey le pidió hablar en privado. Se alejaron de nosotros y mientras lo hacían, Killian le dio un rápido abrazo.

—¿Sabe siquiera lo que es un móvil? —le preguntó Jared al Guardián, que pareció tensarse al oír hablar de Beatrice.

—Estamos al tanto del desarrollo de los humanos, aunque nuestro mundo no permita tales avances y prefiera mantener un estilo de vida mucho más sencillo.

—¿Llamas sencillo a mear en una palangana al estilo medieval? —bromeó Jared.

Por el rabillo del ojo pude ver cómo Zoey continuaba hablando en una esquina con Killian, no podía alcanzar a escuchar lo que decían, pero por

sus posturas corporales, ella parecía un tanto abatida y confundida.

—Ya no podré darle el premio que le había prometido —dijo Jared, fingiendo un mohín, en referencia a la discusión que había mantenido en el Abismo con la Guardiana.

—Bueno, quizás volvamos a verla —sugerí, y me sorprendí al no sentir disgusto ante aquella idea. No se podía decir lo mismo del mellizo, que contrajo su rostro con rechazo.

—Espero que no —respondió con un tono áspero y desvió su mirada hacia Zoey, que regresaba hacia el grupo algo más relajada.

Al cabo de unos segundos, todos estábamos sentados en la mesa, cogiendo fuerzas y poniendo en claro los puntos más importantes de nuestro plan.

—Es muy probable que algunos Maestros nos sigan en cuanto descubran que su libro portal ha desaparecido —avisó Connor con seriedad —. Ellos son los únicos que mediante el tatuaje pueden desplazarse por la Tierra con toda libertad siempre que sea bajo un propósito de servidumbre. Hasta entonces tenemos bastantes horas de margen que debemos aprovechar para desplazarnos hasta Cushendun. Allí encontraremos las cuevas donde se esconde el Vestigio del Agua.

—Y nosotros sentados de cháchara, si es que nos merecemos que nos atrapen —bufó Jared, y casi me levanté para aplaudir sus palabras.

Los nervios comenzaban a desesperarme, pero había aprendido a base de duras consecuencias que meditar antes de actuar no siempre era una pérdida de tiempo. Y en este caso no lo era, cuando ni siquiera sabíamos el camino exacto hacia las cuevas ni qué significaba que los Ignis hubieran matado al Guardián de la biblioteca de Burlington.

Connor siguiendo el mapa y Killian consultando internet nos ayudaron a situarnos en la ciudad de Antrim, a un día de camino de las cuevas.

—Cuando se escondieron los Vestigios esto era terreno inhóspito y sigue estando apartado de la civilización, pero creo que los Guardianes no pensaron que el aura mágica de la corona atraería a cientos de personas y convertiría el escondite de un objeto mágico en una atracción cultural y turística —explicó Killian mientras leía la Wikipedia. De repente, su rostro se contrajo por la sorpresa—. En esas cuevas se han grabado series muy famosas, como *Juego de tronos*.

«Una pena no haberla visto, hubiese sido muy…».

Di un respingo cuando Jared golpeó la mesa con las dos manos y de un

salto se puso en pie. Se quedó congelado con la boca abierta.

—La vida me recompensa por el final tan trágico que me espera —musitó con la mirada fija en… ¿la puerta del baño?

—¿Qué le pasa? —susurré.

—¿De verdad esperas una explicación lógica? —respondió Killian.

—La palabra que mejor puede justificar su comportamiento es «desequilibrado» —añadió Connor, ganándose una mirada reprobatoria por parte de Zoey.

—Eh, no os paséis, que es mi hermano —lo defendió y desplazó la vista hasta él—. Seguro que ha descubierto algo útil para…

—*Juego de tronos* es mi serie favorita —habló por fin Jared. Sus ojos se tiñeron de emoción y se giró hacia Killian con determinación—. Tengo una debilidad especial por los dragones, así que memoriza el camino y pon el móvil en modo avión porque quiero una foto en las cuevas.

—Tócate los cojones —soltó Killian.

—¿Podemos volver a lo importante? —intervino Zoey, dejando salir un suspiro de exasperación. Asentimos todos menos Jared, que, aunque volvió a sentarse, seguía un poco ausente—. ¿Y los Guardianes no temen que alguien pueda encontrar el Vestigio del Agua? —le preguntó a Connor.

Este negó con la cabeza antes de hablar, diría que agradecido de que ella volviera a dirigirle la palabra.

—Es imposible, el cuerpo de un humano no aguantaría semejante poder. Perdería el conocimiento y olvidaría incluso qué hacía en esa cueva. —Vaciló antes de continuar, bajando la vista—. Contiene un hechizo similar al que borra los recuerdos a los familiares de los Inciertos. Además, según el libro de los Vestigios, la corona solo aparece cuando la marea está a punto de subir, por lo que la gente no se arriesga a visitar las cuevas a esas horas.

—¿Creéis que el encapuchado es el responsable de la muerte de aquel Guardián? —planteé.

—Está claro que trabaja para ellos, tiene que ser su espía o algo así —respondió Killian, y Connor asintió.

—Tuvo que entrar a través de la biblioteca de Burlington para llegar hasta el Abismo, tal y como hicimos nosotros desde Portsmouth. Pero como no es un Guardián y solo nosotros podemos utilizar el libro portal, amenazó al Guardián Zach para que lo condujera hasta al Abismo. Una vez se abrió el portal, acabó con su vida.

—¿Entonces yo no podría coger tu llave y utilizarla? —pregunté.

—No serviría de nada ya que la llave conecta con el Éter de mi interior y con el libro.

—Pero si encontramos el libro portal significa que hemos llegado antes que los Ignis y que no pueden seguirnos, ¿no? —intervino Zoey, y fue como un fogonazo de esperanza para todos nosotros.

Hasta que Killian lo apagó.

—Encontrarán la manera, todavía no sabemos cómo pueden acceder a la Tierra e ir de un lugar a otro sin que la maldición los consuma.

—Pero ¿y mi madre? ¿Por qué no utilizaron su llave de Éter para ir al Abismo y tuvieron que entrar a través de una biblioteca? —solté la pregunta que llevaba torturándome desde que Beatrice nos había informado del asesinato.

—Quizás se negó —propuso Jared, pero el titubeo de su voz lo alejó de sonar convincente.

—Aún siguen necesitándola para dar con el Vestigio Original, solo un Guardián es capaz de conectar con los hechizos que lo protegen y seguir su rastro —explicó Connor, y sus palabras me aliviaron.

—Si los Guardianes eran cómplices de los Ignis… ¿por qué han matado a uno de los suyos?

—No todos pueden serlo, quizás quisieron dejar de ayudarlos… Es imposible saber la motivación que los lanza a traicionar a quien les dio vida y una razón de ser.

La conversación no se alargó mucho más, ya que no encontraríamos las respuestas en aquella biblioteca que pronto abriría sus puertas. Con los primeros rayos del alba, emprendimos nuestra última misión. Cuanto menos llamáramos la atención, mejor; cinco jóvenes con capas granates no es que pudieran pasar muy desapercibidos entre los vecinos adormilados que salían a pasear a sus perros.

Me costaba respirar por el ritmo tan acelerado que marcaba el Guardián, que iba en cabeza siguiendo el mapa que habíamos encontrado en los sobres. Maldije a mi yo del pasado por preferir quedarse leyendo antes que salir a correr… todas las tardes. A consecuencia de aquello tuve que ignorar las protestas incesantes de mis músculos y también la risita por lo bajo que soltaba Killian cada vez que me oía resoplar. Pero me aguanté y, aunque me ardían los pulmones, seguí caminando y caminando, sin pensar en todas las horas que nos quedaban por delante para llegar al pequeño

pueblo costero de Cushendun.

«¿Eran once en total? Además de crear el mundo, imponer maldiciones y desgraciar a miles de seres, el Gran Hacedor podría haber tenido el bonito detalle de incluir en mi anatomía unos pulmones que hicieran más llevadera esta carrera infernal».

Conforme nos fuimos alejando de los edificios victorianos y de las calles estrechas de piedra, pude admirar el paraíso del que tanto había oído hablar. Delante de nosotros se desplegaban extensos valles tan verdes que incluso la niebla que los rodeaba no podía apagar su vibrante color. Suaves colinas se alzaban a nuestra derecha, algunas ya cubiertas por nieve. Me ilusionó creer que entre ellas se escondían enormes castillos medievales que evidenciaban el pasado del lugar.

Varias horas más tarde percibimos el inconfundible olor del salitre, que indicaba que cada vez estábamos más cerca de la costa. Hicimos una breve parada en la que racionamos la poca comida que habíamos robado de los empleados de la biblioteca, pero no era suficiente. Mi estómago rugía tanto que comenzaba a doler y, por cómo se había apagado la entretenida conversación que habíamos mantenido hasta el momento, supe que el resto estaba tan exhausto como yo.

Nos acercamos a un pueblo cuyo nombre mi cerebro decidió no almacenar y mientras que el resto nos quedamos esperándolo a la entrada, Jared se arriesgó y fue a buscar comida. Al cabo de media hora regresó con las manos repletas de bolsas.

—¿Cómo pretendías que transportáramos todo esto? —pregunté una vez nos escabullimos entre algunos árboles que nos alejaban de ojos curiosos.

—Es que no sabía qué coger, así que lo cogí todo —respondió Jared con la boca llena—. Además, a la mujer no le importó quedarse sin provisiones cuando cogió la calculadora para sacar la cuenta de todo el dinero que iba a ganar.

—Da igual, comeremos lo que podamos aquí y el resto lo repartiremos para transportarlo —dijo Zoey.

—A cambio de un incentivo le pedí que no dijera nada si alguien preguntaba por forasteros con capas rojas. Por si acaso los Guardianes van detrás de nosotros y preguntan pueblo por pueblo si nos han visto y hacia dónde nos dirigíamos. Aunque tampoco debe ser complicado suponer que si estamos cerca de Cushendun es porque buscamos el Vestigio del Agua… —

Hizo una pausa y frunció el ceño—. Por cierto, no he dicho nada porque no sé si han sido imaginaciones mías, pero… He notado falta de asombro por su parte.

—¿Tendría que haberse arrodillado ante tu celestial belleza? —inquirió Killian con sarcasmo.

—El que tendría que haberme arrodillado en todo caso fui yo al ver semejante pastel de chocolate detrás de la vitrina, pero no me refiero a eso —contestó Jared con frustración, y cuando su rostro adquirió un matiz más serio las ganas de bromear de Killian se disolvieron—. ¿Ves a alguien con un uniforme de combate bajo una capa que parece sacada de una serie medieval y no te provoca desconfianza? Es que no ha reaccionado, tan solo ha puesto los ojos en blanco al verme, y eso me ha dado qué pensar. No sé, es que parecía que ya hubiera visto antes a alguien así. Y eso puede significar muchas cosas, pero ninguna buena.

Si existía una posibilidad de que los Ignis se nos hubieran adelantado, no podíamos hacer otra cosa salvo acelerar la marcha. Nadie habló durante las siguientes horas de trayecto, pasábamos los pequeños pueblos marginales evitando entrar en ellos y atravesando explanadas rocosas que parecían no tener final. Nos desorientamos un par de veces, por lo que tardamos más de la cuenta en llegar. Al menos, tal y como estaba escrito en el libro de los Vestigios, este solo aparecía cuando la marea estaba en su punto más bajo, por lo que aún teníamos tiempo: hasta las doce de la noche, según nuestro querido internet.

Cuando la llovizna pasó a ser más intensa, paramos para descansar en una zona próxima a uno de los acantilados que nos separaban del mar. Me había fijado en que Killian estaba mucho más tenso y callado. Pensé que era por su hermano y le dejé el espacio que creía que necesitaba, pero cuando vi su rostro contraído por el dolor supe que el tatuaje de su espalda comenzaba a escocerle de nuevo, desesperado por revelar su verdadera naturaleza. Esta vez Killian estuvo menos tiempo retorciéndose de dolor, pero las punzadas debían ser más fuertes por cómo se aferró con fuerza a mi mano y apretaba tanto la mandíbula que temí que se la rompiera. Al cabo de un rato, tuvimos que alejarnos del sendero porque su cuerpo contenía tantísima energía que a veces emergían de él ondas de poder que hacían peligroso aproximarse a menos de un radio de diez metros. Me partía el alma no poder estar a su lado, pero en el fondo sabía que se sentiría peor si nos provocaba cualquier tipo de daño.

—Nunca había visto nada parecido —dijo Connor, viendo cómo una onda de poder emanaba de Killian para después regresar a él como si todavía no fuera el momento.

«¿Eso significa que va a ser un Kaelis o Ignis muy poderoso?».

Cuando se recuperó no quiso ni hablar del tema, Jared lo ayudó a ponerse en pie y en cuanto pudo caminar por él mismo se puso en cabeza, a solas con sus pensamientos. Lo respetamos y avanzamos hasta que vimos a lo lejos el mar. Decidimos que lo mejor era no ser vistos en el pueblo de Cushendun, así que nos desviamos hacia el sur y alcanzamos la costa atravesando campos y colinas para luego retomar la dirección norte hacia las cuevas. El paisaje era tan impresionante que me cortó la respiración.

En aquella zona, el aire era mucho más frío y la niebla que se había disuelto regresó con una mayor densidad conforme avanzaba la tarde. Una vez en los acantilados, tardamos horas en descender hasta la orilla, y cuando la alcanzamos, nos escondimos en una zona que quedaba cerca de las cuevas, descansando y esperando entre susurros nerviosos a que el mar se retirara y nos permitiera explorar su interior.

—Ahora vuelvo —dijo Killian de repente y me dirigió una rápida mirada—. No me alejaré demasiado.

Lo vi alejarse entre las rocas y deseé que me hubiera mirado de esa forma para pedirme en silencio que lo siguiera. Así que seguí sus pasos, sintiendo en lo más profundo de mí que aquel sería nuestro último momento juntos. Antes de que el infierno lo arrastrara consigo bajo el peso de la maldición; antes de que muriéramos consumidos por el fuego de unos monstruos corrompidos por la desesperación, o antes de que la muerte de mi madre destrozara la persona que era.

Así que me dispuse a conseguir aquello que mi corazón llevaba anhelando desde que descifré la última tonalidad del gris de sus ojos.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 41

Killian se internó en una abertura que las rocas casi ocultaban por completo. Si las cuevas de Cushendun estaban situadas a nuestra izquierda, él siguió la dirección contraria, donde la costa se deformaba siguiendo otras reglas, el terreno se elevaba y el agua solo alcanzaba a acumularse en pequeños charcos. Cuando me adentré en aquella tenue oscuridad que me recibió con los brazos abiertos, no podía ver el fondo y la idea de que era un Ignis el que me esperaba fue tomando forma y crispando aún más mis nervios. Había perdido la pista de Killian y con la poca luz que entraba era imposible distinguir su figura entre las sombras.

—¿Killian?

Recibí como respuesta un silencio profundo que acompañó al latido *in crescendo* de mi corazón.

Palpé la pared rugosa y avancé a tientas, cuestionándome si de verdad había visto a Killian entrar aquí o había sido la sombra de un animal.

—Hola. —Mi grito inundó toda cueva y pegué tal salto que mis pies resbalaron en las rocas, haciéndome caer de culo. Al menos tuve la decencia de frenar la caída con las manos; hubiera sido cuanto menos patético resultar herida antes de encontrar el Vestigio.

Multitud de puntos de energía blanquecina se distribuyeron por la cueva para alumbrarla de forma cálida y tenue. Parecían miles de estrellas flotando a nuestro alrededor. Cuando alcé la vista vi a Killian frente a mí, riéndose por haberme asustado de nuevo, igual que había hecho semanas atrás en el bosque.

—¿Qué tienes, cinco años? —espeté.

—¿Nunca te vas a cansar de seguirme?

Me ofreció la mano para ayudarme, pero yo, tan digna como pude, la ignoré y me levanté por mí misma.

Le puse mala cara.

—¿Y tú no te cansas de ser un imbécil?

—¿Contigo? Jamás.

—Esta vez querías que te siguiera —aventuré.

Era considerablemente más alto que yo, por lo que tenía que alzar la barbilla para clavar mis ojos en los suyos. Una sombra ocultó parte su rostro cuando me sonrió, cómplice.

—En realidad siempre he querido que lo hicieras.

—¿Incluso a riesgo de descubrir tu secreto?

—Incluso sabiendo que lo harías. ¿En qué tipo de persona me convierte eso?

—En alguien humano —dije, suavizando mi tono de voz.

Él negó con la cabeza.

—Nunca lo he sido, y pronto me alejaré aún más de esa ilusión.

—¿Por qué has venido a este lugar? —pregunté entonces, a sabiendas de que poco tenía que decir para contradecir la verdad de sus palabras.

—Estamos tan acostumbrados a tener al alcance de nuestra mano las cosas más básicas que no me había parado a pensar en que si resulto ser un Ignis jamás podré volver a sentir el agua en mi piel. Y mira lo que he encontrado. —Con un movimiento grácil impulsó las motitas de luz hacia el interior de la cueva, que había resultado ser más pequeña de lo que parecía en un principio. Advertí que al fondo había un socavón lleno de agua, como si la naturaleza hubiera tenido el capricho de crear una especie de *jacuzzi* en medio del caos de rocas afiladas.

—¿No vas a volver a ducharte nunca? —Me permití sonreír un poco, gesto que le hizo dar un paso más hacia mí—. No conocía esa faceta tuya.

—Bueno, siempre puedes ayudarme tú —dejó caer con picardía.

Bufé ante su amplia sonrisa y recé por que el rubor de mis mejillas no delatara el hormigueo creciente que estaba comenzando a sentir en mi piel.

—Esto está mal, deberíamos ir con el resto para vigilar si viene alguien antes de que la marea baje.

—Podrían defenderse de sobra si eso ocurre, además, ¿desde cuando eres tú la responsable aquí?

—Acabo de seguirte a una cueva oscura. Deja que me redima, por favor.

Aquello le produjo una suave risa que sentí en mis entrañas, ronca y agradable al oído. Al segundo deseé que se repitiera.

—Queda tiempo hasta que la marea baje —dijo con una renovada ilusión en los ojos que no auguraba nada bueno.

Me cogió de la mano y me arrastró hasta el interior, a los pies del estanque de agua.

—¿Tiempo para qué?

Me observó con una sonrisa llena de segundas intenciones y comenzó a desvestirse.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¿Así? —pregunté con voz estrangulada—. ¿Sin una sola cita ni un beso bajo la lluvia?

—No te vengas tan arriba, anda.

Se despojó de la parte superior del traje para dejar al aire libre su pecho y sus abdominales esculpidos y firmes que se estrechaban en la sugerente uve de sus caderas.

—Acabas de ilusionarme y romperme el corazón en menos de diez segundos. —Hice un puchero, empapando mi voz de sarcasmo y esforzándome en despegar los ojos de su increíble torso.

—Por ti puedo hacer una excepción y dejarte mirar gratis —se burló socarrón, y su voz se volvió más ronca cuando añadió—: Pero para tocar sí que tienes que pagar.

—¿Acabas de ponerte precio?

—Nunca dije que fuera con dinero —respondió, bajando el volumen de su voz y esbozando una sonrisa lobuna de la que tuve que apartar la vista.

Debería ser ilegal andar por el mundo siendo tan condenadamente guapo.

—Te equivocas. Eres tú quien estaría dispuesto a pagar para que yo te tocara.

—Quizás sí, pero no haría falta porque sé que te mueres por hacerlo —me contradijo como si fuera el hecho más obvio del mundo.

¿Y cómo no iba a serlo? Era el chico más atractivo que había conocido nunca. Me sacaba de quicio, sí, pero ese tira y afloja aumentaba aún más la tensión sexual que fluía entre nosotros y la expectación de cómo sería tocarnos con total libertad.

No tuve tiempo de pensar una respuesta ingeniosa porque se agachó y

colocó las palmas de sus manos en el suelo, al borde del agua.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —siseé cuando sentí cómo el terreno se caldeaba bajo mis pies y el líquido del estanque comenzaba a burbujear.

—No voy a desperdiciar mi última posibilidad de estar en pleno contacto con el agua y paso de morir congelado. El poder de los Inciertos no tiene forma, es simple energía, pero si se acumula una gran cantidad puede llegar a producir calor —explicó, y llenó sus manos de agua. Incliné mi cuerpo para tocarla, pero no hizo falta.

Lo siguiente que supe es que mi cara estaba empapada.

Me la había tirado sin miramientos el muy idiota.

Abrí la boca, parpadeando repetidas veces para enfocar la vista y consiguiendo saborear algunas gotas saladas. Escuché de fondo su risa ahogada y aquello fue un subidón para mi mosqueo.

—¿Te parece que tiene una temperatura adecuada? ¿O la caliento un poco más? —preguntó con recochineo, y lo próximo que supe es que me había desplazado hasta él. Me cogió de los brazos—. Aria, ¿de verdad quieres hacer eso?

Se estaba riendo entre dientes, lo que avivó mis ganas de lanzarlo al estanque.

—Nunca había tenido tantas ganas de hacer algo.

—¿Incluso más que besarme?

—¿Y quién te ha dicho a ti que solo quiero besarte? —le solté con dulzura.

Él se rio tanto que aflojó su agarre y aproveché esa oportunidad para lanzarlo al agua. Cayó escuchando mi risa llena de orgullo y cuando, tras unos segundos, emergió a la superficie, lo hizo intentando ocultar su diversión.

—Eres más perversa de lo que había imaginado —dijo, y su voz se volvió más grave cuando volvió a hablar—. Y eso me encanta.

Llevaba el pelo mojado y se le pegaba a la frente de forma tan *sexy* que al instante supe que mi venganza se había vuelto en mi contra. El agua le llegaba por la cintura y miles de gotitas se resbalaban por sus músculos dorados, yendo en una dirección que se volvía más peligrosa y tentadora a medida que el ambiente se iba caldeando.

—Te lo merecías —respondí, tragando saliva. De repente tenía la garganta muy seca y el pulso me latía más deprisa.

—Ven aquí —pidió, pasándose una mano por el pelo mojado y apoyándose en el borde del estanque con los brazos extendidos.

—Ni loca.

—Te voy a dar un minuto para que te quites el uniforme, de lo contrario no me quedará más remedio que salir a por ti y tirarte con la ropa puesta. Y todos sabemos que luego es un fastidio tener que esperar a que se seque.

—No te atreverías.

—Sabes que sí.

Mi respiración se volvió irregular. Killian pareció darse cuenta de mi expresión porque se alejó del borde para caminar poco a poco hacia mí. Estaba disfrutando del juego, de eso estaba segura.

Cada vez estaba más cerca.

Iba a lanzarme al agua con el único traje que me salvaba de morir de frío ahí fuera.

Aunque me jodió ceder, empecé a desnudarme.

Si quería jugar me aseguraría de hacerlo sufrir. Dejé caer la capa granate y bajé el traje con lentitud, contoneando de forma sutil mis caderas y sin apartar mis ojos de los suyos, cada vez más oscuros y fervientes de deseo. El sujetador negro que llevaba ocultaba la dureza de mis pezones. Dejé a la vista mis piernas, que parecían doradas por las luces anaranjadas que alumbraban la cueva. Llevaba un simple tanga negro, así que le di la espalda, fingí que doblaba el traje e incliné la mitad superior de mi cuerpo para dejarlo con sumo cuidado en una zona seca del suelo. Me mordí el labio cuando me erguí y al girarme pillé a Killian mirándome el culo. Casi parecía que se había atragantado por la repentina exhibición, tenía la boca entreabierta. Bien.

—Me vas a matar —jadeó, y yo le respondí con una sonrisa de pura inocencia.

Se lamió los labios y me admiró de arriba abajo, tomándose todo el tiempo del mundo para apreciar cada lunar, curva y centímetro de piel que había quedado a la vista.

No tuve tiempo de reaccionar cuando, con una velocidad que escapaba a mi comprensión, salió del estanque para situarse a centímetros de mis labios, tomé una bocanada de aire por la sorpresa. Me envolvió su fragancia mentolada y fresca, y casi cerré los ojos para inhalarla. Con una lentitud maquiavélica, se acercó hasta el hueco de mi cuello al mismo tiempo que

ponía una mano en mi cintura, subiendo en una suave caricia que se acercó de forma peligrosa al borde inferior de mi sujetador. Dejé de respirar cuando su lengua lamió el lado más sensible de mi cuello, dejando a su paso un rastro húmedo que se asemejaba al que se estaba empezando a acumular en mi ropa interior.

Gemí en respuesta, apoyando mis manos en sus abdominales como tantas veces había querido hacer. Esto era una tortura deliciosa y no quería que terminara jamás. Siguió lamiéndome hasta que volví a jadear, sedienta de placer, y la mano que antes se acercaba a mi pecho se deslizó por mi espalda para bajar hacia mi culo. Apretujó una nalga con fuerza, acercándome con exigencia a su pelvis. Una nueva necesidad creció en mí cuando su firme dureza, que se erguía tan rígida que se me secó aún más la boca, estuvo en contacto con mi vientre. Me estaba mareando del deseo y, presa de este, me apreté más contra él, arrancándole un gruñido a Killian y consiguiendo que se endureciera aún más, si es que eso era posible.

—Como sigas haciendo eso… Esto se va a acabar rápido —advirtió con un gruñido.

Nos habíamos dejado llevar tanto que nos habíamos aproximado aún más al borde rocoso y, como la superficie estaba llena de musgo, resbalamos y con un grito ahogado nos caímos al agua.

Salimos del agua caliente y tosí un poco, sacando de mis pulmones el agua que había tragado. Me froté los ojos para despejar mi vista y, al hacerlo, la mirada de Killian conectó con la mía. Rompimos a reír de tal modo que nuestras carcajadas retumbaron por toda la cueva. Al percatarse de ello, me tapó la boca con su mano.

—Shhh, no queremos que nos descubran —susurró con voz rasgada, y solo una vez mi pecho dejó de sacudirse por la diversión, deslizó su mano hacia abajo, arrastrando mi labio inferior.

Al segundo la caída quedó en el olvido. Su mirada brilló de forma sugerente. Se pegó a mí una vez más, desprendiendo magnetismo.

—Te has convertido en mi deseo más oscuro —ronroneó, y su aliento caliente pegado a mi cuello fue más de lo que mi cuerpo pudo soportar.

—Atrévete a hacerme realidad. —Y casi sonó como una súplica.

Al instante me cogió de la cintura y de un tirón acortó la distancia que nos separaba para juntar nuestros labios en un beso que nos consumió. Llevábamos tanto tiempo aguantando que casi rozaba lo demencial no haber probado su sabor todavía. Nos devoramos con urgencia, y aun así

sentí sus labios carnosos suaves, calientes. Me mordió el labio inferior de tal forma que numerosas vibraciones viajaron hasta mi centro y consiguió arrancarme un pequeño jadeo. Cuando profundizó el beso y abrí mi boca para recibir a su lengua, cerré las piernas en torno a sus caderas y le pasé los brazos por detrás del cuello, de tal forma que quedamos aún más pegados. Una de sus manos había viajado hasta mi nuca, sosteniéndola con fuerza y guiándome para encajar nuestras bocas a la perfección. El contacto de nuestras lenguas pasó de tentativo a salvaje, nos exploramos con necesidad y provocación, arrancándonos pequeños quejidos. Lamentos de puro placer y desesperación. Seguimos besándonos, a cada segundo nos compenetrábamos más y solo cuando nuestros pulmones gritaron por la falta de aire nos separamos. La mirada que me encontré fue una llena de lujuria y, sin poder evitarlo, volví a deslizar mi vista a sus labios, algo hinchados y rojos por mi culpa. Cuando Killian se percató de la dirección de mis pensamientos esbozó una sonrisa engreída que quise volver a devorar.

—¿Crees que en algún momento podremos parar? —preguntó al tiempo que empujaba sus caderas contra las mías. El gris de sus ojos se volvió incendiario.

—No pares de hacer eso —supliqué, y como respuesta lo volvió a hacer, estableciendo un ritmo más fuerte y continuo.

Volvimos a unir nuestras bocas insaciables, compartiendo húmedos besos que me volvían loca. Cuando separó sus labios de los míos casi estuve a punto de quejarme. Me miró como pidiéndome permiso y una vez asentí, me quitó el sujetador, dejando al aire mis pechos lo suficientemente grandes para llenar sus manos. Bajó su cabeza hasta ellos y lamió un pezón. Aullé de placer cuando lo succionó y pasó su lengua por él, trazando círculos alrededor para después saborearlo con fiereza. Casi puse los ojos en blanco por lo mucho que lo estaba disfrutando y una sonrisa de satisfacción contrajo su rostro cuando fue a cambiar de pecho y advirtió mi expresión.

—Sabes tan bien…

Le dio la misma atención a mi otro pezón y tuve que apoyarme en sus anchos hombros. Una vez nuestras bocas volvieron a encontrarse, pasé las manos por los músculos fuertes y esculpidos de sus abdominales hasta que llegué a su dureza. La acaricié por encima de la tela de algodón. Quería hacerle sufrir tanto como él estaba haciendo conmigo, por lo que, de forma

lenta y juguetona, lamí el lado del cuello donde se encontraba su tatuaje. Saboreé su piel mientras seguía tocando su miembro. Me bebí cada uno de los sonidos guturales que salían de lo más profundo de su ser. Justo cuando tenía intención de meter la mano dentro de su bóxer, separó mis piernas de su cintura y con un movimiento firme me puso de espaldas contra él, de modo que sentí su dureza contra mí. Me mordí el labio cuando su mano se deslizó por la cara interna de mi muslo derecho, con una suavidad estremecedora que hizo que mi humedad aumentara.

—¿Puedo? —preguntó, y yo asentí, presa de la anticipación.

Apartó el tanga a un lado y tocó mi zona más íntima, primero con suaves caricias y después con movimientos repetitivos. Sus dedos tenían algunos callos y aquella sensación de rugosidad aumentó todavía más mi placer. Su otra mano no estaba ociosa, acariciaba mis pechos mientras su nariz rozaba mi cuello y su boca dejaba un rastro de besos húmedos. Un remolino de placer nació en mis entrañas y fue aumentando a medida que aumentaba la velocidad y la intensidad. La fricción entre nosotros provocaba a Killian constantemente, arrancándole sonidos tan salvajes que casi me hicieron perder la cordura.

—¿Te gusta? —masculló, y sentí su aliento en mi cuello. No podía articular ningún sonido que no fuese de placer—. No pienso parar hasta que te corras.

Casi grité cuando me volvió a dar la vuelta, cogiéndome de los muslos para volver a rodear su cadera. Entrelacé las manos en su nuca y me mordí el labio con fuerza cuando liberó una mano para introducir un dedo en mí.

—Joder.

Otro dedo más me hizo perder el aliento. Moví las caderas al ritmo de su mano, dejándome llevar. El sonido agitado de nuestras respiraciones era toda una sinfonía y mi corazón martilleaba fuerte y rápido en mi pecho. Killian me estaba llevando al límite, y la realidad es que no quería dejar de acercarme a él. Miles de descargas eléctricas explotaron en la parte inferior de mi vientre y él me sostuvo entre sus brazos mientras temblaba de puro placer. Cada parte de mi ser pareció concentrarse en mi centro, abrazando sus dedos mientras mis músculos se contraían. Deslizó sus dedos fuera de mí y volví a jadear cuando se los llevó a la boca, sin apartar sus ojos de los míos.

A estas alturas, estaba ruborizada.

—Dios, eso ha sido… —Dejé la frase a medias porque no podía ni

hablar.

Killian me respondió con un profundo beso.

—Increíble, esa es la palabra que buscas —terminó por mí con la voz algo ronca.

—Bueno, tampoco te vengas tan arriba —dije con voz pesada y una pequeña sonrisa.

—A mi ego le encantaría escucharlo. Anda, hazlo por él.

Alcé la cabeza y la moví en un gesto de negación que le hizo reír.

Cuando volví a escuchar su risa me fue imposible no besarlo.

Temí que perder el control se volviera adictivo, porque la nada que separaba su cuerpo del mío era tan grande que comprendí que la necesidad de él siempre estaría en mí, aunque tuviera sus manos sobre mi piel. Todo quedó reducido a su tacto, a sus besos, a su cadera presionando la mía, intentado aliviar la urgencia que impulsaba cada caricia, cada centímetro que rompíamos al acercarnos.

*Aria.*

Aquel murmullo dentro de mí fue lo único que pudo detener la pasión que Killian y yo habíamos desatado.

—¿Qué ocurre? —preguntó al notar el cambio abrupto y mi mirada de confusión.

Pero no pude responder porque, de nuevo, el susurro silencioso volvió a pronunciarse, esta vez de forma determinante.

*Ya están aquí.*

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 42

Agradecí que Killian no me tomase por una fanática religiosa cuando le hablé acerca de la voz que escuchaba en mi cabeza. Le conté que había sido ella la que me salvó de ser descubierta por aquel Maestro y que ahora me había advertido de que algo se acercaba. A juzgar por su expresión de confusión, estaba claro que no sería él quien despejaría mis dudas.

Killian usó sus poderes para secarnos y que pudiésemos vestirnos. El sol había caído cuando salimos del que se había convertido en nuestro paraíso particular y tuvimos que iluminar el camino de vuelta con las linternas de nuestros teléfonos. La piel me hormigueaba aún en aquellas zonas donde había posado sus labios y mi respiración distaba de estar en calma. Compartimos miradas furtivas, muchas todavía ardientes, otras de incertidumbre y algunas indescifrables. Nunca había experimentado algo así con nadie, ni siquiera con aquella persona de la que creí haber estado enamorada. Lo que había sentido por él eran ridículas chispas en comparación con el fuego que ardía dentro de mí cada vez que Killian me tocaba o simplemente estaba cerca. Quería preguntarle qué sentía, si solo era atracción lo que nos unía… Su rostro inquieto no me daba ninguna pista y yo estaba hecha un lío después de la explosión de emociones que seguían acelerando mi ritmo cardíaco a medida que recorríamos la playa.

El grupo no estaba donde los habíamos dejado, corrían hacia nosotros con prisa y expresiones de evidente molestia. Inspiré hondo.

—¿Dónde se supone que os habíais metido? —bramó Connor.

—¿En serio hace falta que respondan a esa pregunta? —saltó Jared a su lado, riéndose por la nariz y ganándose un bufido por parte del Guardián.

Zoey, que siempre solía mantener las formas y ser la más pragmática,

terminó estallando.

—Pensaba que eráis mucho menos estúpidos —espetó—. ¿Creéis que mientras esperábamos a que bajara la marea, vigilando por si nos atacaban los Ignis, era el mejor momento para enrollaros?

—Hombre, pues visto así, un poco de morbo sí que tiene —comentó Killian, y yo le pegué un pisotón para que se callara.

Bajé la cabeza, un poco avergonzada.

—No era nuestra intención que las cosas… —Hice una pausa sin saber bien qué decir y advertí que los labios de Killian se fruncían al intentar contener una sonrisa. Zoey alzó una ceja, esperando que terminara la frase. Carraspeé—. Se descontrolaran tanto. Pero tenéis razón, ha sido poco responsable por nuestra parte —me disculpé por los dos y suspiré, procurando que mi voz no temblara—. Pero tenemos que darnos prisa.

—Ahora sí, ¿no? —masculló Connor con ironía, lo que me hizo sentir aún peor.

—Volvamos a lo importante, joder —intervino Jared con tal fiereza que consiguió hacernos callar a todos—. No podemos pelearnos como críos justo ahora. Os estábamos buscando porque la marea ya ha bajado y tenemos que entrar a las cuevas de Cushendun. No sé vosotros, pero yo paso de dejarme atrapar por una maldición ridícula que arruinará mi vida. Así que moved el culo y vamos a por el Vestigio del Agua. —Paró de hablar para señalarnos a Killian y a mí con una leve sonrisa en los labios—. Y vosotros dos, joder, ya era hora de que os dejarais de tonterías y admitierais que os gustáis. Chico, estamos a punto de morir aproximadamente… ¿todo el tiempo? Mejor no hacerlo con secretos que terminen reconcomiéndonos por dentro.

Lo observé pasmada.

—Creo que es lo más inteligente que has dicho desde que nos conocemos —musitó Killian tras unos segundos en los que nadie dijo nada. Tan solo examinábamos a Jared como si un extraterrestre lo hubiese abducido para dotarle de una madurez que, hasta el momento, no había demostrado.

Zoey lo miró con cariño y asintió, uniendo su brazo con el de su hermano.

—Tienes razón —coincidió, y noté cómo desviaba sus ojos hasta el Guardián, que también la observaba con cierto anhelo.

—Y ahora, Killian, hazme la foto —pidió Jared, tendiéndole su móvil.

Fui la única a la que se le escapó una pequeña risa al ver cómo posaba delante de las cuevas de su querido *Juego de tronos*.

—Mira que eres pesadito —farfulló Killian.

—Me gustaría que fuera mucho más cerca, porque en la entrada Melisandre invocó al demonio de sombra para… —Se detuvo cuando vio la mirada asesina de Connor y Killian—. En fin, que aquí estamos mucho más seguros.

No entendí muy bien su argumento ni para qué quería una foto en la oscuridad, pero como se trataba de Jared, no le di más vueltas.

A Connor, en cambio, le resultó imposible.

—Hay un pequeño detalle que no has tenido en cuenta.

—Ilumíname, señor «amo mi trabajo y voy a arrastrar a los Inciertos a un infierno terrorífico después de destrozar los cerebros de sus familias».

—Es de noche —contestó con sequedad.

—¿Y?

—Déjalo, estamos perdiendo aún más tiempo —intervino Killian, y puso la cámara a regañadientes—. Solo lo voy a hacer para que te calles. Venga, rápido, colócate. ¿Por qué pones esa cara?

—¡Qué pasa! Es mi mejor sonrisa.

—Replantéatelo. Además, si no se va a…

—¿Queréis salir conmigo? —Jared nos miró con ilusión.

—¡No! —dijimos al unísono.

De repente, un fogonazo de luz salió del móvil.

«No puede ser verdad».

—¿Cómo has podido tener las narices de activar el *flash*? —gritó Killian—. ¡Acabas de poner una puta flecha de neón apuntando a nuestras cabezas!

Todos teníamos la misma expresión de perplejidad.

—Lo siento, hermanito, pero eres un caso perdido —añadió Zoey con una mezcla de exasperación y calidez.

Miré al Guardián. Gracias a la luz de la luna, pude advertir que apretaba la mandíbula, supuse que para contenerse y no ahogarlo con sus propias manos.

Admiré su control.

—No tiene sentido, ¿para que querría yo tener una foto en negro?

—Eres un inconsciente —espetó Killian—. ¡Has delatado nuestra posición, Jared!

—¡Estamos lejos de la entrada! Y, de todos modos, ya sabían que íbamos a venir.

No le faltaba razón. Sin recibir más que gruñidos por respuesta, Jared llegó hasta Killian, le arrebató el móvil y con un movimiento rápido hizo un *selfie* en el que salimos todos. Con *flash*. La mayoría saldrían con caras de enfado y yo, de incredulidad.

—Vamos… No me miréis así. Esta podría ser nuestra última foto. —Sonrió y nos guiñó un ojo. Al revisar la imagen, se empezó a reír—. Dios, Connor, qué feo sales.

—Lo voy a matar. —El Guardián dio un paso hacia él y Zoey se interpuso en su camino—. ¡¿A ti eso de «ya están aquí» te importa una mierda?! Joder, ¡vámonos!

A partir de entonces fue como si todos llegásemos a un acuerdo implícito de paz. El ambiente, sin embargo, se tiñó de una tensión diferente al tiempo que Connor exponía su plan: utilizaría sus sentidos para conectar con el Éter del hechizo de protección del Vestigio y también con los poderes de este. El resto de nosotros guardaríamos sus espaldas, evitando en todo momento que nos robaran la única conexión que teníamos con la persona que logró escapar de la Cueva Ishtar. Deseé con todas mis fuerzas que aquella voz en mi interior estuviese equivocada, pero era demasiada casualidad que justo la marea hubiese bajado cuando puso en mi conocimiento aquella información.

*Ya están aquí*.

¿Por qué quería ayudarme? Y sobre todo… ¿qué o quién era?

Caminamos con cuidado de no resbalar por la arena mojada, pegados a la base de los acantilados, donde la roca se había ido erosionando con el paso de los años hasta dar forma a múltiples cavidades. Algunas servían de refugio para pequeños animales y otras eran tan grandes que pasaron a ser cuevas como la que se alzaba ante nosotros, tan imponente y oscura que cortaba la respiración. Era la entrada que daba paso a un laberinto de galerías y espacios llenos de estalactitas y estalagmitas donde, en algún punto, se ocultaba el poder de un rey que había sido desterrado por su avaricia y deslealtad.

El interior parecía estar sumido en un profundo sueño. Tan solo se escuchaban caer algunos goterones de humedad. Avanzamos casi a ciegas, confiando en Connor y en las pequeñas formas de luz que nacieron de las manos de los Inciertos para alumbrar el recorrido. Atravesamos diferentes

bifurcaciones, el terreno se volvía profundo y en diversas ocasiones nos obligó a escalar algunas rocas. En todo momento aguzamos los sentidos para percibir cualquier amenaza, pero todo parecía estar en calma, lo cual me ponía histérica. Las paredes comenzaron a estrecharse y la oscuridad a hacerse más espesa, y tras unos veinte minutos, alcanzamos el acceso a otra zona a través de un pequeño hueco que había que traspasar de costado.

—Podéis pasar, es seguro —aseguró Connor desde el otro lado, pero se me cerró aún más la garganta cuando escuché el débil temblor de su voz.

Tomé una respiración profunda y cuando Jared desapareció, lo seguí.

El diminuto pasillo que conectaba ambas zonas no se alargó demasiado, cosa que mi ansiedad agradeció. Esperaba encontrarme con un vacío de negrura que siguiera alimentando los monstruos que acechaban en mi cabeza, pero no fue así.

¿Tanto mareo para regresar casi al punto de partida?

Me encontré con una caverna muy extensa, tan solo algunas rocas impedían que el suelo pareciera una llanura. Todas estaban cubiertas por musgo verde y húmedo, al igual que las sólidas paredes que casi cerraban el espacio. Un enorme agujero en el techo permitía el paso de la luz de la luna, que alumbraba un estanque enorme que convertía en insignificante al de la cueva anterior. Era tan sobrecogedor que mis ojos se humedecieron. No podía comprender cómo era posible que algo tan perfecto hubiese sido creado por el simple paso del tiempo. Aquella luz iluminaba toda la estancia y hacía innecesaria la energía que parpadeaba, ahora más débil, en las palmas de los Inciertos. Todos enmudecimos ante la magia de aquel lugar, y comprendí entonces que quizás lo que nos cautivaba era el poder que desprendía la corona del Dios del Agua. Estábamos en el sitio correcto.

—¿Dónde pueden haber escondido el Vestigio Original? —pregunté, y el eco de mi voz retumbó por las paredes.

—Dadme un minuto —pidió Connor, y, con una mirada analítica, examinó atentamente nuestros alrededores.

—Chicos… Tengo un mal presentimiento —susurró Jared, acercándose más a mí—. ¿No creéis que todo está siendo demasiado fácil?

—Sí —dijo Killian, apretando los dientes—. Y no me fio ni un pelo.

—Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? —intervine, y llevé una mano al cinturón dónde estaba la daga con la que tendría que defenderme en caso de necesitarlo.

Aquel gesto me tranquilizaría si supiera cómo usarla.

—Tengo la sensación de que algo muy importante se nos está escapando —añadió Zoey con evidente preocupación.

Nuestro intercambio se vio interrumpido cuando Connor dejó atrás su momento de introspección para ponerse en movimiento.

—Lo puedo sentir… —exhaló, sus ojos brillando de emoción—. Es más grande que todos nosotros y está cerca, esperando a ser encontrada y usada. «Nos miran como los Dioses lo hacen, desde la superioridad» —repitió parte del texto de los Vestigios Originales, como si aquel extracto guardara las coordenadas exactas del escondite. Miró hacia arriba y tomó una bocanada de aire.

—¿Dónde? —exigí, poniéndome cada vez más nerviosa.

Todos lo miramos, expectantes.

Una oleada de Éter se arremolinó entorno a sus manos y la impulsó hacia sus pies, alzándose del suelo y ascendiendo hasta el techo de la cueva. Comenzó a palpar la superficie mientras su mirada se desenfocaba. Al cabo de unos segundos, dio con lo que buscaba y utilizó su Éter para cubrir su puño y dar puñetazos a la piedra, consiguiendo que toda la cueva retumbara y bastante arenilla cayera a nuestros pies.

—¿Este chico no ha oído hablar de los desprendimientos? —dijo Jared con los ojos como platos—. De la muerte por aplastamiento de rocas, intuyo que tampoco. ¡¿Qué demonios haces, Guardián?!

—Está ahí —dije maravillada, pensando en que no había mejor escondite para los humanos que un lugar justo delante de sus narices, pero por encima de sus cabezas, donde nadie solía detenerse a mirar—. «Nos miran como los Dioses lo hacen, desde la superioridad». Se refiere a que los Vestigios están en lo alto, en algún lugar que se asemeje al cielo donde supuestamente vive el Gran Hacedor.

—Joder —musitó Killian.

—¿Soy el único que tiene miedo de morir o qué os pasa? —insistió Jared, haciendo aspavientos con la mano.

—Sabe lo que hace —se limitó a decir Zoey, que miraba al Guardián con orgullo.

—La palabra de alguien enamorado pierde valor, hermanita.

—Cállate —ladró ella, aparentemente dolida, y le dio la espalda.

—Creo que no es el mejor momento para decir estas cosas —le susurré con suavidad y él me respondió con un resoplido.

—La tengo —dijo Connor, ajeno a las palabras de Jared.

Me fijé en que sostenía una especie de cofre en sus manos. Era más bien pequeño y del mismo material que las rocas, consiguiendo que se fundiera entre ellas con el propósito de que solo alguien conectado al Éter pudiese sentirlo. Estaba segura de que, aun así, muchos exploradores habrían llegado hasta él, atraídos por la inmensidad de su poder. Pero, tal y como nos había contado Connor, cualquier humano que tocara la corona perdería el conocimiento y la memoria, por lo que no había riesgos de que la robaran.

El Guardián se dejó caer junto a nosotros con una elegancia exquisita y sin apartar sus ojos ámbar del cofre cubierto de tierra. Lo limpió con la mano y siguió contemplando embobado lo que tenía ante él. Jared chasqueó los dedos frente a su rostro para que despertara del trance en el que se había sumido y pareció funcionar.

—Su poder… Es demasiado sobrecoger, incluso para mí —dijo Connor con un hilo de voz.

Entendía lo que decía, el ambiente se había impregnado de un olor muy diferente, que nublaba los sentidos y provocaba una ligera somnolencia, al menos en mi caso. Me sentía tentada y atraída por aquello que contenía el cofre, como una polilla que busca desesperada algo de luz.

Di dos pasos hacia atrás, lo que llamó la atención de Killian.

Me miró con el ceño fruncido antes de comprender que, si para ellos era complejo de entender y soportar, para una humana debía de ser peor aún.

—Pase lo que pase, Aria no puede ponerse la corona, la dejará fuera de juego y no podemos permitirnos cargar con nadie en caso de huida. —Connor me dirigió una mirada de disculpa ante la que yo me encogí de hombros—. Me la pondré yo y veremos qué ocurre… Confiemos en que al menos hayamos acertado con el Vestigio Original.

—No puede ser otro —dijo Killian.

Quería creerle, pero había demasiado cosas que podían salir mal.

—Espera, ¿y si ocurre algo malo cuando te la pongas? —planteó Zoey —. Tenemos que pensar antes de actuar.

—No me apetece que me fría el cerebro, la verdad —secundó Jared.

—Pero si ya lo tienes más que frito, no tienes de qué preocuparte —dijo Killian, consiguiendo que su expresión se destensara para hacerle una mueca de burla.

Mientras que seguían intercambiando opiniones y decidiendo quién

debía ponérsela, mi cabeza comenzó a darle vueltas a la carta que nos había conducido hasta Irlanda del Norte. Los juegos de palabras, por muy retorcidos y absurdos que parezcan, siempre esconden verdades que deben ser desenterradas.

«Por eso, la forma más segura de reunirnos será a través de uno de los Vestigios Originales. Mediante él contemplarás el reflejo de la verdad, romperás tus cadenas y sentirás de nuevo el vértigo propio de la libertad».

Me estremecí y se me cortó la respiración al desplazar mi vista hasta cierto rincón de la cueva.

Joder, estábamos en el sitio correcto.

—Chicos. —Tragué saliva—. Creo que sé cómo usar el Vestigio del Agua.

No hubo tiempo para celebraciones.

De repente, una espesa niebla comenzó a emborronar nuestra vista. Habíamos estado tan concentrados en dar con la corona que habíamos bajado la guardia.

Nos agrupamos espalda con espalda formando un círculo para cubrir todos los flancos. Casi ni sentí el frío del mango de la daga cuando la desenfundé y la alcé delante de mi cara, en posición de ataque.

Temblé de terror cuando una voz conocida resonó hasta en el último rincón de la cueva: gélida, cruel y retorcida.

—Es todo un detalle por vuestra parte que nos estéis esperando para abrir el cofre —canturreó, e hizo una pausa que se me antojó eterna. Su voz sonó aún más dura cuando continuó—. Una pena que, pese a vuestra generosidad, tenga que mataros.

Oí a Killian maldecir a mi lado, pero mi mente no contemplaba lo que en realidad suponía que nos hubieran encontrado. Estaba centrada en algo que me importaba mucho más que mi propia seguridad.

—¿Dónde tenéis a mi madre? —pregunté, apretando los puños—. ¡Mamá! ¿Estás ahí?

—Si tu madre tiene un par de huevos quizás puedas encontrarla —dijo otra voz masculina.

Se oyeron risas.

¿Qué quería decir? ¿Y cuántos eran?

—¿A qué coño estáis esperando? ¡Dad la cara! —ladró Jared.

Y como si de una orden se tratara, la niebla comenzó a disiparse y fue mostrando con lentitud las figuras oscuras de diez Ignis. Se hallaban frente

a nosotros en línea recta, justo delante de la entrada estrecha por la que habíamos accedido a la cueva, de tal forma que quedamos atrapados entre ellos y el estanque. Me fijé en que algunos eran más jóvenes que otros, sin embargo, todos tenían en común su corpulencia, complexión fuerte y gran altura. Por su distribución, saltaba a la vista que el mayor de todos era el que estaba en el centro. El mismo monstruo que nos había intentado matar en la fiesta de fin de verano. A su derecha estaba Fred, que, al igual que el resto, vestía con su imponente capa negra. Era muy parecida a la que llevábamos nosotros, solo que la nuestra no ardía en llamas con tan solo un pensamiento.

Nos superaban en número y eran guerreros entrenados para matar sin escrúpulos.

—¡¿Qué habéis hecho con ella?! —grité.

La necesitaban para llegar hasta los Vestigios, al igual que nosotros habíamos usado la conexión de Connor con el Éter del hechizo que protegía la corona.

—¿Con quién, niña? ¿De qué estás hablando? —habló el jefe, sin el característico sarcasmo que empapaba su voz. Parecía… confundido.

—Entrasteis a mi casa a recuperar las cartas y secuestrasteis a mi madre. Lo hicisteis porque necesitabais a un Guardián para entrar al Abismo, conseguir el libro de los Vestigios y seguir el rastro de su poder hasta aquí.

—¿Es ella, Marlon? —preguntó uno de sus hombres, que tenía la barba tan larga que se la había trenzado.

El jefe de los Ignis le lanzó una mirada de advertencia ante la que agachó sus hombros. El protagonista de mis pesadillas dejó de ser una sombra sin identidad, lo que me recordó que los monstruos también tienen nombre, una historia, deseos, carencias e incluso familia. Aunque costara imaginarlo.

—Pequeña furcia, fuiste tú quien nos engañó con las cartas. Por tu culpa hemos tenido que matar a un Guardián para entrar al Abismo y llegar hasta aquí —dijo Marlon—. Al descubrir que eran una imitación, regresamos a la casa, pero el rastro se había perdido y no nos quedó más remedio que seguir el camino largo: llegar hasta el Vestigio del Agua para encontrar a la persona que sabe cómo romper la maldición.

—¿Y mi madre? —insistí.

—Sentimos decirte que, cuando llegamos a tu bonita casa, no había

nadie en ella. Bueno, miento. Sí que había un pequeñajo escondido en un armario que no nos servía para nada. Tampoco es que matemos por placer.

Mis compañeros me dirigieron una mirada llena de dudas que yo ignoré. Estaba en *shock* por sus palabras, quería creer que eran mentira, pero ¿por qué iban a evitar mi sufrimiento si la hubiesen matado?

—Seremos benevolentes y os daremos dos opciones —dijo el jefe de los Ignis—. La primera de ellas es que os matemos de forma rápida e indolora si no oponéis resistencia y nos dais el cofre. La segunda opción es menos aburrida, en mi humilde opinión. Supongamos que os resistís e intentáis matarnos, bueno… Entonces acabaremos con vosotros con tal sufrimiento que será vuestra voz la que suplique que vuestro patético corazón deje de latir. Como habréis podido apreciar, en ambos casos conseguimos la corona y vosotros acabáis muertos. ¿Qué me decís? ¿Necesitáis un minuto para pensarlo?

Por cómo algunos Ignis se relamían y sonreían con entusiasmo, tenían claro que lucharíamos hasta el final, y se estaban regodeando en la anticipación de saber que iban a asesinarnos. Pero no podíamos permitirlo, si se negaban a decirme dónde estaba mi madre, la corona era la única que podría llevarme hasta ella.

Killian dio un paso hacia delante y esbozó una media sonrisa.

—¿No te cansas de escucharte, chispas?

—¿No te cansas tú de no ser capaz de matar al asesino de tu madre? —espetó Marlon.

Se acercó a Killian, que se había quedado petrificado ante sus palabras como el resto de nosotros. Apretó los puños a mi lado y le enseñó los dientes con una rabia salvaje y peligrosa.

—La pobre… Fue excitante ver cómo sus ojos se apagaban, cómo de su garganta brotaba un río rojo que recorrió parte del salón. Pronunció tu nombre tantas veces… Pidió auxilio, suplicó que alguien la ayudarla. Pero murió ahogándose con su propia sangre, sola. Y lo último que vio fue mi sonrisa de satisfacción al ver cómo acababa su miserable vida.

—Hijo de puta —escupió Killian, lleno de ira.

Entonces, y mucho más rápido que otras veces, arrancó a correr hacia él, con las manos llenas de un poder de proporciones que no había visto hasta el momento.

Ni siquiera se había quitado la capa, que suponía un claro estorbo en una lucha.

—¡Killian! —grité.

Mi voz llena de desesperación retumbó en los rincones más oscuros de la cueva.

Pero no lo detuvo, ni siquiera lo hizo vacilar.

Su nombre en mis labios fue lo último que se escuchó antes de que comenzara la batalla.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 43

El impacto del fuego contra la masa de energía sin forma consiguió que el Ignis y Killian salieran despedidos en direcciones opuestas. El primero se estrelló contra una de las paredes de la cueva, dejando un boquete de dimensiones considerables. Killian tuvo que clavar los pies con fuerza en el suelo para no seguir retrocediendo. El choque fue tan colosal que me provocó un leve pitido en los oídos, como si de una explosión se hubiese tratado. El rostro de Killian continuaba desencajado de ira y no tardó en aproximarse a un cuerpo que se había recompuesto con demasiada facilidad. Durante el camino se deshizo de la capa escarlata y volvió a invocar su energía.

El Ignis parecía ileso y se le veía algo sorprendido por la fuerza del Incierto, pero la emoción más clara en su semblante era el enfado.

Se enredaron en una serie de ataques en los que utilizaron técnicas de combate cuerpo a cuerpo, además de la magia. Era asombroso ver luchar a Killian, y aunque no debería gustarme, no pude hacer otra cosa salvo admirar su despliegue de habilidades, además de ignorar el nudo de temor que me apretaba la garganta al pensar en la posibilidad de que resultara herido.

Mientras tanto, los mellizos se habían alejado a un rincón para prepararse. A pesar de la distancia, pude apreciar que se habían dado la mano para alimentar su propia fuerza elemental. No sabía muy bien cómo funcionaban sus poderes porque no había tenido la oportunidad de verlos ante un peligro tan real como los cuatro Ignis que corrían hacia ellos, pero intuí que les convenía mantener la posición para ganar el máximo tiempo posible y que su energía creciera. Por el rabillo del ojo percibí cómo su

despliegue de poder conseguía derribar a dos de los Ignis. Por otro lado, Connor, blandiendo dos dagas con una habilidad exquisita, se enzarzó en una lucha contra otro grupo de seres de fuego que se defendían con fiereza. Algunos de ellos también portaban armas, lo cual no hacía sino aumentar nuestra desventaja si teníamos en cuenta que ya disponían de poderes sobrenaturales y capas cubiertas de fuego.

Me vi obligada a redirigir mi atención cuando el Ignis que, por lo visto, tenía que matarme se aproximó hacia mí con una parsimonia y una cara de fastidio que me puso de mal humor y me aterró a partes iguales. Para él era un blanco fácil que no tardaría más de diez segundos en eliminar de la ecuación.

Quizás estaba en lo cierto, pero lucharía para que subestimarme fuese su mayor y último error.

Cogí una bocanada de aire y me empapé de la adrenalina que comenzaba a fluir por mis venas. Sentía el corazón en la boca de la garganta y el miedo me retorcía las entrañas, mis piernas temblaban, pero a diferencia de en la fiesta de fin de verano, ahora estaba más preparada. Conocía a aquellos seres y el mundo oculto cuya existencia siempre había ignorado y, sumado a eso, se encontraba la motivación de encontrar a mi madre. Quería pensar que quizás podría sonsacar algo de información a este Ignis alejado de su grupo. Eso si conseguía sobrevivir al menos un minuto, claro. Lo cual era bastante improbable.

Entonces recordé la promesa de Killian. Si lográbamos sobrevivir a todo esto, me diría las razones por las que, para él, había sido como un soplo de aire fresco cuando regresé a Haven Lake. Intuía que eran buenas, pero me picaba demasiado la curiosidad. Quería mantener esa conversación pendiente y resultaría un poco complicado si quedaba reducida a cenizas.

La luz de la luna incidió en la hoja de la daga. Era consciente de mis limitaciones, de que nunca había utilizado un arma y de que ese hecho no auguraba nada bueno para mí. A pesar de todo me centré en mis fortalezas, en el movimiento ágil de mi cuerpo, en el juego de equilibrio que mis pies tenían que mantener para estar en consonancia con la daga y, sobre todo, en mi audacia.

—¿Por qué siempre me dejan la parte más fácil? —bufó el Ignis con irritación, dándole una patada a una pequeña piedra que había en medio de su camino—. Estoy harto de que siempre se lleven la gloria los mismos. Y todo porque llevo menos tiempo en el Círculo de Llamas, ¿qué más da eso

cuando soy el más fuerte de todos? —Apretó los dientes, indignado—. Es que no puedo entenderlo.

Yo tampoco podía creer que estuviera criticando a sus compañeros delante de la que iba a ser su víctima. Otra prueba más de que no me tomaba en serio.

—Espera —dije, consiguiendo frenar sus quejas y sus pasos hacia mí. Entrecerré los ojos, observándolo—. ¿Acaso tengo cara de que me interesa lo que me estás contando? ¿O tienes problemas para diferenciar el interés del aburrimiento?

Conforme solté aquello pensé en que Killian hubiera disfrutado al oír mi característico sarcasmo en una situación como aquella.

«Joder, tengo que dejar de pensar en él, al menos cuando están a punto de quemarme viva».

—Lo que tienes es cara de ser una zorra —gruñó el Ignis, y casi puse los ojos en blanco por lo manido que era su insulto. Me mordí la lengua para no provocarle aún más—. Mira, lo mismo disfruto y todo del trabajo que me ha tocado hacer.

Saltó con fuerza para atacarme desde arriba. Podría haberle clavado la daga, pero no quería arriesgarme a que me achicharrara con la bola de fuego que fluía por su brazo hasta su mano derecha. Así que de forma instintiva me tiré al suelo en un pobre intento de voltereta y aterricé de pie, lo cual consiguió despertar su interés. Esquivar los ataques de fuego no fue sencillo, eran rápidos y contundentes, impulsados por una puntería muy fina que jugaba en mi contra. Mis únicas ventajas eran mi tamaño pequeño y mi agilidad para sortear sus intentos de achicharrarme. Después de varios puñetazos que dieron en el blanco y algunas patadas que me arrancaron el aire de los pulmones, nos posicionamos frente a frente. Tenía las costillas adoloridas y la mandíbula me ardía de dolor por el fuerte golpe que me había dado, pero inspiré hondo. Apreté con fuerza la empuñadura de la daga y la impulsé hacia delante, apuntando a su cuello. La esquivó doblando su espalda hacia atrás y, tras incorporarse, se agachó y me derribó con una patada a ras del suelo. Mi mejilla impactó contra el suelo y del dolor solté la única arma que tenía en mis manos, que se deslizó a unos metros de mí.

Lo mío era el cuerpo a cuerpo, pero resultaba más complicado cuando tu adversario era una puñetera llama andante.

El aire de la caverna estaba lleno de cenizas flotantes, gravilla que caía de los cimientos del techo, alaridos de rabia y lamentos que deseaba con

todas mis fuerzas que no provinieran de mis compañeros. Aproveché que estaba en el suelo para desviar mi mirada un segundo, aun sabiendo que era arriesgado necesitaba saber que todos estaban bien. Vivos, al menos. Killian seguía luchando contra Marlon. Jared y Zoey se las estaban ingeniando bastante bien, demostrando que eran especiales por una razón evidente: su conexión familiar, una que los volvía letales. Trabajaban codo con codo, unían múltiples técnicas de combate para derribar a los tres Ignis que quedaban en pie. Se compenetraban tan bien que, al verlos, parecían ser un solo Incierto.

Connor era el que estaba en una situación más peliaguda, ya que tenía que enfrentarse a un grupo de ellos a la par que sostenía el cofre en una mano, protegiéndolo de los Ignis. Admiré la destreza con la que batallaba, devolviendo ataques y profiriendo cortes con la daga que sujetaba como si fuese una extensión de su brazo.

Aquello me hizo comprender que no podía perder el tiempo recuperando la mía, tenía que aceptar que no podría serme de utilidad cuando no tenía ni idea de cómo blandirla con eficacia. Me levanté, tragándome un jadeo de dolor, y me puse en pie, clavando la vista en un rostro alargado que se estaba cansando de perder el tiempo conmigo.

Pero ¿cómo podía matarlo? Era mucho más grande y fuerte que yo, eso sin tener en cuenta que era un ser sobrenatural con poderes concedidos por el mismísimo Dios del Fuego y la Diosa de la Tierra. Entonces recordé algo tan básico que me sentí una estúpida por no haber caído en ello antes. Si el resto no estaba siguiendo esa táctica, supuse que sería porque se encontraban mucho más alejados y sabían que los Ignis no caerían en una trampa tan evidente como aquella. Pero ellos no contaban con todas las flaquezas que me definían a simple vista: un cuerpo más pequeño y mi corriente disposición de humana.

Convertiría mis debilidades en mi mayor fortaleza.

Tenía que conseguir que bajara la guardia, que me tuviera donde él quería.

A sus pies, suplicando como la pobre niña que pensaba que era.

Dejé que diera el primer paso, que creyera que tenía el control de la situación. Con una sonrisa lobuna se abalanzó sobre mí y, cuando me dispuse a recibir el golpe, el destello de algo en su mano captó mi atención.

«¿Un anillo? No me había fijado antes».

Su puño aterrizó en mi barbilla, devolviéndome a la pelea. Después

recibí otro más.

Sentí un agudo dolor que salió en forma de quejido. Mentiría si dijera que había fallado a propósito, pero en los siguientes golpes sí que comencé a dejarme ganar con sutileza. Me recompuse como pude y corrí en dirección contraria a donde estaban mis amigos, pero acercándome con sutileza al estanque. Tuve que hacer uso de toda mi destreza para no resbalar por el barro que cubría el suelo.

El Ignis me pisaba los talones, pero en el fondo sabía que estaba jugando conmigo, que, si de verdad quisiera, ya podría estar muerta.

—¡Aria! —exclamó de pronto Connor. Su voz estaba teñida de una urgencia que me contrajo el estómago. Deslicé la vista hacia mi derecha para confirmar que se encontraba en serios problemas: los Ignis se disponían a rodearle y, con el cofre en sus manos, era imposible que pudiera salir ileso de ese círculo de fuego. No sin perder la corona, algo que bajo ningún concepto podíamos permitir.

Asentí con la cabeza. En cuanto percibió mi movimiento trazó un arco alto con el brazo y lanzó el cofre hacia mí. Mientras el objeto volaba por el aire, casi a cámara lenta, mi mente imaginó todo tipo de situaciones. Si la corona se rompía, las consecuencias serían catastróficas.

Tuve que acelerar mis pasos y dar un pequeño salto para alcanzarla. Abrí los brazos para recibir el cofre y volví a coger aire al sentir el leve peso de la caja. Solo entonces continué con mi plan.

El monstruo que me perseguía ahora lo hacía con más ganas, a sabiendas de que en mi poder estaba la clave de su salvación. Y que, además, le colmaría del prestigio que tanto codiciaba. Localicé una gran roca que había situada a una distancia más que conveniente para la idea que comenzaba a ser más plausible en mi cabeza. Me resbalé a propósito y usé ese impulso para deslizarme hacia detrás de la roca. Después, sin pensarlo demasiado, abrí el cofre.

Me quedé hipnotizada ante la belleza que descubrí. Era complicado definir aquello que la hacía tan hermosa, pero cada pieza que componía la corona resplandecía con un halo dorado que me robó el aire de los pulmones. En el centro brillaba la piedra azul verdoso que guardaba los resquicios del poder que había quedado en la Tierra cuando los Dioses fueron desterrados. Era… No encontraba palabras para describirla. Cerré los ojos con fuerza y sacudí la cabeza, intentando escapar de la ensoñación en la que me había sumido el poder que albergaba el Vestigio Original.

Estiré la manga del traje y toqué la corona a través de la tela, colocándola justo en el único lugar que podría ocultarla del Ignis. Inspiré profundamente y me preparé para lo que podía ser el mejor o el peor plan de mi vida. Fuera lo que fuese, había llegado el momento.

—Un niño de tres años sabe jugar mejor al escondite que tú —comentó el Ignis con una risa desdeñosa.

Dejé que se regodeara unos segundos más y entonces salí, con el cofre en las manos y una mirada de derrota en el rostro. En cuanto me vio desaceleró su marcha, pero sus pasos no dejaron de avanzar hacia mí.

—Por favor —dije. No tuve que fingir que estaba aterrada, tan solo me dejé llevar—. Es evidente que no soy rival para ti.

Aquellas palabras parecieron gustarle porque sonrió, aún más satisfecho al ver cómo me encogía de miedo.

—Acabas de llegar a una conclusión obvia, enhorabuena.

—Solo quiero encontrar a mi madre, te daré la corona si me dices dónde está.

—Mira, niñita, no sé de qué cojones me estás hablando, pero no me gusta que me hagas perder el tiempo. Dame el Vestigio.

—¿Me matarás de todos modos? —Procuré que mi voz sonara temblorosa.

—Me lo pensaré.

—Entonces no puedo dártela.

Cuando vio que iba a volver a huir aumentó la velocidad para atraparme y acabar con aquello de una vez, pero yo lancé el cofre, rezando porque cayera en el lugar idóneo, justo al borde del estanque, a punto de caer al agua.

—¡¿Qué has hecho?! —exclamó con pánico, al mismo tiempo que frenaba en seco.

Al ver cómo el cofre se acercaba a su perdición, gritó de rabia y me lanzó un fogonazo que dio de pleno en mis costillas, derribándome y provocándome un dolor tan fuerte que tuve que apretar los dientes para no llorar. El traje de cuero al menos protegió mi cuerpo de sufrir quemaduras. El Ignis cambió de objetivo y me dejó tirada en el suelo. Sabía que si aquel cofre tocaba el agua lo perdería y el resto de su equipo lo mataría.

Pasaría a ser el fracasado en que tanto temía convertirse.

Y fue aquel miedo el que usé en su contra, a sabiendas de que sería lo único que podría nublarle el juicio. Lo observé luchando por alcanzar el

cofre antes de que se sumergiera en el agua.

Tal y como había previsto, lo consiguió en el último segundo. El alivio que sintió fue tan grande que bajó la guardia y, con una sonrisa triunfante en el rostro, se agachó para abrirlo.

—Niña estúpida, ha sido patético lo sencillo que ha resultado acabar contigo. En cuanto me levante, terminaré lo que he empezado, así que disfruta de tus últimos momentos de vida.

Su crueldad me puso los pelos de punta.

Pero yo ya me había puesto en pie.

Caminaba a sus espaldas, con la misma lentitud con la que él se había aproximado a mí al principio, como si no fuese más que una aburrida tarea que debía llevar a cabo.

Me había llamado zorra y tenía razón, porque había sido mil veces más astuta que él.

Ahogué un grito de puro dolor cuando la piel de mis manos se puso en contacto con la capa en llamas del Ignis. Apreté los dientes y con toda la fuerza que pude reunir lo empujé, lanzándolo al agua con el cofre en las manos. El sonido del cuerpo al caer y el alarido que salió de su boca al comenzar a desintegrarse detuvo la pelea a mi espalda. Todos, absolutamente todos, presenciaron bajo un silencio conmocionado la muerte del Ignis. A pesar de que había intentado asesinarme, no sentí satisfacción al verlo morir. Es más, me sentí culpable de que mis manos fueran las causantes de aquel sufrimiento desmesurado.

Cuando desapareció bajo la superficie, el resto de las miradas cayeron sobre mí, pero yo solo podía fijarme en Killian, que tenía el rostro cubierto de sangre y se doblaba por un costado. Se me revolvió el estómago al pensar que pudiera estar herido de gravedad. Además de que comenzaba a resultar inquietante que todos continuaran observándome con tanta quietud, al menos hasta que agaché la vista y entendí el motivo de su atención. Colgando de la hebilla trasera de mi cinturón se balanceaba el Vestigio del Agua. Podía jurar sin miedo a equivocarme que comenzó a cantarle a mis sentidos como si fuera un conjunto de sirenas con voces tan angelicales como hipnotizantes.

Me llamaba, quería ser utilizada y yo no podía negarme.

Con una delicadeza excepcional, la cogí y la alcé ante mis ojos. Mi piel aceptó con gusto el frío escalofriante de su tacto e ignoré los jadeos de sorpresa junto con la voz ronca y áspera que gritó mi nombre a modo de

advertencia. Todo pasó a un segundo plano cuando me coloqué la corona en la cabeza y le di la espalda a todo.

Incluso a mi intuición, que me gritaba que aquello era peligroso.

Todo quedó atrás.

Sin embargo, no me desmayé ni perdí la memoria como había dicho Connor. Las palabras de la carta resonaron en mi cabeza una vez más y supe que aquello debía de significar algo importante.

—«Contemplarás el reflejo de la verdad, romperás tus cadenas y sentirás de nuevo el vértigo propio de la libertad» —repetí como un mantra, al tiempo que miraba el reflejo de la luna en el agua. Se había cubierto de un brillo especial al conectar con la piedra engarzada en la corona.

Sin saber qué otra cosa hacer y rezando porque mi plan funcionara, inspiré profundamente y pensé en mi madre, en su paradero, incluso en el destino que podía haber sufrido. El agua ondeó en respuesta, como si hubiera comenzado a llover en el exterior y por el agujero por donde entraba la luz de la luna hubiesen caído miles de gotitas. Pero, pese a eso, no hubo ningún cambio que revelara la respuesta que prometía el uso de la corona. Seguía reflejando la imagen de la cueva.

Probé a pensar en la llave que rompería la maldición, pero el reflejo solo me devolvía mi rostro magullado y cubierto de una mezcla de sangre y barro que en otras circunstancias me hubiera asqueado. Un sentimiento de pánico subió por la boca de mi estómago y heló cada uno de mis huesos.

No podíamos habernos equivocado… Era imposible.

No entendía nada.

La desesperanza me apretó el corazón tan fuerte que creí que se rompería de nuevo. Aunque estaba destrozado desde la desaparición de mi madre, aun así… Sentí una tristeza devastadora que hizo flaquear mis rodillas. Tenía ganas de llorar, de gritar y de no volver a creer en nada, nunca más.

Pero entonces unas palabras acudieron a mi mente: «La fortaleza nace de la esperanza, y la necesitamos más que nunca». Eso le había dicho a Killian, y ahora debía repetírmelo a mí misma; aunque en el fondo no lo creyera, al menos podía fingir que lo hacía. Si la corona no había funcionado conmigo, tenía que ser porque era humana, aunque eso tampoco explicaba cómo no me había desmayado.

—¡Quítatela! —Escuché decir, y cuando giré la cabeza y enfoqué la vista vi cómo llegaban hasta mí tres Ignis, entre ellos Marlon y Fred.

Sin poder reaccionar, miré detrás de ellos y vi que el resto de mis compañeros estaba en una situación muy peliaguda, sin parar de luchar. Los mellizos habían matado a otro de sus contrincantes y Connor, con un fuerte cabezazo, derribó a uno que casi le raja el cuello por detrás. Sin vacilar le clavó su daga justo a la altura del corazón, dejándolo fuera de juego al instante.

Killian, mientras tanto, corría detrás de los Ignis para intentar llegar hasta mí, pero no lo conseguiría. Yo tampoco lo haría, la corona me impedía pensar con claridad, tenía rígidas las articulaciones y me costaba respirar. Me obligué a alzar un brazo, pero eso no sería suficiente, no lo lograría a tiempo.

—Como os acerquéis la tiraré al agua y la perderéis para siempre —conseguí decir, lo suficientemente alto para que mis atacantes lo oyeran y redujeran la velocidad de sus pasos.

Usé el tiempo que me confirieron sus dudas para quitarme el Vestigio de la cabeza y sostenerlo en el aire sobre el estanque. Los Ignis se detuvieron de inmediato, se miraron entre ellos y, tras analizar la situación durante unos segundos, se giraron hacia atrás, donde Killian se aproximaba de forma frenética. Cambiaron de estrategia, fueron a por él y teniendo en cuenta lo hecho polvo que estaba, no les costó demasiado apresarlo. Se defendió como pudo, intentó usar su energía para atacarles y, tras descubrir que apenas le quedaba poder, comenzó a pegar patadas y puñetazos que, aunque alcanzaran su objetivo, distaban de la fuerza necesaria para derribarlos. Lo superaban en número, por lo que Fred y el otro Ignis acabaron por inmovilizarlo cogiéndolo de los brazos.

—Nosotros también podemos jugar a ese juego —dijo el jefe, y le dio un puñetazo tan violento que le partió el labio y el suelo se manchó de sangre. La cabeza de Killian cayó hacia delante en una posición que me hizo apretar los puños.

—¡Dejadlo! —chillé, horrorizada.

Killian escupió a los pies de Fred y ese gesto consiguió aumentar la rabia en los ojos oscuros del Ignis. Aprovechó que Killian estaba más débil después del golpe para colocarlo de rodillas y apoyar la punta de su daga en su cuello. Killian se revolvió con furia y aquel movimiento hizo que un pequeño hilo de sangre se perdiera bajo su traje.

Abrí los ojos, conmocionada, y casi le grité que se estuviera quieto.

—En cuanto nos des la corona podrás volver a reunirte con él —

aseguró Marlon, girando la cabeza en mi dirección.

—No lo hagas —balbuceó Killian, ganándose una fuerte patada en el estómago que lo lanzó al suelo. Fred lo volvió a coger y le tiró del pelo, echándole la cabeza hacia atrás y dejando su cuello, de nuevo, al descubierto.

—¿Te imaginas esta bonita piel cubierta de sangre? —amenazó Marlon, y le dio una fuerte patada en el estómago que lo hizo rebotar en el suelo y lo dejó aturdido.

Con un leve movimiento de cabeza, el Ignis ordenó a sus dos compañeros que se adelantaran con él hacia mi posición. Era hora de tomar una decisión.

Arrastré mis pies sobre el terreno pantanoso hacia la barrera de Ignis que se alzaba delante de Killian, impidiéndome ver su cara de decepción al saber que iba a entregarles la corona. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Desde el maldito momento en el que amenazaron con matarlo, estaba perdida. Jamás podría perdonarme que muriera por mi culpa. Que los Ignis rompieran la maldición y que arrasaran al mundo, me daba igual. Ya encontraríamos la forma de detenerlos, juntos, por muy estúpido e infantil que sonara..

Jamás podría hacerlo sin él, y si lo mataban, nada impediría que los Ignis vinieran después a por mí. Por otra parte, si tiraba la corona al agua también se hundiría con ella la posibilidad de encontrar a mi madre, ya que el estanque estaba conectado con el mar y era imposible conocer su profundidad. Así que hice lo que tenía que hacer: con lágrimas en los ojos, les entregué la corona.

En cuanto mi piel se separó del material sentí una liberación que me sacó de mi estado de obnubilación. Al instante corrí hacia Killian para valorar el estado en el que se encontraba, pero su rostro contraído por el más absoluto terror detuvo mis pasos.

—¡Cuidado!

Abrí los ojos de par en par, dándome cuenta de lo que había hecho. Había caído en la misma trampa que yo misma le había tendido al Ignis. Al igual que había hecho yo, me habían mostrado aquello que más ansiaba y que había estado a punto de perder para que bajara la guardia y luego matarme. Al menos moriría con la firme convicción de que el karma existía.

Los Ignis no iban a cumplir su palabra y yo había sido demasiado ingenua por pensar lo contrario.

¿Había pensado siquiera? ¿O simplemente me había dejado llevar por mis sentimientos?

La espalda me hormigueó ante la expectativa de ser atravesada por una daga.

Pero no ocurrió nada.

Los ojos de Killian se agrandaron una vez más, esta vez llenos de incredulidad.

«¿Qué está pasando?».

Un estremecimiento me hizo temblar cuando escuché el sonido inquietante de lo que parecía ser una daga siendo extraída, seguido de un leve jadeo. Percibí un aroma demasiado familiar y fue aquello lo que me impulsó a moverme. Me giré despacio y levanté la mirada para encontrarme cara a cara con los últimos ojos que esperaba ver, aquellos que me habían visto crecer, cometer errores y aprender. De su boca salió una especie de suspiro ahogado antes de caer en mis brazos.

Después de tanto buscarla, ella me había encontrado a mí.

—Mamá.

*OceanofPDF.com*



# CAPITULO 44

Había contemplado infinitos escenarios en los que me reencontraba con mi madre y en todos ellos había lágrimas; algunas de felicidad y otras de tristeza, porque la posibilidad de llegar demasiado tarde convertía mis sueños en pesadillas. Sin embargo, bajo ningún concepto podría haber imaginado que justo cuando la encontrara, su sangre cubriría mis manos. Unas manos desesperadas por presionar la herida para contener la hemorragia interna y que el brillo de sus ojos no siguiera apagándose mientras me contemplaba con una sonrisa triste en el rostro. Mi cerebro no procesaba lo que estaba viviendo. Incluso dejé de sentir miedo por los Ignis que casi me habían matado y me ahogué en el oscuro y profundo pozo de pánico que se formó en la boca de mi estómago. En ese instante comprendí que jamás había conocido al verdadero miedo, aquel que te ahoga hasta que deseas estar muerto porque es imposible soportar el dolor de lo que está por llegar.

Mi madre se había sacrificado por mí.

Y ante aquel acto de amor tan puro, los Ignis ni siquiera se habían molestado en dirigirle ni una sola mirada antes de darse la vuelta para continuar con el único propósito que los movía.

—¿Qué has hecho? —balbuceé mientras me caía al suelo de rodillas y la sostenía entre mis brazos como podía. Alcé la cabeza con desesperación —. Tenemos que irnos de aquí, hay que buscar un médico.

—Aria —dijo Killian, tocándome con delicadeza el hombro y agachándose para quedar a mi altura. Di un pequeño respingo ante su contacto y me percaté de lo mucho que me había abstraído de la realidad.

Ni siquiera me di cuenta de que había conseguido llegar hasta

nosotras. Mucho menos de que los Ignis se encontraban ya cerca del estanque para utilizar la corona como yo lo había hecho apenas unos minutos atrás. En mi mundo todo se reducía a ella y a cómo su pecho subía y bajaba de forma cada vez más débil. Tampoco me importaba tener las palmas de las manos quemadas. El dolor había pasado a un plano muy lejano.

—Tenemos que llevarla hasta el pueblo, la tiene que ver un médico —insistí.

Se me cayó el mundo encima cuando vi cómo Killian agachaba la mirada y negaba con la cabeza. Entendía lo que aquello significaba y en el fondo sabía que tenía razón, que jamás lograríamos salir de aquella cueva con mi madre a cuestas antes de que fuera demasiado tarde. Pero no podía aceptar aquel final, de ninguna maldita manera podía hacerlo.

—Cariño… —dijo entonces mi madre, y tosió . Un hilo de sangre manchaba su boca reafirmando aún más las palabras de Killian—. Tienes que escucharme.

Le cogí el rostro con las manos temblorosas al tiempo que asentía con la cabeza. Estaba tan conmocionada que ni una sola lágrima se había escapado de mis ojos, porque si lloraba, lo que estaba ocurriendo sería real y no… no podía serlo. No lo era.

—Shhh, tienes que guardar fuerzas hasta que logremos sacarte de aquí, ¿vale?

—No saldré de aquí, pero vosotros aún podéis —dijo con la voz entrecortada. Cada vez le costaba más hablar y aquello era una mala señal.

Escudriñé mis alrededores en busca de la ayuda de Connor o los mellizos, pero seguían luchando, ajenos a lo que había pasado.

Me volví a centrar en mi madre, que se sacudía con un nuevo ataque de tos. De inmediato, Killian me ayudó a alzarla para que no se atragantara con su propia sangre. Observé su cara atentamente y me percaté de que las ojeras que surcaban sus ojos se habían agudizado sobremanera y parecía mucho más mayor que la última vez que la había visto… Cuando discutimos y me dejé llevar por la rabia, diciéndole cosas de las que me avergonzaba y arrepentía.

—Mamá. —Se me quebró la voz, y tuve que esperar varios segundos para contener el llanto—. No pensaba todo lo que te dije… Lo siento mucho.

Apreté los ojos y la abracé con más fuerza.

—Tenías derecho a estar enfadada… —habló como pudo—. Os he mentido mucho, a los dos —confesó, y su voz sonaba agotada, como si ya no pudiera soportar más el peso de sus secretos—. Los que tenéis que perdonarme sois vosotros.

Fruncí el ceño. ¿En qué le había mentido a Killian? Mi madre deslizó la vista hacia los Ignis, que decidían entre prisas quien sería el encargado de ponerse la corona del Dios del Agua. No podíamos permitir que la utilizaran, pero teníamos las manos atadas: jamás me separaría de mi madre y Killian apenas podía ayudarme a sostenerla, estaba exhausto.

—Nunca me secuestraron. —Su mirada se tiñó de culpa.

Me quedé sin respiración ante aquellas palabras y Killian, a mi lado, parecía igual de confundido que yo. ¿Cómo que nunca la secuestraron? ¿Y entonces por qué había desaparecido? ¿Y qué hacía en las cuevas de Cushendun?

Mi cabeza daba vueltas, intentando asumir lo que acababa de escuchar, cuando recordé lo que Eric nos había contado una vez lo encontramos, dentro del armario: «Me dijo que me escondiera aquí, que me protegería… Y se fue».

*Y se fue*.

Tres palabras que se repetían en mi mente una y otra vez, volviéndome loca.

En ningún momento afirmó que se la hubieran llevado… Pero ¿qué otra cosa íbamos a pensar?

Entonces me di cuenta de algo que me impactó de tal forma que tuve que tragarme la bilis para no vomitar allí mismo. Había estado demasiado sobrecogida por la gravedad de su herida como para darme cuenta de la ropa que llevaba puesta. De la túnica negra con capucha que cubría su cuerpo, que la ocultó de ser descubierta las veces que nos cruzamos con ella creyendo que era un Ignis más que nos acechaba e intentaba detenernos.

—¿Qué estás diciendo, Nora? —inquirió Killian con el rostro desencajado; la sangre y el sudor resbalaban por su rostro, lleno de arañazos y moratones que tardarían en desaparecer.

—Mira su túnica —me oí susurrar, mi voz desprovista de emoción.

Primero frunció el ceño, pero sus ojos no tardaron en abrirse de par en par por la sorpresa.

—Pero qué… —comenzó a decir, y su cuerpo se sacudió como si de una puñalada se hubiera tratado—. Es imposible.

La túnica que llevaba mi madre era la misma que vestía la persona que nos había perseguido todo este tiempo, la que nos lanzó una bomba de gas en la biblioteca y la misma que había estado en el Abismo, vigilándonos. ¿Qué significaba todo esto? ¿Fue ella quien terminó con la vida del Guardián?

No sabía quién era mi madre, pero no era una mala persona, mucho menos una asesina.

O eso quería pensar.

—Nora —la llamó Killian, esta vez con un tono más duro a pesar de las circunstancias—. ¿Qué está pasando?

—Lo hice para protegeros —aseguró mi madre, y su cara se contrajo en una mueca de dolor—. Tenía que evitar que llegarais hasta esta cueva… —Hizo una pausa para recobrar el aliento—. Hasta la verdad.

—¿Qué verdad?

—No soy una Guardiana —dijo, con la voz cada vez más áspera y apagada—. Yo soy la persona que buscáis.

—¿A qué te refieres? —pregunté con el corazón en la garganta.

Hubo unos segundos de denso silencio que se me antojaron eternos.

El caos de la batalla a mis espaldas desapareció y fueron sus palabras lo único que mis sentidos captaron. Sus labios pronunciaron a cámara lenta la verdad que tanto había perseguido sin saber que formaba parte de mí, de la gran mentira sobre la que se había construido mi vida.

—Yo soy la persona que escapó con vida de la Cueva Ishtar.

Killian y yo nos quedamos petrificados.

Mi corazón dejó de latir durante unos instantes en los que el mundo se detuvo.

—Eres la Kaelis que escribió las cartas —musitó él con los ojos como platos, y ella hizo un leve gesto afirmativo—. Por eso te fuiste… Sabías que, si te encontraban, nosotros estaríamos en peligro.

La corona funcionaba. Cuando había pensado en mi madre al contemplar el reflejo del agua, el Vestigio me había mostrado la cueva porque ella estaba aquí, vigilándonos. Pero eso significaba, además, algo mucho más grande… No. Era imposible.

Algunas piezas de cuya existencia no había sido consciente hasta el momento comenzaron a encajar. Mi madre era una Kaelis y por esa misma razón no tenía un tatuaje como el de Connor para acceder al Abismo, por eso era tan inusual que ella, a diferencia de otros Guardianes, hubiera

formado una familia en la Tierra. Pero ¿por qué había puesto en peligro su plan de protegerme para cuidar de Killian y Eric? ¿Tenía que mantener su coartada para no levantar sospechas? ¿O eran otros los motivos?

—Perdóname —graznó mi madre—. Cometimos un error, y yo… Solo quería protegerte.

—¿Cómo que cometisteis un error? ¿Quiénes? —Alcé la voz sin poder evitarlo, intentando controlar el sinfín de emociones que sentía.

—Tu verdadero padre y yo —suspiró, y su cuerpo dio un espasmo a consecuencia del sobreesfuerzo que estaba haciendo al hablar.

Ahogué una exclamación y todo a mi alrededor dio vueltas mientras el corazón de la persona que más quería comenzaba a debilitarse.

Las palabras que iba a decir se perdieron en el olvido cuando de nuevo, algo resonó en mi interior.

*Te quiero. Por favor, no lo olvides.*

Esa voz… No podía ser. También había sido ella la responsable de salvarme de aquel Guardián y la que me avisó de que los Ignis estaban cerca. No quería que nos acercáramos a la cueva, pero de la misma forma, también quería protegernos de los Ignis que buscaban la corona y nos hubieran matado antes de que descubriéramos su escondite.

—¿De qué conocías al Dorado? —pregunté, ansiosa.

—Él me ayudó a esconderte —dijo, y Killian nos miró con asombro, ajeno a mi nuevo descubrimiento a través de la conexión mental tan rara que compartíamos.

De forma instintiva, eché un vistazo a mi alrededor, temiendo encontrarme lo peor. Y así fue.

El jefe de los Ignis portaba en su cabeza el Vestigio Original y contemplaba su reflejo en las mismas aguas que contenían las cenizas de su compañero. Vi a Zoey arrastrarse por el suelo para intentar llegar a un Jared inerte. Una daga sobresalía en la parte baja de su estómago, formando un pequeño charco de sangre. Y Connor… El Guardián corría para impedir que el Ignis que quedaba con vida matara a Zoey.

—¿Por qué querías esconderla? —preguntó Killian a mi madre, ajeno a lo yo acababa de ver.

—Tú más que nadie deberías saberlo —respondió ella, con la mirada cargada de tristeza y compasión.

Arrugué la frente ante sus palabras, esperando recibir más información que ayudara a encajar las piezas de un rompecabezas que comenzaba a

tener más sentido y que, al mismo tiempo, lo había perdido por completo.

Utilizó las últimas fuerzas que le quedaban para extraer del bolsillo interior de su capa lo que parecía ser un sobre arrugado. Lo puso en la palma de Killian y este, sin saber qué hacer, lo guardó.

—Necesitan ayuda —me dijo, refiriéndose a nuestros amigos.

—Lo sé —respondí, y se me rompió aún más la voz.

—Antheia… Mi verdadero nombre es Antheia. No… No podía morir sin decírtelo. —Cogió aire una vez más—. Aria Rosethorne, ese es el tuyo.

Abrí mucho los ojos, conmocionada.

Las palabras se quedaron atascadas en mi garganta cuando me dispuse a hacer más preguntas y algo me detuvo. La mano de mi madre cayó junto a la mía al tiempo en que sus ojos se encontraron con los míos para, un segundo después, dejar ir el último resquicio de la luz que albergaba en su interior.

*Perdóname.*

Su pecho quedó inmóvil y su mirada se sumió en la oscuridad de la nada más absoluta. Me regaló sus últimas palabras silenciosas junto con su último atisbo de vida. La última imagen que habían contemplado sus ojos fue mi rostro lleno de dolor y enfado.

«No me ha dado tiempo a decirle que la perdono», pensé horrorizada, y una voz dentro de mí me dijo que quizás era porque no había podido hacerlo. ¿En qué clase de persona me convertía eso?

—¡No! —grité, sintiendo cómo mi alma se desgarraba—. ¡No te vayas, por favor! No puedes dejarme otra vez… No, no, no —repetí mientras la abrazaba con fuerza y sentía que me moría junto a ella—. Mamá, por favor…

Killian también tenía el rostro cubierto de lágrimas y parecía conmocionado, al igual que yo.

No vino a consolarme, me dejó el poco espacio que me quedaba para llorar la muerte de mi madre, para que me vaciara de todo el dolor que me retorcía las entrañas. Se dispuso a levantarse para correr a ayudar a los mellizos cuando la voz de Connor detuvo sus pasos.

—¡Chicos!

Los Ignis ya habían encontrado lo que tanto ansiaban y ahora caminaban hacia nosotros más imponentes que nunca. Sus capas ardían con fuerza. No miraron a sus compañeros caídos, sus ojos estaban clavados en mí con una determinación que me habría aterrado si el dolor no ocupara

cada rincón de mi alma.

Acuné a mi madre en mis brazos, protegiéndola de los monstruos que se dirigían hacia nosotras con los rostros pálidos y un brillo renovado en sus ojos. Algo se agitó en mi interior, una oleada de ira y rabia que aplacó el dolor que me impedía pensar. Me envolví en ella y me dejé arrastrar por pensamientos de venganza y destrucción. Quería matarlos a todos, hacer que sufrieran una mínima parte de lo que estaba sufriendo yo. Me enderecé apretando los dientes y alcé la cabeza, dispuesta a cumplir cada una de las violentas promesas que resonaban en mi mente.

Pero mi diabólico destino tenía otros planes para mí.

—Tú —siseó el jefe de los Ignis, señalándome con una expresión de asombro en el rostro—. Tú eres la llave que romperá la maldición.

*OceanofPDF.com*

# EPÍLOGO
## KILLIAN

Decir que las cosas se habían torcido era el eufemismo más jodidamente ridículo que podría utilizarse para definir lo que estábamos viviendo. La suerte nos rehuía como si fuéramos la mismísima peste, lo que me hacía pensar que aún quedaban cosas por salir mal; posibles finales alternativos, todos desastrosos.

La culpa me carcomía por haberme dejado llevar por la rabia, pero lo más triste de todo era que ni de lejos había conseguido aplacar la ira que bullía en mi interior cada vez que recordaba cómo el Ignis habló de la muerte de mi madre. Quería acabar con su miserable existencia con mis propias manos y que la última imagen que vieran sus ojos fuera la de mi sonrisa de satisfacción. El poder que bullía dentro de mí se retorcía inquieto, deseoso de salir a jugar. Y afectaba a mis emociones, las volvía más intensas y salvajes, más oscuras. Durante la pelea las había dejado fluir, pero en esos momentos, después de descubrir que Aria era la llave que rompía la maldición, sentía que algo dentro de mí estaba alcanzando un límite muy peligroso. El tatuaje vibraba en mi espalda como si tuviera vida propia y no sabía cuánto aguantaría sin liberarse. Podría suponer una ventaja si con él alcanzaba poderes superiores y dejaba de sentirme como un puto moribundo.

Miré por última vez a la persona que nos había cuidado este último año, que nos salvó del mismo desenlace que sufrió mi madre y nos acogió tratándonos como a sus propios hijos. Estaba quieta sobre el suelo cubierto de barro, en la misma postura en la que apenas unos segundos atrás su hija la había sostenido, negándose a dejarla marchar.

Nora me había mentido, ella sabía por qué los Ignis estaban

secuestrando Inciertos y preparándose para encontrar a la persona que esquivó la maldición y que llevaba en su vientre la misma llave que la rompía. Pero ¿por qué se había arriesgado a acogernos sabiendo que los Ignis intentarían secuestrarme y se acercarían a dar con su paradero y con el de su hija?

Hice caso omiso a las punzadas agudas e intensas que atravesaban cada uno de mis músculos y me coloqué al lado de Aria. Estaba rígida y pálida, y su mirada había perdido el brillo y la vitalidad que la caracterizaban. Tenía el traje negro de combate manchado de barro y de una sangre que esperaba que no fuera suya. Sentí alivio al ver que, salvo algunos arañazos y moratones, estaba bien.

Me sentía un imbécil ante todas las verdades que retorcían todo lo que se nos venía encima. Y tampoco sabía cómo actuar ante mi agotamiento y el estado de Aria y Jared. Tenía que ganar tiempo, dejar que hablaran y mientras pensar en alguna forma de escapar con vida de ahí, ya fuera con la corona o sin ella. A esas alturas poco importaba.

—Debí haberlo adivinado… —Marlon volvió a mirarla, esta vez con curiosidad y cierto aire de admiración—. Cuando quise entrar en tu mente y me choqué con un hechizo tan poderoso como aquel. —Rechinó los dientes y bajó el volumen de su voz—. El jefe tenía razón.

—¿Qué jefe? —preguntó Aria con voz queda, a lo que él le respondió con una risa hueca.

Y entonces, como si hubiera estado esperando su puto momento de gloria, una espesa niebla comenzó a rodearnos y a envolver las paredes gruesas de piedra. Me acerqué de forma instintiva a Aria, rodeándola con mi brazo antes de que nos engullera por completo. Vi que Connor había conseguido llegar hasta Zoey, pero una oleada de preocupación me invadió al ver que Jared seguía en los brazos de su hermana, demasiado quieto. No podía estar muerto, no podíamos perder a nadie más esa noche.

«Esta podría ser nuestra última foto», había dicho Jared.

No podía tener razón, joder.

El aire se cargó de electricidad. Sentí un cosquilleo imperioso en la nuca, como si mis sentidos percibieran la inminente llegada de algo oscuro y antiguo, algo que reconocía de forma vaga y que me descolocó. Para mi asombro, el ambiente se volvió más cálido; arrugué la nariz cuando reconocí el fuerte olor a azufre. Aria respiraba agitadamente a mi lado, pero continuaba helada, en estado de *shock*. La apreté más fuerte contra mi

costado cuando, a poca distancia de nuestra posición, numerosas figuras emergieron de la niebla.

Eran soldados y por sus trajes militares apostaría a que pertenecían a un rango superior a los que nos habíamos enfrentado. De puta madre. No llevaban capas de fuego, sus prendas eran muy simples, de color negro y con armaduras de metal. Había algo en ellos que los hacía parecer letales, como robots programados únicamente para matar.

En cabeza esta vez iba un hombre alto y fuerte, tenía las facciones angulosas y el pelo negro. No podía apreciar su cara con demasiado detalle, pero por su piel y su barba algo canosa, rondaría los cuarenta y tantos años. Por cómo caminaba hacia nosotros, con elegancia y una mirada calculadora, intuí que era un pez gordo. Los tres Ignis que quedaban con nosotros se arrodillaron ante él y agacharon la cabeza en señal de sumisión, demostrando que no me había equivocado al suponer que era una figura importante. Bueno, podía esperar sentado a que yo me arrodillara ante él.

Supe que mi cuerpo no estaba de acuerdo con mi decisión cuando un fuerte tirón hizo temblar mis rodillas, como si tuvieran voluntad propia y quisieran agacharse ante él. Tuve que resistirme apretando los dientes y cerrando los puños.

Se instaló en el ambiente un silencio sepulcral.

Nadie movió ni un solo pelo.

—¿Quién la ha matado? —el recién llegado exigió saber con voz dura.

Sus soldados no tardaron en señalar al Ignis más delgaducho que había acabado con la vida de Nora. Juraría que comenzó a temblar.

—Fue un error, yo… Yo quería matarla a ella —se defendió, señalando a una Aria que parecía ajena a todo lo que estaba ocurriendo.

El nuevo jefe alzó las cejas y avanzó un paso hacia él.

—Entonces no solo has matado a la única persona que podía darnos detalles de cómo escapó de la maldición, sino que has estado a punto de acabar con nuestra única posibilidad de liberarnos.

—Lo siento, mi… —Pero antes de que terminara la frase, su cabeza ya estaba rodando por el suelo.

El ruido sordo de su cuerpo al caer hizo que Aria soltara un pequeño grito y se echara hacia atrás, horrorizada. Bueno, ya éramos dos.

Aunque por un breve instante, distinguí un destello de ira que cubrió el verde apagado de sus ojos. Entonces comprendí que también había perdido la posibilidad de acabar ella misma con el asesino de su madre. El hombre

lo había matado sin dudar, con un simple movimiento de mano que lanzó una estocada de fuego directa a su cuello. Lo rebanó como si fuera mantequilla, lo cual me confirmó algo que ya sabía: no saldríamos con vida de allí.

—Hola, preciosa —se dirigió a Aria, y lo fulminé con la mirada, poniéndome delante de su cuerpo para ocultarla de aquel desconocido. Él continuó su charla como si nada—. Por fin nos conocemos… Estoy deseando empezar a trabajar con vosotros en el Atharav. —Con la cabeza hizo un gesto hacia Connor y Zoey e inmediatamente sus soldados fueron a apresarlos—. Vosotros dos también me serviréis de ayuda. Un Maestro nunca viene mal y la Incierta tan poderosa que le ha robado el corazón, tampoco. Si me provocas muchos dolores de cabeza, la mataré, así que no me lo hagas repetírtelo dos veces, por favor —le dijo a Connor.

En la distancia, Zoey continuaba abrazada a Jared y el Guardián se alzaba frente a ellos, protegiéndolos con una expresión de miedo que nunca había visto antes.

—¡No! ¡Suéltame! ¡Jared! —chilló Zoey, dando patadas que resultaron inútiles ante la fuerza de los dos Ignis que la sujetaban por los brazos. Hicieron falta muchos más para dejar inconsciente a Connor, que, a pesar de la amenaza del Ignis, había intentado llegar hasta Zoey. Fue inútil porque, al igual que al resto, apenas le quedaba energía para caminar, mucho menos para enfrentarse a unos Ignis tan fuertes.

—Tu hermano está más muerto que vivo, no nos sirve —dijo el Ignis más poderoso en dirección a Zoey, e hizo un gesto despreocupado con la mano, como si le restara importancia. Miró a Aria de nuevo—. ¿Sabes? Confiaba en que las palabras de tu padre cuando lo encontré en la entrada de la Cueva Ishtar fueran reales. Cuando están a punto de acabar con tu vida dices lo que sea necesario para sobrevivir, como confesar que vas a tener un hijo. Creo que pensó que aquello despertaría mi compasión. —Se rio como si aquello le pareciera la situación más absurda de la historia—. Entonces encontré las cartas que tu querida madre le dejó para que, en caso de que algo saliera mal, pudiera encontrarla. Muy romántico. Y muy estúpido.

»Ese año, cuando el Gran Hacedor nos concedió la victoria y el Éter de recompensa para bajar a la Tierra, supe que algo había ocurrido. Por alguna razón quería ocultar que los Kaelis habían ganado, y eso solo podía significar que habían dado con la llave que rompe la maldición. Incluso el grandullón tiene que cumplir las normas, por eso no podía cambiar el curso

de los acontecimientos y dejó libre a Nora. Aunque me es imposible entender qué ocurrió aquella noche y porqué ella jamás liberó a su pueblo a sabiendas de que podía hacerlo. Fue entonces cuando encontré a tu padre en la entrada de la cueva, más muerto que vivo. Con un poco de presión me reveló tu existencia y até cabos. La llave que rompía la maldición era una persona con sangre de ambas especies, como si fuera un estúpido tratado de paz entre enemigos. Supuse que debía crecer para ser utilizada, y que quizás por eso tu madre no había salvado a su pueblo todavía.

»El Gran Hacedor resultó ser muy retorcido… A fin de cuentas, nos echó de la Tierra por crear dos nuevas especies. Tiene gracia que después de todo la llave para acabar con la maldición sea una niña con sangre de ambas. Tengo que agradecer la barbaridad que cometieron tus padres al concebirte porque gracias a eso volveremos a nuestro verdadero hogar. Lástima que su historia de amor fuera un auténtico fracaso y ahora estén muertos.

Bueno… Era una cantidad descomunal de información que procesar.

¿Por qué querría el Gran Hacedor ocultar que alguien había encontrado la llave? ¿Y por qué Nora no salvó a su pueblo y se escondió como Guardiana todos estos años? ¿De verdad sería capaz de utilizar a su propia hija después de haberle ocultado su naturaleza? ¿Y cómo había acabado su verdadero padre muerto? ¿Qué había podido ocurrir dentro de aquella cueva?

—¿Cómo es posible que hayáis venido a la Tierra? —pregunté en cambio, sintiendo punzadas de dolor cada vez más intensas por todo el cuerpo.

—Hemos ganado la mayoría de las Anuales, pero no hemos gastado ni un ápice del Éter que nos concedían los Maestros como recompensa —explicó, y después alzó la mano y mostró un anillo. Me fijé en que era una piedra similar a la que portaba el Vestigio del Agua. Los había visto antes, pero no creí que fueran importantes—. Resulta curioso que la piedra que contiene los resquicios de nuestro poder en la Tierra sea la misma que utilizamos todos estos años para guardar el Éter que nos era entregado y prepararnos para este momento. —Clavó su mirada arrogante en Aria—. Te hemos regalado una vida hasta que hemos podido encontrarte, deberías estar agradecida.

—¿Cómo es posible que no tenga poderes? —preguntó Aria de repente. Su voz sonó temblorosa, pero alzó la barbilla fingiendo serenidad.

—Tu madre era muy escurridiza y se alió con un Maestro que, mediante diferentes hechizos, ocultó su rastro y encerró tus poderes —explicó con cara de aburrimiento—. Nos ha costado años reunir todo el Éter necesario para poder pasearnos por la Tierra en tu búsqueda. Aunque bueno, yo también conté con la ayuda de un Guardián —dijo en tono confidencial.

—Eso es imposible —musitó Zoey, dando voz a las palabras que diría Connor de estar consciente.

—Él fue quien ligó la sangre de tu padre a mi última creación: un arma que, desde que naciste, estuvo conectada con la fuente de tu poder para controlarte —canturreó, y se acercó aún más sin apartar la vista de Aria.

—¿A qué te refieres? —exigí saber.

—¿De verdad creíais que sabiendo de la existencia de una criatura tan poderosa iba a dejar las cosas al azar? No podía permitir que la llave que iba a utilizar se volviera en mi contra, así que creé otra nueva especie que las leyendas aseguraban que sería más poderosa que los Kaelis y los Ignis. —Su boca se contrajo en una mueca medio divertida—. No más que yo, obviamente.

Aria inhaló con fuerza y vi que estaba completamente blanca.

—Y tú eres… —dijo con voz temblorosa.

El Ignis nos dedicó una sonrisa maliciosa.

—El mismísimo Dios del Fuego. Y ahora es mi turno de hacer preguntas. ¿Sabes tú a quién tienes a tu lado? —preguntó a Aria.

La carcajada del Dios retumbó en las paredes de la cueva, distorsionada y ensordecedora.

—Puesto que pareces un poco perdida, te lo diré yo. El que está a tu lado es el primer semidiós de la historia. —Se volvió hacia mí y ensanchó su sonrisa. Sus ojos, tan grises como los míos, se ensombrecieron—. ¿Qué tal, hijo mío? Tengo que felicitarte por el buen trabajo que has hecho.

*OceanofPDF.com*

# AGRADECIMIENTOS

*A una maldición de encontrarnos* nació hace más años de los que os podéis imaginar, y ha ido acompañándome, madurando conmigo hasta que tuve la confianza suficiente para darle vida y ponerle punto y final. O en este caso, punto y aparte, porque aún nos queda mucho camino por delante. He cumplido mi sueño cada día que me sentaba a escribir esta historia y, a pesar de las dudas, seguía confiando en mí misma. Y cuando, en mitad de una de mis indispensables meriendas, vi el correo de Siren Books en el que me proponían publicarlo, me sentí la persona más afortunada del planeta. Aunque no creo que los vecinos pensaran precisamente eso al oír cómo lloraba… Pero caso aparte, tras ese momento la línea temporal de mi vida empezó a medirse de forma diferente, en un «antes de» y un «después de».

Escribir los agradecimientos me está costando más que describir las escenas de lucha —me sigue costando sacar mi lado *kung fu* cuando rescato a cada una de las avispas que se caen a la piscina—, además, es difícil encontrar las palabras perfectas para describir un sentimiento de agradecimiento tan grande… Pero bueno, allá voy.

Quiero empezar dándole las gracias a mi familia. A mi padre, porque fue el primero con el que viajé a través de las palabras cuando me contaba cuentos e imitaba el sonido del viento y de la lluvia, por compartir un humor que solo nos hace gracia a nosotros y por tus canciones en idiomas inventados, no podría estar más orgullosa de ti. A mi madre, por enseñarme cada día lo que es trabajar duro, por su bondad y por siempre confiar en mí y guiarme cuando más lo he necesitado, no podría tener más suerte de tenerte. Y a David, por lo valiente que siempre ha sido, por ayudarme a desafiarme a mí misma, por los viajes en la Patroneta descubriendo nuevas

canciones y, en fin, por el ser el mejor hermano que podría tener. También quiero dar las gracias a mis tíos y abuelos, porque su cariño y apoyo son incondicionales. Y por supuesto, a David «mayor» y a mis primas, o más bien hermanas, porque hemos compartido cada momento importante y cotidiano. Tata, gracias por comenzar este libro cuando era un borrador con mucho camino por delante, y Alicia, gracias por escucharme, por leer cada capítulo casi a medida que lo escribía y por todos tus consejos. Y a mi prima Irene, que nuestra conexión es a prueba de distancia y ahora más que nunca estamos derribándola.

Y de nuevo, me siento la persona más afortunada por teneros. Os quiero infinito.

Una persona indispensable tanto en mi vida como en estos agradecimientos es Laura, la persona que un día me recomendó *Mírame y dispara* sin saber todo lo que desencadenaría ese libro de mafia y romance. Hemos compartido desde tardes hablando sin parar —y muchas veces de los mismos temas VIVA GWRL—, hasta viajes y momentos importantes. Casi siete años después, sigue acompañándome en cada paso que doy, dándome consejos y ayudándome en todo. Te quiero muchísimo.

También quiero mencionar a mis amigos, a esa familia que he elegido y que volvería a elegir sin dudarlo ni un segundo. Óscar, Lucía, Raúl, Patricia, Laura y Saray, gracias por estar ahí siempre, por interesaros por mi pasión por los libros y la escritura, por nuestro humor gris y nuestras tonterías que a nadie más le harían gracia y, sobre todo, por teneros en mi vida; Lucía, fue nuestra conversación la que me animó a escribir este libro y no otra obra que habría estado manchada por el pasado, gracias por tu emoción y por tu confianza incondicional. Sois maravillosos, os quiero.

A Noelia y Pilar, porque fueron lo más bonito de mi etapa universitaria y siguen apoyándome en todo.

No podían faltar mis personas favoritas de *bookstagram*, otro hogar seguro que hemos creado entre todos, gracias por apoyarme tantísimo y por contagiaros de mi ilusión por este sueño, ¡os quiero! En especial me gustaría mencionar a Lauryta, Belén, Marta, Sergio, Irene, Meri, Carla, Adriana, Gloria, Cris y Sandra, muchísimas gracias por vuestro apoyo, me siento muy feliz de haberos conocido y de teneros en mi vida. Y gracias a Paula Gallego y a Iryna por leerlo antes de que saliera para poner una frase en la cubierta, me ha hecho muchísima ilusión poder contar con vosotras.

Y por supuesto, quiero dar las gracias a Siren Books, a Patricia Rouco

y Patricia Garcia; me habéis hecho la persona más feliz dándome esta oportunidad, gracias por apostar por mí. He sentido desde el primer momento vuestra ilusión y habéis mimado la obra como si fuera la vuestra propia, cuidando cada detalle del proceso para que todo saliera lo mejor posible y siempre pendientes de mis necesidades. Gracias a mi editora, Patricia Sevillano —sí, es muy fuerte que las tres se llamen IGUAL—, por tu ayuda, por querer tanto a mis personajes y por lo bien que me lo he pasado trabajando contigo. Y, por último, a Ana, mi editora de estilo, he aprendido mucho contigo y has sacado lo mejor de la historia, gracias. Ha sido un primer contacto con el mundo editorial maravilloso y siempre recordaré nuestras reuniones con mucho cariño. Nos quedan muchos años juntas. También quiero mencionar a Andrea, que leyó el manuscrito y decidió que merecía pasar a la siguiente fase, GRACIAS.

A cada persona que me sigue desde el principio, o desde el momento en el que decidió que le gustaba mi contenido, gracias por cada mensaje de emoción de #proyectoIncierto; es increíble la comunidad que hemos creado, una llena de respeto, pasión por los libros y apoyo mutuo. La Lidia de quince años estaría en *shock* si le contaran todo esto.

Y por último, a ti, lector, que estás leyendo esto y que has comprado mi libro. Espero de todo corazón que te haya gustado mucho y que hayas disfrutado de Haven Lake, de los piques de Aria y Killian, de la intensidad de Jared y de una maldición que guarda más secretos de los que os podéis imaginar.

Esto es solo el principio.

*OceanofPDF.com*